



1  
8

p

3233

*[Faint handwritten text, possibly "Soria", is visible on the marbled background.]*

B.P. de Soria



61096829

D-1 168



TITO LIVIO

---

DÉCADAS DE LA HISTORIA ROMANA

*V. M. S. / P. J. S.*

518



11  
232

~~115931~~  
B: 1685

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CXI

DÉCADAS

DE LA

HISTORIA ROMANA

POR

TITO LIVIO

TRADUCIDAS DEL LATÍN AL CASTELLANO

POR

D. FRANCISCO NAVARRO Y CALVO

CANÓNIGO DE LA METROPOLITANA DE GRANADA

—  
TOMO I  
—



MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.<sup>A</sup>

calle del Arenal, núm. 11

—  
1888



ES PROPIEDAD.



## TITO LIVIO.

---

Profunda obscuridad reina alrededor de este gran nombre, resultando de ella que el historiador de Roma no tiene historia. Una fecha de Eusebio, algunos detalles desparramados en Séneca y Quintiliano, algunas frases consignadas á la casualidad en las *Décadas*; esto es cuanto queda acerca de la vida de Tito Livio.

Nació en Padua en el año 695 de la fundación de Roma, cincuenta y ocho antes de la era cristiana. Dícese que tuvo dos hijos y cuatro hijas, y otros aseguran que solamente tuvo un hijo y una hija. Quintiliano dice que Tito Livio escribió para este hijo un tratado de los estudios de la juventud, recomendándole la lectura de Demóstenes y Cicerón. La hija de Tito Livio casó con un retórico que al principio tuvo muchos oyentes; pero según observa Séneca, más acudían por la fama del suegro que por el talento del yerno.

Tito Livio se dedicó á varios géneros de trabajos, habiendo escrito, según Séneca, obras filosóficas y diálogos, que tanto tenían de filosóficos como de históricos; pero su obra principal es la *Historia Romana*,



que empieza en la fundación de la ciudad y alcanza hasta la muerte de Druso; comprendiendo, por consiguiente, los anales de setecientos cuarenta y tres años. Esta obra constaba de ciento cuarenta ó ciento cuarenta y dos libros, de los que solamente han llegado hasta nosotros treinta y cinco.

Algunos pasajes de esta importante obra hacen creer que empleó en escribirla el tiempo que medió entre la batalla de Actium y la muerte de Druso (1); es decir, cerca de veintiún años. Publicaba á medida que la escribía las partes principales, y dicese que las leía Augusto; pero su amistad con el emperador jamás le hizo olvidar la imparcialidad del escritor. En lo que queda de su historia, solamente en dos pasajes nombra á Augusto, y lo hace con tal sobriedad de elogios, que contrasta mucho con la baja adulación de los escritores contemporáneos. Lejos de ocultar su admiración por los enemigos más encarnizados de los Césares, alababa públicamente á Bruto, Casio y con especialidad á Pompeyo, hasta el punto de que Augusto le llamaba bromeando *el Pompeyano*. Honrando esta independencia, encargóle el príncipe la educación del joven Claudio, á quien aconsejó escribiese la historia. Tito Livio vivió con bastante familiaridad en la casa del príncipe; y si los suplementos son exactos, censuró al Senado por haber pagado mal los servicios de Octavio; excusó la muerte de Cicerón, diciendo que le trataron como él hubiese tratado á sus enemigos.

La independencia de este escritor fué grande y sincera, y mientras Horacio y Virgilio colocaban los prin-

(1) H. Taine.

cipes en el rango de los dioses, Tito Livio apenas les nombra en su historia, haciéndolo para señalar una fecha ó probar un hecho; no teniendo inconveniente en decir que ignoraba si el gran César había sido hombre útil ó perjudicial á su patria.

Si la historia escrita por Tito Livio no es la censura del imperio, es al menos el elogio de la antigua república, del gobierno libre y de las buenas costumbres. Complaciase en el relato de las acciones nobles y en el retrato de los grandes caracteres, como hombre que no era indigno de imitarlos. Algunas veces se queja con tristeza de la corrupción de su época, de aquella locura de juegos, á cuyos gastos apenas bastarían reinos enteros, y de aquel furor por sucumbir en medio del lujo y el desenfreno, arrastrándolo todo al caer. Sus máximas eran puras, y á lo que puede conjeturarse, á ellas ajustó su vida; siendo esto tanto más admirable, cuanto que vivió en época cuyas costumbres estaban profundamente relajadas.

Titio Livio recibió en vida extraordinarios testimonios de admiración. Plinio el Joven refiere en una carta que un español, después de leer sus escritos, emprendió el viaje, molesto y muy peligroso entonces, de Cádiz á Roma, únicamente por ver al historiador, regresando en seguida que realizó su deseo. Refiriéndose á esto, dice San Jerónimo: «Maravilloso es que un extranjero, entrando en una ciudad como Roma, no buscase en ella otra cosa que Roma misma.»

A este escaso número de datos se limita todo lo que se conoce de Tito Livio. Después de la muerte de Augusto volvió á Padua, donde murió á la edad de se-

tenta y seis años, en el cuarto del reinado de Tiberio, y según se dice, en el mismo día que Ovidio.

En la obra de Tito Livio se encuentran escrupulosamente observadas las leyes de la verdad, tan esenciales en la historia, y su estilo es siempre elegante, levantado, variado hasta lo infinito, pero constantemente sostenido, sencillo sin humillación, dulce y á la vez enérgico, claro é inteligible. Sus narraciones, sus descripciones y muy especialmente sus arengas, son verdaderos modelos que hacen de Tito Livio el Herodoto de los latinos. Pero no por esto la historia que escribió está exenta de defectos, pequeños sin duda, si se tiene en cuenta la importancia del trabajo.

No encontrándose al abrigo de la crítica la historia tradicional de Roma; no teniendo igual valor todas sus fuentes; viéndose contradicciones, hechos inexactos, datos inciertos, como en todas las historias primitivas, hubo época en que se llegó á tal escepticismo que dijo un escritor: «Es necesario echar por tierra esa vieja novela;» fundándose especialmente en que no conociéndose la escritura en Roma en tiempo de los reyes, no pudo conservarse el recuerdo de los acontecimientos.

Esta afirmación la apoyaba en la autoridad de Tácito y de Tito Livio; pero desde luego puede asegurarse que ni uno ni otro lo afirman terminantemente. En efecto; el primero, al mismo tiempo que dice que Demarato llevó el alfabeto á los etruscos, asegura que el mismo Evandro dió las letras á los aborígenes ó sea á los latinos; de lo que resulta que las conocían algunos siglos antes de la época que señala á Rómulo. Dedúcese de esto que no hay bastante razón para consi-

derar á los etruscos como el pueblo de civilización más antigua en Italia, si ignoraba la escritura, cuando desde algunos siglos antes la conocían sus vecinos.

Y no debe rechazarse como fabulosa esta tradición acerca de la antigüedad de la escritura en las inmediaciones de Roma; porque no ha mucho que en unas excavaciones hechas sobre el emplazamiento de la antigua ciudad pelásgica de Agila, encontróse un vaso en cuya base tenía grabado un alfabeto griego y en el centro un silabario en letras de la forma más arcaica, de las que algunas pertenecen al alfabeto que los griegos recibieron inmediatamente de la Fenicia. Como Agila nunca interrumpió sus relaciones con Grecia, puede creerse que recibió de allí la escritura en cuanto la conocieron los griegos y que se habría adoptado un método de lectura para favorecer la propagación. Así, pues, en la época de Rómulo usábase en las puertas de Roma la escritura alfabética, y esto autoriza á creer que el conocimiento de las letras penetró en la ciudad que tenía interés en permanecer al nivel de sus vecinas, y en las que sin duda habría más de un pelasgo y un griego (1).

En cuanto á Tito Livio, es evidente que al decir que en aquellos tiempos eran escasas las letras, quiere significar que se escribía poco y concisamente; esto es, que no se conocía aún la forma literaria; pero esto mismo demuestra que se conocía la escritura. De que la escritura existía en la época de los reyes, daremos pruebas incontestables (2). El mismo Tito Livio cita

(1) Disertaciones de Lachmann.

(2) *Ibid.*

las Memorias de los pontífices y otros monumentos, así públicos como particulares, y cuando dice que perecieron la mayor parte, al mismo tiempo da á entender que algunos de ellos escaparon á la destrucción. En el mismo capítulo refiere que los tribunos militares que se nombraron en Roma en 367, cuidaron ante todo de buscar los tratados y las leyes que subsistían aún (las Doce Tablas y algunas leyes reales), publicando algunos documentos de estos y conservando secretos otros, haciendo esto los pontífices especialmente, porque querían sujetar al pueblo con el freno religioso. Este mismo medio empleó más adelante Vespasiano para reconstituir los archivos nacionales, destruidos por un incendio del Capitolio.

Cicerón en su *República* (1) parece que previene las objeciones á que daría lugar la historia de los primeros tiempos de Roma, contestando por modo brillante, aunque exagerando algo quizá la civilización de los primeros siglos de la ciudad Eterna. «Rómulo, dice, vivía hace menos de seiscientos años, en tiempo en que ya eran muy antiguas las ciencias y las letras, y en el que habían desaparecido los antiguos errores de una civilización naciente y ruda. Si según consignan los anales de los griegos, se fundó Roma en el año segundo de la olimpiada séptima, la existencia de Rómulo se remonta al tiempo en que Grecia estaba ya poblada de poetas y de músicos, siglo en que las fábulas contemporáneas hubiesen conseguido muy poco éxito. En efecto; establécese la primera olimpiada ciento ocho años después de la promulgación de las le-

(1) Traducción publicada en esta Biblioteca.

yes de Licurgo, aunque por equivocación de nombres algunos autores refieren la institución al mismo Licurgo. Por otra parte, los cálculos más recientes colocan á Homero por lo menos treinta años antes que Licurgo, de lo que puede deducirse que Homero precedió en muchos años á Rómulo. Así, pues, la instrucción de los hombres y las mismas luces de la época debían dejar entonces muy poco espacio á la ficción. La antigüedad pudo recibir fábulas hasta groseras á veces; pero esta época, culta ya, debía rechazar con burla toda suposición inverosímil.»

A los autores que cita Cicerón podrían añadirse otros muchos, como Hesiodo, los poetas cíclicos, Tirteo, Terpandro, Arquiloco, Aleman. En el siglo VII florecieron en el Mediodía de la Península Itálica los legisladores Zeleuco y Carondas. En el siglo VI, en tiempo de los Tarquinos, comenzó á aparecer la crítica de Homero, y por consiguiente la gramática y la filosofía del lenguaje. Algunos años antes florecían Solón, que compuso poemas, de los que se conservan fragmentos, y que dió á su patria leyes escritas que precedieron á las de Licurgo. En este período fundaron escuelas filosóficas Thales en Mileto, Pitágoras en Crotona, y los poetas como los filósofos elevaban los espíritus y ennoblecían las almas. ¿Cómo no creer que desde la Gran Grecia, donde aquel inmenso desarrollo literario y científico ejerció tan notable influencia, aquella fecunda civilización, no se extendiese al Lacio, cuando se sabe que la Etruria, tan cercana de Roma, no fué extraña á ella, abrazando en sus relaciones comerciales todas las costas del Asia Menor, de la Grecia, de las islas del mar Jónico y del Tirreno?

Apenas habían transcurrido cien años desde la época que se asigna á la fundación de Roma, cuando Demarato, arrojado por la tiranía de Cypselo, se estableció en Tarquinia, donde enseñó á Italia el arte de pintar los vasos, fundando una colonia de artistas, á cuyo frente estaban Euquires y Eugrammo, quienes sin duda debían estos nombres á su habilidad. «No fué, dice Cicerón en su *República*, un arroyuelo derivado hacia nuestras murallas, sino caudaloso río que nos traía á torrentes las ciencias y las artes de la Grecia... Habiendo tenido dos hijos de su matrimonio con una mujer de aquella ciudad, les intruyó en todas las ciencias, siguiendo el método de la educación griega.» Uno de estos hijos, Tarquino el Viejo, llegó á ser rey de Roma.

Prescindiendo de la influencia que la literatura griega pudo ejercer en Roma, mucho antes de la conquista de la Grecia, existen pruebas de que Italia tenía literatura completamente nacional. Que los etruscos la tenían, lo demuestra el discurso de Claudio y el pasaje en que G. Lydo habla de los libros de Tarcón. Y en cuanto á Roma, es imposible negar que desde los tiempos más antiguos tenía cantos populares, de los que se conservan algunos fragmentos. Sabido es que Fabio Pictor, á quien cita Dionisio de Halicarnaso, hablaba, refiriéndose á Rómulo y á Remo, de cantos nacionales que todavía repetían los romanos en su época. Pero estos cantos, de los que en estos últimos tiempos ha querido hacerse epopeyas ó ciclos, no fueron la única fuente en que pudieron beber los primeros escritores que quisieron quitar á la historia nacional la forma árida y seca que se le había dado hasta entonces en los *Ana-*



*les de los pontífices.* Los documentos á que pudieron recurrir eran más numerosos de lo que generalmente se cree, y brevemente los examinaremos.

Uno de los adversarios más decididos de la *Historia primitiva de Roma* admite que estas fuentes eran cinco: los grandes anales; las actas públicas; los libros de los magistrados; los *lintei libri*, que tal vez son los mismos anteriores; las memorias de las familias censoriales, que probablemente entran también en alguna de las categorías anteriores.

Pero esta enumeración está muy lejos de ser exacta. Las fuentes en que bebieron los historiadores de Roma más antiguos pueden clasificarse del modo siguiente: Anales de los pontífices; libros sagrados, rituales; cantos religiosos; *libri lintei*, *libri magistratum*, *ensorum tabulæ*; leyes reales, plebiscitos, *senatus consultos*, tratados, tablas triunfales, inscripciones, monedas, archivos de familias, imágenes de antepasados, actas civiles, cantos nacionales, monumentos, edificios, estatuas, reliquias, etc., archivos de los pueblos inmediatos á Roma.

A estas fuentes deben añadirse los documentos posteriores á la abolición de la monarquía ó quizá solamente á la toma de la ciudad, pero anteriores á la redacción de la historia, y son: actas del Senado, actas forenses, actas militares ó bélicas.

Examinados estos documentos, compréndese que tienen más importancia de la que generalmente se les ha concedido.

Los Anales de los pontífices, dice un notable escritor, M. Victor Leclerc, eran como tablas cronológicas, escritas primeramente en tablas de madera pinta-

das de blanco, en las que el pontífice máximo, quizá desde el primer siglo de Roma, pero al menos desde el año 350 al 623, ó poco tiempo después, anotaba anualmente, en estilo breve y sencillo, los acontecimientos públicos más notables.

Estas tablas, bien las dejasen sobre madera, bien las trasladasen á piedra ó bronce, no perecieron todas en la invasión de los galos, y conservadas con el cuidado con que atendió siempre Roma á los antiguos monumentos escritos, las consultaron para los tiempos anteriores Catón, Polibio, Varrón, Cicerón, Valerio Flaco y otros escritores, que Dionisio de Halicarnaso, Tito Livio, Quintiliano, Plinio el Viejo, Aulo Gelio y Vospicio tuvieron entre manos. También es probable, según Aulo Gelio y Servio, que se redujesen á un solo cuerpo, aunque no deben confundirse con otros muchos compendios que llevan el nombre de los pontífices. Conceder que con el tiempo pudieron disminuir, ser interpoladas, modificado su estilo, divididas en libros, como muchas veces lo han sido los textos antiguos, no es destruir su existencia.

En cuanto á la autoridad de estos *Anales*, las fábulas religiosas ó políticas que debían contener, á juzgar por los rastros que quedan, no son más maravillosas que tantas otras fábulas de las antiguas crónicas de todos los pueblos.

Los historiadores latinos han designado estos documentos con nombres muy diferentes; M. Leclerc ha demostrado que debían admitirse como anales de los pontífices las obras citadas con los títulos: *Annales pontificum* ó *pontificis*, *Annales publici*, *Annales maximi* y *Commentarii pontificum*, aunque este último tí-

tulo puede aplicarse algunas veces á libros de disciplina religiosa.

De los rituales de los pontifices (*libri pontificii*) tomó sin duda Tito Livio la fórmula del facial y del *pater patratus*, consagrando el tratado entre Alba y Roma, la del juicio de Horacio, asesino de su hermana, y la del tratado entre el primer Tarquino y los sabinos por la cesión de Colacia, fórmula que reproduce casi literalmente cuando tres siglos después el pueblo campanés y la ciudad de Capua se entregaron al Senado romano. De la misma fuente sin duda tomaron Varrón y Yuba, traducidos por Plutarco, la antigua historia de un romano que en tiempos del rey Servio, por medio de una estratagema, aseguró el imperio á su ciudad natal. Demuestra además que estos documentos tan importantes para la religión no perecieron en el incendio de Roma el hecho de citarlos Cicerón para demostrar que la apelación al pueblo existía en tiempo de los reyes.

Cuando, después de la marcha de los galos, un senatus consulto, dado á petición de Camilo, ordenó que se purificasen solemnemente todos los lugares santos que ocupó el enemigo, decidióse que para esta ceremonia expiatoria consultasen los duunviros los libros. Tratábase sin duda de los *sibílinos* ó *fatales*, libros misteriosos que los duunviros de los sacrificios iban á consultar por orden del Senado, y que despues se confiaron á los decenviros y más adelante á los quindecenviros de los sacrificios, encargados de los juegos eculares.

Estos documentos debían pertenecer al número de los que escaparon de los estragos de los galos. El mis-

mo Tito Livio refiere que, á la noticia de la invasión de los galos, los sacerdotes y las vestales, ocupados únicamente en conservar todo lo concerniente á la religión, encerraron parte de los objetos sagrados en sepulcros de tierra cocida, enterrándolos cerca de la morada del flamin quirinal, y que distribuyéndose el resto, lo trasladaron á Cerea, donde buscaron refugio. Indudablemente entre los libros sagrados debían figurar en primer término los rituales, que formaban la fuerza de la clase patricia.

Entre los monumentos que escaparon de la catástrofe del año 363, en orden cronológico deben contarse los cantos de los *hermanos Arvales*, que pueden remontarse á Numa y tal vez á tiempos más antiguos, y de los que una copia en mármol, grabada en tiempo de Heliogábalo, según otras copias transmitidas de edad en edad, se encontró en las excavaciones que se hicieron para construir la sacristía de San Pedro; el himno de los Salianos, que debió conservarse de la misma manera, en el que Varrón reconoce los primeros acentos de la poesía de los romanos (*romanorum prima verba poetica*); considérase también como anterior á Numa, y que hasta para los mismos Salianos, según Horacio y Quintiliano, necesitaba explicación.

Tal vez deben colocarse en esta categoría los oráculos atribuidos á Marcio y á Publicio, aunque no se conoce bien su época.

Los *libri lintei* no debe confundirse con los *libri magistratum*, aunque, según parece, unos y otros fueron catálogos de magistrados.

Estos libros, llamados así por la materia en que estaban escritos, existían aún en tiempos de Licinio

Macer y de Tuberón, quienes los consultaron en el templo de Moneta para hechos de los años 310, 313, 318 y 320, y anteriores por tanto á la toma de Roma. Hay que advertir que el uso de escribir en tela de lino se conservó mucho tiempo, puesto que se encuentran libros de esta clase de la época de Aureliano: en el Código Teodosiano se hace mención de leyes escritas en *mappæ lintæ* para exponerlas en toda Italia.

También escaparon los libros de los magistrados al desastre del año 363, puesto que el mismo Licinio se apoya en ellos para un hecho del año 309.

En cuanto á las Memorias de los censores, *ensorum tabulæ*, que los hijos recibían de sus padres y que cuidaban de transmitir á sus descendientes como herencia sagrada, Dionisio de Halicarnaso las cita al hablar de un censo que se hizo en tiempos del rey Servio Tulio; no porque en esta época hubiese censores, sino porque tal vez se depositaron en los archivos de esta magistratura los registros antiguos. El mismo autor las cita refiriéndose á un censo que se hizo dos años antes de la toma de Roma, sirviéndose de ellas para determinar el año de la fundación de la ciudad. También apela á esta fuente Polibio, y Varrón buscaba en estos documentos rastros de la antigua lengua latina.

Cuéntanse también entre los monumentos que escaparon á los estragos de los galos, las leyes reales, escritas en madera, piedra ó bronce, y que se recogieron después del incendio, como las de Numa, cuya existencia en los archivos públicos atestigua Cicerón en su *República*; las de Tulo, que el mismo escritor comprende en los comentarios de los reyes y cuya autori-

dad invocaba todavía el emperador Claudio, como el cuadro de las centurias de Servio que Verrius Flaco había consultado, y otras disposiciones de aquel rey legislador; muchas leyes de las que siguieron á éstas, las sagradas del año 260, las que los cónsules del año 281 hicieron grabar en una columna de bronce y que ofrecieron á Varrón el uso más antiguo de intercalar, sobre todo las de las Doce Tablas, que Tito Livio conocía, pero de las que no se sirvió para la historia.

A este género de documentos pertenecen aquellos que en el año 304 se encargó á los ediles conservar en el templo de Ceres, cuando se echó de ver que los cónsules no eran depositarios fieles, y que escritos en planchas de bronce podían escapar á la destrucción.

Los Tratados cuyos fragmentos ha conservado el tiempo son numerosos, y su autenticidad no la han puesto en duda los críticos que *echaron por tierra la vieja novela*. El más antiguo es el que Rómulo, según Dionisio de Halicarnaso, ajustó por cien años con los veyos y que grabó en columnas.

Según el mismo historiador, Servio reunió en una confederación común todos los pueblos latinos: elevó en Roma un templo en el que debían celebrarse las asambleas de los confederados, y estableció en él un asilo. Este templo estaba dedicado á Diana y construído en el Aventino, el monte más alto de Roma. Allí escribió las leyes de aquella alianza, ordenó los ritos de las fiestas, las épocas de la policía de los mercados é hizo grabar en una columna de bronce los decretos de la confederación. Esta columna existía aún en la época de Dionisio, que asegura haberla visto, y dice que la inscripción estaba en letras griegas antiguas.

También cita Dionisio un tratado ajustado con los latinos por Tarquino el Soberbio, y que las dos partes contratantes escribieron en columnas; lo que parece demostrar que existía un ejemplar en cada uno de los dos pueblos.

Después de vencer Tarquino á los gabienos, hizo escribir las condiciones de la nueva alianza que concluyó con ellos en un escudo de madera, recubierto con piel de toro, que todavía se encontraba en Roma en tiempo de Dionisio de Halicarnaso, en el templo de Sancus ó Júpiter Fidio.

Dionisio cita otro tratado de este mismo rey con los sabinos.

Polibio tradujo literalmente el primer Tratado ajustado entre los romanos y los cartagineses en el primer año que siguió á la expulsión de los reyes. Este Tratado estaba grabado en una plancha de bronce y se conservaba con otros muchos documentos del mismo género en el archivo de los ediles en el templo de Júpiter Capitolino. El mismo historiador dice que los romanos más hábiles, aun estudiándolo, apenas podían comprender algunas palabras.

Tito Livio omite por exceso de patriotismo las duras condiciones impuestas á Roma por Porsena, que cita Plinio, entre las que estaba la prohibición de usar el hierro más que en la agricultura. La omisión de este hecho no es bastante para argüir de novela á su historia ni para negar que el rey etrusco se apoderase de Roma.

En 260 ajustó Roma un tratado con los latinos, que analizó Dionisio de Halicarnaso y que había leído detrás de los Rostros en la columna de bronce que se rehizo en tiempo de Cicerón.

Viene en seguida el tratado concluído con los ardeatinos en 310; tratado que existía aun en tiempos de Tito Livio, así como los *libri lintei*, los anales antiguos y los libros de los magistrados. Los mencionados y los tratados con Cartago en 408 y 476, traducidos por Polibio, que los había visto en el mismo depósito que los anteriores, es cuanto queda de los monumentos de este género, que existían á principios del siglo VI de Roma y que pudieron consultar los primeros romanos que dieron forma más literaria á los anales de su patria.

A los documentos indicados deben añadirse las Tablas triunfales, de las que solamente menciona tres Tito Livio, á pesar de que existiese un número mucho mayor. El uso de estas Tablas, que se perpetuó hasta los últimos tiempos de la república, remonta muy alto y debieron conservarlo con religioso cuidado, puesto que Cincio vió la del dictador T. Quinccio, y el gramático Atilio Fortunatisimo pudo leer en el Capitolio las de L. Emilio Regilo y de Acilio Glabrión. Imposible es decir si Tito Livio vió por sí mismo los monumentos que cita, ó si habla de ellos según los anales; lo cierto es que no los transcribe textualmente.

Probablemente los primeros historiadores no prescindirían de las inscripciones, que debieron conservarse cuidadosamente porque halagaban á la vez el orgullo nacional y el de las familias. Es muy de creer que los pedestales de las estatuas elevadas á los grandes hombres, como Servio Tulio, Horacio Cocles, Porsena, Hermodoro y á los cuatro legados romanos muertos en Fidenas en 316, cuyos nombres se conservaban aún en tiempos de Tito Livio, estarían decora-



dos con inscripciones concebidas, salvas las modificaciones de la lengua, sobre poco más ó menos en los mismos términos que las que han llegado á nosotros; es decir, en versos saturninos, como los de las tumbas de la familia de los Scipiones, ó en prosa, como muchas otras. Lo mismo debía acontecer con los templos, los altares y los cuadros votivos. En tiempo de Augusto leíase todavía la inscripción que se escribió sobre la coraza lintea que depositó Cosso en 317 en el templo de Júpiter Feretriano con los segundos despojos ópimos. En último caso, esta inscripción no es la más antigua de que hacen mención los escritores latinos. Plinio habla de una encina más antigua que Roma, que se veía en su tiempo aún sobre el monte Vaticano, y cuya inscripción en caracteres etruscos y de bronce atestiguaba que, desde los tiempos más remotos, aquel árbol era sagrado. Haremos observar que una inscripción etrusca no pudo colocarse en Roma sino en la época de la dominación de los etruscos; esto es, bajo uno de los tres últimos reyes; lo que demuestra que en aquella época conocían la escritura los romanos.

Pueden citarse también los versos en antiguos caracteres latinos, unidos, según testimonio de Plinio, á las pinturas del templo de Ardea; los escudos que el mismo escritor vió colgados en el templo de Belona en honor de la familia Claudia y llenos de inscripciones conmemorativas por Appio Claudio, cónsul en 258; los versos griegos que acompañaban á las obras de plástica y de pintura de Damófilo y de Gorgaso en el templo de Ceres, dedicado por el cónsul Sp. Cassio en 260 (495 años antes de Jesucristo); la inscripción de Duilio, que se cree de 499; las de la cripta de los

Scipiones y la que Annibal hizo grabar en caracteres púnicos y griegos en el cabo Lacinio.

Las monedas constituyen otro dato importante. Por Plinio y Casiodoro sabemos que las más antiguas, las de bronce, comenzaron á grabarse bajo el reinado de Servio. Los sabios consideran como pertenecientes al tercer siglo de Roma, al cuarto á lo sumo, aquellas en que por primera vez aparecen signos alfabéticos, los ases de forma cuadrada con la inscripción ROMANON. Demuestra que esta opinión es muy verosímil el hecho de conservarse medallas escritas de las ciudades de Grecia, cuya edad remonta sin duda á principios del siglo VI antes de nuestra era, especialmente las de Sibaris, que de ninguna manera pueden ser anteriores al año 510, en que fué destruída esta ciudad; año que, como es sabido, siguió inmediatamente á aquel en que fué desterrado de Roma Tarquino.

Admitiendo que en los primeros tiempos de Roma las monedas no prestasen grande auxilio para las investigaciones históricas, pudieron prestarlo sin duda antes de terminar el siglo V de la fundación de la ciudad; época en que, según los críticos más notables, comienza á ofrecer alguna seguridad la historia romana. Las monedas dan, por otra parte, y esto importa mucho consignarlo, prueba material é irrecusable de que la escritura es más antigua en Roma de lo que se supone. Las mismas *pecuniæ*, más antiguas que las monedas, anuncian un arte de transmisión, pero arte que había conseguido ya cierto grado de pureza y que solamente puede pertenecer á una época civilizada.

Las familias conservaban también en su *tablinum* sus propias memorias, *commentarii*, que se trasmitian

de generación en generación: este es un hecho del que se tienen pruebas en cuanto á la familia Sergia y la Porcia. A estos documentos pertenecen, sin duda, las Tablas genealógicas, que, según el Clodio de quien habla Plutarco, fueron alteradas por adulación después del incendio de Roma por los galos; alteración que no podía extenderse más que á algunos nombres propios y no á hechos esenciales que otros monumentos atestiguan.

Pueden añadirse á estos monumentos los elogios fúnebres, *laudes funebres*, *mortuorum laudationes* y otros discursos públicos, *orationes*; como por ejemplo: el de Appio Cæco sobre Pirro, que se conservaba como recuerdo de los antepasados.

Es indudable que estos documentos no estuvieron libres de las falsificaciones interesadas que á ellos llevaron las familias; pero estas falsificaciones debieron ser parecidas á las de las Tablas genealógicas, y no pudieron en manera alguna cambiar el carácter de los hechos históricos, puesto que habrían destruido la verosimilitud de los hechos con que los falsificadores querían honrar su raza.

«Cuando algún romano distinguido muere, dice Polibio, le transportan con mucha pompa al Foro y le colocan cerca de los Rostros, ordinariamente de pie, para que la multitud pueda verle, y rara vez tendido. Rodéale entonces el pueblo, y si ha dejado un hijo crecido ya, y este hijo se encuentra en Roma, y en caso contrario algún miembro de la familia, sube á la tribuna de las arengas y celebra las virtudes del muerto y sus bellas acciones. Resulta de esto que recordando el pueblo aquella gloriosa vida y examinándola, por

decirlo así, el duelo no es solamente de familia, sino público.

»Sepultado el cadáver y cumplidos todos los deberes religiosos, colócase la imagen del muerto en el sitio más visible de la casa, y se la rodea de un marco de madera. Consiste esta imagen en una máscara exactamente parecida; reproduciendo, no solamente las facciones, sino hasta el color del rostro. En las fiestas públicas, estas imágenes se sacan del marco y se adornan cuidadosamente. Cuando muere un personaje eminente de la familia, llévanse las imágenes en la comitiva, empleándose para esto hombres cuya estatura y rasgos característicos recuerden cuanto sea posible al difunto, y que además vistén la pretexta si representan á un cónsul ó á un pretor, la toga de púrpura si á un censor y la bordada de oro si se trata de un triunfador. Preséntanse montados en carros, precedidos de lictores y demás insignias propias de las magistraturas que aquellos ejercieron en vida. Cuando llegan á los Rostros siéntanse en sillas de marfil, y no hay espectáculo más bello ni más dulce para un joven amante de la gloria y la virtud. ¿Quién no se sentiría exaltado al ver reunidas todas aquellas imágenes, por decirlo así, vivas y animadas, de hombres ilustres por su mérito? ¡No, no hay espectáculo más bello!

»El que pronuncia la oración fúnebre del ciudadano á quien van á sepultar, recuerda, cuando ha terminado de hablar del muerto, la gloria y los hechos de todos los muertos, cuyas imágenes le rodean, comenzando por el más antiguo; y por medio de este elogio, renovado de esta manera, la gloria de los ciudadanos que han realizado algo grande, viene á ser inmortal y el

recuerdo de los bienhechores de la patria se trasmite de generación en generación á la posteridad.»

Este pasaje de Polibio refuta victoriosamente los asertos de Clodio en cuanto á las alteraciones de los documentos familiares. Es muy difícil, después de leerle, admitir que las genealogías de las familias de Roma sufriesen, después de la destrucción de la ciudad, alteraciones tan grandes como las que se suponen para poder negar la autenticidad de los monumentos antiguos. Admitamos que en el incendio de Roma quedasen destruidas todas las imágenes de familia sin excepción; de tal manera las conocía el pueblo, que las veía pasar ante sus ojos en todas las ceremonias públicas, que los artistas romanos podían sin trabajo, en aquella época en que están demostradas con pruebas irrecusables las relaciones de Roma y Grecia, reproducirlas con bastante fidelidad para que el amor propio nacional no tuviese que lamentar su pérdida ni quedase interrumpido el hilo de la tradición. Es indudable que si se hubiese observado alguna inexactitud, alguna falsificación, el pueblo no hubiese dejado de invocar sus recuerdos y hacer justicia al falsificador.

El mismo argumento se aplica á los elogios fúnebres: de tal manera pertenecían al dominio público los hechos que recordaban, que no se hubiese podido alterarlos impunemente. En seguida hubiese aparecido alguna memoria acusadora fundándose en estos recuerdos, en los monumentos públicos, en los tratados, en los anales, etc., para restablecer la verdad, sobre todo en una época en que se reconcentraba en Roma toda la existencia nacional, en que las grandes familias eran objeto de la atención general y en la que

los celos de las familias plebeyas no hubiese permitido la introducción de falsas tradiciones que aumentasen más y más la importancia de los antagonistas del partido popular.

La institución de las actas del estado civil, conocidas de los atenienses, databa en Roma de Servio Tulio, si ha de creerse á Pisón, á quien cita Dionisio de Halicarnaso. Más adelante se encargó á los censores la vigilancia de estas actas, después á los cuestores y últimamente á los prefectos del Tesoro. Diariamente se inscribían en estos registros los nacimientos, matrimonios, repudios, divorcios y fallecimientos.

En esta clase de documentos coloca M. Leclerc aquellos cantos nacionales que en tiempo de Dionisio de Halicarnaso, ó por lo menos en el de Fabio Pictor, entonaba aún la belicosa juventud de los fundadores de Roma; especialmente los cantos militares, tales como aquellos cuyo uso no omitió el mismo Tito Livio; cantos heroicos de los festines, de los combates, de los triunfos, de los funerales, que después de pasar de boca en boca, tal vez quedaron perpetuados por la escritura.

También pertenecen á esta clase los cantos satíricos, cuyas asperezas y excesos tuvo que reprimir la ley de las Doce Tablas.

La mayor parte de los hechos que consignan los documentos históricos que acabamos de citar, estaban confirmados por los monumentos que los romanos contemplaban diariamente. Sin hablar de la cabaña de Rómulo que veían al ir al circo Máximo, cerca del Tíber, las murallas de Anco Marcio, el edificio cuadrado del Capitolio, la cloaca de Tarquino, existían

además muchas estatuas, citadas por Plinio y Servio, como testimonio de la existencia de los antiguos reyes. A otros vestigios como las pinturas en las murallas de Ardea, de Lanuvio, de Cerea, se une el recuerdo de una civilización anterior á la fundación de Roma. En fin, la higuera ruminal que en tiempo de Tito Livio se veía aún en el *Comitium*, y que, cincuenta años después, recobró nueva lozanía; el poste de la Hernana que no cesaron de renovar hasta la época de Augusto; la rueca y el huso de Tanaquil, que Varrón vió todavía en el templo de Sancus; las dos togas pretextas con que Servio revistió la estatua de la Fortuna, y que duraron hasta la muerte de Seyano, eran pruebas equívocas sin duda en su mayor parte, hechos que la tradición podía haber alterado, pero que no dejaban de tener fondo histórico.

En el caso de que los galos hubiesen destruído en su invasión todos los documentos históricos que acabamos de enumerar rápidamente, y que la parte más preciosa de estos antiguos vestigios de la historia no la hubiesen trasportado á Cerea los pontífices ó conservado en el Capitolio y hasta en el monte Palatino, que no fué completamente incendiado, si ha de creerse á Diodoro Sículo, los anales de las ciudades itálicas hubiesen ofrecido á los romanos medios para reparar las pérdidas que hubiesen podido experimentar. Aquellas ciudades, cuya mayor parte no sufrieron la invasión gala, tenían archivos nacionales, en los que debían encontrarse los documentos de sus guerras, de sus tratados, de sus relaciones con Roma. Hoy está demostrado hasta la evidencia que Antenna, Tíbur, Aricia, Laurento, Lanuvio, Anagni, Prenesto, Lavinia, Tarento, Cu-

mas, los sabinos, los amnitas, los etruscos, los euganeos y otros tenían fastos, *libri lintei*, historias y libros sagrados. No es aventurado pensar que en estos pueblos de la Italia primitiva Roma pudo encontrar de nuevo, en el botín de la victoria, los documentos de su historia nacional; porque uno de sus historiadores más antiguos, el hombre que mejor aprovechó aquellos frutos de la conquista, Catón el antiguo, en el libro segundo de sus *Orígenes*, censurando á los ligurios la ignorancia de su procedencia, su falta de tradición y de letras, les avergonzaba por ser una excepción. De esto puede deducirse que los demás pueblos de Italia le habían transmitido sus anales.

En cuanto á las actas del Senado, éstas permanecieron secretas hasta César, pero debieron conservarse desde muy antiguo y ser accesibles á los patricios que se ocuparon de redactar la historia de Roma. Teniendo objeto político del momento el secreto en que aquella asamblea envolvía sus deliberaciones, aquel secreto no debía extenderse á las épocas antiguas. Por otra parte, es evidente que no se ocultaban al pueblo más que las deliberaciones de alta importancia. En estos casos los mismos senadores redactaban las actas, mientras que en circunstancias ordinarias las levantaban los secretarios, que eran extraños al Senado.

En el nombre de actas forenses pueden comprenderse las de la autoridad popular y las de los tribunales. Las primeras comprenden las leyes, los plebiscitos, el resultado de las elecciones por comicios, los edictos ó proclamaciones de los tribunos, de los ediles y de los demás magistrados del pueblo. Depositábanse, como los *senatus consultos* y los tratados, en los archivos anejos



á muchos templos, al de Júpiter en el Capitolio, de Ceres, de la Libertad, de las Ninfas, y especialmente en el de Saturno. Como eran actas auténticas y obligatorias, necesariamente habían de publicarse.

También lo eran las actas judiciales y las sentencias de los diferentes jueces. A la cabeza llevaban los nombres de los cónsules, como se ve en Ammiano y en San Agustín, que siguiendo la costumbre legal las llama *gestas*.

Las actas ó diarios militares, *acta militaria ó bellica*, formaron desde los primeros tiempos una clase especial, cuyos principales documentos, reunidos durante larga serie de guerras con tantos pueblos, tal vez se coleccionaron más adelante en el Tesoro militar que fundó Augusto. Puede creerse que en estos archivos militares, además de los estados de situación, de penas y recompensas, las diferentes clases de licencias, los privilegios concedidos á los veteranos, los itinerarios y mapas, se conservarían también las relaciones que dirigían los generales al Senado, y que, cuando los ejércitos remitían á Roma aquellas cartas laureadas que anunciaban victorias, no dejaban de unir las en sus actas á las páginas más modestas y sencillas en que constaban su número y sus servicios.

De todo lo dicho resulta que en Roma, desde los primeros siglos de su existencia, se conocía la escritura alfabética: que los primeros romanos que se ocuparon en redactar la historia nacional bajo forma literaria tenían á su disposición muchos y distintos documentos que, comprobándose mutuamente, permitían seguir con exactitud desde los tiempos más lejanos la serie de acontecimientos que habían contribuido al desarrollo

del poder romano: que estos documentos no consistían solamente en tradiciones antiguas, más ó ménos alteradas por la vanidad de las familias, sino que en su mayor parte eran actas oficiales, grabadas en mármol, bronce, plomo ó tablas de encina, ó bien pintadas en materias más frágiles sin duda, pero renovadas cuidadosamente: que aquellos documentos que desaparecieron á consecuencia de la invasión de los galos pudieron reproducirse con el auxilio de los conservados, con las copias de los tratados y de los anales que debían existir, y que efectivamente existían en poder de los pueblos vecinos. Es indudable que, conforme ha sucedido siempre en la historia primitiva de los imperios, se mezclaron con la verdad muchas fábulas; pero esto no autoriza para sostener que la historia de los cinco primeros siglos de Roma es un tejido de falsedades artísticamente ordenadas por griegos que querían adular á sus amos. Proscribir la historia de un siglo, dice Leclerc, porque á ella se mezclen fábulas, es proscribir la historia de todos los siglos. Dicese: los primeros siglos de Roma son sospechosos á causa de la loba de Rómulo, de los escudos de Numa, del cuchillo del augur, de la aparición de Cástor y Pólux; relatos adornados ó desfigurados de esta manera no pueden menos de ser completamente falsos; pues borrar de la historia romana toda la época de César, á causa del astro que apareció á su muerte, cuya imagen hizo colocar Augusto sobre la estatua de su padre adoptivo en el templo de Venus, y que muchos monumentos de numismática nos muestran aún; la del mismo Augusto, puesto que se le decía hijo de Apolo metamorfoseado en serpiente, y también el siglo de Tácito, que no des-

deña incluir en la fortuna de Vespasiano los milagros de Alejandria. Los prodigios recopilados por Julio Obsequens, quizá al mismo tiempo que Tácito, no comienzan hasta el año 563 de Roma; ¿son menos numerosos por esto? Imagínese lo que entonces aún podía decirse y creerse; recuérdese también que cuanto más lejanos son los tiempos, más fácil y frecuente es lo maravilloso de la historia, y sin duda no se mostrará más rigor en cuanto á los antiguos anales de Roma que en cuanto á los demás pueblos del mundo.

Así, pues, lo maravilloso mezclado á la historia de un pueblo, no autoriza á poner en duda la autenticidad de la historia en conjunto, y menos aún para reconstruirla completamente sobre hipótesis de todo punto gratuitas. La sana crítica debe eliminar lo maravilloso, ó mejor dicho, explicarlo; y esto es lo que hicieron ó intentaron algunos de los primeros historiadores de Roma, y especialmente Pisón, «que buscaba ya para las fábulas las interpretaciones naturales, y no admitía como verdaderos más que los hechos verosímiles.»

¿Procedió con igual severidad Tito Livio, y para separar la verdad del error compulsó todos los documentos citados? Puede creerse, á pesar del silencio que guarda, en cuanto que más de una vez copió los Anales de los pontífices, si no del original, al menos de los autores que los habían consultado. Sobre este punto dice M. Leclerc: «Tito Livio, aunque no indica sus fuentes, tomó evidentemente de las crónicas antiguas, á la vez etruscas y pontificias, todo lo que imprime á su narración venerable carácter de antigüedad religiosa, de tradición santa; bien lo tomase directamente, bien de los analistas que pudieron estudiarlos.»

Tito Livio cita muchas inscripciones, pero solamente discute una: la inscripción votiva de la coraza que depositó Cosso en 317 en el templo de Júpiter Fere-triano con los segundos despojos opimos.

Es indudable, además, que si escribió su historia con el socorro de los libros, los autores á que recurrió habían hecho uso de los documentos más antiguos, y que algunos de ellos procedieron con bastante crítica para que él no creyese deber comenzar nuevas investigaciones laboriosas que no entraban en su proyecto ni eran compatibles con su carácter.

Otra razón de los críticos que han pretendido rehacer la historia primitiva de Roma es la larga duración del reinado de los siete reyes, duración que se eleva á 244 años. Esta objeción no tiene absolutamente ningún valor, puesto que en la historia moderna hay ejemplos de periodos más largos en el reinado de siete reyes consécutivos.

Hay que notar además, que no siendo hereditarios los reyes en Roma, Rómulo y sus sucesores, elevados por elección, ocuparon el trono muy jóvenes.

Creemos que las consideraciones expuestas bastan para apreciar en todo su valor la *Historia de Roma* que escribió Tito Livio.

TITO LIVIO PATAVINO. <sup>(1)</sup>

---

## HISTORIA ROMANA.

---

Ignoro si aprovecharía mucho escribir la historia del pueblo romano desde su origen (2); y si no lo ignorase, no me atrevería á decirlo, sobre todo cuando considero lo antiguos que son algunos hechos, y lo conocidos, merced á la muchedumbre de escritores que incesantemente se renuevan, y que pretenden, ó presentarlos con mayor exactitud, ó que oscurecen con las galas del estilo la ruda sencillez de la antigüedad. Pero sea como quiera, tendré al menos la satisfacción de haber contri-

(1) Las mejores ediciones de Tito Livio llevan por título: TITI LIVII PATAVINI HISTORIARUM AB URBE CONDITA.

(2) No debe formarse de la primitiva Roma la idea que nos dan las ciudades que vemos hoy, como no sea las de Crimea, construidas para encerrar el botín, los ganados y frutos del campo. Los nombres antiguos de los principales parajes de Roma se relacionan con este uso.

La ciudad ni siquiera tenia calles, si se da este nombre á la continuación de los caminos que llegaban á ella. Las casas estaban colocadas sin orden y eran muy pequeñas; porque los hombres, trabajando siempre ó en la plaza pública, permanecian muy poco en sus hogares.

Pero la grandeza de Roma apareció muy pronto en los edificios públicos. Los monumentos que dieron y dan todavía la idea más alta de su poder fueron construidos en tiempo de los reyes. Entonces comenzó á edificarse la Ciudad Eterna.

buído á perpetuar la memoria de las grandes cosas llevadas á cabo por el pueblo más grande de la tierra; y si mi nombre desaparece entre tantos escritores (1), me consolarán el brillo y la fama de los que me obscurezcan. Es además labor inmensa consignar hechos realizados en un período de más de setecientos años, tomando por punto de partida los oscuros principios de Roma, y seguirla en su progreso hasta esta última época en que comienza á doblegarse bajo el peso de su misma grandeza; temo, por otra parte, que los principios de Roma y los períodos á ellos inmediatos tengan poco atractivo para los lectores, impacientes por llegar á las épocas modernas, en que el poderío, por harto tiempo soberano, torna sus fuerzas contra sí mismo. Por mi parte, un provecho obtendré de este trabajo: el de abstraerme del espectáculo de los males que por tantos años ha presenciado nuestro tiempo, ocupando por completo mi

(1) Titó Livio cita muchos en el curso de su obra; entre otros Q. Fabio Pictor, Valerio Ancias, L. Pisón, Q. Elio Tuberón, C. Licinio Macer, Clio, Polibio, etc.

Como se ve, era considerable el número de historiadores que le precedieron, teniendo por consiguiente que elegir entre ellos; sin que fuese empresa tan fácil entonces como ahora reunir todo lo que se había escrito acerca de asunto tan vasto é importante. La obra de Valerio Ancias sólo constaba de setenta y cinco libros y la de Cn. Gelio de noventa y siete. La mayor parte de estos historiadores habían seguido ó copiado á sus predecesores: compararlos entre sí, hubiera sido interminable trabajo de escaso resultado. Además, un talento como el de Tito Livio no podía limitarse á entrar en minuciosos detalles y á someter á la crítica hasta los hechos más pequeños. Para este trabajo no hubiese bastado la duración de su vida.

Según el mismo Tito Livio, el historiador latino más antiguo es Q. Fabio Pictor, que en sus anales latinos, porque también los escribió griegos, escribió la Historia Nacional desde la fundación de Roma hasta su época. Era hombre grave, senador; y Polibio, considerando su vida y su carácter, no admite que pueda creerse que voluntariamente alteró la verdad histórica.

atención en el estudio de la historia antigua y viéndome libre de los temores que, sin apartar de la verdad al escritor, consiguen sin embargo fatigarle. ✕

Los hechos que precedieron ó acompañaron á la fundación de Roma, antes aparecen embellecidos por fantasías poéticas, que apoyados en el irrecusable testimonio de la historia; no pretendo, sin embargo, afirmarlos ni rechazarlos, debiéndose perdonar á la antigüedad esa mezcla de cosas divinas y humanas que imprime caracteres más augustos al origen de las ciudades. Y ciertamente, si puede permitirse á pueblo alguno que dé carácter sagrado á su origen refiriéndolo á los dioses, sin duda ese pueblo es el romano; y al pretender que Marte es su padre y fundador, sopórtelo con paciencia los demás pueblos, como soportan su poderío.

✕ Poco monta, sin embargo, que se acepte ó rechace esta tradición. Lo importante y lo que debe ocupar la atención de todos es conocer la vida y costumbres de los primeros romanos, averiguar quiénes fueron los hombres y cuáles las artes, tanto en la paz como en la guerra, que fundaron nuestra grandeza y la dieron impulso, y seguir, en fin, con el pensamiento la insensible debilitación de la disciplina y aquella primera relajación de costumbres que, lanzándose muy pronto por rápida pendiente, precipitaron su caída, hasta nuestros días, en que el remedio es tan insoportable como el mal. Lo principal y más saludable en el conocimiento de la historia, es poner ante la vista en luminoso monumento enseñanzas de todo género que parecen decirnos: Esto debes hacer en provecho tuyo ó en el de la república; esto debes evitar, porque es vergonzoso pensarlo y vergonzoso hacerlo. Por lo demás, ó mucho me engaña la afición á este trabajo, ó jamás existió república más grande, más ilustre y abundante en buenos ejemplos; ninguna estuvo cerrada por más tiempo

al lujo y sed de riquezas, ni fué más constante en el culto á la templanza y la pobreza; de tal manera acomodaba sus deseos á su riqueza. En nuestros días es cuando la opulencia ha engendrado la avaricia, el desbordamiento de los placeres y un como deseo de perderlo todo en el deleite y desenfreno. Pero estas quejas mías, aun siendo necesarias, tendrían poco éxito, y debo por consiguiente prescindir de ellas en los comienzos de este gran trabajo. Mejor sería, si tuviese el privilegio de los poetas, empezar invocando los dioses y los diosas, para conseguir de ellos, por medio de súplicas y ruegos, que lleven á término feliz esta grande empresa.



# LIBRO PRIMERO

## DE LA PRIMERA DÉCADA.

---

### SUMARIO.

Llegada de Eneas á Italia y su casamiento con Livinia, hija del rey Latino.—Reinado de Ascanio en Alba y de los Silvios, sus sucesores.—Rhea, sorprendida por Marte, concibe dos hijos, que son Rómulo y Remo.—Muerte de Amulio.—Fundación de Roma.—Establecimiento del Senado.—Guerra con los sabios.—Consagración de despojos ópimos á Júpiter Feretriano.—División del pueblo en curias.—Derrota de los fidenatos y de los veyos.—Honores fúnebres á Rómulo.—Numa Pompilio establece las ceremonias religiosas; dedica un templo á Jano; ajusta la paz en todos los pueblos vecinos, y es el primero que cierra las puertas de aquel templo. Merced á los nocturnos coloquios que finge tener con la ninfa Egeria, inspira sentimientos religiosos á aquel pueblo rudo.—Tulo Hostilio hace la guerra á los albanos.—Combate de los Horacios y Curiacios.—Perdón de Horacio.—Suplicio de Mecio, rey de Alba.—Destrucción de Alba é incorporación de sus habitantes á Roma.—Guerra con los sabinos.—Muerte de Tulo.—Anco Marcio restablece las ceremonias de Numa; derrota á los latinos, les otorga el derecho de ciudadanía y les da por morada el monte Aventino.—Segunda toma de Politorio, ciudad del Lacio, de la que se habían apoderado los antiguos latinos, y destrucción de esta ciudad.—Anco construye un puente de madera sobre el Tíber; une el monte Janículo á la ciudad y ensancha las

fronteras de su imperio; edifica á Ostia y muere después de reinar veinticuatro años. Bajo su reinado viene á Roma desde Tarquinia, ciudad de Etruria, Lecumón, hijo del corintiano Demarato; admitido en la intimidad de Anco, toma el nombre de Tarquino, sucediéndole en el trono después de su muerte. Aumenta en ciento el número de senadores; somete á los latinos; traza el recinto del circo y establece juegos. Atacado por los sabinos, aumenta las centurias de los caballeros. Para probar la ciencia del augur Acio Navio, le pregunta si es posible lo que en aquel momento piensa, y ante contestación afirmativa le manda partir una piedra con un cuchillo, cosa que el augur realiza en el acto.—Derrota de los sabinos; álzanse las murallas de Roma; construcción de las cloacas.—Los hijos de Anco asesinan á Tarquino, que reinó treinta y ocho años.—Le sucede Servio Tulio, hijo de un noble cautivo de Cornículo; la tradición refería de éste que en su infancia se vieron fulgores en derredor de su cabeza; derrota de los veyos y de los etruscos.—Establecimiento del censo, que eleva, según se dice, á ochenta mil el número de los ciudadanos.—Ceremonia del lustró.—División del pueblo en clases y centurias.—El rey traslada el Pomerium para reunir á la ciudad los montes Quirinal, Viminal y Esquilino.—De acuerdo con los latinos eleva un templo á Diana en el monte Aventino.—Le asesina L. Tarquino, hijo de Prisco, por instigación de su hija Tulia, después de un reinado de cuarenta años.—A su muerte, Tarquino el Soberbio se apodera del trono sin el consentimiento del Senado ni del pueblo: el día de la usurpación la infame Tulia hace pasar su carro sobre el cuerpo de su padre.—Tarquino se rodea de grandes ejércitos para la seguridad de su persona.—Turno Herdonio parece víctima de su perfidia.—Tarquino hace la guerra á los volscos, y con sus despojos construye un templo á Júpiter en el Capitolio.—El dios Término y la diosa de la Juventud resisten á la destrucción, y sus altares quedan dentro del templo nuevo.—Sexto Tarquino, su hijo, se apodera por astucia de la ciudad de los gabienos.—Sus hijos marchan á Delfos y consultan el oráculo para saber cuál de ellos recibirá la corona: contesta el oráculo que reinará aquel que dé el primer beso á su madre.—Engáñanse acerca del sentido del oráculo: Junio Bruto, que les ha-

bía acompañado, se deja caer como por torpeza y besa la tierra; el éxito no tardó en justificar su interpretación; en efecto, habiendo provocado general indignación la tiranía de Tarquino el Soberbio, su hijo Sexto la hace desbordar deshonrando á Lucrecia, á la que sorprendió de noche por violencia; manda ésta llamar á su padre Trisipitino y á Colatino, su esposo, y se mata á su vista, después de hacerlos jurar que vengarán su muerte. Gracias á los esfuerzos de Bruto, cúmplase este juramento.—Tarquino es depuesto después de reinar veinticinco años.—Creación de los primeros cónsules L. Junio Bruto y L. Tarquino Colatino.

En primer lugar, cosa sabida es que después de la toma de Troya los griegos mostraron suma crueldad sobre el pueblo troyano, exceptuando Eneas y Antenor, bien porque les protegiese el derecho de antigua hospitalidad, bien porque habiendo aconsejado constantemente entregar á Helena y ajustar la paz, inclinase al vencedor á no usar de los derechos de la guerra. Sabido es también generalmente que después de diferentes contrastes de fortuna, Antenor, al frente de buen golpe de henetos, que arrojados de Paflagonia por una sedición y privados de su rey Filemeno, muerto bajo las murallas de Troya, buscaban caudillo y terreno en que acomodarse, penetró hasta lo último del golfo Adriático, y arrojando á los eugeneos, establecidos entre el mar y los Alpes, los henetos, reunidos con los troyanos, se apoderaron de su territorio. El paraje en que primeramente se establecieron ha conservado el nombre de Troya, así como también la comarca que de aquél depende, pero todos los moradores se llaman venetos.

La misma catástrofe arrojó á Eneas de su patria; pero destinándole la fortuna á realizar empresas de mayor esfuerzo, llegó primeramente á Macedonia, pasó de allí á Sicilia, desde donde, buscando sin descanso

una patria, arribó con su flota á los campos Laurentos, llamados así del nombre de Troya.

Una vez en estas playas, los troyanos, á quienes tan larga navegación por aquellos mares, por los que habían vagado durante años, solamente les había dejado armas y naves, se desparramaron por las campiñas en busca de botín, cuando el rey Latino y los aborígenes, que ocupaban entonces la comarca, acudieron en son de guerra desde la ciudad y parajes inmediatos, para rechazar la agresión de aquellos extranjeros. Dicen unos (1) que después de ser derrotado ajustó Latino la paz y se alió con Eneas. Otros aseguran que estando frente á frente los ejércitos, antes de darse la señal, avanzó Latino con lo más escogido de los suyos é invitó al jefe de los extranjeros á una conferencia. Preguntóle de qué nación eran, de dónde venían, qué revés de fortuna les había desterrado de su país y qué propósito les traía á los campos Laurentinos. Cuando se enteró de que eran troyanos, que su capitán era Eneas, hijo de Anquises y de Venus, y que huyendo de su patria y sus moradas incendiadas buscaban paraje para edificar una ciudad, pasmado de admiración ante aquel glorioso pueblo y su caudillo, viéndoles además tan dispuestos á la guerra como á la paz, tendió la mano á Eneas como prueba de su futura amistad. Ajustóse entonces el tratado entre los jefes y se reunieron los ejércitos. Eneas vino á ser huésped de Latino, y éste, en su palacio, ante el altar de sus dioses penates, le dió á su hija por esposa, para estrechar con lazos domésticos la unión de los dos pueblos. Esta unión robusteció la esperanza de los troyanos de tener al fin una patria duradera que pusiese término á su vagabundo destino.

(1) De las dos tradiciones que cita Tito Livio, la segunda parece ser muy antigua.

Constituyeron, pues, una ciudad, y Eneas, del nombre de su esposa, la llamó Lavinia. De este matrimonio nació muy pronto un hijo, á quien sus padres llamaron Ascanio. /

Los aborígenes y los troyanos reunidos tuvieron que sostener una guerra. Turno, rey de los rútuos, á quien había sido prometida Lavinia antes de la llegada de Eneas, irritado al verse pospuesto á un extranjero, declaró la guerra á los latinos y á Eneas á la vez. Ninguno resultó ganancioso en aquel combate, porque si los rútuos quedaron vencidos, la victoria costó á los aborígenes y á los troyanos su jefe Latino. Desconfiando del triunfo Turno y los rútuos, buscaron apoyo en la nación, floreciente entonces, de los etruscos y en su rey Mecencio; quien habiendo establecido desde el principio el trono de su imperio en la opulenta ciudad de Cerea (1), veía con inquietud que se construía una ciudad nueva; y creyendo en seguida muy amenazada la seguridad de los pueblos comarcanos por el rápido desarrollo de la colonia troyana, reunió gustoso sus armas con las de los rútuos. Teniendo Eneas que hacer frente á tan formidables adversarios, para asegurarse en contra de ellos de la fidelidad de los aborígenes, quiso reunir bajo el mismo nombre dos pueblos que estaban sometidos ya á las mismas leyes, denominándolos en común latinos. Desde aquel entonces rivalizaron los aborígenes con los troyanos en abnegación y fidelidad por Eneas. Fuerte Eneas con las buenas disposiciones de aquellos dos pueblos, cuya unión se estrechaba diariamente, se atrevió á arrostrar las fuerzas de los etruscos, cuya fama llenaba entonces la tierra y el mar en toda Italia, desde los Alpes hasta el estrecho

(1) Ciudad pelásgica; primeramente se llamó Agyla y más tarde estuvo sometida á la Etruria. En tiempos de Tito Livio solamente quedaban de ella ruinas.



de Sicilia; y aunque podía resistirles detrás de sus murallas, sacó sus huestes y les presentó batalla. Los latinos quedaron victoriosos, pero aquella fué la última hazaña mortal de Eneas, quien, sea quien quiera, quedó sepultado en las orillas del Numicio (1), donde se le llama Júpiter Tutelar (2). †

A la muerte de Eneas, su hijo Ascanio no se encontraba aún en edad de reinar; sin embargo, conservósele el poder sin menoscabo. La tutela de una mujer (tan superior ánimo tenía Lavinia) bastó para conservar su importancia á los latinos, y á aquel niño el trono de su abuelo y de su padre. No aseguraré (¿quién puede asegurar nada en un hecho tan remoto?) si se trata ciertamente de Ascanio (3) ó de algún otro niño nacido de Creusa antes de la destrucción de Troya, y que acompañó á su padre en la huída; de aquel que llevaba el nombre de Julio y al que atribuye su origen la familia Julia. Este Ascanio, pues, cualquiera que sea su nombre y el lugar de su nacimiento (puesto que consta que es hijo de Eneas), viendo que crecía con exceso la población de Lavinia, dejó la ciudad, floreciente é importante ya para aquellos tiempos, á su madre ó á su suegra y marchó á fundar otra al pie del monte Albano; la cual ciudad, por extenderse á lo largo de la falda del monte, llamóse Alba Longa. Habían transcurrido cerca

(1) Según Dionisio de Halicarnaso, no se encontró el cuerpo de Eneas.

(2) Se acostumbraba á cambiar el nombre de los mortales cuando pasaban al rango de dioses: así Rómulo recibió el de Quirino.

(3) Fabio habla de una tradición doble. Otros historiadores lo creen hijo de una troyana; mas para no atribuir á los reyes de Alba origen extranjero, le dan por sucesor á su hermano Silvio, nacido de Lavinia. Al suponerlo Tito Livio hijo de Lavinia y padre de Silvio, aumenta una generación á la serie de los reyes albanos. Ignórase en qué autoridad se apoya, y Servio tiene esta aserción por un error.

de treinta años desde la fundación de Lavinia y la de esta colonia, á que dió origen. Tal desarrollo había adquirido aquel pueblo, especialmente desde la derrota de los etruscos, que ni por la muerte de Eneas, ni por la tutela de una mujer, ni por la inexperiencia del joven en el arte de reinar, se atrevieron á moverse Mecencio y sus etruscos, así como tampoco ninguno de los pueblos comarcanos. El convenio de paz había establecido como límite entre los etruscos y los latinos el río Albula, llamado ahora Tíber. A Ascanio sucedió su hijo Silvio, nacido, ignoro por qué casualidad, en medio de los bosques. Éste es padre de Eneas Silvio, cuyo hijo fué Latino Silvio. Fundó éste algunas colonias, estos fueron los antiguos Latinos (1), y desde aquel tiempo quedó el nombre de Silvio como apelativo de todos los reyes que reinaron en Alba. Después se suceden de padre á hijo Alba, Atys, Capys, Capeto y Tiberino: ahogóse éste al atravesar el río Albula, al que dió su nombre, llegando á ser tan célebre en la posteridad. A Tiberino siguió su hijo Agripa, y á éste Rómulo Silvio. Muerto Rómulo por el rayo, dejó el cetro en manos de Aventino. Sepultado éste en la colina que hoy forma parte de Roma, la dió su nombre. Sucedióle Procas, padre de Numitor y de Amulio, y dejó á Numitor, el mayor de sus hijos, el reino de la raza de los Silvios; pero la violencia pudo más que la voluntad paterna y el respeto á la primogenitura. Amulio expulsó á su hermano y se apoderó del trono: añadiendo un crimen á otro crimen, mató á todos los hijos varones de su hermano, y so pretexto de honrar á Rhea Silvia, hija de Amulio, la hizo vestal, obligándola por tanto á guardar perpetua virginidad y privándola de la esperanza de tener sucesión. §

(1) Festo les da con propiedad el nombre de latinos á los que existieron antes de la fundación de Roma.

Mas los hados debían al mundo, según creo, el nacimiento de ciudad tan grande y el establecimiento de este imperio, el más poderoso después del de los dioses. Resultando por violencia madre de dos hijos, bien por convencimiento, bien porque un dios era más honesto autor de culpa, atribuyó á Marte aquella incierta paternidad. Pero ni los dioses ni los hombres pudieron librar á la madre ni á los hijos de la crueldad del rey: la sacerdotisa fué encadenada y presa (1) y mandóse que arrojaran los niños al río. Mas por maravilloso evento, el Tiber habíase desbordado, formando en las riberas charcas que impedían llegar hasta su cauce ordinario: sin embargo, los ejecutores de las órdenes del rey creyeron que en aquellas charcas, no obstante su poca profundidad, podían ahogarse los niños; arrojáronlos, pues, en la primera, en el sitio donde hoy se encuentra la Higuera Ruminal, que dicen se llamó Rumular en otro tiempo. Aquellos parajes eran entonces vastas soledades. Refiérese que siendo escasas las aguas en aquella laguna, dejaron en seco la cuna de los dos niños: una loba sedienta, atraída por el llanto de los niños, bajó de las montañas inmediatas, acercóse á ellos, y de tal manera se amansó, que empezó á lactarles, encontrándola el pastor mayor de los rebaños del rey acariciando á los niños con la lengua. Dase el nombre de Fáustulo á este pastor, y se refiere que se llevó á los niños, encargándolos á su mujer Laurencia. No faltan quienes crean que esta Laurencia era una prostituta á quienes los pastores llamaban Loba, arrancando de aquí esta tradición maravillosa. Tales fueron el nacimiento y educación de aquellos niños, que en cuanto

(1) A los acusados distinguidos no se les encerraba en ningún establecimiento público, sino que se confiaban á la custodia de algún magistrado, que los guardaba en su casa bajo su responsabilidad.



fueron adolescentes despreciaron la ociosidad y vida reposada de pastores, atrayéndoles la caza á los bosques inmediatos; adquiriendo en la fatiga fuerza y valor, no se limitaron ya á perseguir fieras, sino que acometían á los ladrones y repartían el botín entre los pastores; con estas cosas acudían diariamente muchos jóvenes, asociándose á sus peligros y á sus juegos. 4

Ya en aquel tiempo gozaban de celebridad las fiestas Lupercales (1) en el monte Palatino, llamado Palancio, de Palantea, ciudad de la Arcadia. Allí fué donde Evandro, uno de los arcadianos establecidos desde mucho antes en aquellas comarcas, había creado, siguiendo la costumbre de su país, aquellas fiestas, en las que, jóvenes arrebatados por la embriaguez de licenciosa alegría, corrían desnudos en honor del dios Pan, que los romanos llamaron después con el nombre de Inuus. En medio de estas fiestas, cuya celebración habíase anunciado, enfurecidos los ladrones por la pérdida de sus presas, sorprendieron á Rómulo y Remo: el primero se defendió valerosamente, pero el segundo cayó en sus manos, y una vez prisionero, le entregaron al rey Amulio, abrumándole con acusaciones, especialmente de entrar con su hermano por tierras de Numitor y de saquearlas como país enemigo con una turba de jóvenes armados. Remo quedó, por tanto, á merced de la venganza de Numitor. Desde mucho antes sospechaba Testulo que los niños por él recogidos pertenecían á regia estirpe, porque conocía la orden del rey de arrojar á los recién nacidos, y la época en que los recogió

(1) Sabido es que estas fiestas se celebraban en honor del dios Pan. Los sacerdotes de este dios se llamaban *Luperci*. Estas fiestas, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, las restableció Augusto y subsistieron probablemente hasta el siglo VI de nuestra era. En el siglo V se celebraban todavía en Roma y en la Galia.

coincidía con la de la orden; pero no había querido revelar aquel secreto antes de tiempo, esperando á que la ocasión ó la necesidad le obligasen á hablar; la necesidad llegó primero, y desechando el miedo, reveló á Rómulo el secreto de su nacimiento. La casualidad había hecho que Numitor, dueño de Remo, oyese que los dos hermanos eran gemelos, y que por su edad, por su noble altivez, brotase en su corazón el recuerdo de sus nietos; á fuerza de investigaciones, andaba cerca de la verdad y no lejos de reconocer á Remo. Dió esto lugar á que por todas partes se urdiese una trama contra el rey. Demasiado débil Rómulo para obrar á cara descubierta, se abstuvo de ponerse á la cabeza de sus pastores, mandándoles que acudiesen al palacio á hora determinada y por diferentes caminos. Allí cayeron sobre el rey: Remo les ayudó al frente de las fuerzas de Numitor, y de esta manera mataron á Amulio. §

En medio del primer tumulto, Numitor dió la voz de que el enemigo invadía la ciudad, que asediaba el palacio, y separó á la juventud albana, mandándola á defender la fortaleza; mas cuando vió á los jóvenes vencedores venir triunfantes, consumada ya la muerte, reunió un consejo, recordó los atentados de su hermano contra su persona, el origen de sus nietos, su nacimiento, cómo habían sido criados, por qué señales les había reconocido, y reveló la muerte del tirano como realizada por su orden. Los jóvenes se presentaron á la asamblea al frente de los suyos, aclaman por rey á su abuelo, y la multitud, arrastrada por el ejemplo, confirma el título con unánime consentimiento. Restablecido Numitor en el trono albano, Rómulo y Remo concibieron el deseo de fundar una ciudad en el paraje mismo donde habían sido arrojados y criados. La muchedumbre de habitantes que llenaba Alba y el Lacio, aumentada más y más con el concurso de los pastores, hacía

esperar que la nueva ciudad superase á Alba y Lavinia. Aguijoneaba este deseo la sed de mando, mal hereditario en ellos, y odiosa lucha terminó el debate tranquilo al principio. Como eran gemelos y no podían decidir la primogenitura, encomendaron á las divinidades tutelares de aquellos parajes el cuidado de designar por medio de augurios cuál de los dos había de dar nombre y regir la nueva ciudad, retirándose Rómulo al Palatino y Remo al Aventino, para inaugurar allí los templos augurales (1). 6

Dícese que Remo recibió primero los augurios: constituíanlos seis buitres, y acababa de anunciarlo, cuando Rómulo vió doce; siendo aclamado rey cada hermano por los suyos, fundándose unos en la prioridad, los otros en el número de las aves. La ira convirtió en sangriento combate el altercado, y en la acometida cayó muerto Remo. Según la tradición más común, Remo saltó por juego las nuevas murallas (2) que Rómulo había construído, y enfurecido éste, le mató, exclamando: «Así perezca todo el que se atreva á saltar mis mu-

(1) De pie y vuelto el semblante hacia el Norte, morada de los dioses etruscos, el augur describía con el *lituus*, bastón encorvado, una línea que pasaba sobre su cabeza de Norte á Mediodía, cortando el cielo en dos regiones, siendo la favorable la del Este y la siniestra la del Oeste. Otra línea cortaba en cruz la primera, y las cuatro regiones tomadas por estas dos líneas se subdividían hasta el número de dieciséis. Todo el cielo dividido de esta manera por el *lituus* del augur quedaba sometido á su observación y convertido en templo. Empleábase una fórmula para declarar formado el templo, y lo mismo existía cuando lo designaban las palabras que cuando estaba rodeado de muros, siendo sus límites igualmente sagrados é infranqueables. La entrada estaba siempre al Mediodía y el santuario al Norte.

(2) Tal vez solamente se refería la tradición al surco que un arado arrastrado por un toro y una vaca trazaba alrededor del sitio que debía ocupar la ciudad nueva para determinar sus límites.

rallas.» Quedando solo Rómulo, la nueva ciudad tomó el nombre de su fundador (1), quien fortificó ante todo el monte Palatino, sobre el cual había sido aclamado. En todos los sacrificios dedicados á los dioses había observado el rito albano, siguiendo únicamente para Hércules el rito griego tal como lo estableció Evandro. Dícese que en aquellos parajes fué donde Hércules, vencedor de Gerión, llevó bueyes de singular hermosura; después de atravesar el Tíber á nado con su rebaño, detúvose en las riberas del río, en sitio de abundantes pastos, para dar alimento y descanso al ganado, y cansado él también, se acostó sobre la hierba; mientras dormía profundamente allí, repleto de comida y de vino, un pastor de la comarca llamado Caco, extraordinariamente robusto, seducido por la hermosura de los bueyes, decidió robarlos. Pero temeroso de que si los llevaba en línea recta, las huellas guiarían á su cueva al dueño cuando los buscase, eligió los más hermosos, y cogiéndoles por la cola, los llevó andando al revés hasta su morada. Despertó Hércules con los primeros albores del día; examinó el rebaño, y notando que le faltaba una parte de él, marchó directamente á la cueva inmediata, pensando que las huellas llevarían á ella; pero todas se dirigían en sentido contrario, sin que ninguna siguiese otra dirección. Incierto y confuso, apresuróse á alejar al rebaño de aquellos peligrosos prados; pero en el momento de la partida, algunas vacas demostraron con mugidos, á la manera que suelen hacerlo, su disgusto por separarse de sus compañeros: respondieron los escondidos, y su voz llevó hácia aquel lado á Hércules. Acudió á la cueva, Caco se esforzó en

(1) Los romanos no estaban de acuerdo en cuanto á la fecha de la fundación de Roma. Catón la fija en el II de las kalendas de Mayo, es decir, el 27 de Abril del primer año de la olimpiada séptima, 751 antes de nuestra era. Varrón, dos años antes.

disputarle la entrada, implorando, aunque en vano, el auxilio de los pastores, pero cayó bajo la formidable maza. Evandro, que había venido del Peloponeso buscando asilo en aquellas comarcas, más las gobernaba con su influencia que con verdadera autoridad. Debía su ascendiente al conocimiento de la escritura, maravilla desconocida en aquellas naciones, ignorantes de las artes; pero mucho más aún por la creencia propagada acerca de su madre Carmeta, á la que se consideraba como divinidad, y cuyos vaticinios, anteriores á la llegada de las Sibilas á Italia, habían inspirado admiración á aquellos pueblos. Atraído por la muchedumbre de pastores, reunidos tumultuosamente en torno de aquel extranjero, al que denunciaban á gritos como asesino, enteróse á la vez del crimen y de su causa; mas admirado en seguida de la majestad del héroe y de su elevada estatura, tan superior á la de los hombres, preguntóle quién era, y apenas pronunció su nombre, el de su padre y el de su patria, dijo: «Hércules, hijo de Júpiter, yo te saludo. Mi madre, verdadera intérprete de los dioses, me predijo que habías de aumentar el número de las divinidades, y que en estos parajes se alzaría en honor tuyo un altar destinado á recibir un día de la nación más poderosa del mundo el nombre de Máximo, y cuyo culto tú mismo ordenarías.» Tendiéndole Hércules la mano, le contesta que acepta el presagio, y que para cumplir el destino, él mismo va á erigir el altar y á consagrarlo. Escogió entonces el buey más hermoso del rebaño y se ofreció el primer sacrificio á Hércules. Los Poticios y Pinarios, que eran las familias más esclarecidas de la comarca, elegidos por ministros del sacrificio, ocuparon asiento en el banquete sagrado. Hizo el acaso que llegasen los Poticios al principio del festín y que se les sirviese la carne de la víctima, que estaba consumida ya á la llegada de los

Pinarios, que solamente participaron del resto del banquete. Este es el origen del uso perpetuado hasta la extinción de la familia Pinaria, que les prohibía las primicias de las víctimas. Instruidos los Poticios por Evandro, quedaron por espacio de muchos siglos como ministros de este culto, hasta la época en que habiendo abandonado á esclavos estas funciones hereditarias en sus familias, perecieron todos por castigo. De todos los cultos que estableció Rómulo, este fué el único que tomó de los extranjeros; demostrando por este hecho la inmortalidad que había de merecer por su valor, y á la que sus hados le guiaban. ¶

Convenientemente establecidos los ritos religiosos, reunió en asamblea aquella multitud, que solamente la fuerza de las leyes podía constituir en nación, y le dictó las suyas; y persuadido de que el medio más seguro de imprimirlas carácter sagrado á los ojos de aquellos hombres rudos era enaltecerse él mismo por medio de las señales exteriores de la autoridad; entre otros signos distintivos que revelaban su poder, rodeóse de doce lictores. Créese que eligió este número por el de los doce buitres que le presagiaron el imperio; pero me inclino á creer, como aquellos que encontrando entre nuestros vecinos los etruscos la primera idea de los aparitores y de esta clase de empleados públicos, así como la de la silla curul y de la toga pretexta, opinan que debe buscarse en estas costumbres también el origen de este número. Adoptóle para que de los doce pueblos que habían concurrido á su elección le diese cada uno un lictor. Entre tanto se agrandaba la ciudad, ensanchándose su recinto día por día, atendiendo más á sus esperanzas de población futura que á las necesidades de su población actual. Para dar alguna realidad á aquella grandeza, siguiendo Rómulo la antigua costumbre de los fundadores de ciudades que aseguraban

que la tierra había producido habitantes, abrió un asilo en el paraje cerrado hoy por una empalizada en la vertiente del Capitolio, entre los dos bosques. Esclavos y hombres libres, todos aquellos á quienes movía el deseo de novedades, acudían en multitud á refugiarse allí, y aquel fué el primer apoyo de nuestra naciente grandeza. Satisfecho de las fuerzas conquistadas, las sometió á ordenada dirección: estableció cien senadores, bien porque le pareciese suficiente el número, bien porque no encontrase más que mereciesen aquel honor. Lo cierto es que se les llamó Padres, y este nombre se convirtió en título y honor; sus descendientes se llamaron Patricios. §

Era ya Roma bastante fuerte para no temer á ninguna ciudad inmediata, pero carecía de mujeres, y toda aquella grandeza había de desaparecer en una sola generación; no teniendo esperanzas de sucesión dentro de la ciudad, tampoco tenían los romanos alianzas con sus vecinos. En situación tal, Rómulo, por consejo del Senado, les mandó legados con el encargo de pedirles amistad y mujeres para esposas del nuevo pueblo. «Las ciudades, decían, como todas las cosas del mundo, son pequeñas cuando nacen; mas después, si les ayudan su valor y sus dioses, adquieren renombre y poderío. No ignoráis que los dioses han patrocinado la fundación de Roma, y el valor romano no desmentirá este celestial origen: no debéis, por tanto, temer que vuestra sangre y vuestra raza se mezcle con ellos.» En ninguna parte recibió buena acogida la embajada; tanto despreciaban y temían á la vez aquellos pueblos para ellos y sus descendientes el poderío que se alzaba amenazador en medio de ellos. La mayor parte preguntaron á los legados, al despedirles, por qué no habían abierto también un asilo para las mujeres, porque de esta manera habrían tenido casamientos iguales. Ofen-

dióse por esta injuria la juventud romana, y desde entonces pudo comprenderse que se llegaría á la violencia; mas con el propósito de preparar circunstancias y paraje favorables, Rómulo ocultó su resentimiento y dispuso juegos solemnes, con el nombre de Consuales (1), en honor de Neptuno ecuestre. Mandó anunciar juegos en los puntos comarcanos, y se desplegó en los preparativos de la fiesta toda la pompa compatible con el estado de las artes y del esplendor romanos, para darles brillantez y despertar curiosidad. Multitud de espectadores acudieron, deseando también examinar la nueva ciudad, en particular de los pueblos más inmediatos, especialmente los cenenses, crustuminios y antematos. También acudió el pueblo entero de los sabinos con sus mujeres é hijos. Todos fueron alojados en la ciudad, y al contemplar su hermoso emplazamiento, sus murallas y el considerable número de casas que encerraba ya, quedaron maravillados de su rápido desarrollo. Cuando llegó el día de la fiesta, en el momento en que más absortos estaban los ojos y los ánimos, realizóse el plan concertado, lanzándose, á una señal, todos los jóvenes romanos para apoderarse de las doncellas (2). La mayor parte de éstas fueron presa del primero que las arrebató, y algunas, las más hermosas, reservadas á los senadores; los plebeyos, encargados de

(1) Estas fiestas, celebradas el 18 ó el 21 de Agosto, tomaban su nombre del dios *Consius*, á quien estaban consagradas. Algunos creen que este dios era Plutón, *Jupiter Stygius*.

(2) Según Dionisio de Halicarnaso, el número de mujeres robadas fué de 683: otra tradición, que refiere Plutarco, lo limita á 30, y el robo solamente fué pretexto para atacar á los sabinos. Admitiendo como cierto este episodio de la historia romana, no puede menos de reconocerse que el rapto de las sabinas preparó la grandeza de Roma, impulsándola por aquel camino de guerras y conquistas por que marchó hasta que dominó el mundo.



este trabajo, las llevaban á sus casas. Una entre ellas, muy superior á sus compañeras por su apostura y belleza, cuando la llevaba un grupo de las gentes de un senador llamado Talasio, como no cesaban de preguntarles para quién la llevaban, con objeto de preservarla de toda ofensa contestaban sin detenerse: «Á Talasio;» siendo este el origen de esta palabra, que se pronuncia en las ceremonias nupciales. El terror turbó las fiestas; los padres de las doncellas huyeron entristecidos, clamando contra aquella violación de los derechos de hospitalidad é invocando el dios cuyo nombre, atrayéndoles á la solemnidad de los juegos, había encubierto aquella perfidia y sacrílega asechanza. De la misma indignación y vergüenza participaban las víctimas del raptó; pero Rómulo, visitándolas una por una, les manifestó que aquella violencia solamente debían imputarla al orgullo de sus padres y á su negativa de enlazarse con un pueblo vecino; pero que iban á compartir como esposas con los romanos su fortuna y su patria, y que quedarían unidas con ellos por el vínculo más dulce que puede enlazar á los seres humanos, el de la maternidad. Debían por consiguiente moderar su rencor y dar sus corazones á aquellos á quienes la suerte había hecho dueños de sus personas. Suele la injuria ceder el puesto al cariño, y las prendas de su felicidad doméstica quedarían tanto más aseguradas, cuanto que sus esposos, no limitándose á llenar los deberes que este título les imponía, se esmerarían en reemplazar para ellas la familia y la patria que echaban de menos. A estas palabras se unían las caricias de los raptóres, que atribuían á su amor la violencia de su acción, excusa que ablanda el ánimo de las mujeres.

Habían olvidado ya ellas la ofensa, cuando sus padres, más irritados que nunca, manchadas las vestiduras en señal de luto, sublevaban los pueblos con sus llo-

ros y lamentos. No encerraban su desesperación en el recinto de sus ciudades, sino que por todas partes acudían á Tito Tacio, rey de los sabinos, á quien dirigían todos los emisarios y legados, por la elevada consideración que merecía su nombre en aquellas comarcas. Los cenenses, crustuminios y antemnatos pertenecían á los pueblos ultrajados, y encontraban á Tacio y á sus sabinos demasiado lentos en decidirse. Coligáronse estos tres pueblos para una guerra común; pero los crustuminios y antemnatos andaban todavía demasiado lentos para levantarse, según el deseo de los cenenses por vengarse, que solos y con sus propias fuerzas invadieron el territorio romano. Pero mientras saqueaban en desorden, acudió Rómulo á su encuentro con su ejército, demostrándoles con la fácil victoria que consiguió que la cólera sin fuerzas es siempre impotente. Deshizo sus huestes, dispersóles, les persiguió en su derrota, mató por su propia mano á su rey y se apoderó de sus despojos. La muerte del jefe enemigo le entregó la ciudad; y al regreso de su ejército victorioso, Rómulo, que unía al genio de las grandes empresas la habilidad de realzarlas, suspendió á su trofeo, preparado al efecto, los despojos del rey muerto, y subió al Capitolio, depositándolos allí al pie de una encina consagrada por la veneración de los pastores; dedicólos á Júpiter y trazó el recinto de un templo que dedicó á este dios con nuevo nombre: «Júpiter Feretriano, exclamó, á ti te ofrece estas armas reales un rey vencedor y te consagra un templo cuyo recinto acaba de medir su pensamiento. Aquí quedarán depositados los despojos opimos que mis sucesores, que vencerán como yo, arrancarán con la vida á los reyes y jefes enemigos.» Tal es el origen de aquel templo, el primero que se consagró en Roma. Los dioses se dignaron ratificar después la predicción de los fundadores del templo, haciendo que sus descen-

dientes les imitasen, pero sin permitir que se multiplicasen tanto que desmereciesen en valor. En tan considerable número de años ocupados por tantas guerras, solamente se llevaron dos veces despojos opimos; tan avara fué la fortuna de este honor.

Mientras los romanos se dedican á estas fiestas religiosas, aprovechando la ocasión los antemñatos entraron por las abandonadas fronteras. Rápidamente acudió á su encuentro una legión romana (1), sorprendiéndoles dispersos por los campos. Al primer ataque, al primer grito de guerra huyeron los antemñatos y cayó su ciudad en poder de los romanos. Hersilia, esposa de Rómulo, constreñida por los ruegos de las mujeres robadas con ella, aprovechó el regocijo de aquella doble victoria para suplicar á su esposo que perdonase á sus padres y los recibiese en la ciudad, siendo éste el medio mejor para establecer la concordia. Consiguiólo sin trabajo y marchó Rómulo contra los crustuminios, quienes, desalentados ya por la derrota de sus aliados, opusieron menos resistencia que aquéllos. A unos y á otros mandaron colonias, presentándose mayor número para Crustumino por razón de la feracidad de sus campos, al mismo tiempo que frecuentes emigraciones, principalmente de las familias de las mujeres robadas, acudían de aquellos parajes á aumentar la población romana. Fué la última guerra la de los sabinos, y también la más empeñada, porque este pueblo obró con calma y tranquilidad, no precediendo amenazas al ata-

(1) Según su división en diez cohortes, compuestas de tres manipulos, divididos cada uno en dos centurias, el total de soldados de cada legión debia ser de 6.000. Pero este número varió en diferentes épocas. Según Plutarco, en tiempo de Rómulo la legión constaba de 3,000 peones y 300 jinetes. Desde Servio hasta la batalla de Cannas, el número de legionarios era de 4.200. En tiempos de Polibio se elevó á 5.200; y últimamente Mario, durante su primer consulado, lo elevó á 6.000.

que, ni rechazando en su prudencia los consejos de la astucia. Mandaba en la fortaleza romana Spurio Tarpeyo, y seducida su hija con las dádivas de Tacio, prometió entregar la fortaleza á los enemigos. Saliendo la joven, como por casualidad, fuera del recinto para tomar agua, penetraron los sabinos y mataron á la doncella, ora para demostrar que habían entrado por la fuerza, ora para dar á entender que nadie está obligado á guardar fe á los traidores. Añádese que los sabinos, que llevaban en el brazo izquierdo pesados brazaletes de oro y anillos guarnecidos de piedras preciosas, habíanse comprometido á pagar la traición con los objetos que tenían en la mano izquierda; por cuya razón arrojaron sobre la joven los escudos en vez de las joyas, ahogándola con su peso. Dicen otros que al pedir á los sabinos los adornos del brazo izquierdo, Tarpeya se refería verdaderamente á las armas; pero sospechando un lazo los sabinos, la aplastaron bajo el peso mismo del premio.

Apoderáronse, pues, los sabinos de la fortaleza; y á la mañana siguiente, formado en batalla el ejército romano, llenaba con sus huestes el terreno que media entre el monte Palatino y el Capitolino. No habían salido los sabinos á su encuentro, cuando impulsados por la ira y el deseo de recobrar la fortaleza, lanzáronse los romanos á las alturas. Por una y otra parte animaban los jefes á los combatientes; á los sabinos, Mecio Curcio y á los romanos Hostio Hostilio. Colocado éste en la primera fila, y á pesar de lo peligroso de su posición, sostenía á los suyos con su audacia y su valor; mas en cuanto cayó, el ejército romano cedió de pronto y fué rechazado hasta la antigua puerta Palatina. El mismo Rómulo, arrastrado por la muchedumbre de fugitivos, alzó sus armas al cielo exclamando: «¡Oh Júpiter! Por obedecer tus mandatos y bajo tus sagrados auspicios,

puse en el monte Palatino los cimientos de esta ciudad; la fortaleza, comprada por un crimen, está en poder de los enemigos, que han cruzado el centro del valle y avanzan hacia aquí. Pero tú, padre de los dioses y de los hombres, recházales al menos de estos parajes; devuelve el valor á los romanos y detén su vergonzosa fuga. Aquí mismo te ofrezco un templo bajo el nombre de Júpiter Stator (1), eterno monumento de la salvación de Roma, preservada por tu poderosa protección.» Dicho esto, y como si estuviese cierto de que había sido escuchado su ruego, añadió: «Romanos, Júpiter Optimo Máximo os manda detener y volver al combate.» Detuviéronse en efecto cual si obedeciesen el mandato del cielo, y Rómulo corrió á las primeras filas. Mecio Curcio, al frente de los sabinos, había bajado de la fortaleza persiguiendo á los derrotados romanos en toda la extensión del Foro. Acercábase ya á la puerta Palatina (2) gritando: «Vencidos están estos huéspedes pérfidos, estos cobardes enemigos, y al fin aprenden que es muy diferente robar doncellas á combatir con hombres.» Al oír tan orgullosas palabras cayó Rómulo sobre Mecio con un grupo de los jóvenes más esforzados. Mecio combatía entonces á caballo y era más fácil rechazarlo; persiguiéronle, y lo restante del ejército romano, enardecido por la audacia de su rey, derrota á su vez á los sabinos. Asustado el caballo de Mecio por el tumulto de la persecución, le arroja á una charca, acudiendo los sabinos al peligro que corría su capitán. Unos le animan, otros le llaman y Mecio consigue escapar. Comienza de nuevo el combate en el valle, pero los romanos quedan vencedores.

(1) En el foro romano se conservan todavía tres columnas del templo de Júpiter Stator, fundado en el año 458 de Roma.

(2) Encontrábase cerca de la tribuna de las arengas. Llamábase también *Porta Romuli*.

En este momento las sabinas, cuyo rapto había dado origen á la guerra, venciendo el natural temor de su sexo, con la cabellera tendida y en desorden los vestidos, lanzáronse entre los dos ejércitos en medio de una lluvia de flechas, deteniendo los brazos, calmando el furor, y dirigiéndose en tanto á los padres en tanto á los esposos, ruéganles que no se manchen con la sangre, sagrada para ellas, de un suegro ó de un yerno, que no impriman la mancha del parricidio en la frente de los niños que ya han concebido, hijos de los unos, nietos de los otros: «Si este parentesco, cuyo lazo somos nosotros, si nuestro matrimonio os es odioso, volved vuestras armas contra nuestro pecho: somos la causa de esta guerra, de las heridas y muerte de nuestros esposos y nuestros padres, y preferimos la muerte á vivir viudas ó huérfanas.» Conmoviéronse jefes y soldados, calmáronse y guardaron silencio. Adelantáronse los jefes para tratar, y no solamente quedó ajustada la paz, sino que también la reunión de los dos pueblos. Repártense los dos reyes el imperio, cuya capital queda en Roma, y queda duplicada de esta manera la fuerza de los romanos (1). Mas para otorgar algún favor á los sabinos, tomaron los romanos de la ciudad de Cures el nombre de Quirites; y el pantano en que estuvo á punto de perecer Curcio con su caballo, llamóse, en memoria de la batalla, Lago de Curcio. Aquella dichosa paz, sucediendo repentinamente á tan deplorable guerra, hizo á las sabinas más queridas á sus esposos y á sus pa-

(1) Roma aumentó mucho sus fuerzas por su unión con los sabinos, pueblo duro y belicoso, como los lacedemonios, de quienes descendían. Rómulo tomó de ellos el escudo ancho en vez del pequeño que había usado hasta entonces. Debe advertirse que los romanos se hicieron dueños del mundo, porque combatiendo con todos los pueblos, adoptaban aquellos usos que encontraban mejores que los suyos.

dres, y especialmente á Rómulo. Así fué que al dividir al pueblo en tres curias las dió el nombre de aquellas mujeres. Muy superior era sin duda su número al de las curias, pero la tradición no nos dice si decidieron la aplicación de los nombres la edad, el rango ó el de sus maridos. Creáronse en la misma época tres centurias de caballeros, llamados, los de la primera, ramenses, de Rómulo; los de la segunda, ticienses, de Tito Tacio; la tercera centuria llamóse Lucera, ignorándose por qué razón. Desde aquel momento no solamente fué común á los dos reyes el mando, sino que lo ejercieron con la mejor armonía.

Algunos años después, habiendo maltratado á los legados de los laurentinos los parientes del rey Tacio, reclamó el pueblo romano en nombre del derecho de gentes. Pero el favor y ruegos de los agresores tuvieron más influencia cerca de Tacio, por lo cual cayó el castigo sobre él, recibiendo la muerte en medio de un tumulto en Lavinia, adonde había acudido con motivo de la celebración de un sacrificio solemne. Dícese que no mostró Rómulo en esta ocasión el dolor conveniente, bien porque compartiese el trono á disgusto, bien porque estimase justa la muerte de Tacio. No empuñó las armas, y como debía expiarse el ultraje á los legados, Roma y Lavinia renovaron la amistad, amistad que producía paz inesperada. Pero otra guerra más peligrosa estalló casi en las mismas puertas de Roma. La proximidad de esta ciudad, cuyo poderío aumentaba diariamente, inquietaba á los fidenatos, y sin esperar á que realizase todo lo que parecía ofrecerle el porvenir, comenzaron á hacerle guerra. Arman la juventud, sácanla á campaña y talan el territorio que media entre Roma y Fidenas. Desde allí vuelven á la izquierda, porque á la derecha les opone obstáculo el Tíber, y propagan delante de ellos el terror y la desolación. Los ha-

bitantes de los campos huyen en tropel, y en su precipitada fuga á Roma llevan la primera noticia de la invasión. Alármase Rómulo (porque la inminencia del peligro no admite vacilación), ordena su ejército y marcha á acampar á una milla de Fidenas. Deja allí corta guarnición y se pone de nuevo en marcha con todas sus fuerzas: embosca parte de ellas en paraje lleno de malezas, y continúa la marcha con los demás peones y todos los caballos. Estos movimientos, operados con aparente desorden, y las correrías de la caballería hasta las puertas de la ciudad atraen á los enemigos, conforme se proponía Rómulo. Las acometidas de la caballería hacían más verosímil la fuga que la infantería simulaba; y en efecto, mientras los jinetes ejecutaban sus movimientos y mostraban vacilación entre el deseo de huir y el honor del combate, retiróse la infantería. Los fidenatos abren entonces las puertas de la ciudad, corren á la llanura, se lanzan en masa sobre el ejército romano, le ponen en retirada, y en el ardimiento de tenaz persecución, caen en la emboscada; preséntanse de repente los soldados romanos escondidos, cógenles de través, espántanse los fidenatos, y poniéndose en movimiento entonces la guarnición, aumenta su terror, siendo tan grande, que apenas deja tiempo á Rómulo y á la caballería para volver sobre ellos; comienza la fuga, y como ésta es verdadera, penetran en la ciudad con más desorden y precipitación que mostraron en la persecución del ejército romano, que solamente huían por artificio. Los romanos les empujaban con las espadas, y antes de que pudiesen cerrar las puertas entraron revueltos vencedores y vencidos, como si todos formasen un solo ejército.

La guerra de los fidenatos contagió á los veyos (que también eran etruscos); hacían causa común con ellos, tanto por la identidad de origen como por la irritación



que les causaba su derrota, y pensaban además con temor en la proximidad de una ciudad cuyas armas debían amenazar á todos sus vecinos. Derramáronse, pues, por las fronteras, antes para robar que para hacer formal guerra, por cuya razón no fijaron campamento ni esperaron al ejército romano. Cargados de botín volvieron á Veya, y los romanos, encontrando libre el campo, preparáronse á provocar un combate decisivo, cruzando el Tíber y estableciendo campamento. Al saber sus preparativos y marcha sobre la ciudad, salen los veyos y avanzan al encuentro del enemigo, prefiriendo decidir la cuestión en una batalla, que guarecerse en las murallas y pelear en las casas. En esta ocasión no empleó Rómulo la astucia, sino que venció con el valor de sus soldados, avezados ya á la guerra. Persiguió á los veyos derrotados hasta el pie de sus murallas, no intentando poner cerco á la ciudad, doblemente fuerte por sus muros y su posición. Retrocedió, pues, y taló el territorio, pero más por represalia que por avidez de botín. Esta devastación, unida á las pérdidas de la batalla consumó la ruina de los veyos, quienes enviaron legados á Roma ofreciendo la paz; concediéronles cien años de tregua, pero á precio de parte de su territorio. Estos fueron, sobre poco más ó menos, los acontecimientos militares y políticos durante el reinado de Rómulo, que concuerdan bastante con la opinión del origen divino de este rey, y con lo que se ha escrito relativamente á las cosas maravillosas que siguieron á su muerte. Todo abona esta creencia, especialmente si se considera el valor que desplegó para restablecer á su abuelo en el trono, su colosal proyecto de construir una ciudad y su habilidad para fortificarla, y por el provecho que sabía obtener tanto de la paz como de la guerra. Tan bien aprovechó Roma la fuerza que recibía de su fundador, que desde sus pri-

meros progresos no se turbó su tranquilidad durante cuarenta años. El pueblo quería más á Rómulo que el Senado, pero más que todos le adoraban los soldados. Había elegido trescientos, á los que llamaba céleres, para la guarda de su persona, y les conservó constantemente, tanto en la guerra como en la paz.

Realizadas todas estas obras inmortales, un día en que asistía á una asamblea, en un paraje cercano á la laguna de la Cabra, para proceder al censo del ejército, formóse repentinamente una tempestad con muchos relámpagos y truenos, y el rey, envuelto en densas nubes, fué arrebatado á todos los ojos. Desde entonces no se le volvió á ver sobre la tierra; y cuando pasó el espanto, cuando á la profunda obscuridad siguió pura y tranquila luz, viendo el pueblo romano vacía la silla real, mostróse bastante dispuesto á creer el testimonio de los senadores, que habiendo permanecido cerca del rey aseguraban había sido arrebatado al cielo durante la tempestad. Sin embargo, produciendo profundo estupor la idea de verse privado para siempre de su rey, permaneció por algún tiempo en profundo silencio, hasta que al fin, arrastrado por el ejemplo de algunos, prorrumpió en unánimes aclamaciones, saludando á Rómulo como á dios, hijo de dios, rey y padre de la ciudad romana, pidiendo la paz y protección para su descendencia. Suponerse puede que no faltarían entonces algunos que acusarían por lo bajo á los senadores de haber despedazado con sus propias manos á Rómulo, y hasta se propagó este rumor, pero nunca alcanzó bastante consistencia. La admiración que inspiraba y el terror del momento han consagrado la parte maravillosa de la primera tradición, y se añade que la revelación de un ciudadano fortaleció más esta creencia. Cuando temerosa Roma, lloraba la muerte de su rey y dejaba trasparente su odio contra los senadores, Pró-

cul Junio, autoridad grave, según se dice, hasta en lo tocante á tan extraordinario evento, adelantóse en medio de la asamblea y dijo: «Romanos, Rómulo, el padre de esta ciudad, habiendo descendido del cielo, se me ha aparecido hoy al amanecer. Sobrecogido de temor y de respeto, quedé inmóvil, procurando conseguir por medio de ruegos que me permitiese contemplar su semblante.—Ve, me dijo, y anuncia á tus conciudadanos que esta ciudad que yo he fundado, esta Roma mía, será la cabeza del orbe, porque tal es la voluntad de los dioses. Que los romanos se dediquen completamente al arte de la guerra, y que sepan ellos y sus descendientes que ningún poder humano alcanzará á resistir las armas de Roma.—Dicho esto, elevóse en los aires.» Extraño es que con tanta facilidad prestasen fe á tales palabras; pero la certeza de la inmortalidad de Rómulo dulcificó el pesar del pueblo y del ejército.

Entretanto agitaban al Senado la ambición y las rivalidades del trono. No teniendo ninguno todavía en aquel pueblo nuevo autoridad sólida, no se alzaban pretensiones entre los ciudadanos, debatiéndose la cuestión entre las dos razas del pueblo. Los de origen sabino, que desde la muerte de Tacio no habían tenido rey de su nación, y que, en aquella sociedad, fundada en la igualdad de derechos, temían perder los que tenían al mando, querían se eligiese el rey de entre ellos. Por su parte los romanos antiguos rechazaban rey extranjero; pero este disentimiento no impedía que los ciudadanos quisiesen unánimemente un rey, porque todavía ignoraban las dulzuras de la libertad. Pero aquella ciudad sin gobierno, aquel ejército sin general, rodeados de muchas ciudades inquietas, hacían temer á los senadores algún imprevisto ataque. Comprendíase la necesidad de un jefe, pero ninguno se decidía á ceder. Acordóse al fin que los cien senadores se dividirían

en diez decurias y que cada una de éstas confiriese á uno de sus individuos el ejercicio de la autoridad. El poder era colectivo, pero uno solo ostentaba las insignias y marchaba precedido de lictores. El mando solamente duraba cinco días, y cada uno lo ejercía á su vez. De esta manera quedó suspendida la realeza durante un año, llamando á esta suspensión interregno, palabra que todavía se usa hoy. Mucho se quejó entonces el pueblo de que se había agravado su servidumbre y de que en vez de un amo tenía ciento; mostrándose dispuesto á no soportar en adelante más que un rey y á elegirlo él mismo; comprendiendo los senadores, por esta actitud popular, que debían resignar voluntariamente los poderes de que iban á despojarles. Mas al abandonar al pueblo el poder, retuvieron en realidad más de lo que concedían, porque sujetaron la elección del rey por el pueblo á la ratificación del Senado, prerrogativa usurpada que se ha conservado hasta hoy en el Senado para la sanción de las leyes y nombramientos para los cargos de la magistratura, aunque esto no es ya sino mero formalismo, puesto que antes de que el pueblo vote, el Senado ratifica la decisión de los comicios, sea la que quiera. Mas en aquella época el interés convocó la asamblea y dijo: «Quirites, para la gloria, bienestar y felicidad de Roma, nombrad vosotros mismos el rey; así lo ha decidido el Senado. Nosotros ratificaremos la elección si dais á Rómulo digno sucesor.» Tanto agradó al pueblo esta concesión, que rivalizando en generosidad, decidió que la elección se encargase al Senado.

*Numa Pompilio.* Vivía en aquel tiempo Numa Pompilio, varón célebre por su justicia y su piedad. Habitaba en Cerea, con los sabinos, y era, para su época, muy versado en el conocimiento de la moral divina y humana. Dícese, sin fundamento, que fué discípulo de Pitágoras de Samos; pero

es cosa averiguada que éste floreció bajo el reinado de Servio Tulio, más de cien años después de Numa, y que habitó en los confines de Italia, en las inmediaciones de Metaponto, de Heraclea y de Crotona, donde estableció escuela para los jóvenes que seguían sus doctrinas. Pero aun admitiendo que fuese contemporáneo de Numa, ¿dónde había de haber encontrado hombres movidos por el deseo de instruirse? ¿por qué conducto había de haber llegado hasta los sabinos la fama de su nombre? ¿en qué lengua habían de haber comunicado? ¿y cómo, en fin, un hombre solo había de haber penetrado á través de tantas naciones tan diferentes en costumbres y lenguaje? Mas creíble es que Numa encontraba en sí mismo los principios de virtud á que se ajustaba su espíritu, y que más que en escuelas extranjeras se instruyó en la viril y rigurosa disciplina de los sabinos, que fueron el pueblo más austero de la antigüedad.

Aunque la elección de un rey de gente sabina debió parecer que acreditaba la preponderancia de este pueblo, ningún senador romano se atrevió á preferirle ningún otro, ni senador ni ciudadano, y todos le reconocieron el imperio. Llevado á Roma, quiso Numa Pompilio, imitando á Rómulo (que no echó los cimientos de la ciudad ni tomó posesión del mando hasta que consultó los oráculos), interrogar á los dioses acerca de su elección. Un augur, que debió á este honor conservar el sacerdocio público, llevó á Numa al monte Capitolino: hizole sentar allí sobre una piedra, vuelta la cara al Mediodía, y el mismo augur, con la cabeza cubierta y teniendo en la mano un cayado sin nudos, llamado *lituus*, se volvió á su izquierda. Recorriendo en seguida con su vista la ciudad y los campos, trazó con el pensamiento líneas imaginarias en el espacio comprendido entre Oriente y Occidente, colocando la derecha al Me-

diodía y la izquierda al Norte; en seguida designó en frente de él y todo lo lejos que pudo un punto imaginario, y cogiendo al fin el cayado con la mano izquierda y extendiendo la derecha sobre la cabeza de Numa, pronunció esta plegaria: «¡Oh Júpiter, padre de la naturaleza, si tu voluntad es que Numa, cuya cabeza toco, sea rey de Roma, muéstralo en señales evidentes en el espacio que acabo de señalar.» En seguida explicó la naturaleza de los auspicios que pedía, y habiéndose manifestado, quedó declarado rey Numa y bajó del templo.

— Dueño ya del mando, quiso que aquella ciudad naciente, fundada por la violencia y las armas, lo fuese de nuevo por la justicia, las leyes y la pureza de costumbres. Y como veía imposible que en medio de continuas guerras aceptasen aquellas innovaciones hombres cuya rudeza había aumentado con el ejercicio de las armas, creyó que debía comenzar por quitarle gradualmente su habitual alimento. Con este objeto dedicó un templo á Jano, construyéndolo al pie del Argileto (1), y que fué símbolo de la paz y de la guerra: abierto, llamaba á los ciudadanos á las armas; cerrado, anunciaba que reinaba la paz con todos los pueblos vecinos. Dos veces se ha cerrado después del reinado de Numa; la primera bajo el consulado de T. Manlio, al terminar la primera guerra púnica; la segunda, bajo César Augusto, cuando, por la misericordia de los dioses, vimos, después de la batalla de Accio, restablecida la paz con el mundo por mar y tierra. Cuando lo cerró Numa; cuando por medio de tratados y alianzas realizó la unión entre Roma y los pueblos comarcanos; cuando hubo disipado las inquietudes acerca de la probable re-

(1) Era una eminencia al Oriente del monte Palatino por el lado del Foro.

novación de todo peligro exterior, temió la perniciosa influencia de la ociosidad en aquellos hombres á quienes habían contenido hasta entonces el temor del enemigo y los hábitos guerreros; y desde luego pensó que llegaría más fácilmente á dulcificar las groseras costumbres de aquella multitud y á disipar su ignorancia, infundiendo en las almas el sentimiento profundo del temor á los dioses. Pero no podía conseguir este objeto sin intervención milagrosa, y fingió (1) tener nocturnas entrevistas con la diosa Egeria, diciendo que, obedeciendo sus órdenes, establecía las ceremonias religiosas más agradables á los dioses y un sacerdocio especial para cada uno de ellos. Ante todo, dividió el año, según el curso de la luna, en doce meses; pero como cada revolución lunar no es regular de treinta días, y por lo tanto hubiese quedado incompleto el año solar, suplió la falta con la interposición de meses intercalares, ordenándolos de tal suerte, que cada veinticuatro años, encontrándose el sol en el mismo punto de que había partido, quedaban perfectamente concordados los días, según el curso solar. Estableció también los días fastos y nefastos, presintiendo ya la utilidad de aplazamientos con el pueblo.

Pensó en seguida en crear sacerdotes, aunque por sí mismo ejercía la mayor parte de las funciones que desempeña actualmente el flamín dial. Pero previendo que esta ciudad belicosa tendría más reyes semejantes á Rómulo que á Numa, reyes que hiciesen la guerra y marchasen personalmente á ella; temiendo que los oficios de rey perjudicasen á los de sacerdote, creó un flamín con la misión de no separarse jamás del altar de

(1) La palabra *fingir* demuestra que Tito Livio no creía ciegamente las tradiciones populares, sino que en su opinión tienen fundamento histórico. Todavía se encuentra en los alrededores de Roma el bosque de la ninfa Egeria.

Júpiter; revistióle con augustas insignias, y le dió la silla curul, parecida á la de los reyes. Añadióle otros dos flamines, consagrados uno á Marte y otro á Quirino. En seguida fundó el colegio de las Vestales (1), sacerdocio tomado de los de Albano y que no era extraño á la familia del fundador de Roma. VAsignóles en seguida rentas sobre el Estado para sujetarlas exclusivamente y para siempre á las necesidades de su ministerio, acabando de imprimirles carácter venerando y sagrado el voto de virginidad y otros privilegios. Creó otros doce sacerdotes, con el nombre de salios, en honor de Marte Grandivo, dándoles por insignias togas bordadas, cubiertas en el pecho por coraza de bronce; su misión era llevar los escudos sagrados, llamados *ancilia*, y discurrir por la ciudad cantando versos y ejecutando danzas y movimientos de cuerpo particulares dedicados á esta solemnidad. Nombró pontífice máximo á Numa Marcio, hijo del senador Marco, encargándole el cuidado de todo lo referente á la religión, y dándole por escrito la prerrogativa de dirigir las ceremonias religiosas, determinar la clase de victimas, en qué días y en qué templos deberían sacrificarse, de qué fondos se sufragarían los gastos, y últimamente jurisdicción sobre todos los sacrificios, tanto públicos como privados. De esta manera sabía el pueblo á quién consultar, y no corría riesgo la religión de recibir ofensa por olvido de los ritos nacionales y la introducción de otros extraños. No ordenaba solamente el pontífice máximo los sacrificios dedicados á los dioses celestiales, sino que también los que se hacían á los manes y las ceremonias fúnebres, enseñando también á distinguir entre los prodigios anunciados por el rayo y otros fenómenos aquellos que

(1) Generalmente se atribuye á Numa la institución de las vestales, pero algunos historiadores la remontan á Rómulo.



exigían expiación. Para conocer la voluntad de los dioses dedicó en la cumbre del monte Aventino un templo á Júpiter Elicio y consultó á los dioses por medio de los augures acerca de los prodigios dignos de atención.

Aquellas relaciones íntimas entre el pueblo y los ministros de la religión, aquella nueva tendencia de los espíritus hacia los ejercicios piadosos hicieron perder á la multitud sus violentas y guerreras costumbres; y el cuidado constante de los dioses, que según parecía no dejaban de intervenir en la dirección de los negocios humanos, infundió tanta piedad en los corazones, que la fe y el respeto al juramento, á falta del temor á las leyes y á los castigos, hubiesen bastado para contener á los romanos. Todos arreglaban sus costumbres por las de Numa, que era el único ejemplo; así fué que los pueblos vecinos, que hasta entonces habían considerado á Roma, no como una ciudad, sino como un campamento establecido entre ellos para perturbar la tranquilidad general, adquirieron poco á poco tal veneración hacia ella, que hubiesen tenido por sacrilegio cualquiera hostilidad contra una ciudad completamente dedicada al servicio de los dioses. Muchas veces sin testigos, y cual si fuese á conferenciar con la diosa, retirábase Numa á un bosque cruzado por un arroyo, cuyas inagotables aguas brotaban del fondo de obscura gruta. El mismo dedicó este bosque á las musas, porque allí se reunían éstas con su esposa Egeria. La Buena Fe tuvo un templo especial, disponiendo Numa que los sacerdotes de este templo fuesen á él montados en un carro cubierto, tirado por dos caballos, y que durante las ceremonias tuviesen las manos envueltas hasta los dedos, para dar á entender que debía protegerse la buena fe, y que la mano es el símbolo y su asiento. Otros muchos sacrificios estableció, y los sacerdotes llamaron Argios á los parajes destinados á su celebración. Pero

la obra más hermosa y más grande de Numa fué el mantenimiento de la paz y la solidez de sus instituciones durante su reinado. De esta manera engrandecieron dos reyes la ciudad romana, uno por la guerra y el otro por la paz. Rómulo reinó treinta y siete años, Numa cuarenta y tres. Roma era poderosa entonces, y las artes que había adquirido por la guerra y por la paz habían perfeccionado sus adelantos.

◀ Muerto Numa volvióse al interregno; mas el pueblo eligió rey á Tulo Hostilio, nieto de aquel Hostilio que se distinguió contra los sabinos en el combate al pie de la fortaleza. El Senado aprobó la elección; pero este príncipe, lejos de parecerse al anterior, tenía carácter más belicoso aún que Rómulo. Su juventud, su vigor y la gloria de su abuelo enardecieron su valor, y persuadido de que un estado se enerva en la inacción, por todas partes buscaba pretextos para la guerra. Quiso la casualidad que los labradores romanos y albanos se entregasen á recíprocas depredaciones. Gobernaba entonces Albano C. Clulio, y cada partido mandó casi al mismo tiempo legados pidiendo reparación. Había encargado Tulo á los suyos exponer ante todo su petición, esperando terminante negativa de parte de los albanos, lo que le proporcionaba legítimo caso de guerra. Los albanos llevaron con más lentitud las negociaciones, y recibiendo Tulo, invitándoles á su mesa, le colmaron de atenciones y cortesías. Entre tanto presentaron los legados romanos sus reclamaciones, y ante la negativa de los albanos, les declararon la guerra para treinta días después. Enterado Tulo, llamó á los legados albanos y les pidió explicación del motivo de su viaje. Ignorando todavía éstos lo ocurrido, alegaron vanas excusas para ganar tiempo: «Muy á disgusto suyo se exponen á desagradar á Tulo, pero tienen que sujetarse á las órdenes recibidas. Vienen á re-

clamar la restitución de lo que les han arrebatado y si no lo consiguen, se les ha mandado declarar la guerra.» Tulo contestó entonces: «Decid á vuestro rey que el de los romanos pone por testigos á los dioses que aquel de los dos pueblos que primero se negó á hacer justicia á la reclamación de los legados, debe ser responsable de las funestas consecuencias de esta guerra.»

Los albanos llevaron á los suyos esta contestación, y por ambas partes se aprestaron arduosamente para la contienda; contienda que tenía todo el carácter de guerra civil, porque decirse puede que ponía frente á frente padres é hijos. Los dos pueblos tenían origen troiano; Lavinio descendía de Troya, Albano de Lavinio y los romanos descendían de los reyes de Albano. Pero el resultado de la guerra hizo menos deplorable el caso, porque no combatieron en batalla campal, sino que destruídas las casas de una de las ciudades, los habitantes pasaron á la otra. Los albanos fueron los primeros en invadir con formidable ejército el territorio romano: tenían el campamento á cinco millas; habiéndolo rodeado de un foso, que durante algunos siglos se le llamó del nombre del jefe, foso Cluilio, hasta que el tiempo borró el foso y su nombre. Habiendo muerto Cluilio en el campamento, los albanos eligieron dictador á Metto Suffecio; pero el valeroso Tulo, cuya audacia había aumentado con la muerte de Cluilio, propala por todas partes que la venganza de los dioses, después de haberse manifestado en la persona del jefe, amenaza castigar por el crimen de aquella guerra impía á todo el que lleve nombre de albano. En seguida, aprovechando la obscuridad de la noche, rodea el campamento, é invade á su vez el territorio de Albano. Enterado Metto, salió de sus empalizadas y se acercó cuanto pudo á los romanos; desde allí mandó un emisario á Tulo para

manifestarle la conveniencia de una entrevista antes de empeñar el combate, y que en caso de que la aceptase, propondría cosas que interesaban por igual á Roma y á Albano. No se negó Tulo, aunque esperaba poco fruto de la conferencia, y ordenó en batalla su ejército. Lo mismo hicieron los albanos, y entonces dijo Metto: «Injustos ataques, presas arrebatadas en contra de la fe de los tratados, reclamadas y no devueltas, son las causas de esta guerra. Al menos, estas son las que oí á nuestro rey Cluilio, y las que tú mismo darás, ¡oh Tulo! Mas sin recurrir á sutiles razones y para declarar aquí la verdad, digo que solamente la ambición arma el uno contra el otro á estos dos pueblos vecinos unidos por lazos de parentesco. No decidiré yo si obramos bien ó mal, porque esto atañe á los autores de la guerra que yo debo sostener como jefe de los albanos. Pero solamente quiero hacerte una advertencia, ¡oh Tulo!: tú y yo nos encontramos rodeados por la nación etrusca; el peligro es grande para todos, pero mucho más grande para los tuyos, y tanto mejor lo sabéis cuanto que os encontráis más cercanos. Los etruscos son poderosos en tierra y más poderosos aún en el mar. Recuerda que en cuanto des la señal de combate, ese pueblo que tiene fija la vista en los dos ejércitos esperará á que nos hayamos debilitado para atacar á la vez al vencedor y al vencido. Así, pues, en vez de contentarnos con una libertad asegurada, corremos los peligros de la esclavitud ambicionando la conquista de un dominio dudoso; busquemos, en nombre de los dioses, un medio que, sin derramamiento de sangre, decida al fin cuál de los dos pueblos ha de ser soberano.» Aunque la esperanza de la victoria enardecía á Tulo, no desdeñó la proposición, y mientras los dos jefes buscaban aquel medio, la fortuna se encargó de suministrarlo.

Por acaso había en ambos ejércitos tres hermanos

gemelos iguales por edad y fuerza. Eran estos los Horacios y Curiacios. La exactitud de sus nombres está suficientemente comprobada, y los anales de la antigüedad presentan pocos hechos tan comprobados como el suyo. A pesar de esto, todavía subsiste hoy la duda acerca de la nación á que pertenecían los Horacios y cuál era la de los Curiacios, porque difieren acerca de esto los escritores (1); aunque el mayor número creen á los Horacios romanos, inclinándome yo á esta opinión. Cada uno de los reyes encargó á los tres hermanos combatir por la patria, y donde quede la victoria quedará el mando. Aceptóse la condición y se convino acerca del tiempo y el lugar del combate. Previamente se ajustó un tratado entre romanos y albanos, cuya cláusula principal era que el pueblo vencedor ejercería sobre el vencido mando suave y moderado. En todos los tratados varían las condiciones, pero la fórmula es igual. Este es el pacto de esta especie más antiguo que conocemos. El facial, dirigiéndose á Tulo, dijo: «¡Oh rey! ¿me mandas concluir un tratado con el heraldo del pueblo albano?» Y recibiendo respuesta afirmativa, añadió: «Yo te pido la hierba sagrada.» «Cógela, contestó Tulo.» Entonces trajo el facial de la fortaleza la hierba, y dirigiéndose otra vez á Tulo: «Rey, dijo, ¿me nombras intérprete de tu voluntad y de la del pueblo romano, descendiente de Quirino? ¿Aceptas los vasos sagrados y mis compañeros?» «Sí, respondió el rey; poniendo á salvo mi derecho y el del pueblo romano.» El facial era M. Valerio y creó heraldo (*pater patratus*) (2) á Sp. Fusio tocándole la cabeza y el cabello con la verbe-

(1) Esta incertidumbre es uno de los argumentos de los escépticos acerca de la autenticidad de la historia primitiva de Roma. Mas ¿puede negarse de buena fe un hecho acompañado de circunstancias que debieron dejar profundísimos recuerdos?

(2) El *pater patratus* era el jefe del colegio de los Faciales.

na (1). El heraldo prestó juramento y sancionó el tratado, empleando para ello larga serie de fórmulas sagradas que es inútil repetir aquí. Leídas las condiciones, dijo el facial: «Oye, Júpiter; oye, heraldo del pueblo albano; oye, pueblo albano: El pueblo romano no será jamás el primero en violar las condiciones y las leyes. Las condiciones, escritas en estas tablillas ó en esta cera, se os acaban de leer desde la primera á la última sin dolo ni astucia. Desde hoy todos las conocen bien, y no será el pueblo romano el primero que se aparte de ellas. Si ocurriese que por deliberación pública ó por indignos subterfugios fuese el primero en infringirlas, entonces, oh Júpiter Máximo, hiérele como voy yo á herir á este puerco, y hazlo con tanto más rigor cuanto más grande es tu poder.» Dicho esto, hirió con una piedra al puerco. Los albanos por su parte repitieron las mismas fórmulas y pronunciaron el mismo juramento por boca de su dictador y de sus sacerdotes.

Hecho el pacto, los tres hermanos de cada bando empuñaron las armas, según lo convenido. Animábanles las voces de sus conciudadanos. Los dioses patrios, la patria misma, cuanto hay de ciudadanos en el ejército y en la ciudad, fijan sus ojos, ora en las armas, ora en sus brazos. Excitados por su propio valor y aturridos por tantos gritos que les exhortan, avanzan entre los dos ejércitos formados delante del campo, exentos de peligro, pero no de temor, porque se trataba del imperio, pendiente del valor y de la fortuna de tan corto número de combatientes. Con ánimo suspenso y anhelante, esperan ansiosamente el comienzo de un espectáculo tan poco grato á la vista. Dióse la señal, y los seis campeones se lanzan como un ejército en batalla, llevando en el corazón el valor de dos grandes naciones.

(1) Empleábase la verbena en las purificaciones.

Indiferentes al propio peligro, solamente contemplan el triunfo ó la esclavitud, el porvenir de su patria cuya suerte será la que ellos le formen. Al primer choque de aquellos guerreros, al crujir primero de sus armas, en cuánto centellearon sus espadas, horror profundo se apoderó de los espectadores, helándoles la voz la incertidumbre, suspendiéndoles el aliento. Trábase el combate, y no ya los movimientos del cuerpo, no ya el brillar de las armas, ni los inciertos golpes, sino las heridas y la sangre es lo que espanta las miradas. Dos romanos caen muertos el uno sobre el otro, y heridos están los tres albanos. Al caer los dos Horacios el ejército de Albano lanza grito de alegría, y los romanos, sin esperanza ya, pero no sin temor, fijan la vista en el tercer Horacio, rodeado por los tres Curiacios. Afortunadamente se encontraba ileso; y viéndose débil contra tres enemigos reunidos, pero muy fuerte contra cada uno de ellos en particular, para separarles emprende la fuga, persuadido de que le perseguirán con el brío que les permitan las heridas. Habíase alejado ya algo del paraje del combate, cuando volviendo la cabeza, ve que, en efecto, le persiguen sus adversarios á distancias muy desiguales, teniendo cerca uno solo. Con furioso ímpetu cayó sobre él: el ejército albano excitó con sus gritos á los Curiacios para que acudiesen en socorro de su hermano; pero vencedor ya, Horacio acude al segundo combate. El alarido que arranca inesperada alegría, brota entonces del ejército romano, y enardecido el guerrero con aquel grito, precipita el combate, y antes de que llegue el tercer Curiacio, que ya estaba cerca, mata al segundo. Solamente quedaban dos ya, iguales para las probabilidades del combate, pero desiguales por la confianza y las fuerzas. El uno, ileso y orgulloso por su doble victoria, acude con seguridad al tercer empeño: el otro, debilitado por la he-

rida, extenuado por la carrera, pudiendo apenas arrastrarse y vencido de antemano por la muerte de sus hermanos, presenta la garganta á la espada del vencedor. Ya no hubo combate; lleno de gozo, el romano exclamó: «He inmolado dos á los manes de mis hermanos; este es causa de la guerra y lo sacrificaré para que Roma impere sobre Albano.» El Curiacio apenas podía sostener las armas, y el Horacio, clavándole la espada en el cuello, le derribó y despojó. Los romanos acogieron en triunfo al vencedor, tanto más gozosos, cuanto más habían temido. Cada uno de los pueblos cuidó en seguida de enterrar á sus muertos, pero con sentimientos muy diferentes: el uno conquistaba el imperio, el otro caía bajo dominio extraño. Todavía se ven las tumbas de aquellos guerreros en el paraje en que cayeron los dos romanos juntos y cerca de Albano: los tres albanos del lado de Roma, á cierta distancia entre sí, según el sitio en que habían combatido (1).

Antes de separarse, Metto, en observancia del tratado, preguntó á Tulo qué mandaba, contestando éste que mantuviese armada á la juventud para emplearla contra los veyos si les hacía la guerra. Retiráronse en seguida los dos ejércitos, marchando al frente de los romanos Horacio, llevando los despojos de sus tres victorias. Su hermana, prometida á uno de los tres Curiacios, le salió al encuentro cerca de la puerta Capena, y reconoció sobre el hombro de su hermano la clámide de su prometido, tejida por ella misma; arrancóse los cabellos y llamó á su esposo con voz ahogada por los sollo-

(1) Hase pretendido reconocer los sepulcros de los Curiacios en el mausoleo de cinco pirámides que se ve al salir de Albano para ir á Laricia; pero los detalles que da Tito Livio acerca del sitio de los sepulcros de los cinco guerreros, y la forma de los monumentos, que es etrusca, no permiten admitir esta opinión, que, por otra parte, está desechada hace mucho tiempo.



zos. Indignado Horacio al ver que las lágrimas de su hermana amenguaban su triunfo, sacó la espada y se la clavó á la doncella, diciendo: «Ve con tu loco amor á reunirte con tu esposo, tú, que olvidas á tus hermanos muertos, al que te queda y á tu patria. ¡Así perezca toda romana que se atreva á llorar la muerte de un enemigo!» Aquella muerte indignó al pueblo y al Senado, pero el brillo de la victoria disminuía el horror. Sin embargo, lleváronle ante el rey y le acusaron. Temiendo el rey la responsabilidad de la sentencia, cuyo rigor sublevaría á la multitud, y temiendo más aún ordenar el suplicio que seguiría á la sentencia, convocó la asamblea del pueblo y dijo: «Nombro, según la ley, duunviros que juzguen á Horacio.» La ley era extraordinariamente rigurosa. «Que los duunviros juzguen el delito, decía; y si apelan de la sentencia, juzguen sobre la apelación. Si resulta confirmada la sentencia, cúbrase la cabeza del culpable, suspéndasele al árbol fatal y azótesele con varas en el recinto ó fuera del recinto de la ciudad.» Ateniéndose á esta disposición legal, los duunviros no se hubiesen atrevido á absolver ni siquiera á un inocente después de haberle condenado. «P. Horacio, dijo uno de ellos, declaro que has merecido la muerte. Ve, lictor, átales las manos.» Acercóse el lictor, y ya preparaba la cuerda, cuando por consejo de Tulo, interpretando con clemencia la ley, exclamó Horacio: «Apelo.» Llevóse la apelación al pueblo. Todos se encontraban conmovidos, oyendo gritar al viejo Horacio que la muerte de su hijo era justa; que en otras circunstancias, él mismo hubiese obrado contra él en virtud de la autoridad paternal, y suplicaba á los romanos, que le habían visto la vispera padre de tan numerosa familia, que no le privasen de todos sus hijos. Abrazándole después y mostrando al pueblo los despojos de los Curiacios colgados en el punto que todavía se llama hoy Pilar de Horacio,

exclamó: «Romanos, el que hace un momento contemplabais con admiración marchando entre vosotros triunfante y ostentando gloriosos despojos, ¿podréis verle atado al poste infame, azotado y muerto? Los mismos albanos no podrían soportar tal espectáculo. Acércate, lictor; ata las manos que armadas poco ha acababan de darnos el imperio; acércate, cubre la cabeza del libertador de Roma; cuélgale del árbol fatal; azótale en la ciudad si quieres, con tal que sea delante de estos trofeos y despojos; llévale fuera de la ciudad, con tal que sea entre las tumbas de los Curiacios. ¿Dónde le llevaréis que no se alcen los monumentos de su gloria ante el horror de su suplicio?» Vencido el pueblo, tanto por las lágrimas del padre como por la intrepidez del hijo, igualmente sereno ante todos los peligros, absolvió al culpable; moviéndole á esta gracia antes la admiración que inspiraba su valor que la bondad de su causa. Sin embargo, para que tamaño crimen no quedase sin expiación, mandóse al padre que rescatase al hijo pagando una multa. Después de algunos sacrificios expiatorios, cuya tradición conservó la familia de los Horacios, el anciano colocó á través de la calle una vigueta, á manera de yugo, bajo el cual hizo pasar á su hijo con la cabeza cubierta. Aquella vigueta, conservada y cuidada á perpetuidad por orden de la república, existe todavía, llamándose el Poste de la Hermana, y en el paraje donde cayó muerta alzóse una tumba de piedra labrada.

No fué muy duradera la paz con los albanos, careciendo el dictador de la firmeza necesaria para resistir el odio popular, que le censuraba haber abandonado la suerte pública á tres guerreros; y porque el resultado defraudó sus buenos propósitos, recurrió á la perfidia para recobrar el favor del pueblo, y así como buscó la paz en la guerra, buscó la guerra en la paz. Pero vien-

do en los suyos más valor que fuerza, apeló á otros pueblos, excitándoles á declarar la guerra á Roma y á hacérsela abiertamente, reservando á los suyos el papel de traidores. Los fidenatos, colonia romana, trajeron á los veyos á la trama, y alentados por las seguridades que les daba Metto, que prometía unírseles, empuñaron las armas y se prepararon á la guerra. Cuando estalló ésta, Tulo llamó á Metto con su ejército, marchó contra los enemigos, cruzó el Anio y acampó en la confluencia de este río con el Tiber. Los veyos habían atravesado el Tiber entre este punto y la ciudad de Fidenas, formando sus gentes el ala derecha, que se extendía por las orillas del río; á la izquierda estaban los fidenatos, más cerca de las montañas. No era Metto más valiente que fiel, por lo que no atreviéndose á guardar el punto que le habían confiado ni á pasarse abiertamente al enemigo, acercóse poco á poco á las montañas. Cuando se consideró bastante alejado de los romanos mandó detenerse á los suyos; y no sabiendo ya qué hacer, desplegó sus columnas, proponiéndose llevar su auxilio allí donde se mostrase la fortuna. Los romanos, que conservan su posición, extrañan aquel movimiento, que les dejaba descubierto un flanco, y muy pronto llega á la carrera un jinete á decir á Tulo que los albanos se retiran. Aterrado Tulo, hace votos de consagrar á Marte doce sacerdotes salios y de construir un templo á la Palidez y al Pavor. En seguida mandó al jinete con voz amenazadora y bastante fuerte para que le oyese el enemigo, que volviese al combate y no temiese, que los albanos ejecutaban aquel movimiento por orden suya para cortar á los fidenatos. En seguida le manda que los jinetes tengan levantadas las lanzas. Esta hábil evolución evitaba que la mayor parte de los peones romanos viesan la retirada de los albanos; y los que la habían observado, enga-

ñados por las palabras del rey, que creían verdaderas, combaten con mayor denuedo. Apodérase el terror de los fidenatos, habiendo oído y comprendido de la misma manera la respuesta del rey, porque muchos de ellos, habiendo partido de Roma para fundar la colonia, conocían la lengua latina. Temiendo que bajando bruscamente de la altura los albanos les cortasen el camino de su ciudad, volvieron la espalda, declarándose en fuga. Persíguelos Tulo, derrota al cuerpo de los fidenatos y vuelve con mayor brío contra los veyos, aturridos ya por la derrota de sus aliados. Los veyos, no pudiendo sostener el empuje, se desbandan y huyen, pero el río que corre á su espalda les detiene. Al llegar á la orilla unos arrojaban cobardemente las armas y se lanzaban ciegos al agua; otros, vacilando entre la fuga y el combate, son muertos en medio de sus vacilaciones. En ninguna batalla habían derramado los romanos tanta sangre enemiga.

El ejército albanos, que hasta entonces se mantuvo espectador de la batalla, bajó al llano, y Metto felicitó á Tulo por su victoria, agradeciendo bondadosamente Tulo sus palabras. Para asegurar el éxito de la jornada, el rey de los romanos mandó á los albanos que reuniesen su campamento con el de los romanos, disponiendo para el día siguiente un sacrificio lustral. En cuanto amaneció y todo estuvo dispuesto, convocó, según costumbre, á los dos ejércitos en asamblea general. Los heraldos comenzaron á llamar por las últimas filas, haciendo que los albanos avanzasen los primeros. Curiosos éstos por contemplar lo que iba á suceder y escuchar la arenga del rey de los romanos, acercáronse mucho á él. La legión romana, completamente armada, les rodeó, teniendo orden los centuriones de ejecutar en el acto cuanto se les mandase. Entonces comenzó á hablar Tulo: «Romanos, si alguna vez, y en alguna gue-

rra habéis debido dar gracias, primero á los dioses inmortales y después á vuestro valor, ha sido en la batalla de ayer. Porque habéis tenido que defenderos, no solamente contra las armas de vuestros enemigos, sino que, cosa mucho más peligrosa, contra la traición y perfidia de vuestros aliados; porque, para que no permanezcáis más tiempo en el engaño, sabed que yo no había mandado á los albanos que ocupasen la montaña. Verdad es que fingí haberlo dispuesto, pero lo hice por prudencia y por no desalentaros, revelándoos la desertión de Metto; también obré así para asustar al enemigo y desordenarle haciéndole creer que iba á ser envuelto. No acuso á todos los albanos, que no han hecho más que obedecer á su jefe, como vosotros me hubieseis obedecido si hubiera cambiado mis órdenes. Metto solo ha dirigido el movimiento; Metto, el promovedor de esta guerra; Metto, el violador del pacto que habían jurado las dos naciones. Pero quiero que en adelante se imite su ejemplo, si no doy yo en su persona y en este día elocuente lección á los mortales.» Dicho esto, los centuriones armados rodearon á Metto, y Tulo continuó: «Para bien, gloria y felicidad del pueblo romano, y para la tuya también, pueblo albano, he decidido trasladar á Roma todos los habitantes de Albano, dar el derecho de ciudadanía al pueblo y hacer senadores á los magnates; en una palabra, hacer de las dos una sola ciudad y una sola república. En otro tiempo se dividió Albano en dos pueblos, y ahora se fundirá en uno solo.» Al oír esto los albanos inermes, rodeados por el ejército armado, experimentaron diferentes sentimientos; pero contenidos por el terror, guardaron silencio. Tulo continuó diciendo: «Metto Suffecio, si pudieses aprender aún á guardar fe en los tratados, te dejaría vivir para que recibieses esta lección; pero como tu carácter es incurable, que tu suplicio enseñe á los hombres á creer en

la santidad de las leyes que has violado. De la misma manera que has dividido tu corazón entre Roma y Fidenas, así será dividido tu cuerpo.» Trajeron en seguida dos cuadrigas, y Tulo mandó atarle á ellas; lanzados en seguida en opuesta dirección los caballos, arrastraron los carros los desgarrados y sangrientos miembros de Metto. Todos apartaron los ojos de aquel espectáculo horrible, que fué el primero y el último entre los romanos, de un suplicio en que se despreciaron las leyes de la humanidad. Gloria es de los romanos haber preferido siempre castigos más suaves.

Entretanto habían mandado ya á la caballería para traer á Roma todos los habitantes de Albano; llevando en seguida las legiones para destruir la ciudad. Estas no vieron al entrar el tumulto y agitación que ordinariamente reinan en las ciudades conquistadas cuando rotas las puertas, derribadas las murallas con el ariete y tomada por asalto la fortaleza; cuando el enemigo lanza gritos de muerte, corre y se extiende por las calles, llevándolo todo á sangre y fuego; silencio triste y sombrío dominaba todos los ánimos, no sabiendo qué tomar ni qué dejar, porque el temor les había quitado el discernimiento. Preguntábanse unos á otros: éstos quedaban inmóviles en sus umbrales; aquéllos vagaban á la ventura, hasta dentro de sus casas, para verlas por última vez. Mas cuando la amenazadora voz de los jinetes les mandaba salir; cuando por toda la ciudad resonó el fragor de los techos que caían; cuando el polvo que por todas partes se alzaba de las ruinas cubrió el espacio con densa nube, cada cual cogió apresuradamente lo que pudo y se alejó, abandonando sus lares, sus penates y el techo bajo que había nacido y vivido. Grupos de emigrantes llenaban las calles, provocando sus lágrimas el espectáculo de la común desgracia; oíanse también lamentos, especialmente de las mu-

jeros, cuando, al pasar, veían los templos invadidos por los soldados y como en cautividad los dioses. En cuanto salieron los albanos, los romanos destruyeron indistintamente los edificios públicos y las casas particulares. Hacía cuatrocientos años que existía Albano, y una hora bastó para que quedase arruinada. Los templos de los dioses, conforme había mandado Tulo, quedaron en pie. ▲

Roma aumentaba á expensas de Albano y duplicaba el número de sus habitantes. Añádese á la ciudad el monte Celio, y para atraer la población Tulo construyó allí su palacio (1), fijando en él su morada. Quiso también que el Senado participase del engrandecimiento de la república, y dió entrada en él á los Tulios, Servilios, Quincios, Geganios, Curiacios y Clelios. Como el Senado era ahora más numeroso, construyó Tulo un palacio para sus reuniones, al que todavía se le llama hoy Hostilio. En fin, para que la unión del nuevo pueblo aprovechase en cierto modo á todos los órdenes del Estado, creó diez turmas de caballería, formadas exclusivamente de albanos. También completó las legiones antiguas y formó otras nuevas, sacándolas de los mismos albanos. Confiando entonces en sus fuerzas, declaró la guerra á los sabinos, el pueblo más importante de aquella época y el más guerrero después de los etruscos. Quejábanse los dos pueblos de recíprocas ofensas, por las que inútilmente se había pedido reparación de una y otra parte. Decía Tulo que cerca del templo de Feronia habían sido detenidos algunos mercaderes romanos en pleno mercado; y los sabinos se quejaban de que algunos conciudadanos suyos habían sido presos en Roma á pesar de haberse refugiado en el

(1) Tulo, de origen etrusco, construyó su palacio en el paraje mismo que ocupaban los *Luseras*, es decir, las familias etruscas que vinieron á Roma bajo el primer rey.

bosque sagrado. Tales eran los pretextos de la guerra. No habiendo olvidado los sabinos que Tacio llevó á Roma una parte de sus fuerzas, y que el poder romano acababa de aumentarse con la reunión de los albanos, buscaron auxilios en derredor. Encontrándose vecinos de la Etruria, confinaban con el territorio de los veyos, quienes, irritados todavía con el recuerdo de antiguas derrotas, sentíanse muy propicios á una ruptura. Sin embargo, los sabinos no pudieron conseguir de ellos más que algunos voluntarios, y por dinero algunos aventureros de la hez del pueblo. La ciudad no les suministró ningún socorro, y (lo que hubiese sido menos de notar en otro pueblo) el respeto á la tregua ajustada con Rómulo detuvo á los veyos. Hacíanse grandes preparativos por ambas partes; pero como el éxito podía depender en gran manera de la rapidez con que se adelantasen al enemigo, Tulo invadió el territorio de los sabinos. Trabóse sangriento combate cerca de la selva Maliciosa, sirviendo poderosamente á los romanos la solidez de los infantes, y sobre todo el reciente aumento de su caballería, que cayendo repentinamente sobre los sabinos los desordenó, no pudiendo resistir el choque, rehacerse ni abrirse paso para huir, sin grandes pérdidas.

Saboreaba Roma los frutos de esta victoria, tan gloriosa para el reinado de Tulo y tan fecunda para ella, cuando anunciaron al rey y á los senadores que había caído sobre el monte Albano una lluvia de piedras. Como no se daba crédito á este prodigio, mandaron gentes que se cerciorasen sobre el terreno. Los encargados de esta misión vieron efectivamente caer del cielo considerable cantidad de piedras, tan espesas como el granizo cuando el viento lo arroja á la tierra. También les pareció escuchar que brotaba del monte sagrado, en la cumbre de la montaña, una voz vibrante que mandaba á



los albanos hacer sacrificios según el rito de su patria; porque habían descuidado este deber, como si al salir de su ciudad hubiesen abandonado sus dioses, bien para adoptar los de los romanos, bien por desprecio de toda religión, efecto ordinario del disgusto en la adversidad. Los romanos por su parte, en expiación de aquel prodigio, celebraron sacrificios públicos que duraron nueve días; y sea que la voz sagrada del monte Albano, según refiere la tradición, hubiese ordenado aquel uso, sea que los aconsejasen los arúspices, lo cierto es que se conservó y que se celebraban fiestas durante nueve días, siempre que se repetía igual prodigio. Poco tiempo después quedó desolada Roma por efecto de una enfermedad pestilente que inspiró á todos profundo disgusto por la guerra. Pero el belicoso Tulo no les daba punto de reposo, considerando más propicia para la robustez del cuerpo la permanencia en los campamentos que en la ciudad. Al fin experimentó él mismo los efectos de la enfermedad, y la debilitación de sus fuerzas calmó aquel ánimo turbulento; pasando de pronto aquel príncipe que consideraba indigno de él ocuparse de religión á supersticiones hasta las más frívolas, llenando la ciudad de ceremonias religiosas. A ejemplo suyo, volviendo los romanos á las costumbres que señalaron el reinado de Numa, creyeron que el único remedio para sus males era calmar y hacer benignos á los dioses. Hasta se llegó á decir que habiendo encontrado Tulo, registrando los libros de Numa, el relato de algunos sacrificios secretos, establecidos en honor de Júpiter Elicio, se ocultó para entregarse á aquellas ceremonias misteriosas; pero que habiendo olvidado en los preparativos ó en la celebración algunos ritos esenciales, no evocó la sombra de ninguna divinidad, y que irritado Júpiter por aquellas profanaciones, hirió con un rayo al rey y á su palacio abrasándolos á los

dos (1). Tulo reinó treinta y dos años con brillante gloria militar.

Después de la muerte de Tulo, pasó la autoridad, según costumbre, á manos de los senadores, y éstos nombraron un interrey. Reunidos los comicios, fué elegido rey por el pueblo Anco Marcio, ratificando el senado la elección. Este rey era nieto de Numa, siendo hijo de una hija de éste. En cuanto comenzó á gobernar, recordando la gloria de su abuelo y considerando cuán desgraciado había sido el reinado anterior, no obstante su brillo, bien por la indiferencia que mostraba Tulo hacia las ceremonias religiosas, bien por las modificaciones que experimentaron éstas, consideró imperioso deber reintegrarlas en su primitiva pureza, y mandó al pontífice escribiese los preceptos en blancas tablillas (2), ateniéndose á los textos de Numa, y exponerlas al público. Este principio hizo esperar á los ciudadanos sedientos de reposo y á las repúblicas vecinas que el nuevo rey imitaría las costumbres y el gobierno de su abuelo. Por esta razón los latinos, que se habían ligado á Tulo por un tratado, abandonaron su inacción y recobraron valor, haciendo irrupciones en territorio romano, y contestando con arrogancia á los legados que les mandó pidiendo satisfacción; porque creyeron que el indolente Anco pasaría su vida en los templos y delante de los

(1) Según otros relatos, encontrándose enfermo Tulo, fué asesinado por Anco Marcio y sus partidarios, quienes incendiaron el palacio para ocultar mejor el crimen.

(2) El *album*, donde se promulgaban las disposiciones de la autoridad pública, lo define Servio *tabula dealbata*, lo que da á entender que estas inscripciones se hacían en madera pintada de blanco. Muchas veces también, y principalmente en la antigüedad griega, se ponían las inscripciones en la pared, según se comprende de varias frases de Platón y de Demóstenes y por el ancho muro destinado á este uso que se ve todavía en Pompeya.

altares. Pero Anco unía el carácter de Numa al de Rómulo y comprendía perfectamente que si su abuelo necesitó la paz para civilizar una nación nueva que tenía costumbres tan rudas, difícilmente podría conseguir igual resultado sin soportar injurias. Comenzaban por tantear su paciencia, y concluirían por despreciarle: los tiempos exigían un Tulo y no un Numa. Pero éste había creado instituciones religiosas para la paz, y Anco las creó para la guerra: dispuso, pues, que se estableciese un rito especial que rigiese las formas y conducta que habían de seguirse en la declaración de hostilidades. Tomó de los equícolas (1), antiguo pueblo de la Italia, muchos usos suyos, que son los mismos que observan actualmente los faciales en sus reclamaciones. Llegado el facial al límite del territorio de los agresores, se cubre la cabeza con un manto de lana, y dice: «Oye, Júpiter; oíd, habitantes de esta frontera (y nombra el pueblo á que pertenece); oye tú también, justicia: yo soy el legado del pueblo romano, y vengo encargado por él de una misión justa y piadosa; que se dé fe á mis palabras.» Expone en seguida las ofensas, y tomando á Júpiter por testigo, añade: «Si yo, el legado del pueblo romano, violo las leyes de la justicia y de la religión al pedir la restitución de esos hombres y de

(1) Creíase que Numa estableció los Faciales, tomando la institución de los griegos. Mas parece que desde los tiempos más antiguos los tenían los pueblos de Italia, especialmente los albanos y los samnitas. Generalmente se creía que los equícolas eran los autores de las fórmulas que constituían en cierto modo el derecho de los Faciales, atribuyendo Valerio su redacción á Sertor Resius. "*Ab Equiculis Sertorem Resium, qui primus jus faciale instituit.*"

Los equícolas, llamados también *Æqui*, *Æquani*, *Æquiculani*, constituían una raza agreste de montañeses establecidos en las dos riberas del Anio, entre los Manos, los Peliñinos y los Sabelios.

esas cosas, no permitáis que vuelva á ver mi patria.» Esta fórmula la recita al atravesar la frontera, la dice al primero que encuentra, la repite al entrar en la ciudad enemiga y también á su llegada á la plaza pública, aunque cambiando algo la entonación ó las palabras del juramento. Si pasados treinta días, plazo prescrito solemnemente, no obtiene satisfacción, declara la guerra con esta fórmula: «Escucha, Júpiter; y tú Juno, Quirino, y vosotros todos dioses del cielo, de la tierra y del infierno, escuchad: yo os tomo por testigos de la injusticia de este pueblo (y lo nombra) y de su negativa para restituir lo que no le pertenece. Pero los ancianos de mi patria deliberarán acerca de los medios de reconquistar nuestros derechos.» El legado regresa en seguida á Roma para que se delibere, y el rey comunica inmediatamente el asunto á los senadores en estos términos, sobre poco más ó menos: «Los objetos, ofensas y causas que el heraldo del pueblo romano, hijo de Quirino, ha pedido, expuesto y debatido ante el heraldo y el pueblo de los antiguos latinos, y cuya restitución, reparación y solución esperaba, no han sido restituidos, reparados ni resueltos: dime, pues, preguntaba al primero á quien se dirigía, lo que piensas.» Y este respondía entonces: «Creo que la guerra es justa y legítima para hacer valer nuestros derechos, y doy pleno y completo consentimiento.» De esta manera se interrogaba á cada uno, y si la mayoría la votaba, quedaba decidida la guerra. Entonces el facial marchaba á la frontera del pueblo enemigo, llevando un dardo de hierro ó un asta endurecida al fuego y ensangrentada, y allí, delante de tres mancebos por lo menos, decía: «Puesto que los antiguos latinos, pueblos y ciudades, han obrado en contra del pueblo romano, hijo de Quirino, ofendiéndole; el pueblo romano, hijo de Quirino, ha ordenado la guerra contra los antiguos latinos; el sena-

do del pueblo romano, hijo de Quirino, la ha consentido, dispuesto y decretado, y yo y el pueblo romano la declaramos á los antiguos latinos, pueblos y ciudades, y rompo las hostilidades.» Y al decir esto, lanzaba el dardo al territorio enemigo. Estas formalidades se pusieron en juego en las reclamaciones dirigidas á los latinos y en la declaración de guerra, costumbre que se ha observado constantemente después.

Habiendo Anco dejado encargado á los flamines y demás sacerdotes el cuidado de los sacrificios, marchó á la cabeza de su ejército, recientemente formado, en contra de Politorio, ciudad de los latinos, tomándola por asalto. Siguiendo el ejemplo de sus antecesores, que engrandecieron la república otorgando el derecho de ciudadanía á los enemigos vencidos, mandó trasladar á Roma á todos los habitantes; y como los antiguos romanos habían construído sus moradas alrededor del monte Palatino, los sabinos sobre el Capitolio y en la fortaleza y los albanos en el monte Celio, designó el monte Aventino á los nuevos habitantes. Allí colocó también á los ciudadanos de Telená y de Ficana, cuando los romanos se apoderaron de estas dos ciudades. Pero muy pronto tuvieron que atacar otra vez á Politorio, que habían recobrado los antiguos latinos, después que la abandonaron sus habitantes, arrasándola ahora por temor de que sirviese otra vez de refugio á los enemigos de Roma. Reconcentrada al fin la guerra delante de Medulia, por algún tiempo estuvieron equilibradas las probabilidades de triunfo, permaneciendo indecisa la victoria porque la ciudad era fuerte, estaba bien abastecida y tenía numerosos defensores; además, el ejército latino, acampado en la llanura, trabó repetidos combates con los romanos. Pero Anco, reuniendo todas sus tropas, hizo el último esfuerzo; quedando vencidos los latinos en batalla campal. Apoderándose de

considerable botín, regresó á Roma, donde concedió los derechos de ciudadanos á muchos millares de latinos, á los que estableció cerca del templo de Venus Murcia (1), como para reunir los montes Palatino y Aventino. También se reunió á la ciudad el Janículo, no por falta de terreno, sino para poner á cubierto de toda sorpresa aquella posición. Consiguióse esto, no solamente por medio de una larga muralla que se unía á las casas, sino que también por un puente de madera construído sobre el Tíber y que facilitaba el paso entre las orillas. El foso de los *Quirites*, tan á propósito para evitar el acceso por el lado de la llanura, es también obra de Anco. Cuando tan prodigiosamente hubo aumentado Roma, era muy difícil distinguir entre los ciudadanos buenos y malos, en medio de aquella inmensa multitud, multiplicándose los crímenes más desconocidos. Con objeto de infundir terror y contener los progresos de la perversidad, mandó construir Anco, en el centro de la ciudad, una prisión que dominaba el Foro. Bajo este reinado se ensancharon las fronteras de Roma tanto como la ciudad misma: tomóse á los veyos la selva Mœsia, extendiéndose el imperio hasta el mar: construyóse Ostia en la desembocadura del Tíber, estableciéronse salinas en derredor de esta ciudad y se agrandó el templo de Júpiter Feretriano, en muestra de gratitud por los últimos triunfos.

Durante el reinado de Anco vino á Roma un extranjero activo y rico, llamado Lucumón (2), moviéndole

(1) Murcia era una diosa latina identificada con Venus y cuyo templo estaba situado sobre el Aventino. Algunos creen que este nombre de Murcia equivalía á *Mirtea* y viene de que cerca del templo de Venus, en el Aventino, había un bosque de mirtos. Otros lo creen derivado de una palabra siracusana, que significa delicado, y algunos de *murcidus*, blando, perezoso.

(2) Este era el nombre del magistrado supremo de cada una de las doce ciudades que formaban las confederaciones

la ambición y esperanza de obtener los honores que le negaban en Tarquinia, donde también era extranjera su familia. Su padre, Demarato, obligado á huir de Corinto por consecuencia de disturbios civiles, se refugió casualmente en Tarquinia, donde casó y tuvo dos hijos, Lucumón y Arous. Lucumón sobrevivió á su padre, cuya herencia recogió él solo, habiendo muerto antes Arous, dejando á su esposa encinta. Demarato, que le siguió á poco, ignorando la preñez de su nuera, no mencionó á su nieto en el testamento; de suerte que, habiendo nacido el niño después de la muerte de su abuelo, no recibió parte alguna de la herencia, quedando reducido á tal miseria, que le dieron el nombre de Egerio. Lucumón, heredero de las riquezas del padre, hinchóse de orgullo, que su esposa Tanaquil se esforzó en aumentar. Descendiendo de elevada alcurnia, Tanaquil no estaba dispuesta á aceptar un enlace que la rebajase; no pudiendo soportar el desprecio de los etruscos hacia Lucumón, hijo de un extranjero, de un proscrito, y más atenta al encumbramiento de su esposo que al amor á su patria, decidió abandonar á Tarquinia; pareciéndole más ventajosa la residencia en Roma. Esperaba aquella mujer que, en un pueblo nuevo, donde la nobleza era reciente y fruto del mérito personal, un hombre valeroso y activo como Lucumón se distinguiría muy pronto. Tacio y Numa, siendo los dos extranjeros, habían reinado en Roma; hasta habían ido á Cures á ofrecer el imperio á Numa; Anco era hijo de una sabina y no tenía otra nobleza que la sola imagen de Numa (1). Poco trabajo le

etruscas; pero muchas veces lo emplean los historiadores romanos como nombre propio, como por ejemplo, en el actual pasaje.

(1) Dice con esto Tito Livio que la nobleza de Anco solamente databa de Numa, que en su genealogía no podía contar más que un grado, ni presentar más que una imagen. Sabido

costó persuadir al ambicioso Lucumón, que por otra parte estaba muy poco adherido á su patria, á la que solamente pertenecía por su madre. Marcharon, pues, á Roma con sus riquezas, y cuando se acercaban al Janículo, Lucumón sentado en su carro y á su lado Tanaquil, un águila descendiendo lentamente le quitó el gorro; alzando el vuelo en seguida y cerniéndose á la vez que lanzaba estridentes gritos, como si los dioses se lo mandasen, descendió otra vez y colocó el gorro sobre la cabeza de Lucumón. Hecho esto, remontó y se perdió entre las nubes. Sabiendo Tanaquil, como todos los etruscos, explicar los prodigios celestiales, recibió, según dicen, aquel presagio con profunda alegría: abrazó á su esposo, quiso que alentase magníficas esperanzas; que considerase la clase del ave, la región del cielo de que había descendido y el dios á quien servía de mensajera: añade que el prodigio se ha realizado sobre la parte más elevada del cuerpo, y que el adorno con que los hombres se cubren la cabeza solamente ha sido arrebatado un momento para ser devuelto en seguida por voluntad de los dioses. Dominados por estas ideas entraron en Roma y compraron una casa. Lucumón tomó el nombre de Tarquino Prisco, haciendo sus riquezas y su calidad de extranjero que los romanos se fijasen muy pronto en él, esforzándose él mismo en ayudar á la fortuna, conciliándose la benevolencia con su afabilidad, generosa hospitalidad y los favores con que procuraba atraerse á todos. Al fin llegó su nombre hasta el rey, y una vez conocido por éste, no tardó en granjearse su amistad, por sus delicados modales y su habilidad en el desempeño de los cargos que le confia-

es cuánta importancia daban los romanos al *jus imaginum*, dado por las magistraturas curules. Esta institución debía existir ya en tiempo de Tarquino el Viejo, porque el derecho de las imágenes parece remontar al establecimiento del Patriciado.



ron: pertenecía á todos los consejos públicos y privados y le consultaban acerca de la guerra y de la paz. Después de haberle experimentado en todos sentidos, el rey le nombró en su testamento tutor de sus hijos. ¶

Anco reinó veinticuatro años, siendo tan grande como sus predecesores, tanto en la paz como en la guerra. Sus hijos frisaban ya en la pubertad, y por lo mismo insistía vivamente en la necesidad de elegir nuevo rey. Cuando se convocaron los comicios tenía alejados á los principes so pretexto de una cacería; siendo el primero, según se dice, que se atrevió á solicitar abiertamente el trono y á arengar al pueblo para obtener sus votos.

«La petición no carecía de ejemplo, decía, y no era él el primero, lo que por otra parte podía sorprender é indignar á todos, sino el tercer extranjero que pretendía el imperio. Tacio no solamente era extranjero, sino enemigo, y sin embargo fué elegido rey. Numa ni siquiera conocía á Roma, y sin embargo se le llamó para que reinase en ella, sin que se le ocurriese pedirlo.

En cuanto á él, vino á Roma cuando pudo obrar según su albedrío, trayendo á su esposa y toda su riqueza; cuando llegó á la edad en que el hombre puede prestar servicios útiles al Estado, había vivido más en Roma que en su antigua patria: que en las cosas de la paz como en las de la guerra había aprendido las lecciones de un gran maestro, el rey Anco, debiéndole el conocimiento de las leyes y de la religión de Roma. Había rivalizado con todos los ciudadanos en su adhesión y respeto al rey, y con el mismo rey, en bondad con todos los ciudadanos.» Como todo cuanto decía era cierto, el pueblo le otorgó unánimemente el imperio. Este hombre, tan notable por otra parte, ostentó en el trono la misma ambición que le había llevado á él. Tan solícito por asegurar su autoridad como para ensanchar los límites de su reino, nombró cien senadores nuevos, de-

signados después con el nombre de patricios de segunda clase. De esta manera formaba ostensiblemente un partido, adhiriéndosele por medio de los honores.\* Tuvo su primera guerra con los latinos; tomó por asalto la ciudad de Apiola, trayendo de aquella expedición riquezas más considerables de las que podía esperar de una conquista tan poco importante; empleándolas en celebrar juegos más espléndidos que los organizados por sus antecesores. Entonces trazó el recinto que se llama hoy Circo Máximo, señalando en él puestos especiales para los senadores y caballeros, haciendo construir palcos sostenidos por andamiadas de doce pies de altura, á los que se dió el nombre de Foros. Consistían los juegos en carreras de caballos y combates de atletas, etruscos en su mayor parte unos y otros. Estos juegos pasaron á ser anuales, llamándolos Juegos Magnos ó Juegos Romanos. Este mismo rey hizo repartir á particulares los terrenos que rodeaban el Foro, con objeto de que construyesen en ellos pórticos y tiendas.

Disponíase á rodear á Roma con una muralla de piedra, cuando aplazó su proyecto la guerra con los sabínos. Tan repentino fué el ataque, que ya habían cruzado el Anio antes de que el ejército romano pudiese salirles al encuentro y detenerles. Roma temblaba, y en la primera batalla hubo grande mortandad por una y otra parte, quedando indecisa la victoria. Pero habiéndose retirado el enemigo á sus campamentos, dió tiempo á los romanos para levantar nuevas tropas. Comprendió Tarquino que la debilidad de su ejército procedía de la escasez de caballería, y decidió añadir nuevas centurias á las tres formadas por Rómulo, los ramneses, ticienses y luceres, y honrarlas con su nombre. Como Rómulo había consultado los augures antes de organizar aquellas huestes, Ato Navio, el más célebre de aquella época, pretendía que no podía cambiar-

se ni aumentarse nada sin consultar los auspicios. Disgustó al rey la libertad del pontífice, y refiérese que le dijo, burlándose de su ciencia: «Consulta, adivino, los oráculos y dime si es posible hacer lo que pienso.» El adivino consultó el augurio y contestó afirmativamente. «Pues bien, dijo el rey, pensaba que tú cortases esta piedra con un cuchillo; cógela y haz lo que esas aves han declarado posible.» Cuéntase que Navio cortó sin vacilar la piedra. La estatua de Ato, representándole con la cabeza velada, encontrábase en el Comicio (1), en el punto donde ocurrió este hecho, á la derecha, sobre las gradas de la Curia. Dícese que también se colocó allí la piedra para consagrar perpetuamente la memoria de aquel prodigio. Lo cierto es que desde entonces adquirieron los augures tanta fama y tanta consideración su sacerdocio que, en adelante, no se emprendió nada, ni en guerra ni en paz, sin consultarles previamente. Las asambleas populares, el levantamiento de tropas, las deliberaciones más graves, quedaban interrumpidas ó se aplazaban si no las aprobaban las aves. Tarquino se limitó entonces á duplicar el número de la fuerza de las centurias, de manera que las tres formaban un total de mil ochocientos hombres; designándose á los incorporados últimamente con la palabra nuevos, añadida á la antigua denominación, pero actualmente, que están duplicadas, se les llama las seis centurias.

Aumentada así esta parte del ejército, batalló otra vez Tarquino con los sabinos, y empleando la astucia, á pesar del aumento de sus fuerzas, hizo prender fuego á considerable cantidad de leña, amontonada en

(1) Era el Comicio una parte del Foro, cerca de los Rostros, que conducía á la Curia. Llamábase así porque allí se celebraban los *comitia curiata*. Los cónsules primero, y después los pretores, administraban justicia en aquel paraje.

las orillas del Anio, arrojándola en seguida al río; el viento favorecía el incendio, y aquellos maderos, formando montones la mayor parte, marcharon hasta los pilares del puente y los incendiaron. Este espectáculo asustó á los sabinos durante el combate y fué obstáculo para su retirada cuando quedaron derrotados. Muchos de ellos, que escaparon de la espada de los romanos, perecieron en el río, y sus armas, que el Tíber arrastró hasta Roma, anunciaron la brillante victoria de Tarquino antes de la llegada del mensajero que llevaba la noticia. En aquella batalla casi toda la gloria fué para la caballería. Formada en dos alas, y viendo retroceder al centro de la infantería romana, cayó con tanto ímpetu sobre el flanco de las legiones sabinas, que no solamente las detuvo en el ardor de la persecución, sino que las obligó muy pronto á huir. Los fugitivos corrieron hacia las montañas, pero muy pocos pudieron guarecerse en ellas; siendo el resto, como ya hemos dicho, precipitado al río por la caballería. Persuadido Tarquino de que era necesario aprovechar el terror de los vencidos, envió á Roma el botín y los prisioneros; en seguida, para cumplir un voto hecho á Vulcano, prendió fuego á los despojos enemigos, reunidos en inmenso montón, y penetró en el territorio de los sabinos; quienes, á pesar de la derrota y de su poca esperanza de mejor fortuna, no teniendo por otra parte tiempo para deliberar, salieron al encuentro de los romanos con huestes levantadas sin orden y apresuradamente; pero destruyendo otra derrota todos sus recursos, les obligó á pedir la paz.

Los sabinos perdieron á Colacia y todos sus campos, dándose el gobierno de aquella ciudad y territorio á Egerio, sobrino de Tarquino. Los colatinos se entregaron con la siguiente fórmula. El rey preguntó á los legados de Colacia: «¿Sois vosotros los legados y oradores

que envía el pueblo colatino para someteros vosotros y el pueblo de Colacia á mi poder?—Sí.—¿Es libre el pueblo colatino para disponer de sus destinos?—Sí.—Os sometéis á mi y al pueblo romano, vosotros, el pueblo de Colacia, la ciudad, los campos, las aguas, las fronteras, los templos, los bienes muebles, todas las cosas, en fin, divinas y humanas?—Nos sometemos.—Y yo os recibo.» Terminada la guerra con los sabinos, Tarquino entró triunfante en Roma (1). En seguida dirigió sus armas contra los antiguos latinos, pero sin trabar con ellos batalla decisiva, sino que atacando sucesivamente todos los pueblos de su territorio, se apoderó de cuantos llevaban el nombre latino. Tomó á Cornículo, la antigua Ficulea, Cameria, Crustamerio, Ameriolla, Medulia y Numanto, ciudades que siempre habían pertenecido ó que se habían entregado á los latinos. Ajustada la paz, emprendió trabajos importantes dentro de la ciudad, desplegando mayor actividad aún que en las guerras que acababa de sostener. Vuelto el pueblo á sus hogares, no encontró en ellos más descanso que en los campos, porque Tarquino hizo continuar la construcción de la muralla de piedra, interrumpida por la guerra con los sabinos, y fortificó la ciudad en toda la parte desguarnecida. Como era difícil la salida de las aguas de los barrios bajos, alrededor del Foro y en los valles que existen entre las colinas, las recogió por medio de cloacas (2) que las recibían de estos puntos, como también de las alturas de la ciudad, lleván-

(1) Es la primera mención de un triunfo que se encuentra en Tito Livio, y muchos escritores atribuyen á Tarquino el origen de esta ceremonia; pero Dionisio de Halicarnaso y Plutarco la remontan á Rómulo.

(2) Este monumento, el más importante de Roma según testimonio de Plinio, ha resistido al tiempo, como preveía el sabio romano.

dolas al Tíber. En seguida trazó el recinto del templo que durante la guerra con los sabinos había ofrecido á Júpiter Capitolino, y cuyos cimientos presagiaron desde entonces su futuro esplendor.

Por aquel tiempo ocurrió en el palacio un prodigio tan extraordinario en sí mismo como por los acontecimientos que le siguieron. Dícese que á presencia de muchos vióse como arder la cabeza de un niño dormido, llamado Servio Tulio. Prodigio tan admirable arrancó gritos por todos lados en el palacio, atrayendo al rey y á su familia. Como un criado corría á traer agua para apagar el fuego, la reina le detuvo, y, mandando callar, prohibió tocar al niño hasta que despertara por sí mismo. Pero la llama desapareció á poco con el sueño. Tanaquil entonces, retirando á su esposo á sitio apartado, le dijo: «¿Ves ese niño que educamos en tan humilde condición? Pues ese será algún día la luz que reanimará nuestras esperanzas prontas á extinguirse, y sostendrá nuestro quebrantado trono.» Desde aquel momento trataron á Servio como á hijo y le hicieron aprender todo cuanto excita el ánimo y le hace ambicionar elevada fortuna. No podían dejar de cumplirse los designios de los dioses: en aquel niño se desarrollaron con la juventud las cualidades de los reyes, y cuando Tarquino buscó un yerno, ningún joven romano merecía compararse con Tulio, y le dió por lo tanto su hija. Cualquiera que fuese la causa de este honor tan insignificante, no permite creer que Servio Tulio fuera hijo de una esclava y él mismo esclavo en su infancia. Mejor acepto la opinión de los que pretenden que en el asalto de Cornículo pereció Servio Tulio, jefe de aquel Estado, dejando encinta á su viuda: que reconocida entre las otras cautivas, por la consideración de su nacimiento, aquella mujer obtuvo de la reina la libertad, y fué alojada en Roma en el palacio de Tarquino el Vie-

jo: que allí dió á luz á Servio, y que el agradecimiento por hospitalidad tan generosa estableció entre las dos mujeres estrecha amistad: que nacido y educado el niño en el palacio fué objeto del cariño y respeto de todos; y en fin, que la circunstancia de haber caído su madre en poder de los vencedores después de la conquista de su patria, había hecho creer que era hijo de una esclava.

Encontrábase Tarquino en el trigésimo octavo año de su reinado, y Servio Tulio merecía profunda consideración, no solamente del rey, sino que también de los senadores y del pueblo. Los dos hijos de Anco, indignados todavía contra la perfidia de su tutor, que les había expulsado del trono de su padre, y por ver reinar á quien no solamente no era romano, pero ni siquiera de origen italiano, apreciaron con mayor dolor la extensión de la ofensa, cuando comprendieron que no solamente perderían el cetro otra vez después de la muerte de Tarquino, sino que vendría á pasar deshonorado á manos de un esclavo; que de esta manera aquella ciudad en que un siglo antes, Rómulo, hijo de un dios y dios él mismo, había reinado durante el tiempo de su permanencia en la tierra, iba á obedecer, después de él, al hijo de una esclava, que debía ser esclavo también. Consideraron, pues, que era vergonzoso para el nombre romano y para su propio nombre, que viviendo los hijos de Anco dejasen el trono en poder de extranjeros, de esclavos. Solamente el hierro podía impedir aquella afrenta. Pero el odio les animaba más contra Tarquino que contra Servio. Si el rey sobrevivía á su yerno, se vengaría del asesinato por modo mucho más terrible que un particular; además de que muerto Servio, no dejaría de asegurar la posesión del trono al nuevo yerno que eligiese. Así, pues, contra el mismo rey meditaban dirigir sus golpes. Para la ejecución de la trama, eligieron dos atrevidos pastores, quienes, vesti-

dos como de costumbre, penetraron en el vestíbulo del palacio, trabando allí fingida contienda con todo el ruido posible, para atraer la atención de los guardias. Como los dos imploraban la justicia del rey, y su voz, resonando en todo el palacio, llegó á los oídos de Tarquino, éste mandó que les llevasen á su presencia. Al principio hablaron los dos á la vez, sin que ninguno quisiera dejar al otro tiempo para explicarse. Mas imponiéndoles silencio el lictor, les mandó que hablasen por turno. Entonces dejaron de interrumpirse, y uno de ellos comenzó á exponer el hecho de la manera convenida, y mientras el rey, inclinado hacia el que hablaba, atendía cuidadosamente á su relato, el asesino levantó su hacha, le asestó un golpe en la cabeza, y dejando el hierro en la herida, escapó con su compañero.

Tarquino cayó moribundo en brazos de los que le rodeaban, y los lictores prendieron á los asesinos en su fuga. A los gritos acudió el pueblo preguntando con asombro qué sucedía. En medio del tumulto, Tanaquil mandó cerrar las puertas del palacio y alejar á los curiosos. Al mismo tiempo dispuso los remedios que exigía la herida de su esposo, como si esperase salvarle, preparando otros recursos por si se frustraba la esperanza. Haciendo llamar á Servio y mostrándole á Tarquino expirante, exhortóle, cogiéndole la mano, á vengar la muerte de su suegro y á no consentir que su suegra viniese á ser juguete de sus enemigos. «Si eres hombre, añadió, el trono es tuyo, y no de aquellos que han recurrido á manos extrañas para realizar el crimen más espantoso. Levanta, obedece á los dioses que te han destinado al poder real, cuando anunciaron tu alta fortuna por medio de la llama celestial que en otro tiempo brilló en derredor de tu cabeza. Que aquella llama te caliente hoy; que hoy despiertes en realidad. ¿No hemos reinado nosotros también aunque extranje-



ros? Piensa en quién eres y no de dónde vienes. Si lo repentino del suceso te aturde, al menos déjame guiarte.» Entre tanto redoblaban los gritos de la multitud, haciéndose irresistible su empuje. Entonces, desde una ventana alta, que daba á la calle Nueva (porque el rey habitaba cerca del templo de Júpiter Stator), Tanaquil arengó al pueblo, exhortándole á la tranquilidad. «Lo repentino del golpe ha aturdido al rey, dijo; pero la herida no es profunda; ya ha recobrado los sentidos; se ha examinado la herida, restañado la sangre y el herido se encuentra fuera de peligro. Muestra esperanza de que muy pronto le verán, y entre tanto el mismo rey manda que se obedezca á Servio Tulio, que administrará justicia y desempeñará las demás funciones reales.» Servio salió revestido con la trábea (1), y precedido por los lictores, sentóse en el trono, dictó sentencia en algunos negocios y acerca de otros fingió consultar al rey. De esta suerte, estando muerto ya algunos días Tarquino, ocultando Servio la muerte, aseguraba su poder, pretextando ejercer la autoridad de otro (2). Al fin se publicó la verdad, y en medio de los lamentos que resonaban en el palacio, rodeado Servio de segura guardia, se apoderó del reino. Este fué el primer rey nombrado por el Senado solo y sin intervención del pueblo. Al saber los hijos de Anco que habían sido presos los asesinos, que el rey vivía y que la autoridad de Servio era más fuerte que antes, se desterraron voluntariamente á Suesa-Pomecia (3).

(1) La trábea era una toga blanca bordada con anchas bandas de púrpura. Este era el traje de los reyes, que adoptaron los cónsules. La que llevaban los augures estaba rayada de púrpura.

(2) La misma estratagema empleó Agripina para asegurar el imperio á Nerón.

(3) Esta era la ciudad más importante de los volscos. Tarquino el Soberbio se apoderó de ella recogiendo rico botín. Los

Habiendo puesto Servio su poder al abrigo de toda oposición por parte del pueblo, quiso hacer lo propio relativamente á las asechanzas domésticas; y para que los hijos de Tarquino no le tratasen como á éste los de Anco, casó sus dos hijas con Lucio y Armino, hijos de Tarquino. Pero la prudencia del hombre no pudo destruir los decretos del hado, y la ambición de reinar produjo por todas partes, en la familia real, enemigos y traidores. Afortunadamente para la tranquilidad de Servio, había expirado la tregua con los veyos y demás pueblos de la Etruria, y comenzó de nuevo la guerra; guerra en la que brilló tanto la fortuna de Servio como su valor. Desfizó el ejército enemigo, no obstante su fuerza, y regresó á Roma, rey reconocido en adelante, bien apelase á los senadores, bien al pueblo. Entonces fué cuando aprovechando la paz, emprendió una obra inmensa; y si Numa fué el fundador de las instituciones religiosas, la posteridad atribuye á Servio la gloria de haber introducido en el Estado el orden que distingue las categorías, las fortunas y las dignidades, estableciendo el censo; institución provechosísima para un pueblo destinado á tanta grandeza. Este reglamento imponía á cada cual la obligación de contribuir á las necesidades del Estado, así en paz como en guerra, no por tasas individuales y comunes como antes, sino en proporción de sus rentas. En seguida formó las diferentes clases de ciudadanos y las centurias, así como también aquel orden, fundado sobre el censo mismo y que tan admirable fué, tanto en la paz como en la guerra.

Formaban la primera clase aquellos que poseían un censo de cien mil ases ó mayor: dividíase ésta en ochenta

cónsules Opiter Virginio y Sp. Cassio la conquistaron después y la destruyeron por completo. Era una de las veintitrés ciudades que desaparecieron de aquella comarca y especialmente de las Lagunas Pontinas, mucho antes de la época de Plinio.

ta centurias, cuarenta de jóvenes y cuarenta de hombres maduros; éstos quedaban encargados de la custodia de la ciudad y aquéllos de hacer la guerra en el exterior. Dióseles por armas defensivas casco, escudo, botines y coraza, todo de cobre, y por armas ofensivas lanza y espada. A esta primera clase añadió dos centurias de obreros, que servían sin llevar armas y cuyo trabajo consistía en preparar las máquinas de guerra. A la segunda clase pertenecían aquellos cuyo censo era inferior á cien mil ases hasta setenta y cinco mil, componiéndose de veinte centurias de ciudadanos jóvenes y viejos. Las armas eran iguales á los de la primera clase, pero el escudo más largo y no llevaban coraza. Para la tercera clase se exigía un censo de cincuenta mil ases: el número de centurias, la división de edades, el equipo de guerra, exceptuando los botines, eran iguales que en la segunda. El censo de la cuarta clase era de veinticinco mil ases, y el número de centurias igual al de la anterior; pero las armas eran diferentes, consistiendo en lanza y dardo. La quinta clase era más numerosa, componiéndose de treinta centurias: estaba armada con hondas y piedras y comprendía los *accensi*, los que tocaban los cuernos y bocinas, divididos en tres centurias. El censo de esta clase era de once mil ases, y el resto de la gente pobre, cuyo censo no alcanzaba á tanto, quedó reunido en una sola centuria, exenta del servicio militar. Después de organizar y equipar así la infantería, formó doce centurias de caballería entre los principales de la ciudad: de las tres que organizó Rómulo formó seis, dejándoles los nombres que habían recibido cuando fueron organizadas. El Tesoro público suministraba diez mil ases para la compra de caballos, cuya alimentación quedó asegurada por medio de una tasa anual de dos mil ases que pagaban las viudas. De esta manera todas las cargas gravitaban sobre los ricos,



quedando aliviados los pobres; pero los ricos quedaban indemnizados por medio de los privilegios honoríficos que les concedió Tulio; porque si hasta entonces, siguiendo el ejemplo de Rómulo y la tradición de los reyes que le sucedieron, los votos se habían recogido por individuos sin distinción de valor ni autoridad, fuese quien fuese el ciudadano; distinto sistema de graduación para las votaciones, reconcentró todo el poder en manos de las primeras clases (1), sin que aparentemente se excluyese á nadie del derecho de sufragio. Primeramente se llamaba á los caballeros, después á las ochenta centurias de la primera clase. Si no se ponían de acuerdo, cosa que rara vez sucedía, se recogían los votos de la segunda clase, no habiendo casi nunca

(1) Al decretar Servio que ya no se votaría por curias, como antes, sino por centurias, entregaba á la primera clase la decisión de todos los negocios. En efecto, representando un voto cada centuria, si toda la primera clase se ponía de acuerdo para aceptar ó rechazar una proposición, debía necesariamente reunir mayoría, puesto que tenía noventa y ocho votos, mientras que todos los de las otras clases reunidos no podían pasar de noventa y cinco. En virtud de este cambio, que hacía pasar todo el poder á las manos de los que formaban la primera clase, substituyó Servio á la aristocracia de la sangre la de la riqueza.

Sin embargo, esto era una ventaja, un progreso para los plebeyos, porque con el antiguo sistema jamás hubiesen podido aspirar más que á ser clientes de los patricios, mientras que ahora, si los ayudaba la fortuna, podían al menos, á título de ricos, tomar parte en los negocios del Estado. La riqueza es cosa móvil que pasa de mano en mano y puede adquirirse por medio de la constancia, el talento y la habilidad. El plebeyo podía, venciendo muchas dificultades sin duda, subir de clase á clase hasta la primera. Otra ventaja consiguieron los plebeyos con esta organización, y fué, que encontrándose reunidos en la misma clase, pudieron verse, contarse, adquirir confianza unos en otros y ayudarse en la lucha contra la aristocracia, que les privaba de los derechos políticos; además, el número había aumentado mucho. Por la ley de Servio, el cliente no conocía ya

necesidad de descender hasta la última. No debe admirar que el número de centurias, que hoy se eleva á treinta y cinco, estando por consiguiente duplicado, y el de las centurias de los jóvenes y de los ancianos no corresponda con el que antiguamente fijó Tulio; porque había dividido la ciudad en cuatro barrios, formados por las cuatro colinas habitadas entonces, llamando á aquellos barrios tribus, creo que á causa de un tributo que les impuso, cuya cantidad proporcionó á los medios de cada uno. Estas tribus no tenían relación ninguna con la división y número de las centurias.

Terminado el censo, á lo que ayudó mucho el miedo á la ley, que amenazaba con prisión y muerte á los que descuidaran inscribirse, mandó por medio de un edicto

á su patrón; ya no había más que ricos y pobres, y todos éstos, plebeyos, extranjeros, clientes ó libertos, solamente tenían un interés. Pueden considerarse por tanto las leyes de Servio como populares, á pesar de que constituían una aristocracia muy fuerte; libertaban á los plebeyos del yugo de la curia; no eran nada en el Estado y ahora entraban para algo en él: y pronto comenzaron una lucha de muchos siglos para obtener de los ricos igualdad de derechos políticos.

Para prevenir las quejas que los plebeyos podían elevar, Servio compensó su exclusión de los derechos políticos por medio de diferentes privilegios que les concedió. Así, pues, los proletarios, es decir, los plebeyos de la clase décimosesta, quedaron exceptuados de todo impuesto y hasta del servicio militar, que, en aquella época en que el soldado estaba obligado á equiparse y mantenerse á su costa, no era impuesto más ligero que los otros. En cuanto á las otras clases, pagaban colectivamente igual cantidad; es decir, que el corto número de ricos de la primera, pagaban una cantidad igual á la que debían pagar los ciudadanos, mucho más numerosos, pero menos ricos, de cada clase inferior. Las cinco primeras clases quedaron obligadas al servicio militar, pero los de la primera debían proveerse de equipo más completo y costoso que los de las otras. Esta equitativa distribución de cargos podía hacer que tuviesen paciencia, al menos por algún tiempo, los ciudadanos de la última clase.

á todos los ciudadanos, caballeros y peones que acudiesen al Campo de Marte, desde el amanecer, cada cual con su centuria. Allí les ordenó en batalla y les purificó ofreciendo á Marte un sacrificio, que se llamó *Conditio Lustrum*, porque se hizo al terminar el censo. Dícese que el número de ciudadanos inscritos entonces fué de ochenta mil. Fabio Píctor, el historiador romano más antiguo, dice que en este número solamente se incluían los hombres capaces de llevar las armas. Este aumento de población obligó á Tulio á ensanchar la ciudad, incluyendo en ella primeramente los montes Palatino y Viminal y después las Esquilias, fijando más adelante su morada en este barrio para darle importancia. Rodeó la ciudad de fosos y murallas, alejando más el *Pomærium*. Esta palabra, atendiendo solamente á su significación, designa la parte situada al otro lado de las murallas; pero se aplica mejor al espacio libre que dejaban los etruscos en otro tiempo, del lado interior de las murallas, cuando construían una ciudad. Este espacio de terreno lo consagraban siempre con inauguración solemne y se construía la muralla en derredor del terreno señalado. De esta manera no podían estar las casas contiguas á la muralla por el interior, lo que hoy no se observa generalmente ya, y por la parte exterior quedaba un espacio de terreno exento del cultivo del hombre. En este terreno interior no se podía edificar ni labrar, y los romanos le llamaban *Pomærium*, tanto porque estaba del lado acá de la muralla, como porque la muralla estaba al otro lado. Este espacio consagrado se alejaba á medida que crecía la ciudad y se desarrollaban las murallas.

Aumentada la fuerza de la ciudad, después de adiestrar á los ciudadanos en los ejercicios de la guerra y en los útiles trabajos de la paz, no queriendo Servio deber exclusivamente el aumento de su poder al éxito de

las armas, decidió extenderlo por medio de la política, y al mismo tiempo continuar embelleciendo la ciudad. Por aquella época era ya muy célebre el templo de Diana en Éfeso (1), y decíase que su construcción se debía á la piedad de todas las ciudades del Asia. A fuerza de alabar Servio ante los principales jefes latinos, con los que de intento había contraído desde mucho antes relaciones de amistad y hospitalidad públicas y particulares, la perfecta armonía en el culto de los mismos dioses y de la misma religión, concluyó por invitarles á que se uniesen con los romanos para construir en Roma un templo á Diana, común á los dos pueblos (2). Esto era proclamar la supremacía de Roma, pretensión que había dado origen á muchas guerras. Después de tantos esfuerzos inútiles por conquistar esta superioridad, parecía que los latinos habían renunciado á ella, cuando un sabino creyó haber encontrado ocasión de reivindicarla y devolverla á su patria. Dícese que en casa de aquel hombre había nacido un becerro extraordinariamente hermoso: sus cuernos, suspendidos durante muchos siglos en el vestibulo del templo de Diana, atestiguaban aquella maravilla. Con razón se la consideró como un prodigio, y los adivinos anunciaron que el que inmolasen aquella víctima á Diana aseguraría el

(1) El templo de Diana en Éfeso quedó terminado entre las olimpiadas 90 y 100. Plinio dice que se emplearon 220 años en su construcción; lo que coloca la época de su fundación entre los 640 y los 600 antes de Jesucristo; no siendo por consiguiente extraño que bajo el reinado de Servio (de 577 á 532) aquel edificio estuviese bastante adelantado, para que la fama de su esplendor é importancia política hubiesen llegado hasta Roma.

(2) El rey Servio formó una confederación latina á imitación de las Amphictyonias de Grecia y del Asia Menor, y cuyos legados se reunían anualmente en Roma, centro de la confederación, para celebrar en el templo de Diana, elevado á expensas comunes, las ferias latinas.

imperio á su nación; vaticinio que había llegado á conocimiento del sacerdote del templo de la diosa. Cuando creyó el sabino que había llegado el día conveniente para el sacrificio, vino á Roma á presentar en el templo el becerro. Impresionado el sacerdote romano por la extraordinaria magnitud de aquella víctima, célebre ya por la fama, y recordando el vaticinio, habló así al sabino: «Extranjero, ¿qué vas á hacer, sin haber cuidado antes de purificarte? ¿un sacrificio impío? ¿Por qué no vas antes á bañarte en las aguas del río? El Tiber corre en el fondo del valle.» Estas palabras inquietaron la conciencia del extranjero, y deseando que se realizase todo según los ritos, para que el éxito correspondiese al prodigio, salió del templo y bajó hacia el río. Entre tanto el romano inmoló el becerro á Diana, y su acción fué extraordinariamente agradable al rey y á toda la ciudad.

Servio podía creer, en virtud del largo ejercicio del mando, que estaba asegurado su imperio; pero enterado de que el joven Tarquino le acusaba de reinar sin el consentimiento del pueblo, procuró primeramente captarse la benevolencia de la multitud, repartiendo las tierras ocupadas al enemigo, preguntando en seguida si era voluntad de los órdenes romanos que reinase sobre ellos, no faltándole en aquella ocasión ninguno de los votos que habían tenido sus antecesores. No perdió por esto Tarquino la esperanza de subir al trono; y como había comprendido las disposiciones del Senado, contrarias al repartimiento de tierras, creyó oportuno el momento para quejarse ante aquella Asamblea y restablecer en ella su influencia destruyendo la del rey. A este joven le dominaba la ambición, y su esposa Tulia procuraba aumentarla más y más. El palacio romano vino á ser entonces teatro de terribles horrores, cual si se propusiesen acelerar el advenimiento de la libertad



por la repugnancia de la monarquía, y que aquel fuese el último reinado que comenzase por el crimen. Este L. Tarquino, hijo ó nieto de Tarquino el Viejo (lo cual no está completamente averiguado; pero ateniéndome á la mayor parte de los escritores, le supongo hijo de este último), tenía un hermano llamado Arunto Tarquino, joven de carácter apacible. Las dos Tulias, tan diferentes en costumbres como los mismos Tarquinos, como ya dijimos, se habían casado con los dos príncipes. Mas la casualidad, y también, según creo, la fortuna de Roma, no quiso que el matrimonio reuniese en el mismo destino los dos caracteres violentos; sucediendo esto quizá para prolongar el reinado de Servio y dar lugar á que se robusteciesen las costumbres romanas. La altiva Tulia se indignaba de no ver en su esposo ambición ni valor; volviendo toda su inclinación hacia el otro Tarquino, que excitaba su entusiasmo, considerándole como verdadero varón, nacido de regia estirpe, despreciaba á su hermana, que era esposa de aquel hombre cuyos generosos pensamientos entorpecía con sus torcidos consejos. La conformidad de gustos acercó muy pronto á los cuñados, porque el mal siempre llama al mal. Pero aquí fué la mujer la que provocó el desorden. En las secretas entrevistas que de antemano se había preparado con el hombre que no era su esposo, no perdonó injuria contra su marido ni contra su hermana; añadiendo que mejor le fuera ser viuda y á él continuar en el celibato, que encontrarse unidos el uno y la otra con personas tan diferentes de ellos, quedando sujetos á languidecer vergonzosamente bajo la influencia y cobardía de otro. «Si los dioses, decía, le hubiesen dado el esposo que merecía, empuñaría muy pronto el cetro que veía aún en manos de su padre.» No tardó por estos medios en comunicar su audacia al joven, y al fin la muerte casi simultánea de Arunto y de su hermana Tulia la

permitieron contraer matrimonio con su cómplice; matrimonio que Servio no aprobó, pero que no se atrevió á impedir.

Por esta época la ancianidad de Tulio hacía más odioso cada día su reinado y más pesado su mando. Impaciente por pasar de un crimen á otro, Tulia hostigaba día y noche á su marido, excitándole á recoger el fruto de sus anteriores parricidios. Lo que necesitaba, decía, no era esposo, ni esclavo que compartiese en silencio su esclavitud, sino un hombre que se creyese digno de reinar, que recordase que era hijo de Tarquino el Viejo, y que prefiriese apoderarse del mando á esperarlo. «Si tú eres verdaderamente el hombre que buscaba, añadía, que creía haber encontrado, te reconoceré por esposo y rey; si no, mi suerte es peor que antes, porque al crimen se añade la cobardía. ¿Qué te detiene? Tú no has necesitado como tu padre venir de Corinto y de Tarquinia para apoderarte por medio de intrigas de un trono extranjero. Tus dioses penates, los de tu patria, la imagen de tu padre, ese palacio que habita, ese solio que ocupa, el nombre de Tarquino, todo dice que tú eres rey, todo te invita á serlo. Si tu ánimo no se conmueve en presencia de tan elevados destinos, ¿á qué engañar por más tiempo á Roma? ¿A qué consentir que se te considere como hijo de rey? Marcha á Tarquinia ó á Corinto; vuelve al obscuro estado de que saliste, porque eres más digno hermano de Arunto que hijo de tu padre.» Estas y otras reconvencciones inflamaron al joven. Tulia no podía contenerse ante la idea de que Tanaquil, aquella extranjera, había conseguido dos veces, merced al ascendiente de su valor, hacer dos reyes, su esposo y su yerno; mientras ella, que procedía de real linaje, era tan impotente para dar la corona como para quitarla. Dominado muy pronto por la desenfrenada ambición de su

esposa, comenzó Tarquino á indicarse á los senadores, especialmente á los modernos; adulóles, recordóles los favores de su padre y les pidió correspondencia. Con sus liberalidades se atrajo la gente moza; sus magníficas promesas y sus acusaciones contra Servio aumentaron por todos lados sus partidarios; y al fin, cuando consideró propicio el momento para ejecutar su proyecto, hizose acompañar por un grupo armado y se lanzó repentinamente al Foro. En medio del terror de todos ocupó el asiento real, delante del Senado, mandando convocar por medio de heraldo á todos los senadores á la presencia del rey Tarquino. Todos acudieron en seguida, unos porque estaban preparados desde mucho antes á este golpe de audacia, y otros por temor de que se les imputase como crimen su ausencia y asombrados además por aquel extraño acontecimiento y persuadidos de que todo habia concluído para Servio. Tarquino comenzó por atacar la baja estirpe de Servio: «Ese esclavo, hijo de una esclava, dijo, después del indigno asesinato del rey, sin interregno, como se acostumbraba, sin que para su elección se reuniesen los comicios y se pidiesen los votos del pueblo, recibió de manos de una mujer el reino como un regalo. Las consecuencias de su usurpación corresponden á la bajeza de su origen. Su predilección á la clase ínfima, de que ha salido, y su odio á todos los hombres importantes le han inspirado la idea de arrebatár á los grandes ese terreno que ha repartido á los más despreciables. Las cargas públicas, comunes á todos antes, las hace pesar solamente sobre las clases elevadas, y solamente ha establecido el censo para poner de manifiesto el caudal de los ricos ante la avidez de los pobres, y para saber de dónde tomar, cuando quiera, para sus generosidades con los desdichados.»

Advertido Servio por un mensajero á quien la emo-

ción hace jaderar, llegó durante el discurso, gritando desde el vestibulo del Senado: «¿Qué es esto, Tarquino? ¿Qué audacia es la tuya que te lleva á convocar el Senado viviendo yo y á ocupar mi trono?» Tarquino contestó con altivez que ocupaba el puesto de su padre; asiento más digno del hijo del rey, de un heredero del trono, que de un esclavo: que desde mucho tiempo Servio insulta á sus amos y prescinde de su intervención. Levantóse clamor entre los partidarios de uno y otro; acudió el pueblo en tropel al salón del Senado, y fácilmente se comprende que reinará el que triunfe. Arrastrado Tarquino por lo crítico de su posición atrevese á todo: más joven y más robusto que Servio, cogió al rey por la cintura, lo sacó del Senado y lo arrojó desde lo alto de la escalinata. En seguida entró para retener á los senadores. Los aparitores y acompañantes del rey huyeron, y el mismo Servio, medio muerto, con algunos secuaces aterrados, se retiraba hacia su palacio, cuando al llegar á lo alto de la calle Cypria, algunos asesinos, enviados en persecución suya por Tarquino, le alcanzaron y mataron. Créese que Tulia aconsejó este crimen, haciendo verosímil esta creencia los que anteriormente había cometido. Pero está fuera de duda que, montada en su carro, penetró hasta el centro del Foro, y allí sin perder la serenidad en medio de tanta gente reunida, llamó á su marido, siendo la primera que le saludó con el título de rey; pero mandándole Tarquino alejarse de aquellas tumultuosas escenas, dirigióse de nuevo á su casa. Cuando llegó á lo alto de la calle Cypria, en el sitio en que se alzaba en otro tiempo un templo pequeño á Diana, el auriga, volviendo por la calle Virbia para pasar al barrio de las Esquilias, detuvo los caballos, y pálido de horror, le mostró el cadáver de Servio tendido en el suelo. Dícese que ella cometió un acto infame y espantosamente cruel.

El nombre de la calle, que desde entonces se llamó Malvada, ha perpetuado hasta nosotros el horrible recuerdo. Aquella mujer, dominada por todas las furias de la venganza que la perseguían desde la muerte de su hermana y de su esposo, hizo pasar, según se dice, las ruedas de su carro sobre el cadáver de su padre. En seguida, horriblemente manchada con la sangre paterna, llevó aquellas repugnantes ruedas ensangrentadas hasta los pies de los dioses penates que le eran comunes con su marido. Mas la ira de aquellos dioses, preparaba á aquel reinado infame una catástrofe digna de sus comienzos. Servio Tulio reinó cuarenta y cuatro años, con tal sabiduría, que hubiera sido difícil, hasta para un sucesor bueno y moderado, competir con su gloria. De aumento sirve á esta gloria la circunstancia de que con él se extinguió la monarquía legítima. Dícese también que proyectaba abdicar aquella autoridad tan suave y prudente, porque estaba en manos de uno solo, y este generoso proyecto lo hubiese realizado de no impedirle crimen doméstico dar libertad á su patria.

Inmediatamente comenzó á reinar L. Tarquino (1), á quien dieron el sobrenombre de Soberbio, porque yerno del rey, negó la sepultura á su suegro, diciendo que Rómulo también quedó insepulto. A los primeros que hizo perecer fueron los senadores sospechosos de haber sido favorables á Servio; y comprendiendo muy bien que el ejemplo que daba, apoderándose violentamente del trono, podría volverse contra él, rodeóse de guardias, porque todo su derecho estribaba en la fuerza, no habiendo obtenido los votos del pueblo ni los del Senado. No pudiendo contar con el cariño de los ciudadanos, necesitaba reinar por el terror, y para ex-

(1) Tarquino ciñó la corona sin que le eligiese el Senado ni el pueblo.

tenderlo, prescindió de todo consejo, siendo juez único en todas las causas capitales; pudiendo, por tanto condenar á muerte, desterrar, despojar de los bienes, no solamente á los que le eran sospechosos ó desagradables, sino que también á aquellos de quienes no podía esperar otra cosa que sus despojos. Su objeto principal fué disminuir el número de senadores, resolviendo no nombrar otros, para que su debilidad les hiciese despreciables y sufriesen con mayor resignación la ignominia de no intervenir para nada en el gobierno. En efecto, este fué el primer rey que derogó la costumbre seguida por sus antecesores de consultar al Senado en todos los negocios. Administró la república por la inspiración de consejos domésticos; hizo la paz ó la guerra según su capricho, ajustó tratados, hizo y deshizo alianzas sin cuidarse para nada de la voluntad del pueblo; buscando especialmente la amistad de los latinos, para crearse en los extraños un apoyo contra sus súbditos. Atraíase á los principales ciudadanos, no solamente por los lazos de la hospitalidad, sino que también por uniones de familia. Dió su hija á Octavio Mamilio Tusculano, que ocupaba el primer puesto entre los latinos, y que de creer á la fama, descendía de Ulises y Circea. Esta unión le atrajo todos los parientes y amigos de Mamilio.

Tarquino ejercía ya mucha influencia en los jefes de los latinos, cuando les propuso unirse en un día fijado, en el bosque sagrado de la diosa Ferentina (1), diciéndoles que quería hablarles de sus comunes intereses.

(1) Este bosque sagrado se encontraba cerca de Ferentino, ciudad del Lacio, al pie del monte Albano. En este bosque se celebraban las asambleas federativas de los pueblos latinos. Tarquino las había convocado para deliberar acerca de la guerra que proyectaba contra los sabinos, violadores del tratado concluido con Servio.

Al amanecer reuniéronse en considerable número, acudiendo también Tarquino, pero poco antes de ocultarse el sol. Durante el día y mientras esperaban, diferentes cuestiones habían perturbado la asamblea. Turno Herdonio, de Aricia, irritado por la ausencia de Tarquino, exclamó: «¡Cómo extrañar que Roma le haya llamado soberbio! (porque así se le llamaba ya en las murmuraciones secretas). ¿Hay algo más insolente que burlarse así de toda la nación latina? ¡Hacer venir á sus jefes lejos de sus moradas y faltar á la reunión! ¿No es esto poner á prueba su paciencia, para sujetarles al yugo, si se muestran dispuestos á soportarle? ¿Quién no ve su tendencia á dominar todo el Lacio? ¡Y si sus súbditos pudieran felicitarse por su elección! ¡Si debiese al menos el trono á su voluntad y no á un parricidio! También podrían confiar en él los latinos, porque á pesar de todo, su cualidad de extranjeros no les obliga á la misma desconfianza. Pero si, por el contrario, los romanos deploran su tolerancia, si son sucesivamente asesinados, desterrados, arruinados, ¿por qué han de esperar los latinos que se les trate mejor? Si querían creerle, volvería cada cual á su casa y no cuidarían de ser más exactos á la reunión que el que la había convocado.» El carácter de aquel hombre era turbulento y faccioso, y á esto precisamente debía su influencia. Cuando hablaba de esta manera, llegó Tarquino interrumpiéndole: volviéronse todos hacia el rey para saludarle y se restableció el silencio. Los que se encontraban cerca de Tarquino le advirtieron que se excusase con la asamblea por su retraso, y Tarquino dijo que había estado mediando entre un padre y un hijo, que le había retenido su deseo de reconciliarles, y que habiéndole hecho perder el día esta circunstancia, al siguiente les expondría el motivo de la convocación. Dícese que no agradó á Turno la excusa y que dijo:

«No existen diferencias más fáciles de arreglar que las de un padre con su hijo; decidiéndose la cuestión con muy pocas palabras: que obedezca el hijo y se le castigue.»

Después de refutar de esta manera las palabras del rey romano, se retiró de la asamblea el ciudadano de Aricia. Pero más ofendido Tarquino de lo que mostraba, juró interiormente sacrificar á Turno, y de esta manera infundir á los latinos el terror que dominaba todos los ánimos. Pero como no tenía derecho para inmolarle públicamente, imaginó levantarle una calumnia. Por medio de algunos vecinos de Aricia, sobornó á un esclavo de Turno, consiguiendo por dinero que dejase introducir secretamente en casa de su amo considerable número de espadas. Una noche bastó para ejecutar este proyecto. Poco antes de amanecer llamó Tarquino á los latinos principales, y fingiendo la emoción que produce un acontecimiento extraordinario, les dijo que «gracias á los dioses, cuya providencia retrasó su marcha el día anterior, él y ellos se habían salvado de grave peligro. Había sabido, en efecto, que Turno, á fin de reinar solo sobre los latinos, había imaginado asesinarle, y al mismo tiempo á los principales ciudadanos de su país; proyecto que debió ejecutar la víspera durante la reunión, pero que la ausencia del que la había convocado, al que más odiaba Turno, lo había hecho aplazar. De aquí aquella cólera por un retraso cuya prolongación frustraba las esperanzas del conspirador. No podía dudarse que si los informes eran exactos, se presentaría aquella mañana en la asamblea, con todos los conjurados armados. Dícese que han llevado á su casa considerable número de espadas, y para averiguar si el hecho es cierto, les rogaba que fuesen con él á casa de Turno.» El carácter violento de este hombre, sus palabras de la víspera, el retraso



de Tarquino, causa probable del aplazamiento del crimen, fueron circunstancias á propósito para infundir sospechas. Los jefes latinos siguieron á Tarquino, impulsados por natural credulidad, pero decididos á declarar falsa la acusación si no encontraban aquellas espadas que les denunciaban. Cuando llegaron dormía Turno aún. Rodeáronle guardias, sujetaron á los esclavos que se aprestaban á defender á su señor, y al mismo tiempo trajeron espadas de todos los rincones de la casa. Créese cierta la conspiración, cargan de cadenas á Turno y se convoca apresuradamente la asamblea de los latinos. La vista de las armas expuestas á todas las miradas, excitó tal indignación, que sin dar tiempo á Turno para que se defendiese, le condenaron á morir en nuevo género de suplicio: arrojáronle de cabeza á las aguas Terentinas, echándole encima un zarzo cargado de piedras.

Convocados en seguida en asamblea los latinos, después de felicitarles Tarquino por el castigo que habían impuesto á Turno, cuya parricida trama era evidente, añadió: «Que los latinos eran originarios de Albano, y que habiendo estado sometida esta ciudad y todas sus colonias al imperio romano, por un tratado ajustado en tiempo de Tulo, podría sin duda hacer valer aquel derecho tan antiguo á la soberanía de todos los pueblos latinos. Pero creía mucho más ventajoso para todos renovar el tratado; que mejor era para los latinos asociarse á la fortuna del pueblo romano, que temer incessantemente, como ya les había sucedido, primero bajo el reinado de Anco, y después bajo el de su padre, la destrucción de sus ciudades y la devastación de sus campos.» A pesar de que aquel tratado contenía el reconocimiento explícito de la soberanía romana, no fué difícil convencer á los latinos á suscribirlo, porque veían que los principales de ellos estaban de acuerdo con

el rey, y la reciente muerte de Turno era un aviso para los que podían intentar la resistencia. Renovóse el tratado, y Tarquino mandó á la juventud latina que se presentase armada en el bosque de Terentina en un día determinado. Acudieron al llamamiento desde todas las comarcas del Lacio, y no queriendo Tarquino que tuviesen jefes propios, ni señales secretas para reunirse, ni enseñas especiales, les incorporó á las centurias romanas, que, constando ahora de tantos latinos como romanos, fueron duplicadas, recibiendo por jefes centuriones romanos.

Si Tarquino fué injusto en la paz, no fué mal capitán en la guerra, y hasta hubiese superado en esto á sus predecesores, si los vicios del rey no obscurecieran la gloria del general. Comenzó contra los volscos aquella guerra que duró más de doscientos años: tomó por asalto su ciudad de Suesa-Pomecia: vendió el botín y obtuvo de la venta' cuarenta talentos de oro y plata, concibiendo entonces la idea de elevar á Júpiter vasto templo, digno del rey de los dioses y de los hombres, digno del imperio romano y digno de la majestad del lugar donde se abrieron sus cimientos. El dinero cogido al enemigo quedó reservado para la construcción de este edificio. En seguida emprendió una guerra contra los gabios, cuya ciudad estaba cerca de Roma (1), no siendo esta guerra tan afortunada ni tan rápida como había esperado. Rechazado después de un asalto inútil, obligado á renunciar, por consecuencia de este fracaso, á un asedio regular, decidió emplear la astucia y la perfidia, medios indignos de un capitán romano. Apa-

(1) Gabias, antigua ciudad de los volscos, á 12 millas al Este de Roma y á 11 al Oeste de Prenesto, era una colonia de Alba Longa. Encontrábase arruinada ya en tiempo de Augusto. Una tradición antigua pretendía que allí fueron criados Rómulo y Remo.

rentando que no se ocupaba ya de la guerra y que solamente atendía á la construcción del templo de Júpiter y de otras obras comenzadas en la ciudad. Sexto, el más joven de sus tres hijos, de acuerdo con él, se refugió entre los gabios, quejándose ante ellos de la intolerable crueldad de su padre, diciendo: «Que Tarquino, no contento con tiranizar á los demás, tiranizaba también á su propia familia. Teme al número de sus hijos, y así como ha despoblado el Senado, quiere despoblar también su casa y no dejar herederos de su nombre ni de su reino. En cuanto á él, habiendo escapado á la espada de su padre, no cree encontrar en ninguna parte asilo más seguro que entre los enemigos de Tarquino; porque han de saber que la guerra que parece abandonada, amenaza siempre; comenzará en cuanto haya ocasión, estallando de improviso. Si rechazan sus ruegos, recorrerá todo el Lacio; irá á los volscos, á los equos, á los hérnicos, hasta que encuentre un pueblo bastante generoso para defender á los hijos de la persecución é impía crueldad de los padres. Tal vez encontrará alguno á quien justa indignación hará empuñar las armas contra el rey más orgulloso y el más ambicioso de los pueblos.» Temiendo los gabios que si no procuran retenerlo abandone su ciudad irritado contra ellos, le acogieron con bondad diciéndole: «Que no debe extrañarle que Tarquino trate á sus hijos como á sus conciudadanos y aliados; que á falta de otras víctimas, su crueldad debía volverse contra él mismo. Que fuese bien venido entre ellos, y que esperaban poder muy pronto, ayudándoles su valor y su consejo, llevar la guerra desde las puertas de Gabinia á las murallas de Roma.»

Desde aquel día intervino el joven en sus consejos, en los que adoptaba desde luego, acerca de los asuntos civiles, la opinión de los gabios antiguos que mejor los

conocían. Pero no sucedía lo mismo en lo concerniente á la guerra, que de tiempo en tiempo pedía, diciendo que, acerca de este punto, sus opiniones eran más seguras, porque conocía mejor la fuerza de los dos pueblos, y cuán odiosa era para los romanos la tiranía de Tarquino, insoportable hasta para sus hijos. Mientras impulsaba insensiblemente á los principales de la ciudad á la sublevación, él mismo, con un grupo de jóvenes atrevidos, hacía incursiones y saqueaba en territorio romano; y concertando sus hechos y palabras, en conformidad con su plan de falsedad, su fatal influencia concluyó por obtener el mando del ejército de los gabinos. Para no dar lugar á sospechas, libraba frecuentemente ligeros combates en que resultaban siempre vencedores los gabinos, creciendo tanto el entusiasmo, que grandes y pequeños consideraban su llegada á la ciudad como un favor de los dioses. Espléndido además con el soldado, al que abandonaba el botín, y cuyas fatigas y peligros compartía, de tal manera conquistó su cariño, que no era su padre más poderoso en Roma que él en Gabinia. Cuando se creyó bastante fuerte para intentar todo, envió á su padre uno de los suyos, con encargo de preguntarle lo que debía hacer, ahora que los dioses le habían concedido autoridad absoluta en la ciudad de Gabinia. Creo que el mensajero no debió parecer bastante seguro, porque no recibió contestación alguna verbal, sino que Tarquino, muy pensativo, pasó á los jardines de palacio, seguido por el enviado de su hijo. Dícese que paseando en silencio, derribaba con una varilla las adormideras más altas. Cansado de preguntar y de esperar contestación, el mensajero regresó á Gabinia, creyendo haber fracasado en su misión. Refirió lo que había dicho, lo que había visto; añadiendo que el rey, bien por odio, bien por cólera, ó por aquel orgullo que le era natural, no pronunció ni una pala-

bra; pero comprendiendo Sexto en el enigma el sentido de la contestación é intenciones de su padre, hizo pe-  
recer á los principales de la ciudad, acusando á unos  
delante del pueblo, y á los otros aprovechando la in-  
dignación que habían producido contra ellos. Muchos  
fueron condenados públicamente, y otros, á quienes no  
era tan fácil acusar, murieron en secreto. Algunos pu-  
dieron huir sin obstáculo, y fueron desterrados otros,  
repartiéndose al pueblo los bienes de los muertos y des-  
terrados. Estas generosidades, el producto de aquellos  
despojos, las satisfacciones del interés particular aho-  
garon el sentimiento de las desgracias públicas, hasta  
el día en que Gabinia, privada de consejo y de fuerza,  
cayó sin luchar en poder del rey romano.

Dueño de los gabinos, ajustó Tarquino la paz con los  
equos y renovó el tratado con los toscanos. En segui-  
da dedicó toda su atención á las obras interiores de  
Roma, siendo la más importante el templo de Júpiter,  
que construía sobre el monte Tarpeyo, y que quería  
dejar como monumento de su reinado y de su nom-  
bre. Obra era, en efecto, de dos Tarquinos: el padre ha-  
bía hecho el voto y el hijo lo cumplía; y con objeto de  
que todo el emplazamiento del Capitolio quedase reser-  
vado á Júpiter, con exclusión de toda otra divinidad,  
decidió derribar los altares y templos pequeños que  
Tacio había construido, consagrado y dedicado, en  
conformidad con un voto que había hecho durante un  
combate contra Rómulo. Mientras se construían los  
primeros cimientos del edificio, revelóse la voluntad de  
los dioses, según se dice, por señales que anunciaban  
el futuro poder del imperio romano. Los augures per-  
mitieron que se derribasen todos los altares, excep-  
tuando el del dios Término, y esta excepción se inter-  
pretó de la manera siguiente: Conservando su puesto  
el dios Término, siendo el único dios que no perdía su

santuario sobre el monte Tarpeyo, presagiaba la firmeza y duración del imperio romano. Este primer prodigio, que anunciaba la perpetuidad del imperio, vino acompañado de otros que predecían su grandeza. Dícese que al abrir los cimientos del templo encontráse una cabeza humana perfectamente conservada. Este nuevo suceso indicaba claramente que allí estaría también la cabeza del imperio, y de esta manera lo interpretaron los adivinos de Roma y los que llamaron de la Etruria. Estos presagios movían más y más al rey á no omitir gastos. Las riquezas de Pomecia, que debían servir para terminar la empresa, apenas bastaron para los cimientos. En lo relativo á este punto me parece Fabio más digno de crédito que Pisón, siendo además aquel historiador más antiguo. Fabio hace subir estas riquezas á cuarenta talentos; Pisón pretende que Tarquino había reservado para la construcción del templo cuarenta mil libras de peso de plata, cantidad extraordinaria que no podía proceder del saqueo de ninguna ciudad de entonces, y que bastaría y sobraría hoy mismo para la construcción de los monumentos más espléndidos.

Dominado solamente Tarquino por el deseo de terminar el templo, trajo obreros de todas las comarcas de Etruria, y empleó no solamente las rentas del Estado, sino que también los brazos del pueblo. Aquella carga, unida á la de la guerra, no parecía sin embargo muy pesada para el pueblo, sino que por el contrario, se alegraba de alzar con sus propias manos los templos de los dioses. Pero en seguida le emplearon en otros trabajos, que no por tener menos brillo eran menos penosos: tales eran la construcción de galerías alrededor del circo y la apertura de una cloaca destinada á recibir las inmundicias de la ciudad: dos obras que apenas ha conseguido igualar la magnificencia de nuestros días.

Además de estos trabajos, que mantenían ocupada á la plebe, persuadido Tarquino de que una población numerosa grava al Estado cuando permanece ociosa, y queriendo además ensanchar por medio de colonias los límites del imperio, envió colonos á Signia y á Circeya (1), ciudades que algún día debían proteger á Roma por el lado de tierra y por la parte del mar. En medio de estos trabajos, vióse con horror otro prodigio. Una serpiente, saliendo de una columna de madera, puso espanto en todos los habitantes de palacio haciéndoles huir. No muy asustado Tarquino al principio, concibió sin embargo graves temores para lo venidero. Consultábase ordinariamente á los adivinos etruscos acerca de los presagios que se manifestaban en público; pero como este parecía amenazar á su familia, resolvió el rey consultar al oráculo de Delfos (2), que era el más célebre del mundo. No sabiendo cuál sería la respuesta del dios, no se atrevió á encargar á extraños el cuidado de ir á recibirla, y envió á Grecia á dos hijos suyos, atravesando comarcas desconocidas entonces y mares más desconocidos todavía. Tito y Aruncio partieron acompañados del hijo de Tarquinia, hermana del rey (3), Junio Bruto, cuyo carácter era muy diferente del que procuraba mostrar en público. Sabedor por los principales del Estado que su tío, entre otros, había sucum-

(1) Estas dos ciudades estaban situadas en la frontera de los volscos, la segunda á orillas del mar sobre el promontorio de Córcega.

(2) Las relaciones de Roma con el oráculo de Delfos, son prueba de la civilización romana en aquella época y en los siglos anteriores.

(3) Dionisio de Halicarnaso sigue la tradición que parece más verosímil, según la cual Tarquinia era tía del rey, y no hermana. De esta manera se explica cómo su hijo Bruto tenía próximamente la misma edad que los de Tarquino, como se ve en la historia de la conspiración.

bido víctima de la crueldad de Tarquino, este joven decidió desde aquel momento no revelar nada en su carácter ni en su fortuna que pudiese disgustar al tirano y excitar su avidez; en una palabra, buscar en el desprecio la seguridad que no podía encontrar en la justicia. Fingiéndose loco, entregando su persona á la risa del rey, abandonándole todos sus bienes y hasta aceptando el injurioso sobrenombre de Bruto. **A** favor de este nombre esperaba el libertador de Roma la realización de sus destinos. Llevado á Delfos por los Tarquinos, antes como juguete que como compañero, llevó al dios, según se dice, un báculo de oro, encerrado en otro de cuerno hueco, emblema misterioso de su carácter. Cuando llegaron los jóvenes, después de ejecutar las órdenes de su padre, quisieron saber á cuál de ellos vendría á parar el reino romano; y se dice que desde el fondo del santuario contestó una voz: «Obtendrá el supremo mando de Roma aquel de vosotros, ¡oh, jóvenes!, que sea el primero en dar un beso á su madre.» Los Tarquinos exigieron absoluto silencio en cuanto al oráculo, relativamente á su hermano Sexto que había quedado en Roma, con objeto de que su ignorancia le hiciese perder toda esperanza de reinar; y en cuanto á ellos, dejaron que la fortuna decidiese cuál de los dos besaría al regreso á su madre. Pero interpretando Bruto de otra manera la voz de la Pitonisa, fingió caer y besó la tierra, madre común de todos los hombres. Cuando regresaron á Roma hacíanse grandes aprestos de guerra contra los rútuos.

Habitaban éstos la ciudad de Ardea, constituyendo nación poderosa y rica para aquellos tiempos y aquel país. Declaróse la guerra á causa del agotamiento de las rentas, por efecto de los trabajos suntuosos emprendidos por el rey de los romanos, quien deseaba rehacer el tesoro y conquistar de nuevo con el cebo del botín



el afecto de sus súbditos, que, irritados por su soberbia y despotismo, se indignaban de que el príncipe les tuviese sujetos desde tanto tiempo á trabajos de operario y de esclavo. Tratóse primeramente de apoderarse de Ardea por asalto; pero la tentativa no produjo buen resultado, por lo que se convirtió el asedio en bloqueo, quedando encerrado el enemigo dentro de sus murallas. Durante el bloqueo, y como de ordinario acontece en guerras menos activas que largas, concedíanse con bastante facilidad licencias, pero principalmente á los jefes y no á los soldados. Los jóvenes príncipes solían de tiempo en tiempo distraer los tedios de la ociosidad por medio de festines y orgías. Un día que estaban cenando en casa de Sexto Tarquino con Colatino, hijo de Egerio, recayó la conversación en las esposas, elogiando cada cual extraordinariamente la suya. Acaloróse la discusión; Colatino dijo que no eran necesarias tantas palabras y que en pocas horas podrían convenirse de cuán superior era á todas su esposa Lucrecia. «Si somos jóvenes y vigorosos, añadió, montemos á caballo y marchemos á asegurarnos por nosotros mismos del mérito de nuestras esposas. Como no nos esperan, las juzgaremos por las ocupaciones en que las sorprendamos.» El vino excitaba los ánimos, y todos los jóvenes exclamaron: «Partamos», y salieron á la carrera hacia Roma, donde llegaron al obscurecer. De allí marcharon á Colacia, donde encontraron á las nueras del rey y á sus compañeras entregadas á las delicias de suntuosa cena; y por el contrario Lucrecia, en lo más retirado del palacio hilando lana (1) y velando con sus criadas hasta muy entrada la noche. Lucrecia,

(1) Los antiguos consideraban como prueba de gran virtud el gusto de las mujeres por los trabajos de aguja. El epíteto de *lanifica* se encuentra entre los elogios que se grababan en los monumentos fúnebres.

que obtuvo todos los honores de la disputa, recibió bondadosamente á los dos Tarquinos y á su esposo, quien contento por la victoria, invitó á los príncipes á permanecer con él. Entonces concibió Sexto Tarquino el odioso deseo de poseer á Lucrecia, aunque fuese por infame violencia, porque excitaba su vanidad, no solamente la belleza de aquella mujer, sino también su acrisolada reputación de virtud. Terminada la noche en las diversiones propias de la juventud, regresaron al campamento.

Pocos días después volvió Sexto á Colacia, ocultándose de Colatino y acompañado por un hombre solo. Como nadie suponía sus designios, recibieronle benévolutamente, llevándole después de cenar á su habitación. Allí, ardiendo en deseos, y juzgando por el silencio que todos dormían en el palacio, empuñó la espada, marchó al lecho de Lucrecia, dormida ya, y apoyando una mano en el pecho de aquella mujer: «Silencio, Lucrecia, dijo; soy Sexto; tengo en la mano la espada: si gritas, mueres.» Al despertar sobresaltada y muda de espanto, Lucrecia, sin defensa, ve la muerte que le amenaza; Tarquino la declara su amor; insta, amenaza y ruega á la vez, sin omitir nada de lo que puede quebrantar el corazón de la mujer. Pero viéndola firme en su resistencia y que no la doblega ni el temor de la muerte, intenta asustarla con la pérdida de su reputación, diciéndole que después de matarla colocará á su lado el cuerpo desnudo de un esclavo degollado, para hacer creer que había recibido la muerte cuando estaba consumando el más repugnante adulterio. Vencida por este temor la inflexible castidad de Lucrecia, cede á la lujuria del joven, alejándose en seguida éste, orgulloso con su triunfo sobre el honor de una mujer. Oprimida Lucrecia por el dolor, envió mensajeros á Roma y Ardea, diciendo á su padre y á su esposo que

se apresuraran á venir acompañado cada uno por un amigo fiel; que un acontecimiento espantoso exige su presencia. Sp. Lucrecio llegó con P. Valerio, hijo de Voleso, y Colatino con Bruto. Estos dos regresaban juntos á Roma, cuando les encontró el mensajero de Lucrecia, á la que hallaron sentada en su habitación, sumida en profundo dolor. Al ver á los suyos, rompió en llanto, y preguntándola su esposo si todo estaba salvo. «No, contestó; ¿qué bien puede quedar á la mujer que ha perdido la castidad? Colatino, huellas de varón extraño manchan todavía tu lecho. Pero solamente el cuerpo ha sido deshonrado; el alma permanece pura y mi muerte lo demostrará. Juradme que no quedará impune el adúltero: es Sexto Tarquino, que ocultando un enemigo bajo exterioridades de huésped, vino la última noche á arrebatarse, con las armas en la mano, un placer que debe costarle tanto como á mí si sois hombres.» Los dos le prometieron lo que deseaba, y procuraron endulzar su dolor, achacando toda la culpa al autor de la violencia; dijéronla que el cuerpo no es culpable cuando el alma es inocente, y que no hay falta donde no hay intención. «Vosotros decidiréis de la suerte de Tarquino: por mi parte, si me considero sin crimen, no me perdono la pena, para que en adelante ninguna mujer que sobreviva á su deshonra no pueda invocar el ejemplo de Lucrecia.» Dicho esto, se clavó en el corazón un cuchillo que tenía oculto bajo la ropa, cayendo muerta en el acto. El padre y el esposo lanzaron gritos.

Mientras se entregaban al dolor, Bruto arrancó de la herida el cuchillo ensangrentado, y levantándolo dijo: «Por esta sangre tan pura antes de recibir el ultraje del odioso hijo de los reyes, juro y os tomo por testigos á vosotros ¡oh dioses! que perseguiré á Lucio Tarquino el Soberbio, á su malvada esposa y á todos sus hijos,

por el hierro, por el fuego y por cuantos medios estén á mi alcance, y que no he de consentir que ni ellos ni otros reinen jamás en Roma.» En seguida entregó el cuchillo á Colatino, y después á Lucrecio y á Valerio, asombrados de aquel prodigioso cambio en un hombre que consideraban insensato. Repiten el juramento que les dicta, y pasando repentinamente del dolor al deseo de venganza, siguen á Bruto que les llamaba ya á la destrucción de la monarquía. Llevan al foro el cadáver de Lucrecia, y aquel extraordinario espectáculo excita, como esperaban, universal indignación. El pueblo maldice la execrable violencia de Sexto; conmuévase ante el dolor del padre, agítale Bruto, que condenando aquellas lágrimas inútiles, propone el único partido digno de ser escuchado por hombres, por romanos, el de empuñar las armas contra príncipes que les tratan como enemigos. Los más animosos se presentan espontáneamente armados, y muy pronto siguen el ejemplo los demás. Quedan la mitad de ellos con Colatino para la defensa de la ciudad y para impedir que la noticia de la sublevación llegue á oídos del rey, y la otra mitad marcha sobre Roma siguiendo á Bruto. A su llegada y por doquier avanza aquella multitud armada; todos se asustan y agitan; pero cuando se ve á la cabeza los primeros ciudadanos del Estado, tranquilizanse en cuanto á sus proyectos, sean los que quieran. Lo horrible del crimen no produce menos efecto en Roma que en Colacia: de todos los puntos de la ciudad acuden al Foro, y la voz del heraldo reúne al pueblo en derredor del tribuno de los céleres, dignidad que entonces tenía Bruto. Este arenga al pueblo, y su palabra en nada revela aquella falta de talento que había fingido hasta entonces. Refiere la brutal pasión de Sexto Tarquino y la infame violencia que ha hecho á Lucrecia; la deplorable muerte de esta mujer y el dolor de Tricipi-

tino (1), que perdiendo á su hija, menos le afligía la pérdida que la indigna causa que la había ocasionado. Describe el orgulloso despotismo de Tarquino, los trabajos y las miserias del pueblo, de aquel pueblo sepultado en fosos, en cloacas inmundas que tiene que limpiar; muestra á aquellos romanos vencedores de todas las naciones vecinas transformados en obreros y albañiles. Recuerda los horrores del asesinato de Servio y de aquella hija impía que hace pasar su carro sobre el cuerpo de su padre, y en seguida invoca á los dioses vengadores de los parricidas. Tamaños crímenes y otros más atroces, sin duda, que no puede referir el historiador con la misma energía que los que los presenciaron, enardecen á la multitud, que arrastrada por el orador, decreta la destitución del rey y condena al destierro á Sexto Tarquino, su esposa é hijos. El mismo Bruto, habiendo alistado y armado á todos los jóvenes que se apresuraban á dar su nombre, marcha al campamento delante de Ardea para sublevar al ejército contra Tarquino. Deja el gobierno de Roma á Lucrecio, á quien el mismo rey había nombrado prefecto de la ciudad poco tiempo antes. En medio del general tumulto, Tulia huye á su palacio, recibiendo por todas partes á su paso las execraciones de la multitud y oyendo invocar sobre su cabeza las furias vengadoras de los parricidas.

Cuando llegó la noticia al campamento del rey, sorprendido y asustado, acudió apresuradamente á Roma para ahogar la naciente sublevación. Entérase Bruto de su proximidad, y para no encontrarle se separa del camino. Casi al mismo tiempo y por vías diferentes llegan, Bruto al campamento y Tarquino á Roma, donde encuentra las puertas cerradas y le notifican su destie-

(1) Con este nombre se designaba la rama de la familia Lucrecia, á que pertenecía Sp. Lucrecio, padre de Lucrecia.

ro. El ejército, por el contrario, recibe con entusiasmo al libertador de Roma y arroja de sus filas á los hijos del rey. Dos de ellos siguieron á su padre al destierro de Cereá en la Etruria: Sexto, que se había retirado á Gabinia como á sus propios estados, pereció allí, muerto por aquellos cuyos odios excitó en otro tiempo con sus asesinatos y rapiñas.

Tarquino el Soberbio reinó veinticinco años; siendo el tiempo que reinaron todos los reyes desde la fundación de Roma hasta su libertad doscientos cuarenta años. Reunidos entonces los comicios por centurias y convocados por el prefecto de Roma, según el proyecto de Servio, nombraron dos cónsules, Junio Bruto y Tarquino Colatino.

## LIBRO SEGUNDO.

### SUMARIO.

Bruto hace jurar al pueblo que no consentirá más reyes en Roma; obliga á su colega Tarquino Colatino, sospechoso por ser pariente de los Tarquinos, á abdicar el consulado y á salir de la ciudad; entrega al pillaje los bienes de la familia real y consagra á Marte el terreno que después se llamó Campo de Marte; hace decapitar á los jóvenes patricios, á sus propios hijos y á los de su hermano, que conspiraron para restablecer á los Tarquinos; concede libertad á su denunciador, el esclavo Vindicius, y de aquí viene la palabra *vindicta*.—Guía al ejército contra los príncipes que venían en guerra contra Roma con las fuerzas reunidas de los veyos y tarquinos; perece en el combate con Aruncio, hijo de Tarquino el Soberbio. Las matronas romanas llevan luto durante un año.—El cónsul Valerio hace aprobar una ley que consagra el derecho de apelación al pueblo.—Dedicación del Capitolio.—Porsena, rey de Clunio, se arma en favor de los Tarquinos y avanza hasta el Janículo, pero el valor de Horacio Cocles le impide atravesar el Tíber.—Horacio, mientras á su espalda cortan el puente de madera, sostiene solo el choque de los etruscos, y cuando cae el puente se arroja armado al agua y se reúne á nado con los suyos.—Mucio da otro ejemplo de valor; penetra en el campamento enemigo para matar á Porsena; asesina á un secretario, á quien confunde con el rey; preso, coloca la mano sobre el altar donde acaban de celebrar un sacrificio, la deja abrasar y declara que tres-

cientos romanos han jurado, como él, matar al rey.—Vencido por la admiración que le causan aquellas acciones heroicas, Porsena acepta las condiciones de paz, renuncia á la guerra, recibe rehenes, entre los que se encuentra una joven, Clelia, que burla la vigilancia de los centinelas y vuelve á los suyos, cruzando á nado el Tíber. Devuélvenla á Porsena, quien la restituye honrosamente. Ap. Claudio abandona el país de los sabinos para establecerse en Roma, lo cual da lugar á la formación de la tribu Claudia. Aumentase el número de las tribus, que llegan á veintiuna.—Tarquino el Soberbio vuelve á atacar á Roma á la cabeza de un ejército de latinos.—Victoria del dictador A. Postumio, cerca del lago Regilo. El pueblo, con motivo de la prisión de los deudores, se retira al monte Sacro. Menenio Agripa, con prudentes consejos corta la rebelión. Muere con tal pobreza, que se le entierra á expensas del Estado.—Creación de cinco tribus del pueblo.—Toma de Coriola, ciudad de los volscos; débese al valor y actividad de C. Marcio, á quien por este hecho se le da el nombre de Coriolano. T. Atinio, plebeyo, recibe en una visión orden de comunicar al Senado ciertos hechos que interesan á la religión; no lo hace; pierde á sus hijos, y él mismo queda paralítico. Llevado en litera al Senado, cumple el mandato, recobra el movimiento de las piernas y regresa andando á su casa.—C. Marcio Coriolano, condenado á destierro, llega á ser general de los volscos y lleva un ejército delante de Roma. Los legados, y después los sacerdotes que le envían, le ruegan en vano que no haga guerra á su patria; Veturia, su madre, y su esposa Volumentia consiguen de él que se retire.—Primera ley agraria.—Sp. Cassio, varón consular, acusado de aspirar al trono, es condenado á muerte y ejecutado.—La vestal Oppia, convencida de incesto, es enterrada viva.—Los veyos aprovechan su proximidad para atacar á Roma, siendo sus hostilidades más incómodas que peligrosas. La familia de los Fabios pide se le encargue de esta guerra y marcha contra el enemigo en número de trescientos seis combatientes, quedando deshechos cerca de Cremera; de esta familia solamente sobrevive un niño muy pequeño que dejaron en Roma.—El cónsul Appio Claudio, á consecuencia de un contratiempo que experimenta contra los volscos por la insubordinación del ejército, diezma los solda-



dos y hace morir á palos á los designados por la suerte. Expedición contra los volscos, los equos y los veyos.—Disensiones entre el Senado y el pueblo.

En adelante trataré de lo que el pueblo romano, libre ya, hizo en la paz y en la guerra, de sus magistrados anuales y del imperio de sus leyes, más poderoso que el de los hombres. La soberbia del último rey fué causa de la alegría con que fué recibida la libertad; porque los reyes anteriores habían gobernado de tal manera, que en lo sucesivo se les consideró con justicia como fundadores de aquellos barrios de la ciudad que destinaron por morada á la multitud, aumentada bajo su reinado; y no puede dudarse que aquel mismo Bruto, que tanta gloria alcanzó con la expulsión de Tarquino el Soberbio, habría causado grandísimo daño público, si por deseo de prematura libertad hubiese arrojado del trono á alguno de los reyes anteriores. ¿Qué habría sucedido si aquella aglomeración de pastores y de hombres de todas las comarcas que habían huído de su patria y obtenido bajo la protección de un templo inviolable, si no la libertad, al menos la impunidad, una vez libre del temor del poder real, hubiese comenzado á verse agitada por las tempestades tribunicias; y si en una ciudad que todavía les era extraña, hubiese entablado lucha con los patricios, antes de que los lazos de matrimonio, de paternidad y el cariño al mismo suelo, al que solamente nos adhiere el tiempo, no hubiese reunido todos los ánimos en comunes intereses? La discordia habría destruído el Estado que aún carecía de vigor; mientras que la tranquila influencia de un poder moderado desarrolló de tal manera sus fuerzas, que llegado á la madurez, pudo soportar los dulces frutos de la libertad. Por lo demás, si en esta época se ha de fijar el origen de la libertad, antes es por que se fijó

en un año la duración de la autoridad consular, que á causa de la disminución que pudo experimentar la autoridad real; porque los primeros cónsules conservaron todos sus derechos y todas sus insignias. Solamente que para no aparentar que se redoblaba el terror que inspira la autoridad suprema, se cuidó de no conceder los haces á los dos cónsules á la vez. Bruto los obtuvo primero, debiéndolo á la consideración de su colega; Bruto no mostró más ardimiento por conseguir la libertad que por conservarla después. Primeramente, aprovechando el entusiasmo del pueblo por la libertad naciente, y temiendo que más adelante se dejase seducir por los ruegos ó por los presentes del rey, le hizo jurar solemnemente que no consentiría que nadie reinara en Roma. En seguida, para que el Senado se robusteciese con el número de sus miembros, disminuídos considerablemente por la crueldad del último rey, los elevó á trescientos, completándolo por medio de elección entre los varones más insignes del orden ecuestre: dícese que de esto dependió que en el Senado se llamase á unos padres, y á otros conscriptos, dándose este nombre á los llamados para formar parte del nuevo Senado. Admirable es cuánto contribuyó esta medida á mantener la concórdia en el Estado y á unir al pueblo con los senadores.

Ocupáronse en seguida de las cosas divinas; y como los reyes habían tenido el privilegio de ofrecer por sí mismos ciertos sacrificios públicos, para quitar todo deseo de reyes se creó uno de los sacrificios. Este sacerdocio quedó sujeto al pontífice máximo, por miedo de que si se añadía alguna prerrogativa á este nombre, sobreviniese peligro á la libertad, que era entonces el primer cuidado de todos; é ignoro si se traspasaron los límites tomando hasta las precauciones más minuciosas para fortalecerla; porque cuando nada quedaba ya que

podiese ofenderla, fué objeto de inquietud el nombre del segundo cónsul (1). Decíase que los Tarquinos estaban demasiado acostumbrados á reinar, habiendo comenzado Tarquino el Viejo; que Servio Tulio había reinado en seguida; pero que no obstante esta interrupción, Tarquino el Soberbio no había renunciado á la corona, y que lejos de considerarla como ajena se apoderó de ella por medio de la violencia y el crimen, estimándola como patrimonio de familia; que después de la expulsión de este último, el poder había pasado á manos de Colatino; que los Tarquinos no podían vivir en condición privada; que hasta su nombre desagradaba y era peligroso para la libertad. Estas consideraciones, destinadas á tantear los ánimos, se extienden poco á poco por toda la ciudad y despiertan la suspicacia del pueblo, cuya asamblea convoca Bruto. En ésta pronuncia la fórmula del juramento por el que se habían obligado todos los romanos á no consentir jamás en Roma ni rey ni á quien pusiese en peligro la libertad. Añade en seguida que este es el fin á que deben encaminarse, y que no ha de omitirse nada de lo que pueda llevar á su consecución; que hacía esta proposición á disgusto, pensando en el varón que daba lugar á ella, pero en él dominaba el amor á la libertad; que el pueblo romano no cree haber conseguido la libertad completa; que todavía existe en Roma la raza y el nombre de los reyes, que ocupa la magistratura suprema; que esto obscurece y pone trabas á la libertad. «¡Oh, tú, Lucio Tarquino,

(1) El mismo motivo asigna Tito Livio en otro pasaje á la abdicación de Colatino. Pisón, según Aulo Gelio, atribuía también á celo por la libertad el odio de que había venido á ser objeto el nombre del colega de Bruto. Otros historiadores creen que, habiendo permanecido en Roma Colatino y habiendo tomado la defensa de sus parientes, enemigos de la república, fué acusado y desterrado.

exclama, libranos voluntariamente de este temor: confesamos que arrojaste á los reyes: termina ese generoso trabajo: lleva lejos de aquí el nombre real. Yo aseguro que tus conciudadanos te entregarán todos tus bienes, y, en caso necesario, su generosidad los aumentará! ¡Marcha, pues, amigo, del pueblo romano! Liberta á la ciudad de un temor, quizás infundado; pero todos los ánimos están convencidos de que la autoridad real no desaparecerá si no es con la familia de los Tarquinos.»

El asombro que produjo al cónsul aquella inesperada y repentina proposición le quitó al pronto el uso de la palabra; y cuando quiso contestar, los ciudadanos más notables le rodearon, repitiendo con instancias las mismas súplicas. Sin embargo, no podían decidirle; pero cuando Septimio Lucrecio, con la autoridad que le daban sus años, su dignidad personal y título de suegro, empleando todos los medios de persuasión, le rogó y aconsejó sucesivamente que accediese al unánime deseo de todos sus conciudadanos, el cónsul, temiendo que al descender á la condición particular se le exigiese el mismo sacrificio, añadiendo la confiscación de sus bienes y otras medidas ignominiosas, abdicó al fin el consulado, y, habiendo hecho trasladar en seguida sus riquezas á Lavinia, salió de Roma. Bruto, por medio de un senatus-consulta, hizo decretar al pueblo el destierro de todos los miembros de la familia de los Tarquinos, y reuniendo en seguida los comicios por centurias, creó cónsul á P. Valerio, que le había ayudado á expulsar á los reyes.

Aunque nadie dudaba que amenazaba una guerra con los Tarquinos, ocurrió ésta más tarde de lo que se esperaba. Pero lo que no se temía era que la libertad estuviese á punto de perderse por perfidia y traición. Existían en Roma algunos jóvenes de elevada alcurnia, que, bajo los reyes, se entregaban holgadamente á sus pasio-

nes; siendo de la misma edad y compañeros de los hijos de Tarquino, y acostumbrados á la vida de las cortes, desde que todos los derechos habían venido á ser iguales lamentaban la pérdida de sus privilegios y se quejaban entre sí de que la libertad de los demás era esclavitud para ellos. «Un rey, decían, es un hombre de quien todo se puede conseguir, téngase derecho ó no; un hombre con el que está abierto el campo al favor, abierto á los beneficios, que puede perdonar y castigar y que sabe distinguir entre el amigo y el enemigo. Las leyes, por el contrario, sordas, inexorables, son más favorables y más útiles al pobre que al poderoso. No tienen clemencia, no tienen piedad para el que se atrevió á infringirlas. Es peligroso, cuando á tantos errores lleva la debilidad humana, no tener otro apoyo que la propia inocencia.» Así estaban agitados los ánimos cuando llegaron á Roma emisarios de la familia real, que venían á reclamar los bienes de los Tarquinos, sin hablar de su regreso. El Senado los oyó y deliberó durante muchos días acerca del objeto de su misión. Negar era dar pretexto para que declarasen la guerra; ceder era suministrar recursos para hacerla. Entre tanto los emisarios hacían cada cual por su lado diferentes tentativas; hablaban francamente de la restitución de los bienes, y en secreto preparaban los medios para recuperar el trono. Fingiendo que procuraban conseguir buen éxito en el asunto que aparentemente les había reunido, acercábanse á los jóvenes patricios y sondeaban sus ánimos, entregando cartas de los Tarquinos á aquellos que les escuchaban con agrado y entendiéndose con ellos para que les introdujesen secretamente y de noche en la ciudad.

Este proyecto se comunicó en primer lugar á los hermanos Vitelio y Aquilio. Una hermana de los Vitelios había casado con el cónsul Bruto, y de este matrimo-

nio habían nacido dos hijos, Tito y Tiberio, que ya eran adolescentes, y sus tíos les reciben en la conspiración, admitiendo también á otros jóvenes nobles, cuyos nombres ha hecho olvidar el tiempo. Entre tanto había triunfado en el Senado la opinión de los que querían que se devolviesen los bienes, y entonces, tomando los emisarios por pretexto para prolongar su permanencia el plazo que les habían concedido los cónsules, con objeto de reunir los vehículos necesarios para trasportar lo que pertenecía á la familia real, emplearon todo el tiempo en concertarse con los conjurados, consiguiendo de ellos, á fuerza de instancias, una carta para los Tarquinos; porque de otra manera, ¿cómo acreditar que no eran ilusorios los relatos de los legados en asuntos de tanta monta? Aquella carta que les entregaron los conjurados como prueba de seguridad, sirvió para demostrar el crimen; porque cenando los emisarios por casualidad la víspera de su marcha en casa de Vitelio, y habiendo los conjurados, después de alejar á todos los testigos, departido extensamente, como suele acontecer, acerca de sus nuevos proyectos, un esclavo, que ya había notado lo que ocurría, escuchó sus palabras, pero esperó el momento en que entregasen la carta para que, apoderándose de ella, no quedase duda de la traición. En cuanto quedó convencido de que los emisarios la tenían en su poder, marchó á revelarlo todo á los cónsules, quienes acudieron en seguida á prender á los emisarios y á los conjurados y sofocaron la conspiración sin el menor ruido. Su primer cuidado fué asegurarse de la correspondencia; aherrojaron en el acto á los traidores, pero vacilaron por un momento en cuanto á los legados, y aunque parecía que se habían expuesto á que se les considerase como enemigos, prevaleció sin embargo el derecho de gentes.

La restitución de los bienes del rey, concedida ya,

volvió á ser objeto de deliberación en el Senado, que, cediendo al enojo, se negó á realizarla y hasta rehusó declarar aquellos bienes del dominio público, sino que los abandonaron al pillaje del pueblo, con objeto de que habiendo puesto mano sobre los bienes de los reyes, perdiese para siempre la esperanza de hacer la paz con ellos. El campo de los Tarquinos, situado entre la ciudad y el Tíber, quedó consagrado al dios Marte, y después fué el Campo de Marte. Encontrábase entonces cubierto de trigo á punto de siega, y como obstaba un escrúpulo religioso para aprovechar la cosecha de aquel campo, enviaron considerable número de hombres, que cortaron la espiga con la paja, y colocándolo todo en cestas, lo arrojaron al Tíber, cuyas aguas estaban bajas, como suelen estarlo en los grandes calores. Dícese que aquel trigo se depositó por montones en el fondo, cubriéndolo el limo, y que poco á poco, acumulándose sobre él todo lo que arrastraba el rio en su corriente, se formó una isla (1); por mi parte creo que, andando los tiempos, llevaron tierras á aquel punto, y que la mano del hombre contribuyó á dar bastante altura y solidez á aquel paraje para sostener templos y pórticos. Después del pillaje de los bienes de la familia real, condenóse á muerte á los traidores, y aquel suplicio fué tanto más notable, cuanto que el consulado impuso á un padre el deber de hacer dar la muerte á sus propios hijos, y que la suerte eligió precisamente para presenciar la ejecución al que debió alejar de tan terrible espectáculo. Veíase atados á los postes jóvenes de la nobleza más elevada; pero las miradas se separaban de todos, como si fuesen desconocidos, para

(1) Esta es la isla que se ve en la parte del Tíber que se separa hacia el Oriente, entre el Campo de Marte y el Janículo. Consagróse á Esculapio, y allí tuvo un templo célebre, sobre cuyo emplazamiento se alza hoy la isla de San Bartolomé.

fijarse únicamente en los hijos del cónsul; y tal vez se deploraba menos el suplicio que el crimen que lo había merecido. En aquel mismo año habían formado el designio de hacer traición á su patria, apenas libertada; á su padre, el libertador; al consulado, que había nacido en su familia; al Senado, al pueblo, á todos los dioses y ciudadanos romanos, para entregarlos á un malvado, que habiendo sido antes soberbio tirano, ahora se atrevía á amenazarles desde su destierro. Llegan los cónsules á sentarse en sus sillas curules y mandan á los lictores que comiencen la ejecución. En el acto despojan éstos de sus vestiduras á los culpables, los azotan con las varas y les cortan la cabeza. Entre tanto, las miradas de los espectadores están fijas en el padre; obsérvanse los movimientos de sus facciones, la expresión de su rostro, y pudo verse cómo asomaban los sentimientos paternales en medio del cumplimiento de la justicia pública (1). Después del castigo de los culpables, queriendo los romanos alejar por medio de otro ejemplo igualmente notable crímenes parecidos, concedieron por recompensa al denunciador una cantidad de dinero que pagaría el Tesoro, y además la libertad y los derechos de ciudadanía. Dícese que aquel fué el primer esclavo puesto en libertad por la *vindicta* (2); otros creen que la palabra vindicta viene del mismo esclavo, que se llamaba Vindicio. Desde entonces fué regla constante considerar con los derechos de ciudadanía á todos los manumitidos de aquella manera.

(1) Plutarco dice que las facciones de Bruto permanecieron inmóviles durante la ejecución de su hijo.

(2) La *vindicta* era una varilla que el licitor, ó mejor dicho, el pretor colocaba tres ó cuatro veces sobre la cabeza del esclavo que iba á ser declarado libre, pronunciando estas palabras: "Yo digo que este hombre es libre y ciudadano romano... Esta manumisión por la vindicta no solamente daba la libertad, sino también el derecho de ciudadanía.



Enterado Tarquino de estos acontecimientos, entregóse, no solamente al dolor al ver perdidas tan halagüeñas esperanzas, sino que también á la ira y al furor. Convencido de que todos los caminos estaban cerrados á la astucia y que en adelante debía hacer abiertamente la guerra, recorrió suplicando todas las ciudades de la Etruria, y sobre todo imploró á los veyos y á los tarquinios «para que no consientan que un príncipe nacido de su sangre (1), desterrado, despojado de tan poderoso reino, perezca á su vista con sus hijos en la adolescencia aún; que otros reyes habían sido llamados de país extranjero para reinar en Roma, y que él, rey ya, cuando mandaba el imperio romano por la fuerza de las armas había sido arrojado por la criminal conspiración de sus parientes; que no habiéndose encontrado entre ellos ninguno digno de reinar, habíanse repartido el reino y habían concedido al pueblo el pillaje de sus bienes, para que toda la nación tuviese parte en el crimen. Quiere reconquistar su patria, su reino y castigar súbditos ingratos. Que le ayuden; que le secunden; que venguen sus antiguas ofensas, sus legiones tantas veces derrotadas y la usurpación de su territorio.» Estas palabras conmovieron á los veyos, y cada uno contesta estremeciéndose y con voz amenazadora, que ahora al menos, puesto que un romano se les ofrece por general, deben borrar todas las ignominias y recobrar cuanto habían perdido por la guerra. La comunidad de nombre y los lazos de parentesco decidieron á los tarquinios, que consideraban honroso para ellos reinasen en Roma príncipes de su sangre. Ejércitos enviados por estas dos ciudades siguen á Tarquino para devolverle su reino y hacer encarnizada guerra á los

(1) Dionisio de Halicarnaso pone en boca de Tarquino, lenguaje mucho más persuasivo.

romanos. Valerio mandaba la infantería formada en cuadro, y Bruto se adelantó con la caballería, para salir al encuentro del enemigo, que había adoptado el mismo orden: su caballería marchaba también delante, bajo las órdenes de Aruncio Tarquino, hijo del rey, y detrás venía el rey mismo al frente de las legiones. Aruncio reconoció desde lejos al cónsul por sus lictores: acércase y no puede dudar al ver el rostro de Bruto. Inflamado en cólera al verle, exclama: «Ese es el hombre que nos ha arrojado de nuestra patria; vedlo avanzar orgullosamente con los símbolos de nuestro poder. ¡Dioses vengadores de los reyes, sedme propicios!» Dicho esto aguijó al caballo y se precipitó sobre el cónsul empuñada la lanza. Vió Bruto que venía hacia él, y como en aquella época era honroso para los generales descargar los primeros golpes, salió al combate con ardor, cayendo tan ciegamente el uno sobre el otro, que atentos sólo á herir al adversario y no cuidando defender el propio cuerpo, se clavaron al mismo tiempo con golpe que atravesó los escudos, y cayendo de los caballos perecieron unidos el uno al otro por sus respectivas lanzas. En seguida trabó combate toda la caballería y á poco llegaron los peones. La victoria quedó indecisa y por ambas partes se combatió con igual valor. En los dos ejércitos el ala derecha fué vencedora y derrotada la izquierda. Acostumbrados los veyos á verse vencidos por los soldados romanos, fueron deshechos y huyeron; los tarquinios, por el contrario, enemigos nuevos, resistieron con firmeza y hasta rechazaron á los romanos, que les hacían frente.

Por consecuencia de aquel combate, apoderóse tal miedo de Tarquino y los etruscos, que los dos ejércitos, el de los tarquinios y el de los veyos, abandonaron la empresa y regresaron de noche á sus hogares. Añádense algunos hechos prodigiosos: durante el silencio de la

noche que siguió á la batalla, salió de la selva Arcia una voz formidable, creyéndose fuera la del dios Silvano. Aquella voz dijo estas palabras: «Los etruscos han perdido un hombre más, los romanos son vencedores.» Pero sí es cierto que los romanos se retiraron como vencedores y los etruscos como vencidos. Cuando vino el día y no se vieron enemigos delante, el cónsul P. Valerio mandó recoger los despojos y regresó triunfante á Roma. Allí celebró los funerales de su colega con toda la pompa posible en aquel tiempo (1); pero la honra mayor del muerto fué la tristeza pública, cuyo rasgo más notable fué la resolución que tomaron las matronas romanas de llevar luto durante un año, lo mismo que por un padre, por aquel ardiente vengador de la honra ultrajada. En seguida ¡tan mudables son los afectos de la multitud! el cónsul que había sobrevivido, después de gozar del favor más grande, fué objeto de odio y hasta se vió víctima de sospechas y denigrantes acusaciones. Pretendióse que quería apoderarse del trono, porque no había tomado colega después de la muerte de Bruto, y hacía construir una casa en la cumbre de Velia (2), en paraje fortificado por su elevación y que llegaría á ser castillo inexpugnable. La indignidad de esta acusación extendida y creída por todas partes hirió vivamente al cónsul, que convocó la asamblea del pueblo, y habiendo hecho deponer los haces (3), subió á la tribuna.

(1) Dice Plutarco (*vida de Publicola*) que Valerio pronunció en aquella circunstancia la oración fúnebre de su colega, y que de aqui nació la costumbre de elogiar públicamente á los varones eminentes después de su fallecimiento.

(2) Velia era una colina en las inmediaciones del monte Palatino que dominaba al Foro.

(3) Dice Plutarco que mandó quitar las hachas de los haces de los lictores y que en las asambleas hacía deponer los haces á los pies del pueblo. Esta costumbre se conservaba en la época en que escribía Plutarco.

Espectáculo muy grato fué para la multitud ver las insignias del poder supremo abatidas á su presencia, puesto que aquello equivalía á confesar que la majestad y el poder del pueblo eran superiores á los del cónsul. Cuando Valerio hubo recomendado el silencio, comenzó por celebrar la buena fortuna de su colega, que después de haber libertado á su patria y revestido la magistratura suprema, había muerto combatiendo por la república, en todo el esplendor de su gloria, antes de que la manchase la envidia; en tanto que él, que sobrevivía á la suya, sólo había conservado la existencia para ser objeto de las acusaciones de la envidia; libertador de su patria, se le confundía con los Vitelios y Aquilios. «¡Cómo! exclama, ¿no habrá jamás ante vuestros ojos virtud bastante probada para que no la manche la sospecha? Yo, el enemigo más implacable de los reyes, ¿debía verme acusado de aspirar al trono? Aunque habitase en el Capitolio, en la misma fortaleza, ¿debería pensar que fuese objeto de temor por mis conciudadanos? ¿Tan débiles cimientos tiene mi fama entre vosotros? ¿Vuestra confianza en mí descansa en bases tan deleznable que os importa más saber dónde estoy que quién soy? No; la casa de Publio Valerio no será obstáculo para vuestra libertad. Velia no os inspirará temor en adelante. Trasladaré mi morada al llano; la colocaré al pie mismo de la colina, para que vosotros habitéis por encima de este ciudadano que ha venido á ser sospechoso. ¡Edifiquen en lo alto de Velia aquellos á quienes pueda confiarse vuestra libertad con más seguridad que á P. Valerio!» En seguida mandó trasladar todos los materiales al pie de la colina, é hizo edificar su casa en el punto más bajo, donde se encuentra actualmente el templo de la Victoria.

Luego propuso leyes que no solamente borraron las sospechas levantadas contra él, sino que hasta produje-

ron el efecto contrario, haciéndole popular y debiéndolas su nombre de *Publicola*. Aquellas especialmente que autorizaban á los ciudadanos á apelar al pueblo de la sentencia de cualquier magistrado, y las que entregaban á los dioses infernales la cabeza y los bienes de todo el que formase el proyecto de hacerse rey, fueron muy gratas á la multitud. Después de hacer aprobar él solo aquellas leyes, con objeto de recoger toda la gloria, reunió los comicios para el reemplazo de su colega. Nombróse cónsul á *Sp. Lucrecio*; pero su avanzada edad no le daba fuerzas bastantes para desempeñar las funciones consulares y murió pocos días después. Reemplazóle *M. Horacio Pulvilo*. En algunas historias antiguas que hacen suceder inmediatamente *Horacio á Bruto*, no encuentro mención alguna de *Lucrecio*; sin duda es porque *Lucrecio* no ilustró su consulado con ningun hecho notable, y por tal motivo se ha olvidado su nombre. No se había dedicado todavía el templo levantado á *Júpiter* en el *Capitolio*, y los cónsules *Valerio* y *Horacio* decidieron por sorteo á quién pertenecería este honor. Recayó en *Horacio*, y *Publicola* partió á hacer la guerra á los *veyos*. Los amigos de *Valerio* vieron con inconveniente desagrado se reservase á *Horacio* el honor de consagrar aquel templo tan famoso, é intentaron todos los medios posibles para impedir la ceremonia, hasta que viendo que todos sus esfuerzos eran inútiles, hicieron anunciar al cónsul, que se apoyaba ya en la jamba de la puerta y dirigía las plegarias á los dioses, una noticia siniestra, la muerte de su hijo; añadiendo que las desgracias que afligen á su familia no permitían que se consagre el templo. Si no creyó la noticia ó tuvo bastante imperio sobre sí mismo para dominar el dolor, no está bastante averiguado ni fácilmente podrá decirse; pero sin interrumpir la dedicación, limitóse á mandar al emisario que hiciese

enterrar á su hijo, y apoyado en la jamba terminó la ceremonia. Tales fueron los acontecimientos civiles y militares del primer año que siguió á la expulsión de los reyes. En el siguiente fueron nombrados cónsules P. Valerio por segunda vez, y T. Lucrecio.

Habíanse refugiado los Tarquinos con Larte Porsena, rey de Clusino. Allí, uniendo súplicas y consejos, le pedían no consintiese que príncipes oriundos de Etruria, que tenían su misma sangre y su mismo nombre, viviesen en el destierro y la miseria. Mostrábanle «que no convenia dejar impune la costumbre naciente de expulsar reyes; que la libertad tenía demasiados atractivos por sí misma; que si los reyes no defendían con tanto ardor sus tronos como empleaban los pueblos en conquistar la libertad, muy pronto quedarían confundidos todos los rangos, no habría en los Estados distinciones ni categorías y terminaría el poder real, admirable intermediario entre los hombres y los dioses.» Persuadido Porsena de que sería ventajoso para los toscanos que hubiese en Roma un rey de raza etrusca, marchó contra la ciudad al frente de poderoso ejército. Hasta entonces, jamás se había apoderado del Senado terror tan profundo; tan temible era en aquella época el poder de Clusino; tan grande era el nombre de Porsena. No se temía solamente á los enemigos, sino á los mismos ciudadanos de Roma; porque asustado el pueblo, podía recibir á los reyes en la ciudad, y comprar la paz al precio de la libertad. Así fué que, mientras duró el peligro, el Senado empleó con el pueblo todos los medios de seducción. Ocupáronse ante todo de procurarle víveres y enviaron gentes á los volseos y hasta á Cumas para comprar trigo. El monopolio de la sal, que se vendía á precio excesivo, se retiró á los particulares y se reservó al Estado. Libertóse al pueblo de los derechos de entrada y en general de todo impuesto.

Dejóse á los ricos solamente la carga de contribuir á los gastos del Estado, puesto que podían soportarla, mientras que los pobres le pagaban un tributo demasiado elevado criando sus hijos. Esta condescendencia del Senado conservó tan bien la concordia entre los ciudadanos, hasta durante los horrores del sitio y del hambre, que los últimos como los primeros mostraron igual aversión por el nombre de rey, y en lo sucesivo nadie pudo jamás por medios ilícitos hacerse tan popular, como lo fué el Senado gracias á su prudente gobierno.

Al acercarse el enemigo, los campesinos se refugiaron en la ciudad, que quedó rodeada de numerosas guardias. Parecía bien defendida de un lado por las murallas y del otro por el Tíber, que corría entre la ciudad y los contrarios; sin embargo, un puente de madera iba á dar paso al enemigo, á no ser por un solo hombre, Horacio Cocles, que aquel día fué el único baluarte de la fortuna de Roma. Encontrábase casualmente encargado de la guardia del puente, cuando observó que se habían apoderado por sorpresa del Janículo; que el enemigo acudía precipitadamente, y que sus compañeros asustados abandonaban las filas y las armas: detuvo á algunos, opúsose á la fuga, y jurando por los dioses y los hombres, los manifiesta que «en vano abandonan su puesto; que la fuga no puede salvarles; que si á la espalda dejan libre el paso del puente, muy pronto verán más enemigos sobre el Palatino y el Capitolio que hay sobre el Janículo.» Les encomienda, pues, que usen el hierro, el fuego y todos los medios posibles para cortar el puente, y que él, en cuanto puede hacer un hombre solo, sostendrá el choque de los contrarios. Lánzase en seguida á la cabeza del puente, y siendo tanto más notable verle en medio de los suyos, que volvían la espalda y abandonaban el combate, presentarse empuñando las

armas para resistir á los etruscos, asombró á los enemigos con aquel prodigio de audacia. El honor había retenido á su lado á Sp. Larcio y á T. Herminio, tan notables por su alcurnia como por su valor. Con éstos sostuvo el primer choque y el primer ímpetu de los que atacaban; pero llamándoles en seguida los que cortaban el puente, les obliga á que se retiren por un paso estrecho que de intento habían conservado. En seguida, dirigiendo amenazadoras y terribles miradas á los jefes de los etruscos, en tanto les provoca sucesivamente, en tanto les acusa á todos de cobardía, increpándoles por ser «esclavos de orgullosos tiranos y porque abandonaban la propia libertad para venir á atacar la libertad ajena.» Vacilando por algunos momentos, mirábase unos á otros, como para ver quién comenzará el combate; pero al fin sienten vergüenza todos los soldados, lanzan tremendo grito y hacen llover sobre un hombre solo una nube de dardos, que quedan clavados en el escudo con que se cubre. Cuando ven que inquebrantable en su decisión y firme en la resistencia, permanece dueño del puente que recorre con arrogante paso, procuran arrojarle sobre él y precipitarle al río; pero de pronto, el fragor del puente que se rompe y los gritos que lanzan los romanos, satisfechos por el resultado de sus esfuerzos, les hielan de espanto y les detienen en su ímpetu. Entonces exclama Cocles: «Padre Tiberino, yo te ruego que recibas propicio en tus ondas estas armas y este soldado.» Dicho esto, se precipitó armado en el río y cruzándolo á nado, en medio de nube de flechas que le lanzan desde la otra orilla sin conseguir alcanzarle, se reúne con sus conciudadanos, después de realizar una hazaña que encontrará en la posteridad más admiración que crédito. Roma se mostró agradecida á tan notable valor, le hizo erigir una estatua en el comicio y le dió tanto terreno como podía encerrar el círculo



que trazase un arado trabajando un día. A este premio público, los particulares añadieron un testimonio de agradecimiento, y durante la escasez general cada cual separó un poco de su propio alimento para contribuir, en proporción de sus recursos, á la subsistencia de aquel héroe.

Rechazado Porsena en aquel primer ataque y renunciando á apoderarse de la ciudad por asalto, convirtió el sitio en bloqueo, dejando una guardia en el Janículo, y acampando en la llanura á orillas del Tíber. En seguida rennió barcas por todos lados para oponerse á que introdujeran trigo en la ciudad, y poder pasar tropas en diferentes puntos de una á otra orilla cuantas veces se ofreciese ocasión favorable al pillaje. Muy pronto fueron tan inseguros los alrededores de Roma, que los habitantes no se limitaron á trasladar á la ciudad todos sus efectos, sino que llevaron también todos los ganados, sin que nadie se atreviese en adelante á sacarles de las puertas. Sin embargo, aquella completa libertad que los romanos dejaban á los etruscos, no se debía tanto al temor como á la astucia: el cónsul Valerio, que acechaba el momento de atacarles de improviso cuando estuviesen dispersos en numerosos grupos, dejaba impunes los pillajes poco importantes, reservando todo el peso de su venganza para ocasiones más graves. Con el propósito de atraer merodeadores, mandó á los romanos que saliesen en considerable número al día siguiente, por la puerta Esquilina, la más distante de los enemigos, llevando los ganados, persuadido de que los etruscos se enterarian por medio de los esclavos infieles que el sitio y el hambre hacía desertar á su campo. Efectivamente, un desertor informó á los etruscos, que atravesaron el río en mayor número que de costumbre, esperando apoderarse de todo aquel botín. P. Valerio envía á T. Herminio con algunas tro-

pas á emboscarse á dos millas de Roma, en el camino de Gabias, y ordena á Sp. Larcio que se sitúe en la puerta Colina con la más ágil que había en la juventud y permanezca hasta que el enemigo haya pasado, adelante, se interponga en seguida entre él y el río para cortarle la retirada. El otro cónsul, T. Lucrecio, sale por la puerta Nevia con algunos manipulos de legionarios, mientras que el mismo Valerio descende del monte Celio con cohortes escogidas. Este fué el primer cuerpo que se presentó al enemigo. En cuanto oyó Herminio el ruido del combate, salió de su emboscada, cogió por retaguardia á los etruscos que resistían á Valerio é hizo gran matanza. Al mismo tiempo por la derecha y por la izquierda del lado de la puerta Colina y del de la puerta Nevia, contestan á sus gritos. Envueltos de esta manera los merodeadores, que no eran iguales en número, y á quienes se cierran todos los caminos de retirada, fueron destrozados por los romanos. Este combate puso fin á las excursiones de los etruscos.

Pero el bloqueo continuaba y la carestía del trigo aumentaba la escasez. Lisonjeábase Porsena de apoderarse de la ciudad sin abandonar sus posiciones, cuando C. Mucio, joven patricio, indignado al ver que el pueblo romano cuando era esclavo de sus reyes jamás había sido encerrado por el enemigo en ninguna guerra, y que ahora que era libre se encontraba bloqueado por aquellos mismos etruscos á quienes tantas veces había derrotado, trató de vengar, por medio de un hecho grande y audaz, la vergüenza de sus conciudadanos. Al principio quiso, de propio intento, penetrar en el campamento del enemigo; pero temiendo que si salía sin permiso de los cónsules y sin que nadie tuviese noticia, ser detenido por los centinelas romanos y llevado á la ciudad como desertor, acusación que haría verosímil

la situación de Roma, presentóse al Senado y dijo: «Padres conscriptos, quiero atravesar el Tiber y entrar, si puedo, en el campamento enemigo, no para recoger botín y vengar sus rapiñas; tengo, si los dioses me ayudan, propósito más noble.» Autorizado por el Senado, oculta un puñal bajo sus ropas y parte. En cuanto llegó, mezclóse con lo más apretado de la multitud que rodeaba el tribunal de Porsena. Encontrábanse distribuyendo el sueldo á las tropas; un secretario estaba sentado junto al rey, vestido casi de la misma manera, y como despachaba muchos asuntos, como á él se dirigían los soldados, temiendo Mucio que si preguntaba cuál de los dos era Porsena, le descubriese su ignorancia, abandonóse á la fortuna y mató al secretario en vez de matar al rey. Retirábase en medio de la espantada multitud, abriéndose paso con su ensangrentado puñal, cuando al grito que se alzó acudieron los guardias del rey, le cogieron y llevaron delante del tribunal. Allí sin defensa y en medio de las amenazas más terribles del destino, lejos de intimidarse, antes era objeto de terror: «Soy ciudadano romano, dijo; llámanme C. Mucio. Enemigo, he querido matar á un enemigo, y no estoy menos dispuesto á recibir la muerte que estaba dispuesto á darla. Propio del romano es obrar y sufrir con valor, y no soy el único á quien animan tales sentimientos: después de mí, otros muchos aspiran á este honor. Prepárate, pues, si crees que debes hacerlo, á combatir por tu vida en todas las horas del día, porque encontrarás un puñal y un enemigo hasta en el vestíbulo de tu palacio. Esta guerra te la declaramos nosotros, la juventud romana. No has de tener combate, ni batalla. Todo pasará entre tu persona y cada uno de nosotros.» Inflamado entonces el rey por la cólera y el espanto en vista del peligro que corre, manda que rodeen de llamas á Mucio y le amenaza con hacerle pere-

cer en ellas si no revela pronto la misteriosa trama con que procura amedrentarle: «Mira, le contesta Mucio, muy poca cosa es el cuerpo para los que solamente aspiran á la gloria.» Y al mismo tiempo colocó la mano sobre un brasero encendido para los sacrificios y la dejó arder como si fuese insensible al dolor. Asombrado de aquel prodigio de energía, el rey levantóse del trono, y, mandando que separen á Mucio del altar: «Parte, le dice, tú que no temes mostrarte más enemigo tuyo que mío. Aplaudiría tu valor si estuviese destinado á servir á mi patria. Marcha; no usaré los derechos que me concede la guerra: te dejo libre; desde ahora eres inviolable.» Entonces Mucio, como en agradecimiento de tanta generosidad, dice: «Puesto que sabes honrar el valor, conseguirás de mí por tus beneficios lo que no has podido obtener por amenazas. Trescientos entre la juventud más escogida de Roma hemos jurado tu muerte. La suerte me ha designado el primero; los otros vendrán á su vez, y sucesivamente les verás á todos, hasta que uno de ellos encuentre ocasión favorable.»

Despedido Mucio, á quien la pérdida de la mano derecha hizo dar en adelante el nombre de Scévola, Porsena mandó legados á Roma. El peligro que acababa de correr, y del que solamente le había librado la equivocación de su matador, y más aún, el combate que tendría que sostener mientras existiese uno solo de los juramentados, de tal manera le impresionaron, que hizo espontáneamente proposiciones de paz á los romanos. En vano procuró poner entre las condiciones el restablecimiento de la familia real, y si lo hizo, antes fué porque no podía negar este paso á los Tarquinos, que por convencimiento de que no se lo negarían. Accedióse á la restitución del territorio de Veyas, y los romanos se vieron obligados á entregar rehenes para conseguir la evacua-

ción del Janículo. Ajustada la paz con estas condiciones, Porsena retiró sus tropas de aquel punto y salió del territorio romano. El Senado, para recompensar el heroísmo de C. Mucio le dió al otro lado del Tíber terrenos que después llevaron su nombre, Prados Mucien-ses (1). Esta honra concedida al valor, excitó á las mu- jeres á merecer también distinciones públicas. Como el campamento de los etruscos no estaba muy lejos de las orillas del Tíber, Clelia, una de las jóvenes romanas entregadas en rehenes, burló la vigilancia, y poniendo- se al frente de sus compañeras, atravesó el río en me- dio de los dardos enemigos y sin que ninguna fuese herida; llevólas á Roma y las entregó á sus familias. Indignado el rey á la noticia de aquella evasión, mandó emisarios á Roma para reclamar á Clelia, sin mostrar mucho interés por las demás; mas pasando muy pronto de la cólera á la admiración, y estimando aquel rasgo de audacia más aún que las hazañas de Cocles y de Mucio, declara que si no se la devuelven, considerará roto el tratado; pero que si le entregan la joven, la restituirá á sus conciudadanos sin sujetarla á ningún mal tratamiento. Por ambas partes se cumplió lo pro- metido; los romanos, en conformidad con el tratado, devolvieron á Porsena los rehenes de la paz, y por su parte el rey de los etruscos quiso que no solamente es- tuviese segura á su lado la virtud, sino que fuese honrada, y después de elogiar á Clelia, la regaló una parte de los rehenes, dejándola la elección. Cuando los llevaron todos á su presencia, dícese que eligió las más jóvenes, creyendo por respeto al pudor, y en cuanto á esto obtuvo pleno consentimiento de las mismas don- cellas, deber sustraer ante todo al enemigo aquellas

(1) Según otra tradición que refiere Dionisio de Halicarnaso, le dieron al otro lado del Tíber igual espacio de terreno que á Horacio Cocles.

que, por su edad, estaban más expuestas á los ultrajes. Restablecida la paz, los romanos recompensaron con un premio excepcional aquel extraordinario valor en una mujer, dedicándola una estatua ecuestre y colocandó en lo alto de la vía Sacra la imagen de la doncella á caballo.

No es fácil conciliar con la tranquila retirada del rey de los etruscos la antigua costumbre que se conserva en nuestros días y que consiste en proclamar la venta de los bienes del rey Porsena, siempre que se venden bienes en subasta. Necesario es que esta costumbre se estableciese en tiempo de la guerra y que se perpetuara durante la paz, ó que tuviese origen más tranquilo del que parece indicar esta fórmula de venta tan hostil. La conjetura más verosímil que llega á nosotros es que Porsena, cuando abandonó el Janículo, tenía el campamento abundantemente abastecido de víveres, traídos de las fértiles campiñas de la Etruria, poco distantes de Roma, y que donó aquellas provisiones á los romanos, á quienes la duración del bloqueo había reducido á la escasez; que á fin de que el pueblo no saquease aquellas provisiones si se le abandonaban, fueron vendidas y llamadas bienes del rey Porsena, y que esta fórmula antes significaba gratitud por un beneficio que acto de autoridad ejercida sobre propiedades reales que no estaban en poder del pueblo romano. Renunciando á la guerra con Roma, para no mostrar Porsena que había llevado inútilmente su ejército á aquellos parajes, envió á su hijo Aruncio con una parte de sus tropas á sitiá á Aricia. Consternados quedaron al pronto los habitantes de esta ciudad ante tan inesperado ataque; pero los socorros que obtuvieron de los pueblos latinos y de Cumas les infundieron tal confianza que se atrevieron á librar batalla. En cuanto comenzó el combate se precipitaron los etruscos con tal ímpetu que bastó el choque

para dispersar á los aricinos. Las cohortes de Cumas, oponiendo la habilidad á la fuerza, hicieron un movimiento oblicuo, y en seguida, cambiando de frente con rapidez, cayeron sobre la retaguardia del enemigo, que arrastrado por el ardor de la persecución se encontraba en desorden. Gracias á esta maniobra, los etruscos, en el momento de la victoria, quedaron envueltos y deshechos. Los pocos que escaparon, habiendo perdido á su jefe y no viendo refugio más próximo, se retiraron sin armas á Roma, donde se presentaron como suplicantes. Recibiéronles con benevolencia y cada cual se apresuró á darles hospitalidad. Curadas sus heridas, unos regresaron á su patria, donde elogiaron la hospitalidad y beneficios que habían recibido, y otros, ligados por el agradecimiento que sentían por la ciudad y sus habitantes, quedaron en Roma, donde les designaron para morada el terreno que después se llamó barrio de los Etruscos.

Fueron nombrados cónsules después P. Lucrecio y P. Valerio Públicola (1), y durante este año vinieron por última vez á Roma embajadores de Porsena á pedir el restablecimiento de los Tarquinos. Contestáronles que el Senado enviaría legados al rey, y en el acto hicieron marchar á los senadores más distinguidos con orden de decirle: «Que podían haber declarado terminantemente que se negaban á la admisión de reyes; pero que si habían preferido enviarle á los más principales del Senado, más bien que dar en la misma Roma respuesta á los embajadores, era para que en adelante no se volviese á mencionar aquel asunto, que encontrándose en tan buenas relaciones, era ocasionado á excitar los ánimos por una y otra parte; que la pe-

(1) Según los fastos consulares, citados por Dionisio de Halicarnaso, fueron cónsules aquel año M. Horacio Pulvilo, por segunda vez, y P. Valerio Publicola.

tición del rey era contraria á la libertad del pueblo romano, y que los romanos, á menos de consentir ciegamente en su pérdida, tenían que contestar con una negativa á quien no quisieran negar nada; que el pueblo romano no era ya un reino, sino un estado libre, y que estaba decidido á abrir sus puertas antes á sus enemigos que á sus reyes; que tal era la voluntad de todos, y que el último día de la libertad sería el de Roma. Así, pues, le rogaban que si quería que existiese Roma, soportase que fuese libre.» A vergonzado el rey de su petición, contestó: «Puesto que esa resolución es irrevocable, no os molestaré más, pero tampoco engañaré á los Tarquinos con la esperanza de socorro, que no pueden conseguir de mí. Si piensan en la guerra ó en el reposo, habrán de buscar otro lugar de destierro, porque nada debe turbar la paz que he ajustado con vosotros.» Su conducta, más aún que sus palabras, probó sus amistosas intenciones; devolvió los rehenes que le quedaban y restituyó el territorio de los veyos, que el tratado del Janículo había arrebatado á los romanos. Viendo Tarquino perdida toda esperanza de regreso, se desterró á Túsculum, al lado de su yerno Mamilio Octavio. La paz de los romanos con Porsena fué duradera.

Los cónsules siguientes fueron M. Valerio y P. Postumio (1). Este año se combatió victoriosamente con los sabinos, y los cónsules obtuvieron los honores del triunfo. Preparáronse con mucho ardor los sabinos para comenzar de nuevo la guerra; y para hacerles frente y prevenir cualquier ataque repentino del lado de Túsculum, que sin haber declarado la guerra era sospechoso de disposiciones hostiles, fueron nombrados cónsules P. Valerio por cuarta vez y T. Lucrecio por segunda.

(1) Aquí omite Tito Livio los cónsules del año de Roma 248, que fueron Sp. Larcio y T. Herminio.



Disensiones que estallaron entre los sabinos, entre los partidarios de la guerra y de la paz, aumentaron la fuerza de los romanos. Atto Clauso, que después se llamó en Roma Appio Claudio (1), jefe del partido de la paz, viéndose estrechado por los que excitaban á la guerra, y no pudiendo resistirles, huyó á Regila, seguido por considerable número de clientes, y vino á refugiarse en Roma, donde le concedieron el derecho de ciudadanía y terrenos al otro lado del Anio. Allí formaron la tribu que se llamó la antigua Claudia, á la que incorporaron todos los nuevos ciudadanos venidos del mismo lugar. Appio fué admitido en el Senado y no tardó en hacerse notable. Los cónsules invadieron á la cabeza de los ejércitos el territorio sabino, que devastaron, y después de hacer experimentar al enemigo tan terrible derrota que en mucho tiempo no hubo que temer que aquel pueblo empuñase las armas, entraron triunfantes en Roma. P. Valerio, á quien todos reconocían como el primero en guerra y en paz, murió al año siguiente, bajo el consulado de Agripa Menenio y P. Portuncio, cubierto de gloria, pero dejando tan escaso caudal que no pudo cubrir los gastos de los funerales. Celebráronse éstos á expensas del erario, y las señoras romanas llevaron luto por él como por Bruto. Aquel mismo año se reunieron á los aruncos dos colonias latinas, Pomecia y Cora, y esto dió lugar á una guerra con el pueblo. Numeroso ejército que vino valientemente á la frontera á oponerse á los cónsules, fué derrotado, y lo recio de la guerra se reconcentró en Pomecia. No fué menor la matanza después del combate que en el combate mismo; el número de muertos superó al de prisioneros, y en diferentes puntos fueron in-

(1) El emperador Claudio pretendía descender de este Atto Clauso, y Virgilio hace remontar el origen de esta poderosa familia al tiempo de la llegada de Eneas á Italia.

molados los mismos prisioneros. El vencedor, en su cólera, no perdonó ni á los rehenes, que se elevaban á trescientos, y aquel año se celebró otro triunfo en Roma.

Al siguiente fueron nombrados cónsules Opiter Virginio y Sp. Cassio. Estos intentaron tomar por asalto á Pomecia y después recurrieron á manteletes y otros trabajos. Impulsados los aruncos por odio implacable antes que por la esperanza ó por la ocasión, se lanzaron sobre los trabajadores, armados con antorchas más bien que con espadas, y lo llevaron todo á sangre y fuego. Incendiaron los manteletes, hirieron y mataron considerable número de enemigos, y poco faltó para que muriese también uno de los cónsules (los historiadores no dicen cuál de ellos), que, gravemente herido, cayó del caballo. Después de aquel contratiempo el ejército volvió á Roma, dejando en el campo muchos heridos, entre ellos el cónsul, á quien no se confiaba salvar. Después de corto espacio de tiempo, que bastó para curar los heridos y reclutar gente, volvióse con más ardor y más fuerzas á poner sitio á Pomecia. Preparados los manteletes y demás trabajos, iban ya á dar el asalto, cuando se rindió la ciudad. A pesar de la capitulación, no se la trató con menos rigor que si hubiese sido entrada por la fuerza; los aruncos principales fueron decapitados, y los demás habitantes vinieron coronados (1), y fueron vendidos en subasta, lo mismo que el territorio y la ciudad arrasada. Los cónsules debieron los honores del triunfo más al rigor de la venganza que acababan de realizar que á la importancia de la guerra que habían terminado.

(1) Dicen algunos que esta locución proviene de que los prisioneros de guerra, al ser vendidos, llevaban una corona en la cabeza; otros creen que procede del hecho de rodearles como una corona los soldados que les custodiaban. Aulo Gelio solamente considera la primera explicación como admisible.

Fueron cónsules en el siguiente año Postumio Cominio y T. Larcio. Aquel mismo año, durante la celebración de los juegos, algunos jóvenes sabinos, movidos por la lascivia, arrebataron algunas cortesanas, dando lugar á un tumulto, al que siguió una riña que estuvo á punto de provocar un combate. Temíase que aquel frívolo incidente produjese otra insurrección de los sabinos; y no sólo podía temerse una guerra con los latinos; treinta pueblos, excitados por Octavio Mamilio, se habían coligado contra Roma; de esto no podía dudarse. En la inquietud que causaba la expectación de tan graves acontecimientos, hablóse por primera vez de crear una dictadura: pero en qué año y á qué cónsules se dió esta prueba de desconfianza, porque según la tradición pertenecían al partido de los Tarquinos; cuál fué el primer romano nombrado dictador, no está bien averiguado. Encuentro, sin embargo, en los historiadores más antiguos que T. Larcio fué el primero que ejerció la dictadura, y que Sp. Cassio fué nombrado jefe de los caballeros. Los consulares hicieron la elección, en conformidad con lo que disponía la ley relativa á la creación de dictador; esto me inclina á creer que el consular Larcio fué preferido á Manio Valerio, hijo de Marco y nieto de Voleso, que no había sido cónsul todavía, puesto que se trataba de dar á los cónsules un jefe que pudiese dirigirlos. Si se hubiesen propuesto elegir un dictador en la familia Valeria, habrían nombrado con preferencia á su hijo M. Valerio, varón consular y de reconocido mérito. Después de la elección del primer dictador, cuando vieron en Roma llevar las hachas delante de él, apoderóse del pueblo profundo terror y le dispuso más á la obediencia. No se podía ya con los cónsules, cuyo poder era igual, buscar recurso en el uno contra el otro ó apelar al pueblo; ahora no quedaba otro medio que pronta obediencia. También

temblaron los sabinos al enterarse de la creación de un dictador en Roma, tanto más, cuanto que creían dirigida contra ellos aquella medida; por lo cual mandaron legados para pedir la paz. Los legados rogaron al dictador y al Senado que perdonasen á jóvenes un instante de aturdimiento, y les contestaron que podía perdonarse á jóvenes, pero no á viejos que sin cesar hacían nacer la guerra de la guerra. Tratóse, sin embargo, de la paz, y los sabinos la hubiesen obtenido, á consentir, como les pedían, en pagar los gastos de los preparativos. Declararon, pues, la guerra; pero tácita tregua mantuvo la tranquilidad durante aquel año.

Los cónsules Servio Sulpicio y Manio Tulio no ofrecen nada digno de memoria (1). Los siguientes, T. Ebuicio y C. Vetusio se distinguieron por el sitio de Fidenas, la toma de Crustumeria y la defección de Prenesto, que abandonó á los latinos por Roma. La guerra contra el Lacio, que estaba latente desde hacía algunos años, no se aplazó ya por mucho tiempo. A. Postumio, dictador, y T. Ebuicio, jefe de los caballeros, partieron al frente de numerosos peones y jinetes, encontrando al enemigo cerca del lago Regilo, en territorio tusculano. Cuando supieron los romanos que los Tarquinos se encontraban en el ejército latino, fué tan violenta su cólera, que trabaron el combate en el acto. Así, pues, aquella batalla fué la más importante y la más encarnizada que habían librado hasta entonces. Los generales mismos, no contentos con dirigir los movi-

(1) A este año refiere Dionisio de Halicarnaso el *senatus-consulto* disponiendo que todas las mujeres latinas casadas con romanos, y todas las romanas casadas con latinos, quedaban libres para permanecer con sus esposos ó regresar á su patria. Añade este escritor que todas las romanas volvieron á Roma, y que las latinas, exceptuando dos, prefirieron sus esposos á su patria.

mientos, se atacaron y combatieron cuerpo á cuerpo, y, si se exceptúa al dictador romano, no quedó casi ningún jefe, en uno y otro ejército, que resultase ileso. Postumio estaba en el frente de la primera línea ocupado en ordenar sus tropas y arengarlas, cuando Tarquino el Soberbio, olvidando su edad y flaqueza, arrebatado por el odio, lanzó su caballo contra él; herido en un costado, el anciano rey quedó rodeado en seguida por los suyos, que le pusieron en seguridad. En la otra ala, Ebucio, jefe de la caballería, iba á precipitarse sobre Octavio Mamilio, cuando viéndole venir el jefe tusculano, lanzó su caballo contra él. Crúzanse sus lanzas, encuéntranse, y tan violento fué el choque, que Ebucio queda con un brazo atravesado y Mamilio herido en el pecho. Los latinos le llevan en seguida á su segunda línea, y Ebucio, que con el brazo herido no podía manejar las armas, se retira del campo de batalla. Sin atender á su herida, el general latino reanima el combate, y, viendo aterrados á sus soldados, hace avanzar la cohorte de los desterrados romanos, mandada por el hijo de L. Tarquino. Irritados éstos por la pérdida de sus bienes y de su patria, muestran más valor y restablecen algo el combate.

Comenzaban á retroceder los romanos en aquel punto, cuando M. Valerio, hermano de Publicola, ve al joven Tarquino ostentándose orgullosamente á la cabeza de los tráfugas. Exaltado por la gloria de su casa, y queriendo que la misma familia que había tenido el honor de expulsar á los reyes tuviese también el de matarles, clava los acicates al caballo y cae, empuñada la lanza sobre Tarquino. Para esquivarse éste del furor de su enemigo se refugia en las filas de los suyos; y arrastrado Valerio por su inmoderado furor, va á chocar con el frente de los desterrados y recibe en el costado un golpe que le atraviesa de parte á parte. No retie-

ne la herida el ardor del caballo, pero el jinete expirante cae y sus armas sobre él. Viendo el dictador Postumio herido mortalmente á tan valeroso guerrero, avanzar á la carrera los desterrados mostrando arrogancia, y comenzar á ceder los suyos, dominados por el miedo, manda á su cohorte (1), gente escogida, que conservaba á su lado para su defensa, que traten como á enemigo á todo romano que vean huir. Colocados entre dos temores, los romanos no piensan ya en la huída y rehacen las filas. La cohorte del dictador entra entonces de refresco en el combate, y este cuerpo, cuyas fuerzas y valor están intactos, destroza á los desterrados rendidos de fatiga. Entonces se traba nuevo combate entre los jefes. Viendo el general latino casi envuelta la cohorte de los desterrados por el dictador, saca de la reserva algunos manípulos, que lleva rápidamente hacia la primera línea. El legado T. Herminio ve aquella tropa que avanza en buen orden, y reconociendo en medio de ella á Mamilio, por sus ropas y sus armas, le ataca con más furor que lo hizo antes el jefe de la caballería, y al primer golpe le atraviesa de parte á parte y le derriba muerto. Pero él mismo, mientras despoja al cuerpo de su enemigo, es herido por una flecha y expira cuando empiezan á curarle. En seguida corre el dictador á su caballería, la exhorta ahora que la infantería esta fatigada, para que desmonte y reanime el combate. Obedecen, apéanse y corren al frente del ejército, y formando la primera fila oponen al enemigo sus escudos. En el acto recobran valor los peones cuando ven á aquella juventud escogida ponerse á su nivel y tomar parte en el peligro. Entonces se consigue al fin quebrantar al ejército latino, que comienza á ceder.

(1) Trátase de la cohorte pretoriana, cuya organización, según Lipsio, hablando con propiedad, no data sino del tiempo de Scipión el Numantino.

Traen á los jinetes sus caballos para poder perseguir al enemigo, y la infantería marcha detrás. No olvidando en aquellas circunstancias el dictador ningún recurso de los que podían ofrecerle los dioses y los hombres, ofrece, según se dice, un templo á Cástor y pregona premios para el primero y el segundo soldados que entrasen en el campamento de los latinos. Y el ardimiento fué tal, que con el mismo ímpetu que dispersaron al enemigo, los romanos entraron en el campamento. Tal fué la batalla del lago Regilo. El dictador y el jefe de la caballería entraron en triunfo en Roma.

En el trienio siguiente no hubo verdadera paz ni verdadera guerra. Fueron cónsules L. Clelio y T. Larcio; después A. Sempronio y M. Minucio, bajo los cuales tuvo lugar la dedicación del templo de Saturno y la institución de la fiesta de las Saturnales. Sucedieron á estos A. Postumio y T. Virginio. En algunos historiadores encuentro que en este año tuvo lugar la batalla del lago Regilo; que A. Postumio, desconfiando de su colega, abdicó el consulado y fué nombrado dictador. La diversidad de tradiciones en cuanto á la sucesión de los magistrados expone á tantos errores cronológicos, que no es posible, tan distantes de los acontecimientos y de los escritores, determinar con exactitud los consulados y los sucesos de cada año. Siguiéron á A. Postumio y á T. Virginio Ap. Claudio y P. Servilio. El acontecimiento más notable de este año fué la muerte de Tarquino, ocurrida en Cumas, donde después de la derrota de los latinos se había retirado junto al tirano Aristodemo. Esta noticia produjo inmensa alegría al Senado y al pueblo, pero entre los patricios no tuvo límites; y el pueblo, al que hasta entonces habían tratado con exquisitos miramientos, se vió desde entonces objeto de la opresión de los grandes. Aquel año mismo llevaron otra colonia á Signia, y se completó la que es-

tableció allí el rey Tarquino. Formáronse en Roma veintiuna tribus. En los idus de Marzo se dedicó el templo de Mercurio.

Ni en paz ni en guerra se había estado con los volscos durante la guerra con los latinos; pero los volscos habían levantado tropas que iban á enviar á los latinos, si no se les hubiese adelantado el dictador romano para no tener que luchar á la vez con los latinos y con los volscos. Los cónsules, para castigarlos, llevaron las legiones á su territorio, y los volscos que no esperaban ser castigados por su proyecto, quedaron aterrados ante aquella repentina amenaza, y sin tomar las armas, entregaron como rehenes trescientos hijos de las familias más distinguidas de Cora y de Pomecia. Las legiones regresaron sin haber combatido. Poco tiempo después, libres los volscos de este temor, volvieron á su carácter; preparáronse secretamente á la guerra y asociaron los hérnicos á su proyecto. Por todas partes enviaron legados para sublevar el Lacio; pero la reciente derrota que habían experimentado los latinos cerca del lago Regilo les inspiró tanta cólera y odio contra todos los que les solicitasen para la guerra, que ni siquiera respetaron el carácter de los legados. Prendiéronles y los llevaron á Roma, entregándolos á los cónsules y anunciando que los volscos y los hérnicos se preparaban á hacer la guerra á los romanos. Sometióse el asunto al Senado, que tan satisfecho quedó de esta conducta que devolvió á los latinos seis mil prisioneros, y volviendo al proyecto de alianza, que parecía abandonado para siempre, remitió la resolución á los próximos cónsules. Entonces pudieron regocijarse los latinos de su conducta, siendo muy honrados entre ellos los partidarios de la paz. Enviaron una corona de oro á Júpiter Capitolino, y los legados encargados de presentar aquella ofrenda fueron acompañados por la multitud de prisio-



neros devueltos á sus familias. A su llegada visitaron las casas donde habían sido esclavos, dando gracias á sus antiguos amos por los buenos tratamientos y cuidados de que fueron objeto durante su infortunio y uniéndose á ellos con los lazos de la hospitalidad. Hasta entonces nunca había existido unión más estrecha de particulares y de Estados entre el nombre latino y el imperio romano.

Pero era inminente la guerra con los volscos, y la república se encontraba presa de la discordia, por efecto de odios intestinos que se habían desarrollado entre los patricios y el pueblo, especialmente con ocasión de los presos por deudas. Indignados decían: «Combati-mos en el exterior por la libertad y por el imperio, y aquí dentro solamente encontramos cautiverio y opresión; menos peligra la libertad del pueblo romano durante la guerra que durante la paz en medio de los conciudadanos.» Aquel descontento que fermentaba por sí solo, estalló ante la vista de una de las víctimas. Un anciano se precipitó en el Foro, cubierto de señales de malos tratamientos; sus ropas sucias y haraposas eran menos repugnantes que su palidez y la extraordinaria extenuación de su cuerpo; larga barba y desordenados cabellos, daban hosco aspecto á su rostro. A pesar de lo desfigurado que estaba, reconociéronle; decíase que había sido centurión: todos deploraban su suerte, recordaban sus recompensas militares y él mismo mostraba su pecho lleno de nobles cicatrices que atestiguaban su valor en más de una batalla. Preguntábanle por qué se encontraba en aquel estado y por qué estaba tan desfigurado, y como la multitud que le rodeaba era tan numerosa como una asamblea del pueblo, levantó la voz y dijo que: «mientras servía en la guerra contra los sabinos, el enemigo devastó sus campos, quemó su granja, saqueó sus bienes y robó sus ganados. Obligado

á pagar el impuesto en tal miseria, vióse en la necesidad de tomar prestado; aumentadas sus deudas por la usura, le despojaron primeramente del campo que recibiera de su padre y de su abuelo y después de todo cuanto poseía, y extendiéndose muy pronto como mal que corroe, alcanzaron á su misma persona. Preso por su acreedor, más que amo, había encontrado en él carcelero y verdugo.» Dicho esto, mostró la espalda cubierta de señales de los golpes que acababa de recibir. Al escucharle y al verle alzóse inmenso grito, y no limitándose el tumulto al Foro, se propagó por toda la ciudad. Los presos por deudas en aquel momento y los que ya estaban libres se lanzan por todas partes pidiendo el apoyo de sus conciudadanos. No hay paraje donde no encuentre auxiliares la sedición, y todas las calles se llenan de grupos que marchan gritando al Foro. Los senadores que se encontraron allí corrieron inmenso peligro en medio de aquella multitud, y no les hubiesen perdonado á no intervenir los cónsules P. Servilio y Ap. Claudio para reprimir la sedición. La multitud se volvió en seguida hacia ellos, presentándoles sus cadenas y todo lo que demuestra sus sufrimientos: no es esto, decían, lo que habían merecido después de combatir tanto por la república. Con amenazas más bien que con súplicas piden que los cónsules convoquen inmediatamente el Senado y en seguida rodean la curia para influir y dirigir las deliberaciones. Corto número de senadores, presentes por casualidad, se reúnen alrededor de los cónsules, impidiendo el temor á los otros acudir á la curia y hasta al Foro. Nada puede hacerse, porque el Senado no cuenta con suficiente número. Cree entonces la multitud que se burlan de ella, que quieren aplazar el asunto; pretende que los senadores ausentes no están retenidos por acaso ni por miedo, sino por deseo de entorpecer toda medida, y acusa á los cónsules

de tergiversar, de tomar claramente á juego su miseria. Impotente iba á ser ya la majestad del consulado para contener la cólera de aquellos desgraciados, cuando ignorando los senadores si con su ausencia se expondrían á mayores peligros, acuden al fin al Senado. La concurrencia era numerosa; pero ni los senadores ni los cónsules estaban de acuerdo. Appio, hombre de carácter violento, quería hacer uso de la autoridad consular: que cojan uno ó dos, decía, y los demás se tranquilizarán en seguida. Servilio, inclinado á emplear medios más suaves, opinaba que era más fácil dulcificar que calmar los irritados ánimos.

En medio de este debate sobrevino nuevo terror, pues llegaron jinetes latinos con noticias amenazadoras: formidable ejército de volscos viene á sitiarse á Roma. Esta noticia (de tal manera había el odio dividido en dos la ciudad) afecta de modo muy distinto á los patricios y al pueblo. Este, en la exaltación de su alegría, exclama que los dioses iban á castigar la insolencia de los patricios. Los ciudadanos se exhortaban recíprocamente á no dejarse inscribir: «siendo preferible morir todos juntos que morir solos. Los patricios debían encargarse del servicio militar; ellos debían empuñar las armas; los peligros de la guerra serían entonces para aquellos que recogían todos sus frutos.» Pero el Senado triste y abatido por el doble temor que le inspiraban el pueblo y el enemigo, ruega al cónsul Servilio, cuyo carácter era más popular, que libre á la patria de los terrores que la rodean por todas partes. Entonces el cónsul levanta la sesión y marcha á la asamblea del pueblo: allí dice que el Senado se ocupa atentamente de los intereses del pueblo; pero que la deliberación relativa á aquella gran parte del Estado, que no es más que una parte, ha quedado interrumpida por el peligro que corre la república entera; que es imposible, cuando

el enemigo se encuentra casi á las puertas de Roma, ocuparse de otra cosa que de la guerra. Aunque el peligro fuera menos urgente, no sería ni honroso para el pueblo no empuñar las armas para defender la patria, sin recibir antes la recompensa, ni digno para el Senado que pareciese haber aliviado el infortunio de sus ciudadanos, antes por temor que por buena voluntad, como podría hacerlo después. Y para que la asamblea diese fe á sus palabras, publicó un edicto que prohibía: «Mantener atado ó encerrado á ningún ciudadano romano é impedirle por este medio hacerse inscribir delante de los cónsules; embargar ó vender los bienes de ningún soldado mientras estuviese en campaña, y en fin, aprisionar á sus hijos ó á sus nietos (1).» En cuanto publicó este edicto, se alistaron todos los detenidos que estaban presentes, y los demás, como sus acreedores no tienen ya derecho sobre ellos, se escapan de las casas donde les guardan y acuden en tropel de todos lados de la ciudad al Foro para prestar el juramento militar. Cuerpo considerable formaron, y este fué el que en la guerra contra los volscos se distinguió más por su valor y actividad. El cónsul marchó en seguida contra el enemigo, estableciendo su campamento muy cerca de él.

Contando los volscos con las disensiones de los romanos, á la noche siguiente se acercaron á su campamento, esperando provocar de aquella manera alguna deserción nocturna ó alguna traición. Observan el movimiento los centinelas y dan la voz de alarma, encontrándose en pie el ejército al instante y dispuesto á la pelea. La tentativa de los volscos fracasó, dedicando

(1) Según las leyes romanas, los padres tenían derecho de vida y muerte sobre sus hijos; pudiendo por tanto venderles ó empeñarles. Los abuelos tenían iguales derechos sobre los nietos; por consiguiente, los acreedores podían retenerles como prenda de su crédito.

por ambas partes al descanso el resto de la noche. Al día siguiente, en cuanto amaneció, ciegan los fosos los volscos y atacan las empalizadas. Ya estaban arrancadas por todos lados, y en vano el ejército entero y especialmente los defensores pedían á gritos la señal del combate. El cónsul demoraba llegar á las manos para asegurarse bien de sus disposiciones. Cuando ya no le quedó duda de su ardor, dió la señal de ataque, y lanza contra el enemigo á sus soldados, ávidos de combatir. En el primer choque quedan rechazados los volscos, emprenden la huida, y la infantería les destroza tan lejos como puede alcanzarles. La caballería les persigue hasta su campamento, donde entran aterrados: las legiones rodean en seguida el campamento, y como el miedo había arojado ya de allí á los volscos, se apoderaron de él y le saquearon. Al siguiente día llega el ejército delante de Suesa Pomecia, donde se había refugiado el enemigo. En pocos días se apoderan de la ciudad y la saquean, siendo esto un recurso para el soldado necesitado. Cubierto de gloria el cónsul, lleva su ejército á Roma. En el camino recibe legados de los volscos ecetras, á quienes hacía temblar la toma de Pomecia. Un *senatus-consulto* les concede la paz, pero despojándoles de sus campos.

Poco después alarmaron los sabinos á Roma, siendo aquello antes tumulto que guerra. Anuncióse una noche en la ciudad que los ejércitos sabinos habían avanzado hasta las orillas del Anio, talándolo todo á su paso, y que allí saqueaba y quemaba las alquerías de las inmediaciones. En el acto se mandó contra ellos con toda la caballería á A. Postumio, que había sido dictador en la guerra con los latinos, siguiéndole en seguida el cónsul Servilio al frente de peones escogidos. Vagando sin orden los enemigos, quedaron rodeados por la caballería, y cuando llegó la infantería no pudo

resistirla la legión sabina. Fatigados por la marcha, por las devastaciones de la noche, diseminados la mayor parte por las granjas, repletos de comida y bebida, apenas tuvieron fuerza para huir. En una sola noche se supo y terminó la guerra contra los sabinos. Al día siguiente todos se lisonjaban ya de haber conseguido la paz, cuando se presentaron en el Senado legados de los auruncos diciendo: «Si los romanos no evacuan en el acto el territorio de los volscos, ellos les declaran la guerra.» En el mismo momento en que partían los legados, el ejército de los auruncos se ponía en campaña. Cuando se supo que se había presentado cerca de Aricia, la noticia produjo tal excitación en los romanos, que el Senado no pudo deliberar reposadamente, ni dar á los legados mesurada contestación, obligado como se encontraba á empuñar las armas. Dirigiéronse á marchas forzadas sobre Aricia, y cerca de ella trabaron combate con los auruncos, terminando la guerra en una batalla.

Derrotados los auruncos, los romanos, que habían sido tantas veces vencedores en tan pocos días, esperaban el resultado de las promesas de Servilio y de los compromisos que había tomado el Senado. Pero Appio, sin otro consejo que su dura índole y el deseo de menoscabar la popularidad de su colega, desplegó extraordinario rigor en el juicio de los deudores. Hacía entregar á los acreedores aquellos que habían sido detenidos anteriormente, y les abandonaba también los demás. Cuando el detenido era soldado apelaba á Servilio. Corrían en tropel á ver á éste, recordábanle sus promesas y todos exponían sus servicios y sus heridas. Pedían que sometiese el asunto al Senado ó que protegiese á sus conciudadanos como cónsul y á sus soldados como general. Estas peticiones conmovían al cónsul, pero las circunstancias le obligaban á tergiversar; porque

no solamente su colega sino todo el bando de los nobles defendían la opinión opuesta. Así fué que, permaneciendo neutral, no pudo evitar el odio del pueblo, ni granjearse el favor del Senado. Los patricios le consideraban como cónsul sin energía, como un ambicioso, y el pueblo como hombre falaz; y muy pronto pudo verse que era tan odioso como Appio. Los dos cónsules se disputaban el honor de dedicar el templo de Mercurio. El Senado remitió al pueblo la decisión del asunto, decretando que aquel á quien el pueblo encomendase la consagración quedaría encargado de la superintendencia de víveres, establecería el colegio de mercaderes y celebraría las solemnidades religiosas en puesto del pontífice. El pueblo encargó la dedicación del templo á M. Letorio, centurión del primer manípulo de los triarios (1). Fácil era comprender que había obrado de esta manera, antes que por honor á Letorio, encargándole de una misión superior á su categoría, por menospreciar á los cónsules. Desde aquel momento se entregaron á su furor Appio y los patricios; mas el pueblo, cuyo valor había aumentado, emprendía un camino muy diferente del seguido hasta entonces. Desesperando de obtener alivio alguno por el Senado ó por los cónsules, en cuanto veía llevar á juicio á un deudor acudía por todas partes, los gritos y el ruido impedían oír la sentencia del cónsul, y cuando éste la pronunciaba no se obedecía y se acudía á la violencia. El terror y el peligro de perder la libertad pasó de los deudores

(1) Este jefe mandaba la primera centuria del primer manípulo de los triarios, llamados también *pilani*, porque su arma era el dardo, *pilum*. Era el más importante de todos los centuriones de la misma legión, teniendo puesto en el consejo de guerra con el cónsul y los demás generales. Bajo su custodia estaba el águila romana, la colocaba en el campamento y la levantaba cuando se rompía la marcha, entregándola en seguida al signifero.

á los acreedores cuando vieron éstos que delante del cónsul osaba maltratarles la multitud. El temor de una guerra con los sabinos agravó la situación. Mandóse reclutar soldados y nadie respondió al llamamiento. Furioso Appio, quejábase de la cobarde condescendencia de su colega, quien, con su popular silencio, hacía traición á la república, y que no contento con no juzgar á los deudores, no realizaba el reclutamiento dispuesto por el Senado. «Sin embargo, la república no está completamente abandonada, ni entregada al desprecio la autoridad consular. Aunque solo, sabré vengar la majestad del Senado y la mía.» Y como alentada por la impunidad, la multitud rodeaba diariamente su tribunal, mandó prender á uno de los instigadores de la sedición. Viéndose sujeto por los lictores apeló al pueblo de la sentencia del cónsul. Seguro Appio de antemano de la decisión del pueblo, no habría acudido á la apelación si los consejos y autoridad de los senadores principales, más aún que los gritos de la multitud, no hubiesen vencido, y no con poco trabajo, su obstinada resistencia; tan decidido estaba á arrostrar el odio de sus enemigos. Sin embargo, el mal aumentaba de día en día; ya no eran solamente gritos, sino algo mucho más peligroso; reuníanse con cautela y tenían secretas conferencias. En fin, los dos cónsules odiosos al pueblo dejaron el cargo: Servilio detestado por los dos partidos, Appio querido de los patricios.

Sucedieronles en el consulado A. Virgino y T. Vetustio. Inseguro el pueblo en cuanto á las disposiciones que encontraría en los nuevos cónsules, celebraba asambleas nocturnas en las Esquilias y en el Aventino, para evitar en el Foro agitación y resoluciones repentinas y no obrar ciegamente y al acaso. Comprendieron muy bien los cónsules hasta qué punto era peligrosa esta conducta y dieron cuenta al Senado, pero les fué



imposible conseguir ordenada deliberación. Con tumultuosos clamores y general indignación las recibieron los senadores, que no podían comprender que los cónsules, cuando debían obrar por autoridad propia, quisieran hacer recaer sobre el Senado lo odioso de sus disposiciones. «Seguramente no se celebrarían aquellas reuniones públicas si Roma tuviese magistrados. Pero hoy todas esas reuniones que se verifican en las Esquilias y en el Aventino dividen y desmenuzan la república. Un solo hombre, ¡por Hércules! (porque el hombre hace más que el cónsul), un solo hombre como Appio Claudio hubiese disipado en un momento todas aquellas reuniones.» Ante estas reconvenciones preguntaron los cónsules qué querían que hiciesen, asegurando que desplegarían toda la actividad, toda la energía que exigiese el Senado. Excitáronles á que apresurasen con mucho rigor el alistamiento, porque la licencia del pueblo procedía de su ociosidad. Levantada la sesión, los cónsules ocupan su tribunal, llaman por sus nombres á todos los jóvenes, pero nadie responde, y la multitud que les rodea, tan numerosa como en una asamblea general, declara: «Que no es posible engañar ya al pueblo; que no se alistará ni un soldado hasta que se hayan cumplido los compromisos contraídos solemnemente; que era necesario devolver la libertad al pueblo antes de darle las armas; que querían combatir por patria y conciudadanos, pero no por señores.» No olvidaban los cónsules lo que el Senado les había ordenado; pero de todos aquellos que habían hablado tan recio dentro de la curia, ninguno se presentaba para compartir con ellos la indignación del pueblo, y parecía que la lucha iba á ser obstinada. Así, pues, antes de llegar al último extremo, creyeron oportuno consultar otra vez al Senado, pero entonces todos los patricios jóvenes se lanzaron hacia las sillas consulares y les mandaron abdicar el consula-

do, deponer una autoridad que no tenían valor para defender.

Conocido claramente el estado de las cosas, dijeron al fin los cónsules: «No negaréis, padres conscriptos, que os lo hemos anunciado; nos amenaza terrible sedición. Pedimos que los que nos acusan de cobardía permanezcan á nuestro lado cuando procedamos al alistamiento. Puesto que así se quiere, llevaremos el asunto á gusto de los más fogosos.» Marcharon al tribunal y, de intento, hacen citar preferentemente á un ciudadano que tenían á la vista. Como permanecía en su puesto sin contestar, y la multitud comenzaba á rodearle para impedir que se le hiciese violencia, mandaron los cónsules para cogerle un lictor, al que rechazan. Entonces los senadores que estaban al lado de los cónsules gritan que aquello es un indigno atentado, y se lanzan del tribunal para ayudar al lictor. El pueblo abandona también al lictor, á quien solamente había impedido coger al ciudadano, y quiere lanzarse sobre los senadores; mas intervienen los cónsules y apaciguan la riña, en la que no se había llegado todavía á las piedras y á los dardos, y en la que más se habían empleado gritos y cólera que violencia. Reunido tumultuosamente el Senado, delibera con mayor tumulto aún. Los senadores que acababan de ser maltratados pedían una información, y los más vehementes les apoyaban menos con sus opiniones que con sus gritos y estrépito. Cuando al fin calmó aquel alboroto ante la voz de los cónsules, que se quejaban de no encontrar más prudencia en el Senado que en el Foro, la deliberación fué más tranquila. Tres opiniones se propusieron: P. Virginio pedía que la medida no fuese general, y que solamente se extendiese á los que, confiando en la promesa del cónsul P. Servilio, empuñaron las armas contra los volscos, los auruncos y los sabinos. T. Larcio decía que no era mo-

mento aquel para no pagar más que los servicios prestados; que todo el pueblo estaba agobiado de deudas; que no podía detenerse el mal sino por una decisión que se extendiese á todos; que establecer distinciones entre los deudores, antes era encender la discordia que extinguirla. Appio Claudio, cuya dureza natural estaba exasperada por el odio del pueblo y las alabanzas de los senadores, exclamó que no tanto la miseria como la licencia había dado lugar á todos aquellos desórdenes; que en el pueblo había más insolencia que desesperación, y que todos aquellos males procedían del derecho de apelación. Que á los cónsules solamente quedaban amenazas y no autoridad, desde que se permitía á los culpables apelar á sus cómplices. «Creemos un dictador, dijo, de cuyas sentencias no pueda apelarse, y ese furor que amenaza destruirlo todo, lo veréis extinguirse en el acto. No se atreverán á rechazar al licitor cuando sepan que el derecho de hacer azotar con las varas al culpable pertenece exclusivamente al magistrado cuya majestad habrán ultrajado.»

La opinión de Appio parecía á muchos, como era en efecto, horriblemente rigorosa; por otra parte, las de Virginio y Larcio ofrecerían peligroso ejemplo, y sobre todo la de Larcio destruiría todo crédito. La opinión de Virginio parecía prudentemente moderada y alejada por igual de los dos extremos. Pero el espíritu de partido y los afectos personales, constantes enemigos del bien general, hicieron triunfar á Appio, y hasta faltó muy poco para que resultase nombrado dictador, lo que hubiese alejado por completo al pueblo en un momento tan crítico en que la casualidad hizo empuñaran á la vez las armas los volscos, los equos y los sabinos. Pero los cónsules y los senadores más ancianos cuidaron de conferir aquella magistratura, violenta por sí misma, á un hombre de carácter conciliador, nombran-

do dictador á Manio Valerio, hijo de Voleso. Aunque el pueblo veía claramente que se creaba dictador contra él, como el hermano de Valerio había propuesto la ley de apelación, no temía de aquella familia ningún acto de cólera ó de orgullo. El edicto que en el acto publicó el dictador tranquilizó los ánimos; era casi igual al del cónsul Servilio; pero como se tenía más confianza en el hombre y en su autoridad, se inscribieron sin resistencia. Nunca había sido tan numeroso el ejército, pudiendo formarse diez legiones. Diéronse tres á cada cónsul, reservándose el dictador las cuatro restantes. La guerra no podía aplazarse por más tiempo. Los equos habían invadido el Lacio; legados enviados por los latinos pedían al Senado que les mandasen socorros ó que al menos les permitiesen tomar las armas para la defensa de sus fronteras: creyéndose más prudente defender á los latinos desarmados que ponerles las armas en la mano. La marcha del cónsul Vetusio puso fin á las depredaciones; los equos se retiraron de la llanura, y confiando mucho más en fuertes posiciones que en las armas, buscaron seguridad en la cumbre de las montañas. El otro cónsul, enviado contra los volscos, para no perder tiempo comenzó á talar el territorio enemigo, obligándoles en seguida á acercar su campamento al suyo y á venir á batalla campal. Una llanura mediaba entre los dos ejércitos, y éstos se desplegaron ante sus respectivas tiendas. Los volscos eran algo superiores en número, y orgullosos con esta ventaja marcharon los primeros al combate, desordenados y como con desprecio. El cónsul romano no avanzó su ejército; prohibió á sus soldados gritar y les mandó permanecer firmes, la lanza en el suelo y no arrancar hasta que estuviesen cerca; pero en llegando el momento atacar con energía y terminar el combate con la espada. Fatigados los volscos de correr y de gritar lle-

garon delante de los romanos, cuya inmovilidad creyeron hija del asombro y el terror. Mas cuando les vieron ponerse en movimiento, cuando vieron brillar las espadas, turbáronse y huyeron cual si hubiesen caído en una emboscada, y como habían venido á la carrera, ni siquiera les quedaban bastantes fuerzas para huir. Por el contrario los romanos, habiendo permanecido tranquilos al principio del combate, descansadas sus fuerzas, fácilmente alcanzaron al fatigado enemigo, tomaron por asalto su campamento y le persiguieron hasta Velitras. Vencedores y vencidos entraron mezclados en la ciudad, y allí, en la matanza de todos los ciudadanos, se derramó más sangre que en el combate. Corto número de habitantes que se rindieron desarmados fueron los únicos que recibieron perdón.

Mientras esto ocurría con los volscos, el dictador combate á los sabinos, donde estaba lo más recio de la guerra; los derrota, los pone en fuga y se apodera de su campamento. Por medio de un ataque de caballería, introdujo el desorden en el centro de su ejército, cuya resistencia había disminuído torpemente para dar más desarrollo á las alas. La infantería se precipitó sobre el enemigo en desorden, y con un solo esfuerzo tomaron el campamento y terminaron la guerra. Después de la batalla del lago Regilo, no hubo en aquel período combate más memorable. El dictador entró en Roma en triunfo, y además de los honores acostumbrados, le concedieron para él y sus hijos un puesto especial en el circo para asistir á los espectáculos, colocando allí una silla curul. Vencidos los volscos, perdieron el territorio de Velitras, que repoblaron enviando una colonia romana. Poco tiempo después lucharon con los equos: cierto es que fué contra el consejo del cónsul, que veía desfavorable la posición para atacar al enemigo; pero acusado por sus soldados de llevar las cosas

lentamente para que el dictador saliese del cargo antes de que regresaran á la ciudad, y por este medio hacer tan vanas sus promesas como lo habían sido las del cónsul, decidióse, tal vez con imprudencia, á subir la montaña que tenía delante. Aquella temeraria empresa tuvo feliz resultado, gracias á la cobardía del enemigo, que, sin esperar que estuviesen al alcance de las flechas, asustado por la audacia de los romanos, abandonó su campamento, fuerte por su ventajosa posición, y se precipitó en el valle opuesto. El botín fué considerable y la victoria no costó sangre. A pesar del triple éxito conseguido en la guerra, los patricios y el pueblo no habían cesado de pensar en el resultado de los asuntos interiores. Los acreedores habían desplegado toda su influencia y todo su ingenio para engañar, no solamente al pueblo, sino al mismo dictador. Después del regreso del cónsul Vetusio, quiso Valerio que se ocupase con preferencia el Senado de la suerte de aquel pueblo victorioso, manifestando lo que podría hacerse relativamente á los deudores insolventes. Viendo rechazada su proposición, «Os desagrado, dijo, porque aconsejo la concordia; muy pronto desearéis, y lo aseguro por el dios de la buena fe, que se me parezcan los patronos del pueblo. Por mi parte, no quiero engañar por más tiempo á mis conciudadanos y conservar una magistratura inútil. Las discordias civiles y las guerras extranjeras han obligado á la república á recurrir á la dictadura. La paz está asegurada en el exterior y encuentra obstáculos en el interior. Prefiero presenciar la sedición como ciudadano que como dictador.» Dicho esto, salió del Senado y abdicó la dictadura. La plebe vió en el disgusto que le inspiraba su suerte el motivo de la abdicación: así pues, habiéndole en cierto modo desligado de su palabra, puesto que no había estado en su poder cum-

plirla, acompañóle á su casa entre alabanzas y felicitaciones.

Temieron entonces los patricios que si se licenciaba el ejército se formaran de nuevo reuniones y conspiraciones. Así fué que á pesar de haber sido el dictador quien levantó las tropas, como éstas habían prestado juramento en manos de los cónsules (1), el Senado, persuadido de que los soldados estaban ligados por el juramento, supuso que los equos habían comenzado de nuevo la guerra, y con este pretexto mandó salir á las legiones de la ciudad, medida que apresuró la sedición. Dícese que primeramente se trató de matar á los cónsules para libertarse del juramento; pero como les hicieron comprender que el crimen no podía destruir un compromiso sagrado, los soldados, por consejo de un tal Sicinio, y sin orden de los cónsules, se retiraron al monte Sacro (2), al otro lado del río Anio, á tres millas de Roma. Esta tradición tiene más partidarios que la de Pisón, que pretende que la retirada se verificó al Aventino (3). Allí, sin jefe alguno permanecieron tranquilos durante algunos días en un campamento fortificado con un foso y una empalizada, no tomando más de lo necesario á la vida, no siendo atacados ni atacando. En la ciudad había llegado el terror al colmo, manteniéndolo todo en suspenso la mutua desconfianza. La parte del pueblo abandonada por la otra, temía la vio-

(1) Cuando quedaba terminado el levantamiento de las tropas, un tribuno militar pronunciaba la fórmula del juramento impuesto por el cónsul, y todo el ejército juraba en seguida. Al desfilar delante del general, decía cada uno: *idem in me*.

(2) Este nombre se le dió más adelante, bien porque el paraje á que se retiró el pueblo fuese consagrado después de su regreso á Roma, bien porque allí se dió la ley Sacra.

(3) Según Cicerón, los plebeyos se apoderaron primeramente del monte Sacro y después del Aventino. Salustio indica que ocuparon simultáneamente los dos montes.

lencia de los patricios; los patricios temían al pueblo que quedaba en la ciudad y no sabían si desear su permanencia ó su marcha. ¿Cuánto tiempo permanecería tranquila la multitud que se había retirado al monte Sacro? ¿Qué sucedería si estallaba entre tanto alguna guerra extranjera? Ya no había esperanza en la concordia de los ciudadanos, y era necesario conseguirla á cualquier precio. Decidieronse, pues, á enviar al pueblo á Menenio Agripa (1), varón elocuente y querido de la multitud, como descendiente de familia plebeya. Introducido en el campamento, dícese que Menenio no hizo otra cosa que narrar este apólogo, en el rudo lenguaje de la época: «En el tiempo en que la armonía no reinaba aún como hoy en el cuerpo humano, sino que cada miembro tenía su instinto y especial lenguaje, todas las partes del cuerpo se indignaron de que el estómago lo obtenía todo por sus cuidados, trabajos y ministerio, mientras que, tranquilo siempre, solamente cuidaba de gozar los placeres que le proporcionaban. Formaron entonces una conspiración: las manos se negaron á llevar los alimentos á la boca, la boca á recibirlos y las muelas á triturarlos. Mientras que en su resentimiento querían domar al cuerpo por el hambre, los miembros mismos y todo el cuerpo cayeron en extrema debilidad. Entonces vieron que el estómago no estaba ocioso, y que si le alimentan, él alimentaba á su vez, enviando á todas las partes del cuerpo esta sangre que forma nuestra vida y nuestra fuerza, y distribuyéndola por igual en todas las venas, después de elaborarla por la digestión de los alimentos.» La comparación de aquella su-

(1) Cicerón, que seguía en todo anales completamente diferentes á los de Tito Livio, habla de las negociaciones del dictador M. Valerio con los sublevados como de hecho indiscutible, atribuyéndole la gloria de haber restablecido la paz, por cuya razón, y no por victorias, se le dió el nombre de Máximo.



blevación intestinal del cuerpo con la cólera del pueblo contra el Senado, calmó, según dicen, los ánimos.

Tratóse en seguida de los medios de concordia, decidiéndose que el pueblo tuviese sus magistrados propios; que estos magistrados serían inviolables; que la defenderían contra los cónsules y que ningún patricio podría obtener esta magistratura. Creáronse, pues, dos tribunos del pueblo (1), C. Licinio y L. Albino, nombrando éstos tres colegas, entre los que se encontraba Sicinio, el jefe de la sedición, no estando conformes los escritores en cuanto al nombre de los otros dos. Pretenden algunos que solamente se crearon dos tribunos en el monte Saero y que allí también se dió la ley Sagrada (2). Durante la retirada del pueblo, los cónsules Sp. Cassio y Postumio Cominio, entraron en funciones. Bajo su consulado se ajustó un tratado con los pueblos latinos, y para concluirlo, uno de ellos permaneció en Roma; el otro, enviado contra los volscos, derrota y pone en fuga á los volscos ancianos; los estrecha, los persigue hasta en la ciudad de Longula y se apodera de sus murallas. Toma en seguida á Polusca, otra ciudad de los volscos, y en seguida ataca vigorosamente á los coriolos. Encontrábase entonces en el ejército un patricio joven, llamado C. Marcio, hombre de buen

(1) Creen los que siguen esta opinión que hasta el año 283, en virtud de la ley Publilia, no se añadieron otros tres tribunos á los dos primeros, autorizándose el aumento de otros cinco en el año 297; elevándose por consiguiente á diez el número de estos magistrados, dos por cada clase, no teniéndose para nada en cuenta á la sexta.

(2) Las leyes sagradas obligaban en virtud de juramento y contenían tremendas imprecaciones contra los transgresores. Había ejemplos de estas leyes en otros pueblos, como los equos y los volscos. Siendo la más célebre y más grata al pueblo la que decretaba la inviolabilidad de los tribunos, fué llamada la *ley sagrada* por excelencia.

consejo y de acción, á quien después se dió el nombre de Coriolano. Mientras el ejército romano sitiaba á Coriola y desplegaba toda su energía contra los habitantes encerrados en la ciudad, sin temer ningún ataque exterior, las legiones volscas, partiendo de Anzio, cayeron de pronto sobre él y al mismo tiempo los sitiados hicieron una salida, encontrándose casualmente Marcio de guardia. Este al frente de tropa escogida rechaza el ataque del enemigo que había salido de los muros, y por la puerta que había quedado abierta se lanza impetuosamente á la ciudad. Allí hizo espantosa matanza en el barrio inmediato á la puerta, y encontrando fuego á su alcance, incendia las casas que dominaban las murallas. Los gritos que el terror arranca en seguida á los sitiados, unidos á los lamentos de las mujeres y los niños, aumenta el atrevimiento de los romanos y perturba á los volscos, que ven en poder del enemigo la ciudad que venían á socorrer. De esta manera fueron derrotados los volscos ancianos y tomada la ciudad de Coriola. De tal manera eclipsó la gloria del cónsul la de Marcio, que si la columna de bronce en que está grabado el tratado concluído con los latinos no expresase que este tratado lo firmó solamente un cónsul, Sp. Cassio, en ausencia de su colega, se hubiese olvidado que Postumio Cominio hizo la guerra á los volscos. Aquel mismo año murió Menenio Agripa, hombre igualmente querido durante toda su vida por los patricios y por el pueblo, y más caro aún á los plebeyos después de su retirada al monte Sacro. El árbitro y pacificador de los ciudadanos, el legado del Senado cerca del pueblo, aquel, en fin, que llevó el pueblo á Roma, no dejó con qué pagar sus funerales: los plebeyos hicieron los gastos contribuyendo con un sextante por cabeza.

Siguieron á éstos en el consulado T. Geganio y P. Minucio. Estando en este año completamente tranquilos

en cuanto á la guerra exterior, y calmadas las discordias intestinas, cayó sobre Roma otra calamidad mucho más terrible: las tierras habían quedado incultas durante la retirada del pueblo al monte Saéro; encarecieron los granos y siguióse un hambre tan grande como la experimentan los sitiados. Los esclavos y el pueblo habrían perecido, si los cónsules, con prudente disposición, no hubiesen enviado á diferentes puntos á comprar trigos, por la derecha de Ostia, en las costas de la Etruria, y por la izquierda, á todo lo largo del mar, al través del territorio de los volscos, hasta Cumas, llegando hasta Sicilia, porque la animadversión de los pueblos cercanos obligaba á buscar recursos muy lejos. Ya estaba comprado el trigo en Cumas, cuando el tirano Aristodemo retuvo las naves, para indemnizarse de los bienes de los Tarquinos, cuyo heredero era. En el territorio de los volscos y en el Pontino ni siquiera pudieron comprar, y los comisarios estuvieron en peligro de muerte. El trigo de los toscanos llegó por el Tíber y sirvió para alimentar al pueblo. En esta terrible situación, la guerra estuvo á punto de poner colmo á los males; pero horrible peste atacó á los volscos cuando ya empuñaban las armas. Esta calamidad consternó los ánimos, y con objeto de poder contenerlos por otro medio cuando cesase la peste, los romanos reforzaron la colonia de Velitras (1), y establecieron otra nueva en las montañas de Norba, para dominar desde allí todo el Pontino. Al año siguiente, bajo el consulado de M. Minucio y A. Sempronio, llegó de Sicilia considerable cantidad de trigo y deliberó el Senado

(1) El relato de Tito Livio está evidentemente truncado en este punto; puesto que no dice que por consecuencia de las conmociones que estallaron con ocasión de estas medidas, conquistó el pueblo el derecho de los *plebiscitos*, como lo dice Dionisio de Halicarnaso.

acerca del precio á que se entregaría al pueblo. Opinaban muchos senadores que había llegado la ocasión de deprimir al pueblo y recobrar los derechos que había arrancado á los patricios por medio de su retirada y por violencia. A su frente se encontrabá M. Coriolano, enemigo declarado del poder tribunicio. «Si quieren los granos en la forma antigua, dijo, que devuelvan al Senado sus antiguos derechos. ¿Por qué veo aquí magistrados plebeyos, un Sicinio omnipotente? ¿Me he visto obligado yo á rescatar mi vida á bandidos? ¿Y he de sufrir estas indignidades más tiempo del que la necesidad exija? No habiendo querido soportar á Tarquino por rey, ¿soportaré á un Sicinio? Márchese; llévase á la plebe; abierto le está el camino del monte Sacro y de las otras colinas; que vengan á arrebatár el trigo de nuestros campos como hicieron hace tres años; que gocen de los recursos que deben á sus furores. Yo me atrevo á asegurar que dominados por el exceso del mal, irán por sí mismos á labrar nuestras tierras, lejos de interrumpir el cultivo (1) con sediciones armadas.» No puedo decir qué hubiese convenido hacer, pero creo que no habría sido difícil á los patricios, rebajando el precio del trigo, libertarse del poder de los tribunos, y de otras innovaciones que les habían impuesto.

Al Senado pareció demasiado violenta aquella opinión, y la ira estuvo á punto de hacer empuñar las armas á la plebe. Ahora se les atacaba por hambre, como á enemigos; arrebatábanles la subsistencia, los alimentos. El trigo extraño, único recurso que debían á inesperado favor de la fortuna, se lo quitaban de la boca si no consentían entregar atados sus tribunos á C. Marcio, si el pueblo romano no presentaba por sí mismo la espalda á las varas del lictor. Marcio era para

(1) La retirada del pueblo había durado más de tres meses.

ellos un verdugo que no les dejaba otra elección que la muerte ó la esclavitud. Sobre él habrían caído á su salida del Senado, si los tribunos, con suma oportunidad, no le hubiesen citado para comparecer ante el pueblo. Esta medida calmó la agitación, porque de esta manera el pueblo iba á ser árbitro de la vida ó la muerte de su enemigo. Al principio escuchó Marcio con desprecio las amenazas de los tribunos: «Su autoridad, decía, se limitaba á proteger y no se extendía á castigar; eran tribunos del pueblo y no del Senado.» Pero sublevado el pueblo, mostraba disposiciones tan hostiles, que los patricios no pudieron libertarse del peligro más que sacrificando á un individuo de su orden. Lucharon, sin embargo, contra aquél desbordamiento de odios, y emplearon, según las circunstancias, su influencia personal y la de toda la clase. En primer lugar trataron, diseminando en todos sentidos sus clientes, de impedir, cada uno en particular, conciliábulos y reuniones, disipando por este medio la tempestad; en seguida se presentaron en masa, como si hubiese tantos acusados como senadores, estrechando al pueblo con sus súplicas. «Solamente pedían la gracia de un solo ciudadano, de un senador: si no querían absolverle como inocente, que le perdonasen como culpable.» No habiendo comparecido Coriolano el día señalado, el pueblo fué inflexible. Condenado, retiróse como desterrado entre los volscos, amenazando á su patria y formando desde entonces contra ella proyectos de venganza. Los volscos le recibieron con benevolencia, creyendo ésta de día en día, á medida que estallaba con mayor violencia su odio contra los romanos, manifestándose unas veces con quejas y otras con amenazas. Gozaba de la hospitalidad de Atcio Tulo, varón muy importante de la confederación volsca y en todo tiempo enemigo implacable de los romanos. Impulsados, el



uno por su rencor antiguo y el otro por su reciente enojo, concertáronse acerca de los medios de promover una guerra con los romanos. No creían cosa fácil decidir á los volscos á empuñar de nuevo las armas, repetidas veces derrotadas: después de tantas pérdidas experimentadas en muchas guerras, y la reciente calamidad que había azotado á su juventud, su valor estaba muy decaído. Necesario era, pues, emplear la astucia y reanimar, por medio de cualquier nuevo motivo de resentimiento, un odio que el tiempo había extinguido.

Preparábase entonces en Roma nueva celebración de los grandes juegos (1), dando lugar á ellos el motivo siguiente. La mañana de los juegos un padre de familia, antes de comenzar el espectáculo, persiguió, azotando hasta en medio del circo, á un esclavo con la horqueta al cuello (2). Dióse en seguida principio á los juegos, como si esta circunstancia no debiese inspirar ningún escrúpulo religioso. Pocos días después,

(1) Si se toma en cuenta lo dicho por Cicerón, Tito Livio no está de acuerdo en este punto con Fabio, Gelio y Celio, según los cuales se celebraron de nuevo los juegos, porque los anteriores quedaron interrumpidos por la guerra contra los latinos. Estos mismos historiadores colocaban á consecuencia de esta segunda solemnidad el prodigio que, según el relato de Tito Livio, dió lugar á la nueva celebración de estos juegos. Por lo demás, está de acuerdo con ellos en todos los otros puntos. Fabio, á quien cita Dionisio en la descripción de los juegos, colocaba este acontecimiento después de las turbulencias que ocasionó Coriolano, con quien lo relacionaba, refiriéndolo lo mismo que Tito Livio. El único punto en que no están de acuerdo es el género de muerte del desterrado romano.

(2) Entre los romanos, el dueño tenía autoridad ilimitada sobre sus esclavos, pudiendo condenarles según su voluntad al azote ó á la muerte. Con tanta crueldad usaban de este derecho, especialmente en el tiempo de la corrupción de la república, que se dieron muchas leyes para restringirlo. El castigo más ordinario era el azote. Por ciertos crímenes, se marcaba al esclavo en la frente con un hierro candente, y por algunos se les

Tito Atinio (1), hombre plebeyo, tuvo un sueño, en el que se le apareció Júpiter diciéndole: «Que la danza con que comenzaron los juegos le había desagradado; que si no se celebraban otros con magnificencia la ciudad corría grandes peligros; que lo anunciase así á los senadores.» Aunque aquel hombre no estaba exento de sentimientos religiosos, pudo más en él su respeto á la dignidad de los magistrados y temió ser objeto de la pública burla. La vacilación le costó cara; á los pocos días perdió á su hijo, y para que no le quedase duda acerca de la causa de aquella repentina desgracia, el infeliz, agobiado de dolor, vió en sueños la misma figura que ya se le había presentado otra vez, preguntándole ahora «si había pagado bastante caro su desprecio á los mandatos de los dioses. Castigo mayor le esperaba si no iba en seguida á anunciarlo todo á los cónsules.» El peligro se hacía más apremiante, y como Atinio vacilaba aún y aplazaba de día en día el cumplimiento del mandato, vióse atacado de una enfermedad que paralizó todos sus miembros. Esta enfermedad fué para él advertencia de la cólera de los dioses. Agobiado por sus males pasados y por los que le amenazan,

obligaba á llevar al cuello un pedazo de madera, *furca*. El esclavo sometido á este castigo conservaba el nombre de *furcifer*, que los amos dirigían también á todos los esclavos que excitaban su ira. Aquí la palabra *furca* designa un género de suplicio peculiar á los esclavos y al que el Senado condenó á Nerón. Ataban las manos al criminal, sujetaban su cabeza en la horqueta, de manera que no pudiese moverse, y se le azotaba hasta que moría bajo los golpes. Otro suplicio existía además, designado con el nombre de *furca* y que parece haber sido diferente de la horca.

(1) Este hecho lo refiere Cicerón y se encuentra también en Dionisio de Halicarnaso, en Plutarco, en Valerio Máximo, en Macrobio y en Lactancio, variando solamente el nombre de la persona en cuestión. Lactancio le llama Ti. Atinio. La familia Atinia era plebeya y muy antigua.

reunió á sus parientes, les refirió cuanto había visto y oído, las frecuentes apariciones de Júpiter durante su sueño, y las amenazas y cóleras celestiales demostradas por sus desgracias. El parecer de todos fué unánime; lleváronle en una litera al Foro, delante de los cónsules, y éstos mandaron trasladarle al Senado. A todos asombró el relato de sus visiones, pero se realizó otro prodigio, según la tradición: aquel hombre que llevaron al Senado baldado de todos sus miembros, en cuanto realizó su misión, pudo regresar por su pie á su casa.

El Senado decretó que se celebrasen juegos con esplendor nunca visto. Persuadidos por Atcio Tulo, acudió á Roma, con objeto de asistir á ellos, considerable número de volscos. Antes de dar comienzo al espectáculo, Tulo, siguiendo el plan concertado con Coriolano, acercóse á los cónsules y les dijo que quería darles parte de un secreto que interesaba á la república. «A pesar mío, vengo á hablar en contra de mis conciudadanos. No les acuso de ningún crimen, pero quiero impedir que lo cometan. El carácter de los míos es mucho más movable de lo que quisiera. Nuestras numerosas derrotas nos han convencido completamente de ello, y si vivimos aún, no lo debemos á nuestra conducta, sino á vuestra clemencia. En este momento encuéntrase en Roma muchos volscos, prepáranse juegos, y la ciudad entera no se ocupará más que del espectáculo. No olvidó los excesos que aquí cometieron los jóvenes sabinos en circunstancias semejantes, y me estremezco al pensar que puede renovarse aquella imprudente y temeraria empresa. Por vuestro interés, ¡oh cónsules! y por el nuestro, heme decidido á comunicaros mis temores. Por mi parte, decidido estoy á regresar en el acto á mis hogares, porque no quiero que mi presencia me haga sospechoso de complicidad en actos ó palabras crimina-



les.» Dicho esto, se retiró. Los cónsules dieron cuenta al Senado de aquel peligro, que no les pareció cierto, á pesar de que la denuncia era clara y terminante; y siguiendo la costumbre, la autoridad del denunciador, mucho más que la importancia del asunto, hizo á los senadores adoptar disposiciones hasta superfluas. Un *senatus-consulto* mandó salir de Roma á todos los volscos, mandándose pregoneros para que les publicasen la orden de marchar antes de obscurecer. Aterrados en el primer momento, corrieron de un lado á otro para recoger sus equipajes en casa de sus huéspedes; pero en cuanto se pusieron en camino, la indignación reemplazó al temor. «¡Verse, como delincuentes manchados de crímenes, arrojados de los juegos en día de fiesta y rechazados de la sociedad de los hombres y de los dioses!»

Como en su marcha formaban una fila casi continua, Tulo, que les había precedido, cerca de la fuente Terentina, se dirige, á medida que iban llegando, á los más importantes de ellos, se asocia á sus quejas y á su indignación, y viendo que escuchan con gusto sus palabras, en consonancia con la cólera que les dominaba, les lleva y con ellos á toda la muchedumbre á un campo por debajo del camino, donde les habló como arregándoles: «Las antiguas injurias del pueblo romano, las derrotas de la nación de los volscos y tantas otras ofensas podréis olvidarlas; pero ¿habréis de olvidar la afrenta de hoy? Con nuestra deshonra han comenzado los juegos. ¿No habéis comprendido que este día han triunfado verdaderamente de vosotros; que al retiraros, habéis servido de espectáculo á todos, ciudadanos, extranjeros y tantos pueblos vecinos; que vuestras esposas y vuestros hijos han desfilaro vergonzosamente ante sus ojos? ¿Y los que han oído la voz del pregonero? ¿Y los que os han visto marchar? ¿Y los que han encon-

trado vuestro ignominioso grupo? ¿Qué habrán supuesto sino que estamos manchados por algún crimen tan horrible, que nuestra presencia en los juegos hubiese sido un sacrilegio que los habría profanado exigiendo expiación; que por este motivo estamos excluidos de la morada de los hombres virtuosos, de su sociedad y de sus reuniones? Y además, ¿no veis que debemos la vida á la precipitación de nuestra partida, si esto es partida y no fuga? ¿No consideraréis como ciudad de enemigos esa en que hubiésemos perecido de retrasarnos un solo día? Os han declarado la guerra. ¡Desgraciados de los que os la declaran si sois verdaderamente hombres!» Dominados ya por la propia cólera, les enardece más y más aquel discurso, retirándose en seguida á sus respectivas ciudades, donde cada cual excita á sus conciudadanos y todo el Volseo se subleva contra Roma.

Los generales encargados de la guerra, por consentimiento de todos los pueblos, fueron Atcio Tulo y C. Marcio, el desterrado romano, en el que tenían grandes esperanzas, esperanzas que no defraudó, pudiendo convencerse fácilmente de que Roma debía sus fuerzas, más á sus generales que á sus soldados. Dirigióse primeramente á Circeya, arroja á los colonos romanos y entrega á los volscos la ciudad libertada. Por caminos de travesía gana en seguida la vía latina; apodérase de Satricum, Longula, Polusca y Coriolas, conquistas recientes de los romanos. Después recobra á Lanuvio, y se hace dueño de Corbión, Vitelia, Trebia, Lavicia y Pedum: desde este punto marcha sobre Roma y acampa en las fosas Cluilias, á cinco millas de la ciudad, cuyo territorio saquea. Entre los merodeadores manda guardias que preserven de todo daño las tierras de los patricios, bien porque estuviese especialmente irritado contra los plebeyos, bien que quisiese por este medio

suscitar la discordia en el pueblo y el Senado; cosa que ciertamente habría conseguido, porque las acusaciones de los tribunos animaban contra los grandes á la multitud demasiado exaltada ya; pero el temor del extranjero, este lazo de concordia, el más poderoso de todos, reunía los ánimos, á pesar de la desconfianza y mutuos rencores. El único punto en que diferían era que el Senado y los cónsules no veían otra esperanza que las armas, y el pueblo lo prefería todo á la guerra. Eran cónsules entonces Sp. Naucio y Sp. Furio (1). Mientras pasaban revista á las legiones y distribuían tropas á lo largo de las murallas y en otros puntos en que habían considerado conveniente colocar guardias y centinelas, multitud de gente que pedía la paz, llegó aterrándoles con gritos sediciosos, obligándoles á que convocasen en seguida al Senado y se mandase una diputación á C. Marcio. Los senadores aceptaron la proposición cuando vieron vacilar el valor del pueblo. Los legados enviados á Marcio para tratar de la paz trajeron esta dura respuesta: «Si se devuelve su campo á los volscos, podrá tratarse de la paz; pero si quieren gozar en la tranquilidad los despojos de la guerra, él que no ha olvidado ni la injusticia de sus conciudadanos ni los beneficios de sus huéspedes, se esforzará en demostrar que el destino ha irritado y no abatido su ánimo.» Enviados por segunda vez los mismos legados, no fueron recibidos en el campamento; y según refiere la tradición, los sacerdotes, revestidos con ornamentos sagrados, se presentaron suplicantes en el campamento enemigo, sin conseguir, como no habían conseguido los legados, conmover aquel inflexible carácter.

Entonces las matronas romanas acudieron reunidas

(1) Tito Livio omite dos consulados que indica Dionisio de Halicarnaso: el de Q. Sulpicio Camerino con Sp. Larcio Flavio, en el año 264, y el de C. Julio con P. Pinarío Rufo en el 265.

á Veturia, madre de Coriolano y á Volumnia, su esposa. Ignoro si este paso se dió á consecuencia de pública deliberación ó si fué resultado del temor mujeril. Lo cierto es que consiguieron de Veturia, á pesar de su avanzada edad, y de Volumnia, llevando en los brazos dos hijos que había tenido con Marcio, que fueran con ellas al campamento enemigo, y que, obrando como mujeres, defendiesen con lágrimas y súplicas aquella ciudad que los hombres no podían defender con las armas. En cuanto llegaron delante del campamento y anunciaron á Coriolano que se presentaba numeroso grupo de mujeres, aquel á quien no había podido conmover la majestad de la república en la persona de sus embajadores, ni el sagrado aparato de la religión en la de los sacerdotes, se proponía ser más insensible aún á las lágrimas de las mujeres. Pero habiendo reconocido uno de su comitiva en medio de la muchedumbre á Veturia, que se distinguía por su dolor, de pie entre su nuera y sus nietos, le dijo: «Si no me engañan los ojos, tu madre, tu esposa y tus hijos están ahí.» Conternado Coriolano, lanzóse como loco de su silla y corrió al encuentro de su madre para abrazarla; pero ésta, pasando repentinamente de las súplicas á la indignación: «Detente, le dijo, y antes de recibir tus abrazos, que sepa yo si me acerco á un enemigo ó á un hijo y si en tu campamento soy tu prisionera ó tu madre. ¿No habré vivido, no habré llegado á esta deplorable vejez sino para verte desterrado y después armado contra tu patria? ¿Has podido devastar estos campos en que viste la luz y que te han alimentado? ¿A pesar de tu enojo y tus amenazas, al atravesar nuestras fronteras, no te has calmado á la vista de Roma; no te has dicho: detrás de esas murallas están mi casa, mis parientes, mi madre, mi esposa y mis hijos? Luego si yo no hubiese sido madre, Roma no se encontraría sitiada;

si yo no tuviese hijo, moriría libre en una patria libre. Por mi parte, nada puedo experimentar ya que no sea más vergonzoso para ti que triste para mí, y por desgraciada que sea, no lo seré por mucho tiempo. Pero tú piensa en estos niños, á los que espera, si persistes, prematura muerte ó larga esclavitud.» Oyendo esto, la esposa y los hijos de Coriolano le abrazaron; las lágrimas que derramaban aquellas mujeres, sus lamentos acerca de su suerte y la de la patria, conmovieron al fin aquel corazón inflexible; y después de estrechar á su familia en sus brazos, las despidió y marchó á acampar más lejos de Roma, haciendo salir en seguida las legiones del campo romano y pereciendo víctima del odio que promovió en contra suya. Otros refieren de distinta manera su muerte. Fabio, el historiador más antiguo de todos, dice que vivió hasta edad muy avanzada; al menos refiere que repetía con frecuencia al fin de su vida: «El destino es mucho más penoso para el anciano.» No envidiaron los romanos á las mujeres la gloria que acababan de conseguir; tampoco se conocía entonces la envidia que rebaja el mérito ajeno. Para perpetuar la memoria de aquel acontecimiento, elevaron un templo que dedicaron á la fortuna de las mujeres. Los volscos, ayudados por los equos, volvieron al territorio romano; pero los equos no quisieron obedecer por más tiempo á Atcio Tulo, y los dos pueblos disputaron para saber cuál de ellos daría general al ejército confederado, promovándose una sedición que terminó en sangriento combate. En esta lucha tan desastrosa como obstinada, la fortuna del pueblo romano destruyó los dos ejércitos enemigos. Al año siguiente fueron nombrados cónsules T. Sicinio y C. Aquilio. Sicinio recibió el encargo de combatir á los volscos y Aquilio á los hérnicos, que también se habían levantado en armas. Aquel año fueron vencidos

los hérnicos, y con los volscos quedó dudosa la victoria.

Después de éstos, fueron cónsules Sp. Cassio y Próculo Virginio. Ajustóse un tratado con los hérnicos, por el cual perdieron dos terceras partes de su territorio. Proponíase Cassio dar la mitad de estos terrenos á los latinos y la otra mitad al pueblo; queriendo aumentar el regalo con algunas porciones usurpadas al Estado por particulares. Muchos patricios poseedores de aquellos bienes estaban alarmados por el peligro que corrían sus intereses; y el Senado entero temía pór la república, viendo que un cónsul conseguía con sus generosidades influencia peligrosa para la libertad. Entonces se promulgó por primera vez la ley agraria, que, desde aquella época hasta la nuestra, jamás se ha recordado sin dar lugar á grandes trastornos. El otro cónsul, sostenido por los senadores, se oponía al repartimiento, y no tenía siquiera que luchar contra todo el pueblo, del que una parte comenzaba á mirar mal un regalo que se arrebatava á ciudadanos para compartirlo con aliados: además, frecuentemente oía al cónsul Virginio repetir en las asambleas, como vaticinando: «Que los favores de su colega estaban envenenados; que aquellas tierras serían para sus nuevos poseedores instrumentos de servidumbre; que se abrían camino para el trono. ¿Por qué tratar así á los aliados y á los latinos? ¿Por qué devolver á los hérnicos, en otro tiempo enemigos de Roma, la tercera parte del territorio que se les había conquistado, si no era para que aquellos pueblos pusieran á su cabeza en vez de Coriolano á Cassio?» El adversario de la ley agraria comenzaba, á pesar de su oposición, á ganar popularidad, y muy pronto uno y otro cónsul adularon al pueblo á porfía. Virginio declaraba que consentiría el repartimiento de tierras, con tal de que se diesen todas á ciudadanos romanos. Cas-

sio, á quien su desinteresada condescendencia con los aliados en la distribución de las tierras, había hecho despreciable á los ciudadanos, quería, para conciliarse los ánimos mediante otra dádiva, que se entregase al pueblo el dinero recibido por el trigo de Sicilia. Mas el pueblo rechazó con desprecio aquel donativo, como si lo considerase precio de la corona. Cuando esta sospecha arraigó en los ánimos, hacía despreciar, como en medio de la abundancia, las dádivas del cónsul, quien en cuanto salió del cargo, fué condenado á muerte y ejecutado, según consta como cierto. Pretenden algunos que su mismo padre ordenó el suplicio (1), que habiendo formado en su casa la causa, le hizo azotar y matar, consagrando su peculio á Ceres (2); por lo que se levantó una estatua con la siguiente inscripción: *Dado por la familia Cassia*. Encuentro en otros historiadores, y me parece más verosímil, que los cuestores (3) Fabio y L. Valerio le acusaron de alta traición, condenándosele en juicio del pueblo, que mandó también arrasar su casa, quedando la actual plaza delante del templo de la Tierra. En último caso, que la sentencia la

(1) Cuando era nombrado un hijo para un cargo público, quedaba suspendido el ejercicio de la autoridad paterna, pero no lo extinguía, porque continuaba no solamente durante la vida del hijo, sino que también sobre su posteridad.

(2) El hijo no podía adquirir ninguna propiedad sin el consentimiento del padre, y su adquisición se denominaba peculio.

(3) Tito Livio menciona aquí los cuestores sin indicar la época en que se estableció esta magistratura. Los cuestores estaban encargados de la guarda del Tesoro y de la percepción de las rentas, conforme indica su nombre (*quaestor a quaerendo*). En tiempo de los reyes se establecieron dos cuestores urbanos. Su nombramiento, después de la expulsión de los Tarquinos, quedó encargado á los cónsules, y más adelante al pueblo, que los elegía en los comicios por curias. En el año 334 de Roma se crearon dos tribunos militares para que acompañasen al cónsul á la guerra. En el 488 se añadieron otros cuatro encargados de ad-

pronunciase su padre ó el pueblo, fué condenado bajo el consulado de Ser. Cornelio y L. Fabio.

No duró mucho el enojo del pueblo contra Cassio, y la ley agraria (1), una vez desaparecido el autor, cautivaba los ánimos. Aumentóse la avidez del pueblo, por efecto de la avaricia de los patricios que, después de una victoria conseguida aquel año sobre los volsco y los equos, defraudaron del botín á los soldados. El cónsul Fabio vendió cuanto se cogió al enemigo, y el precio lo llevó al Tesoro. La conducta del último cónsul había hecho el nombre de Fabio odioso al pueblo; sin embargo, los patricios consiguieron hacer nombrar á K. Fabio cónsul con L. Emilio. Aumentando la indignación popular, las turbulencias civiles atrajeron una guerra extranjera, que á su vez suspendió las turbulencias civiles. Por unánime movimiento, los patricios

ministrar las provincias cuestoriales. Sila elevó el número á veinte y César á cuarenta. Por lo demás, antes de las leyes annales, para solicitar los honores, no se tenía en cuenta ni la edad, ni la importancia de las magistraturas; y he aquí por qué en el año 296 de Roma fué creado cuestor Quintilio, después de haber sido cónsul tres veces. Más adelante fué la cuestura el primer grado de los honores. Pero en la época en que nos encontramos estaban encargados de citar á comparecer delante del pueblo á los que se habían hecho culpables de algún crimen enorme.

(1) La proposición de la ley agraria fué el arma que, en manos de los tribunos, debía ofrecer grandes peligros á los patricios. El resultado de esta ley habría sido dar algo á los que no tenían nada. Proponer, como más adelante hizo Licinio Stolón, el repartimiento igual de las tierras, es decir, de las fortunas, puesto que en Roma no había otra riqueza que las tierras, era pedir indirectamente la igualdad de derechos políticos, porque las leyes de Servio habían repartido los derechos políticos según las fortunas. He aquí por qué reapareció la ley agraria en todas las épocas de la república; por qué la combatió con todas sus fuerzas el Senado incesantemente, y por qué desapareció al fin bajo los emperadores, porque el imperio trajo la igualdad de todos bajo un señor.



y el pueblo marcharon contra los volscos y los equos, que habían empuñado las armas, y bajo las órdenes de Emilio alcanzaron brillante victoria; costando la derrota á los enemigos más vidas que el combate, tal fué el encarnizamiento de la caballería en la persecución de los fugitivos. Este mismo año, en los idus de Quintilis, tuvo lugar la dedicación del templo de Castor; en cumplimiento del voto que hizo el dictador Postumio en la guerra con los latinos, la ceremonia la presidió su hijo, nombrado duunviro para este efecto (1). Este año se empleó también el cebo de la ley agraria para atraerse los ánimos del pueblo. Los tribunos aumentaban la importancia de su magistratura por medio de esta popular ley. Los patricios, juzgando que la multitud se encontraba demasiado inclinada á la violencia por sí misma, temían que aquellas generosidades aumentasen la audacia y en los dos cónsules encontrasen jefes que dirigiesen enérgicamente la resistencia. Este orden triunfó aquel año y aseguró su victoria para el siguiente, dando el consulado á M. Fabio, hermano de Kæson, y á L. Valerio, más odioso aún á los plebeyos, por haber acusado á Cassio. En este año continuó la lucha contra los tribunos. La ley se presentó en vano, y en vano esgrimieron sus defensores aquel arma in-

(1) La dedicación de los templos iba acompañada de ceremonias religiosas, á las que presidía, bien el general que había hecho el voto de levantar el edificio sagrado, bien uno de los dos cónsules designado por la suerte, bien duunviros creados al efecto ó bien los duunviros encargados de los sacrificios. Sin embargo, algunas veces el pueblo, para demostrar su odio á los cónsules, ó para lisonjear á alguno de sus favoritos, confiaba esta misión á ciudadanos que no estaban revestidos de ninguna de estas dignidades. Así se ha visto la dedicación del templo de Mercurio hecha por el centurión del primer manipulo de los Triarios. Pero en este caso se necesitaba una orden del Senado ó una decisión de la mayoría de los tribunos del pueblo.

útil. El nombre de Fabio se hizo respetable después de tres consulados consecutivos que fueron casi una guerra continua contra el tribunado; así fué que aquella dignidad permaneció por algún tiempo en su familia, como no pudiéndose colocar mejor. La guerra contra los veyos comenzó muy pronto y otra rebelión de los volscos. Pero Roma tenía fuerzas superabundantes para las guerras extranjeras, empleando el exceso en las luchas intestinas. A tan funesta disposición de ánimos, uniéronse prodigios celestiales que en la ciudad y en los campos anunciaban diariamente nuevas amenazas. Los adivinos á quienes consultan oficial y privadamente sobre las entrañas de las víctimas y el vuelo de las aves, declaran que la cólera de los dioses no tiene otra causa que el descuido en los ritos sagrados. Estos terrores tuvieron por resultado la condenación de la vestal Oppia, sentenciada á muerte por violación de su voto (1).

Nombróse en seguida cónsules á Q. Fabio y á C. Julio. Este año no cesaron las discordias interiores, y la guerra exterior fué más terrible aún; los equos empuñaron las armas y los veyos devastaron el campo romano. Inspirando estas guerras creciente inquietud, nombraron cónsules á K. Fabio y á Sp. Furio. Sitiaban los equos á Ortona (2), ciudad de los latinos, y hartos de pillaje los veyos, amenazaban con sitiar á la misma Roma. Estos temores, que debían calmar el furor del pueblo, le irritaban más; volviendo á la costumbre de

(1) Dionisio de Halicarnaso la llama Opimia y dice que fué enterrada viva en el *Campo del Crimen*, cerca de la puerta Colina, y que sus dos cómplices sufrieron el suplicio de la *furca*, descrito anteriormente. Estas eran las penas que se imponían á las vestales y á sus corruptores.

(2) Ciudad latina situada al otro lado del Algide, cerca de Corbión. Existía otra ciudad con el mismo nombre en el territorio de los Fretanos, con puerto de mar en el Adriático.

negarse al servicio militar. Impulsábale á esto el tribuno Sp. Licinio (1), que creyendo favorable el momento y asaz apremiante la extremidad en que se encontraban para imponer la ley agraria á los patricios, se propuso oponerse al alistamiento. Por esta razón todo el odio que inspiraba el tribunado se volvió contra él, y sus mismos colegas le fueron adversarios tan violentos como los cónsules, que con su auxilio consiguieron realizar la leva. Fórmanse dos ejércitos para las dos guerras: uno, á las órdenes de Fabio, marcha contra los equos; y el otro, mandado por Furio, marcha á combatir á los veyos. La guerra con éstos no ofreció nada notable, y en cuanto á Fabio, más tuvo que trabajar con sus soldados que con el enemigo. Aquel varón eminente, aquel cónsul sostuvo solo la república, á la que su ejército, por odio al cónsul, hacía traición en cuanto podía. Además de otras pruebas que dió de sus talentos militares, ora en los preparativos, ora en las operaciones de la guerra, tan perfectamente había preparado sus tropas, que un ataque de la caballería bastó para desbaratar al enemigo; pero la infantería rehusó perseguir á los fugitivos, insensible no solamente á las exhortaciones de un jefe odioso, sino hasta á su propia deshonra, á la vergüenza que iba á recaer por el momento sobre la república y á los peligros que les amenazaban á ellos mismos en el porvenir, si el enemigo se rehacía; obstináronse en no avanzar ni un paso, y ni siquiera consintieron en continuar formados en batalla. Sin recibir órdenes abandonan las filas, y tristes (se les hubiera creído vencidos), maldiciendo en tanto al cónsul, en tanto el ímpetu de la caballería, volvieron al campamento. El general no encontró medio contra el

(1) En esta época la familia Icilia dió al pueblo considerable número de tribunos, enemigos encarnizados de los patricios.

contagio de aquel ejemplo: tan cierto es que los hombres más eminentes con más facilidad encuentran el modo de vencer al enemigo que el de regir á los ciudadanos. El cónsul regresó á Roma, habiendo aumentado menos su gloria que irritado y exasperado el odio de sus soldados contra él. Sin embargo, los patricios tuvieron bastante influencia para conservar el consulado en la casa de los Fabios, nombrando cónsul á M. Fabio, al que dieron por colega á Cn. Manlio.

Este mismo año se presentó otro tribuno para sostener la ley agraria, siendo éste Ti. Pontificio. Siguiendo el mismo camino que Sp. Licinio, como si hubiese triunfado, detuvo por algún tiempo los alistamientos. Los senadores se perturbaron de nuevo, pero Ap. Claudio les dijo: «Que el año anterior había sido vencido el poder tribunicio; que en el presente lo estaba por el hecho mismo y para el porvenir por el ejemplo, puesto que se había descubierto que podía disolverse por sus propias fuerzas; que siempre se encontraría algún tribuno dispuesto á triunfar de su colega, y por el bien público á granjearse el favor del orden más eminente; que si eran necesarios muchos, muchos estarían dispuestos á sostener á los cónsules, pero que no necesitaban más que uno contra todos los demás; que trabajo de los cónsules era y de los patricios más influyentes ganar, si no todos los tribunos, al menos algunos, á la causa de la república y del Senado.» Siguieron los padres el consejo de Appio; todos hablaban á los tribunos con dulzura y benevolencia; los consulares, según tenían más ó menos derechos sobre cada uno en particular, consiguieron, unos por afecto y otros por autoridad, que no empleasen las fuerzas tribunicias sino en provecho de la república. Secundados por cuatro tribunos contra el único que estorbaba el servicio público, consiguieron los cónsules hacer el alistamien-

to. En seguida marcharon contra los veyos, que habían recibido socorros de todos los puntos de la Etruria, menos quizá por el interés que inspiraban que con la esperanza de ver destruída Roma por sus discordias intestinas. Los jefes de la Etruria repetían en todas las asambleas de los pueblos: «Que el poder de Roma sería eterno sin las sediciones en que se desgarraban los romanos; que este era el único veneno, el único principio mortal que puede destruir los estados opulentos; que esta calamidad, largo tiempo comprimida por la sabiduría de los padres y por la paciencia del pueblo, había llegado á su último periodo. De una ciudad se habían hecho dos, teniendo cada una sus magistrados y sus leyes; que al principio se había desencadenado el furor con ocasión de los alistamientos, pero que una vez en campaña, todavía obedecían al general. Por esta razón, cualquiera que fuese el estado interior de la ciudad, había podido conservar su poder, porque se había conservado la disciplina militar; pero que ahora los soldados romanos desobedecían en el mismo campamento á sus magistrados. En la última guerra, en el campo de batalla, en el momento del combate, el ejército, por unánime consentimiento, había dado la victoria á los equos, vencidos ya; había abandonado las enseñas y á su general durante la batalla, regresando al campamento sin esperar orden ninguna. Así, pues, á pocos esfuerzos que se hiciesen, Roma quedaría vencida por sus propios soldados, bastando declararle, indicarle la guerra: los hados y los dioses harían espontáneamente lo demás.» Esta esperanza había armado á los etruscos después de tantas alternativas de victorias y derrotas.

Los cónsules romanos nada temían tanto como sus fuerzas, su ejército. El recuerdo del pésimo ejemplo dado durante la última guerra les contenía para no aventurarse tanto, para tener que temer dos ejércitos á

la vez. Por esta razón, encerrados en el campamento, evitaban el combate, temiendo doble peligro: tal vez el tiempo ó alguna circunstancia fortuita calmaría los enojos y sanaría los ánimos enfermos. Pero esta conducta aumentó la presunción de los veyos y los etruscos, que desafiaban á los romanos al combate, y en primer lugar para provocarles paseaban á caballo alrededor del campamento; y después, viendo que no conseguían nada, increpaban al ejército y á los mismos cónsules, diciéndoles que para disimular su terror fingían estar dominados por discordias intestinas, desconfiando los cónsules mucho más del valor de sus tropas que de su obediencia. Nuevo género de sedición, el silencio y la quietud entre hombres armados. Después vinieron las chanzas, fundadas ó no, acerca del origen reciente de los romanos y de la obscuridad de su raza. Estos insultos, que resonaban al pie mismo de las empalizadas y hasta en las puertas del campamento, los soportaban los cónsules con secreta satisfacción. Pero la multitud, que no podía comprender la impasibilidad de los jefes, se sentía dominada por la indignación y la vergüenza, y poco á poco olvidó las discordias intestinas. No quieren dejar impune la insolencia de los etruscos; tampoco quieren asegurar el triunfo de los patricios y de los cónsules; en sus ánimos luchan el odio á los extranjeros y el odio á los enemigos domésticos; al fin triunfa el odio á los extranjeros: tanto orgullo é insolencia en sus sarcasmos mostraba el enemigo. En tropel rodean los romanos el pretorio; piden el combate y quieren que se dé la señal. So pretexto de deliberar, se retiran los cónsules y prolongan la conferencia. Deseaban combatir, pero les convenía reprimir y ocultar el deseo, para que su resistencia y dilaciones diese nuevo impulso al valor, tan excitado ya, de los soldados. Al fin contestaron que la petición era prematura;

que aún no es tiempo de combatir; que era preciso permanecer encerrados en el campamento. En seguida se prohíbe el combate por medio de un edicto: «El que combata sin esperar la orden, será tratado como enemigo.» Despedidos de esta manera, los soldados, que estaban convencidos de la repugnancia de los cónsules por el combate, sienten mayor entusiasmo guerrero. Por otra parte, los enemigos se acercan con mayor arrogancia en cuanto se enteran de la prohibición de los cónsules. En adelante quedarían impunes los insultos; ya no se atrevían á poner las armas en manos del soldado: muy pronto terminarían las sediciones con violenta explosión: el poderío romano tocaba á su término. Fortalecidos con esta esperanza, acuden á las puertas, abruman con injurias al ejército, y apenas pueden resistir el deseo de atacar el campamento. Los romanos no podían ya resistir aquellas injurias, y de todos los puntos del campamento acudieron ante los cónsules. No es ahora, como la primera vez, con respeto y por la mediación de los centuriones principales como presentan su petición, sino que todos piden á gritos. Había llegado el momento; sin embargo, los cónsules tergiversan aún. Viendo al fin Fabio que aumentaba el tumulto, y á su colega próximo á ceder, por temor de una sedición, manda á las trompetas tocar á silencio y dice á su colega: «Yo sé, Cn. Manlio, que estos soldados pueden vencer; pero ignoro si quieren, y ellos mismos han dado lugar á la duda. Por esta razón he resuelto firmemente no dar la señal del combate hasta que juren no volver sino vencedores. Los soldados han podido engañar una vez á su general en el campo de batalla, pero no engañarán á los dioses.» Entonces un centurión, M. Flavoleyo, uno de los más ardientes en pedir el combate, exclamó: «M. Fabio, volveré vencedor de la batalla.» Si falta á la palabra, invoca sobre su

cabeza la cólera de Júpiter y de Marte, padre de los combates y de todos los otros dioses. Todo el ejército repitió después de él el juramento y las imprecaciones, y entonces se dió la señal: empuñan todas las armas y corren al combate henchidos de valor y de esperanza. Injúrienles ahora los etruscos, que aquel enemigo, tan atrevido de lengua, venga á afrontarlos ahora que se encuentran armados. Aquel día rivalizaron en valor patricios y plebeyos; pero los Fabios se distinguieron entre todos; las luchas intestinas les habían enajenado el afecto del pueblo y quisieron reconquistarlo en el combate. Formóse el ejército en batalla; los veyos y los etruscos no rehusan el combate.

Esperaban casi con certeza que los romanos no combatirían con ellos más que con los equos, y hasta creían poder contar con alguna resolución más ruidosa todavía en el estado de exaltación en que se encontraban los ánimos en aquella ocasión mucho más ventajosa. El resultado fué muy distinto. En ninguna guerra empuñaron los romanos con más encarnizamiento la batalla; tan exasperados les tenían los insultos del enemigo y las dilaciones de los cónsules. Apenas tuvieron los etruscos tiempo para desplegarse; en cuanto en el primer choque lanzaron los dardos, más al azar que con acierto, vinieron á las manos, acometiendo con las espadas, género de combate en el que Marte es más terrible. En la primera fila daban los Fabios hermoso espectáculo, elocuente ejemplo á sus conciudadanos. Uno de ellos, Q. Fabio (cónsul tres años antes) avanzaba el primero contra las apretadas filas de los veyos, cuando un soldado etrusco, orgulloso con su fuerza y su destreza, le sorprende en medio de un grupo de enemigos y le atraviesa el pecho con su espada; Fabio se arranca el acero de la herida y cae. La caída de un solo hombre se hace sentir en los dos ejércitos; los romanos comenza-



ban ya á ceder, cuando el cónsul M. Fabio se lanza más adelante del caído, y presentando su escudo al enemigo exclama: «Soldados, ¿habéis jurado volver fugitivos al campamento? ¿Teméis más á cobardes enemigos que á Júpiter y Marte, por quienes habéis jurado? En cuanto á mí, que nada he jurado, volveré vencedor ó caeré á tu lado, Q. Fabio.» Entonces K. Fabio, cónsul el año anterior, dirigiéndose á Marco: «¿Crees, hermano mío, que conseguirás con palabras que combatan? Solamente lo conseguirán los dioses, testigos de su juramento. En cuanto á nosotros, como compete á los próceres, como es digno del nombre de los Fabios, procuremos con nuestro ejemplo, más bien que con exhortaciones, inflamar los ánimos de los soldados.» En seguida corren á la primera fila los dos Fabios, empuñando las lanzas, arrastrando en pos á todo el ejército.

Restablecido por este lado el combate, en el otro extremo luchaba con igual vigor el cónsul Cn. Manlio, mostrándose la fortuna casi lo mismo. Mientras Manlio, lo mismo que Q. Fabio en la otra ala, estrechaba al enemigo, casi derrotado ya, los soldados le habían seguido con ardor; pero cuando una herida grave le obligó á retirarse del campo, persuadidos de que había muerto, comenzaron á ceder, y hasta habrían emprendido la fuga si el otro cónsul no hubiese acudido á toda brida con algunas turmas de caballería, y gritando que su colega vivía aún, y que él mismo, victorioso en la otra ala, acudía á sostenerles, no hubiese detenido con su presencia la derrota. Manlio se presentó también para restablecer el combate. La presencia de los dos cónsules, á quienes conocían bien, inflamó el valor de los soldados; por otra parte, la línea del enemigo había perdido ya parte de su fuerza; porque confiando en la superioridad del número, había separado su reserva, enviándola á sitiar el campamento. Esta lo tomó al

asalto sin mucha resistencia; pero mientras olvida el combate para no ocuparse más que del botín, los triarios romanos (1), que no habían podido resistir el primer choque, hacen avisar á los cónsules lo que ocurre; y en seguida, replegándose en derredor del Pretorio (2), vuelven ellos mismos al ataque. Entre tanto regresa al campamento el cónsul Manlio, coloca soldados en todas las puertas y cierra toda salida al enemigo. La desesperación inflama á los toscanos, inspirándoles más rabia que audacia; y después de intentar inútilmente muchas veces escapar por los puntos por donde esperaban encontrar salida, un grupo de guerreros jóvenes se arroja sobre el mismo cónsul, á quien reconocen por la armadura. Los primeros dardos los pararon los que le rodeaban; pero muy pronto no pudieron resistir tan vigoroso empuje; el cónsul, herido mortalmente, cayó y todo se desvaneció. Entonces redobló la audacia de los toscanos; los romanos corren aterrados de un extremo á otro del campamento, y el mal iba á quedar sin remedio, si los legados, después de retirar el cadáver del cónsul, no hubiesen abierto una puerta para dar paso al enemigo, que se precipitó por aquella salida; pero esta gente en desorden encontró en su fuga al otro cónsul victorioso, que la destroza y pone en dispersión. Gloriosa era la victoria, pero entristecida por dos grandes pérdidas. Por esta razón contestó el cónsul, cuando el Senado le concedió el triunfo: «Que si el ejército podía triunfar sin el general, accedía de buen grado, en atención á su brillante comportamiento en aquella guerra; pero que en cuanto á él, cuando su familia estaba contristada por la muerte de Q. Fabio, cuando la república estaba

(1) Dábase este nombre á la tercera línea ó cuerpo de reserva.

(2) Llamábase así el paraje del campamento donde tenia su tienda el general.

huérfana de uno de sus cónsules, no aceptaría un laurel marchitado por el duelo público y por el de su familia.» Este triunfo rehusado fué más glorioso para él que todo el aparato de la pompa triunfal; tan cierto es que la gloria oportunamente rehusada, viene á ser más brillante y más hermosa. Fabio celebró en seguida los funerales de su colega y de su hermano. Encargado de pronunciar el elogio fúnebre de uno y otro, les concedió las alabanzas que habían merecido, cuya mayor parte recaía sobre él. Prosiguiendo constantemente el proyecto que había formado á su entrada en el consulado de reconquistar el cariño del pueblo, repartió la asistencia de los soldados heridos entre las familias patricias, dando el mayor número á los Fabios, y en ninguna parte se les cuidó mejor. Desde entonces fueron populares los Fabios, debiendo la popularidad á medios saludables para la república.

Así, pues, K. Fabio, á quien los votos del pueblo y los senadores habían llevado al consulado con T. Virginio, resolvió no ocuparse de guerras ni de alistamientos ni de ningún otro cuidado hasta que hubiese restablecido la concordia ante todo, como podía esperarse, y reconciliado al pueblo con los patricios. Con esta intención, desde el principio del año propuso al Senado que no esperase á que un tribuno exhibiese una ley agraria, sino que se adelantase y repartiese al pueblo, con la mayor igualdad posible, las tierras conquistadas al enemigo. «Justo es, decía, que las posean aquellos que las han adquirido con su sudor y su sangre.» Los senadores rechazaron desdeñosamente la advertencia, llegando algunos á lamentar que el carácter tan enérgico antes de Kæson se hubiese ablandado y rebajado bajo el peso de su gloria. Sin embargo, durante aquel año no hubo ninguna turbulencia civil. Los latinos estaban cansados de las incursiones de los equos; Kæson,

á quien enviaron en su socorro con un ejército, penetró á su vez en el territorio de los equos y lo devastó. Entonces se encerraron en su ciudad y se mantuvieron ocultos detrás de sus murallas, de suerte que no hubo ningún combate notable. Mas por la parte de los veyos, experimentóse grave descalabro por la temeridad del otro cónsul, y hubiese quedado destruido el ejército de no acudir Kæson Fabio á socorrerlo. Desde aquel momento no estuvieron con los veyos ni en paz ni en guerra, y las hostilidades se convirtieron en latrocinios. Si se enteraban de que las legiones romanas se habían puesto en campaña, se retiraban á sus ciudades; y en cuanto sabían que se habían alejado, volvían á sus saqueos, oponiendo alternativamente la inacción á la guerra y la guerra á la inacción, siendo por tanto igualmente imposible abandonar aquella lucha y ponerla fin. Tenían además que ocuparse de otras guerras, porque los equos y los volscos, que no descansaban más que el tiempo necesario para olvidar la última derrota, estaban de nuevo en armas; y por otra parte podía preverse que los sabinos, enemigos constantes, se moverían muy pronto lo mismo que toda la Etruria. Los veyos, enemigos más importunos que temibles, más insolentes que peligrosos, inquietaban sin embargo los ánimos, porque no podían olvidarles en ningún tiempo, y no dejaban que se fijase la atención en otra parte. En estas circunstancias se presentó en el Senado la familia de los Fabios; hablando el cónsul en nombre de ella: «Sabéis, padres conscriptos, que la guerra con los veyos exige fuerzas activas, más que fuerzas considerables. Ocupaos de otras guerras y opond los Fabios á los veyos. Esperamos que no padecerá en nosotros la majestad del nombre romano. Esta guerra, que será para nosotros como un asunto de familia, la sostendremos á nuestra costa. Que la república lleve á otra parte sus

soldados y su dinero (1).» Diéronles gracias expresivas, y el cónsul, al salir del Senado, regresó á su casa, acompañado por el grupo de los Fabios que habían estacionado en el vestíbulo de la Curia, esperando el senatus-consulto. Habiendo recibido la orden de presentarse armados á la mañana siguiente en la puerta del cónsul, se retiraron á sus casas.

La noticia conmovió la ciudad, ensalzándose á las nubes á los Fabios. «Una familia tomaba sobre sí la carga que pesaba sobre toda la república. ¡Convertida la guerra con los veyos en asunto particular! Si en Roma existieran dos familias iguales, y una pidiese para sí los volscos y otra los equos, sin perder la república su tranquilidad, pronto vería sometidos á todos los pueblos vecinos.» A la mañana siguiente empuñan las armas los Fabios y se reúnen en el punto designado. El cónsul, revestido con la clámide de general, sale y encuentra á toda su familia formada en batalla: colócase en el centro y manda alzar las enseñas. Jamás se había visto desfilar en Roma un ejército más pequeño ni más grande por su fama y por la admiración pública. Trecientos seis guerreros, todos patricios, todos de la misma familia (2), de los que ni uno solo se hubiese considerado indigno de presidir el Senado en sus mejo-

(1) Dionisio de Halicarnaso explica mejor que Tito Livio el ofrecimiento de la familia Fabia. El Senado había decretado mantener un ejército estacionario en las fronteras del territorio romano. Pero á la ejecución de esta medida se oponían dos obstáculos: por una parte la falta de dinero, porque las guerras anteriores habían agotado el tesoro, y por otra el peligro y fatiga de aquel servicio, que de tal manera asustaba á los ciudadanos, que se presentaban muy pocos para alistarse. Esto fué lo que movió á los Fabios á hacer su ofrecimiento.

(2) Dionisio de Halicarnaso refiere el hecho de modo mucho más verosímil. Según él, un cuerpo de cerca de cuatro mil hombres, amigos ó clientes de los Fabios, marcharon contra el enemigo á las órdenes de esta familia.

res días, marchaban contra un pueblo entero, amenazando anonadarle con las fuerzas de una sola familia. Detrás de ellos marchaba el grupo de sus parientes y amigos, en cuyos ánimos no se agitaba nada mezquino, sino que sus esperanzas, lo mismo que sus temores, no tenían límites. Después seguía la multitud popular, que, en su profundo interés y admiración por ellos, se encontraba como estupefacta: «Que marchen valerosamente, que marchen bajo buenos auspicios y que el éxito corresponda á su propósito; que cuenten al regresar con los consulados, los triunfos, todas las recompensas y todos los honores.» Al pasar delante del Capitolio, de la fortaleza y los demás templos, imploran á todas las divinidades que se ofrecen á su vista ó á su memoria; pídenles que velen por aquella noble gente, y que pronto la devuelvan sana y salva á su patria y á su familia. ¡Inútiles plegarias! Partiendo por el Jano (1), á la derecha de la puerta Carmental, por la vía llamada después Desgraciada, llegaron á Cremera, posición que les pareció ventajosa y la fortificaron. Entre tanto fueron nombrados cónsules L. Emilio y C. Servilio. Mientras se limitó la guerra á la devastacion de los campos, los Fabios bastaron para la defensa de su fortificación; pudiendo hasta traspasar la frontera que separa á los toscanos de los romanos, poner á cubierto el territorio de Roma y llevar el terror al campo enemigo. Quedaron, sin embargo, suspendidas por algún tiempo estas devastaciones, porque habiendo pedido los veyos tro-

(1) Todas las puertas de Roma tenían dos arcos designados con el nombre de Jano. De estos dos arcos, uno era para los que salían y otro para los que entraban, tomando unos y otros la derecha. Todavía en tiempos de Augusto ningún romano, por poco que participase de las creencias religiosas de sus padres, salía de la ciudad por aquella puerta, y por vecino de ella que fuese, hacía un rodeo para salir ó entrar por otra.

pas á la Etruria, vinieron á atacar la fortificacion de Cremera. En seguida llevó el cónsul L. Emilio las legiones romanas y trabó combate con los etruscos, si puede darse nombre de combate á un choque en el que los veyos apenas pudieron formarse en batalla; porque en medio del desorden de los primeros movimientos, mientras se ordenan detrás de las enseñas y se colocan las reservas, ataca tan repentinamente su flanco la caballería romana, que no les da tiempo, no solamente para combatir, pero ni siquiera para ordenarse. Perseguidos de esta manera hasta las Piedras Rojas (1), donde tenían el campamento, piden humildemente la paz; y apenas la habían obtenido, cuando, cediendo á su natural ligereza, se arrepintieron antes de que los romanos hubiesen abandonado la fortificación de Cremera.

Otra vez se encontraba entablada la lucha entre los Fabios y el pueblo veyo, sin que la república desplegasen grandes fuerzas, ni se limitase la guerra á incursiones por los campos ni á choques entre los grupos que se encontraban, sino que á veces se trababan serios combates, y más de una vez una sola familia romana quedó victoriosa sobre una de las ciudades más poderosas entonces de la Etruria. Los veyos sentían la dureza y humillación de aquellas derrotas; é inspirándose en las circunstancias, formaron el designio de atraer á una emboscada á su fogoso enemigo. Regocijábanse al ver que con los triunfos había crecido la audacia de los Fabios; y por esta razón hallaban éstos en sus incursiones rebaños que parecían encontrarse allí por casualidad, pero que de intento les entregaban. Por otra parte, la fuga de los labradores dejaba desiertos los

(1) Ciudad pequeña, cerca del río Cremera, á nueve millas de Roma, por la vía Flaminia.

campos; y los cuerpos armados que enviaban para rechazar á los merodeadores, huían con un terror muchas veces más fingido que verdadero. Pronto llegaron los Fabios á despreciar de tal manera á sus enemigos, que se creyeron invencibles y se persuadieron de que nunca ni en ninguna parte se atreverían á resistirles. A tal punto llegó esta confianza, que viendo un día rebaños á larga distancia de Cremera, y sin cuidarse de algunos soldados enemigos que aparecían diseminados por la llanura, salieron, y, en su imprevisión, se lanzaron en desorden más allá de la emboscada dispuesta en el camino. En seguida se dispersan por el campo para reunir los rebaños, que, como de costumbre, huyen á la desbandada, impulsados por el miedo. De pronto se lanzan las tropas emboscadas. Delante, detrás, por todos lados se presentan enemigos: los gritos son aterradores y llueven los dardos por todas partes. Los etruscos estrechan sus filas y los Fabios quedan rodeados por densa muralla de soldados: cuanto más se acerca el enemigo, más se aminora el espacio y más tienen ellos que agruparse. Esta maniobra pone más en relieve su corto número y la muchedumbre de los etruscos, cuyas filas aumentan en terreno demasiado estrecho. Renunciando entonces á hacer frente por todos lados, como intentaron al principio, cargan todos á la vez sobre un punto sólo, y reconcentrando allí todo su esfuerzo, fórmanse en cuña y se abren paso. Así llegan á una colina de suave pendiente y se detienen en ella; y muy pronto, en cuanto la ventaja de la posición les permite respirar y reponerse del primer espanto, rechazan á los que atacan. Fuertes en aquella posición, iban á vencer, á pesar de su corto número, si un grupo de veyos, que consiguió rodearles, no se hubiese presentado en la cumbre de la colina, recobrando entonces el enemigo su superioridad. Allí cayeron todos los Fabios sin ex-



cepción, y los enemigos se apoderaron de su fortaleza. Es cosa averiguada que perecieron trescientos seis. Uno solo (1), próximo á entrar en la edad de la pubertad, y que por este motivo había quedado en Roma, vino á ser el tronco de los Fabios, y á él debió el pueblo romano en paz y en guerra, en épocas calamitosas, los auxilios más eficaces.

Cuando ocurrió este desastre eran ya cónsules C. Horacio y T. Menenio. En el acto se mandó á Menenio contra los etruscos, envanecidos con su victoria; pero también fué derrotado, y el enemigo ocupó el Janículo, teniendo Roma que soportar un sitio; y el hambre se hubiese unido á la guerra para abrumarla (porque los etruscos habían atravesado el Tíber), si no hubiesen llamado del país de los volscos al cónsul Horacio. Demuestra que esta guerra tuvo lugar bajo las murallas de Roma el hecho de que el primer combate, en que quedó indecisa la victoria, se trabó cerca del templo de la Esperanza, y el segundo en la puerta Colina. En este último, por pequeña que fué la ventaja de los romanos, recobrando el valor el ejército, pudo esperar triunfos más brillantes en los combates sucesivos. Nombróse cónsules á A. Virginio y Sp. Servilio. Desde el descalabro que sufrieron en el último encuentro, los veyos rehusaban batallas campales: limitábanse á talar los campos, y desde lo alto del Janículo, como des-

(1) Es poco verosímil, como observa Perizonius, que en una familia bastante numerosa para suministrar trescientos seis combatientes, solamente hubiese un niño incapaz de llevar las armas. Conjetura este escritor que en la guarnición de Cremera, compuesta de trescientos seis hombres, había muy pocos Fabios, formando el resto sus clientes; que tal vez quedaron muchos niños en Roma, pero que uno solo llegó á la edad viril, L. Fabio Vibulano, que fué cónsul tres veces y dictador. Es cosa averiguada que de este Fabio descienden todos los demás que aparecen sucesivamente en la historia.

de un castillo, se precipitaban por todos lados sobre el territorio de Roma, careciendo por completo de seguridad los ganados y los campesinos. Al fin quedaron cogidos en el mismo lazo en que hicieron caer á los Fabios. Persiguiendo rebaños que habían dejado diseminados aquí y allá para atraerles, cayeron ciegamente en una emboscada, y como eran más numerosos, la matanza fué más considerable. La ira que les produjo esta derrota fué para ellos causa y principio de otra derrota mayor. Una noche, habiendo atravesado el Tíber, intentaron forzar el campamento de Servilio, pero rechazados con grandes pérdidas, costóles mucho trabajo retirarse al Janículo. Enorgullecido por el éxito de la víspera, impulsado principalmente por la escasez á las resoluciones más decisivas, por peligrosas que fuesen, al amanecer el día siguiente, el cónsul trepó con temeridad al Janículo para apoderarse del campamento enemigo. Pero rechazado más vergonzosamente que rechazó él la víspera al enemigo, solamente debió su salvación y la de sus tropas á la llegada de su colega. Cogidos entre dos ejércitos y huyendo alternativamente del uno y del otro, los etruscos fueron deshechos. Una temeridad puso fin de esta manera á la guerra con los veyos.

Con la paz disminuyó en seguida el precio de los víveres, porque trajeron trigos de la Campania, y, cuando desapareció el temor del hambre, aparecieron los que habían tenido ocultos. Pero la abundancia y la ociosidad llevaron de nuevo los ánimos á la licencia, y, faltando los males, que antes venían de fuera, los buscaron en el interior. Los tribunos agitaron al pueblo con su veneno habitual, la ley agraria: excítanle contra los patricios, que la resisten, y no solamente contra todos, sino contra cada uno en particular. Q. Considio y T. Genucio, que habían propuesto la ley agraria, demandan

ante del pueblo á T. Menenio, acusándole de haber dejado arrebatarse la fortificación de Cremera, de la que no estaba lejos su campamento. Este sucumbió, pero los esfuerzos del Senado, que le defendió con tanto empeño como á Coriolano, y la popularidad de su padre Agripa, cuyo recuerdo no se había borrado aún, dulcificaron la sentencia de los tribunos, que después de pedir la pena capital, se limitaron á una multa de dos mil ases. Pena capital fué también, porque se dice que, no pudiendo soportar aquella vergüenza, sucumbió á una enfermedad. Bajo el consulado de C. Naucio y de P. Valerio fué acusado Sp. Servilio, á quien en cuanto salió del cargo, demandaron á principios del año los tribunos L. Cedicio y T. Stacio. Pero este no sostuvo los ataques de los tribunos como Menenio, con sus súplicas ó las de los patricios, sino con la confianza que le inspiraban su inocencia y su crédito. Su crimen era el combate empeñado con los etruscos cerca del Janículo; pero tan valeroso en sus propios peligros como en los de la república, rechazó con enérgico discurso á los tribunos y al pueblo. Hizo más: censuró al pueblo la sentencia y la muerte de T. Menenio, cuyo padre le había devuelto sus derechos, dado sus magistraturas y sus leyes, que ahora convertía en instrumentos de sus odios. Tanta audacia evitó el peligro, ayudándole mucho su colega Virginio, quien, citado como testigo, le hizo participe de su gloria. Pero lo que más le sirvió (tan cambiados estaban los ánimos) fué la condenación de Menenio.

Habían terminado las luchas intestinas: pero comenzó de nuevo la guerra contra los veyos, con quienes habían unido sus armas los sabinos. Cuando se recibieron las fuerzas auxiliares de los latinos y de los hérnicos, mandaron al cónsul P. Valerio con su ejército contra los veyos, atacando en seguida el campamento de los

sabinos, situado delante de las murallas de sus aliados. Extraordinaria fué la alarma que produjo, y mientras el enemigo en desorden se lanza en manípulos desparrramados para rechazar el ataque, se apodera de la primera puerta, contra la que dirigió desde el principio el empuje. Una vez forzadas las empalizadas, no fué aquello ya combate, sino carnicería. El tumulto se comunica del campamento á la ciudad, y al ver á los habitantes correr apresuradamente á las armas, se hubiese creído que Veyas había sido tomada. Vuelan unos á socorrer á los sabinos; otros se arrojan sobre los romanos, ocupados completamente en el asalto del campamento. El ataque les detiene y turba un momento; pero en seguida hacen frente á unos y otros, y la caballería, lanzada por el cónsul, desordena y derrota á los toscanos. De este modo quedaron vencidos á la misma hora dos ejércitos y dos pueblos poderosos, los más grandes de los inmediatos á Roma. Mientras ocurren estos acontecimientos delante de Veyas, los volscos y los equos habían acampado en territorio latino y devastaban las fronteras. No habiendo recibido de los romanos los latinos ni general ni socorros, marcharon solos, sostenidos por los hérnicos, á tomar el campamento enemigo, encontrando en él cuanto les habían quitado, y consiguiendo además rico botín. De Roma mandaron contra los volscos al cónsul C. Naucio; según creo, porque no agradaba que los aliados se acostumbraran á hacer la guerra por su propio impulso y con sus propias fuerzas sin recibir general y ejército romanos. No hubo hostilidad y ultraje que no se emplease contra los volscos, pero no consiguieron que librasen batalla.

Fueron en seguida cónsules L. Furio y C. Manlio, tocando á éste la guerra contra los veyos, pero no peleó. Los veyos pidieron una tregua de cuarenta años y se les concedió mediante una contribución en dinero y

en trigo. A la paz exterior siguieron inmediatamente las discordias civiles, siendo ahora también la ley agraria el aguijón con que los tribunos estimulaban al pueblo. Los cónsules, á quienes no asustaban ni la condenación de Menenio ni el peligro de Servilio, oponen enérgica resistencia; pero al salir del cargo, les acusa el tribuno Gn. Genucio. Obtienen el consulado L. Emilio y Opiter Virginio: en algunos anales encuentro Vospicio Julio en vez de Virginio. Pero cualesquiera que fuesen los cónsules aquel año, acusados Furio y Manlio, visten traje de luto y se dirigen, no tanto al pueblo como á los patricios jóvenes, exhortándoles é invitándoles «á renunciar á los honores y al gobierno de la república; á no mirar los haces consulares, la pretexta y la silla curul sino como adornos de pompa fúnebre: todas estas brillantes insignias son como las cintas con que adornan á las víctimas para llevarlas á la muerte. Si el consulado tiene para ellos encanto, persuádanse de que esta magistratura se encuentra dominada y oprimida por el poder tribunicio. Que el cónsul, convertido en aparitor de los tribunos, debe esperar, para obrar, una señal, una orden de sus jefes. A poco que se mueva y dirija sus miradas al Senado, por poco que piense que en la república, hay otra cosa que la plebe, deben ofrecerse en seguida á su vista el destierro de Coriolano y la condenación y muerte de Menenio.» Alentados por este discurso, los patricios celebran, no ya en público, sino en secreto, reuniones á las que admiten corto número de amigos. No tratándose en ellas más que de salvar á los acusados por caminos justos ó injustos, las opiniones más violentas eran las más agradables, y no faltaban brazos dispuestos á ejecutar los proyectos más atrevidos. Así, pues, cuando llegó el día del juicio, el pueblo que, dominado por la impaciencia, ocupaba el Foro, extrañó al pronto

no ver presentarse al tribuno. En seguida comenzó á parecer sospechosa aquella prolongada tardanza: créese que, ganado por los grandes, ha desistido de la acusación, y quéjense de que haya abandonado y hecho traición á la causa pública. Al fin, los que se encontraban delante del vestíbulo del tribuno vienen á anunciar que se le ha encontrado muerto en su casa. En cuanto se difunde el rumor en la asamblea, cual ejército que ha perdido su general, todos se dispersan por diferentes lados. Los más aterrados son los tribunos, que comprenden, por la muerte de su colega, cuán débil socorro son para ellos las leyes sagradas. Los patricios por su parte no contienen su regocijo, y tan poco se arrepentían del crimen, que hasta los inocentes querían aparecer cómplices, y en alta voz se decía que solamente con la violencia podía domarse el poder tribunicio.

Inmediatamente después de esta victoria, cuyo ejemplo tan pésimo era, apareció el edicto mandando el alistamiento. Asustados los tribunos, no oponen resistencia, y los cónsules proceden libremente á la leva. Entonces el pueblo se irrita más por el silencio de los tribunos que por el rigor de los cónsules, diciendo: «que habían concluído sus libertades; que se volvía al antiguo régimen; que con Genucio había muerto y estaba enterrado el poder tribunicio: que era necesario reunir, idear otros medios para resistir á los patricios; que el único recurso que quedaba al pueblo, puesto que carecía de todo apoyo, era el de defenderse por sí mismo. Los cónsules estaban rodeados por veinticuatro lictores; pero aquellos lictores eran hombres plebeyos: nada era más despreciable y más débil que aquella barrera, si se atrevían á arrollarla: aquello no era temible sino por la idea que se formaban.» Mientras se excitaban así mutuamente, llegó un lictor, por orden de los cónsules, á prender á Publio Volerón, hombre

del pueblo, que, habiendo sido centurión, se negaba á servir como soldado. Volerón apela á los tribunos, y no acudiendo ninguno á socorrerlo, mandan los cónsules que le desnuden y preparen las varas. «Apelo al pueblo, exclama Volerón, puesto que los tribunos prefieren ver á un ciudadano romano azotado con las varas delante de ellos, á que vosotros les degolléis en su lecho.» Cuanto más violentos eran sus gritos, mayor premura desplegaba el lictor en rasgar sus ropas y despojarle de ellas. Entonces Volerón, dotado de grandes fuerzas, y sostenido además por sus partidarios, rechaza al lictor, y, refugiándose en lo más espeso de la multitud, allí donde los ciudadanos indignados lanzaban los gritos más violentos en su favor: «Apelo al pueblo, exclama; imploro su amparo. ¡Acudid, ciudadanos! ¡Acudid compañeros! Nada podéis esperar de los tribunos, que también necesitan de vuestro socorro.» Excitada de esta manera toda aquella multitud, se prepara para el combate; no podía dudarse, acercábase el momento y ninguna consideración, ni pública ni privada, podría contenerla. Los cónsules, que quisieron resistir aquella violenta tempestad, vieron muy pronto que la majestad del poder es apoyo poco seguro sin la fuerza. Los lictores son maltratados, rotos los haces y los cónsules se ven rechazados del Foro á la Curia, sin saber hasta dónde llevaría su victoria Volerón. En fin, cuando comienza á calmarse el tumulto, convocan el Senado y se quejan de las injurias, de la violencia del pueblo y de la audacia de Volerón. Después de muchas opiniones, dictadas por la violencia, domina la de los ancianos, decidiéndose que no luchase contra los arrebatos del pueblo el enojo de los patricios.

Volerón vino á ser objeto del favor popular, y, en los comicios siguientes fué nombrado tribuno para el año en que entraron en funciones los cónsules L. Pina-

rio y P. Furio. Contra la opinión general, que esperaba verle emplear el poder tribunicio para inquietar á los cónsules del año anterior, sacrificando al bien general sus resentimientos personales, y sin dirigirles siquiera una palabra vejatoria, propuso al pueblo un proyecto de ley (*rogationem tulit*) para que en lo sucesivo se eligiesen los magistrados plebeyos en los comicios por tribus. Esta ley, que á primera vista se presentaba con carácter poco alarmante, no carecía de importancia, en cuanto quitaba á los patricios la posibilidad de llevar al tribunado, por los votos de sus clientes, á aquellos á quienes hubiesen elegido. Los patricios combatieron con todas sus fuerzas este proyecto tan agradable al pueblo; y aunque les faltaba su único medio de resistencia, porque ni la influencia de los cónsules ni la de los senadores más importantes consiguió llevar á la oposición á ningún miembro del colegio de los tribunos, sin embargo, cuestión tan importante por sí misma, dió lugar á debates que se prolongaron hasta el año siguiente. Volerón fué reelegido tribuno, y viendo el Senado que aquel asunto llevaría á un combate empeñado, creó cónsul á Ap. Claudio, hijo de Appio, quien, desde los altercados con el padre, era odioso y hostil á la plebe. Dióle por colega á T. Quincio, y desde principios de aquel año, únicamente se ocuparon de la ley, apoyada no solamente por Volerón, que era su autor, sino que Lætorio, colega del tribuno, mostraba en su mantenimiento tanta decisión, que recientemente se había constituido su defensor; aumentando su audacia el brillo de su gloria militar, porque éste era el hombre más intrépido de su siglo. Viendo que Volerón se limitaba á la defensa de la ley y se abstenía de toda invectiva contra los cónsules, él comenzó por acusar á Appio y á toda aquella familia tan orgullosa y cruel con el pueblo, pretendiendo que los patricios



han creado, no un cónsul, sino un verdugo para atormentar y torturar al pueblo. Pero la palabra de este soldado no secundaba á su libertad y valor, y llegando á faltarle la expresión: «Romanos, dijo, puesto que hablo con más dificultad que obro, venid aquí mañana, y ó moriré á vuestra vista ó triunfará la ley.» Al día siguiente se apoderaron los tribunos de la tribuna de las arengas; los cónsules y los nobles se reúnen en asamblea para oponerse á la ley. Lætorio manda alejarse á todos aquellos que no tienen derecho á votar; el cónsul Appio se opone y pretende que el tribuno solamente tiene derecho sobre los plebeyos; que es magistrado, no del pueblo, sino de la plebe; que él mismo, siendo cónsul, no puede, en virtud de su autoridad, hacer retirar ni á un solo ciudadano; que esto era contrario á las costumbres antiguas, puesto que la fórmula dice: «Retiraos, ciudadanos, si os place.» Fácil era perturbar á Lætorio en achaques de derecho, aunque se tocasen ligeramente. Encendido en cólera, manda á su *viator* (1) que se apodere del cónsul, y el cónsul á su *lictor* que se apodere del tribuno, exclamando que no es más que un particular, sin poder, sin magistratura (2). No hubiera sido respetada la persona del tribuno, si toda la asamblea no se hubiese levantado en contra del cónsul, en favor del tribuno, y si al mismo tiempo, multitud de ciudadanos, acudiendo de todos los barrios de la ciudad, no se hubiesen precipitado en el Foro. Appio, sin embargo, resistió aquella tempestad con el tesón de su

(1) En el principio estaban encargados los *viatores* de convocar á los senadores que vivían en el campo. Más adelante fueron destinados como aparitores á los tribunos del pueblo y á los ediles. También se les encuentra con otros magistrados.

(2) «¿Por qué, dice Plutarco, los tribunos son los únicos magistrados que no llevan la pretexto? Porque no es en realidad magistrado el tribuno del pueblo. En efecto, no se sientan en el tribunal para administrar justicia; no toman posesión

carácter, y habría corrido sangre si su colega Quincio no hubiese excitado á los consulares á emplear la fuerza, si era necesario, para retirar á Appio del Foro, mientras que él mismo, por medio de súplicas, se esforzaba en calmar el furor del pueblo y rogaba á los tribunos que disolviesen la asamblea. «Dad tiempo para que se calme el enojo. Un aplazamiento, lejos de quitar nada á su poder, añadiría la prudencia á la fuerza; el Senado podría mostrar deferencia al pueblo, y el cónsul al Senado.»

Mucho trabajo costó á Quincio calmar al pueblo, y mucho costó también á los patricios calmar al otro cónsul. Al fin se disuelve la asamblea, y los cónsules convocan el Senado. El temor y la cólera hacen emitir al principio las opiniones más diferentes; pero á medida que pasa el tiempo y el arrebató deja lugar á la reflexión, todos los ánimos renuncian á la lucha violenta, y se llega á dar las gracias á Quincio por haber conseguido mitigar las discordias civiles. Exhortan á Appio para que la majestad consular no tenga más autoridad que la compatible con la concordia. Mientras los cónsules y los tribunos se hacen oposición, nada fuerte queda en medio de ellos; arráncanse de las manos la república, desgárranla, y cada bando piensa menos en conservarla intacta que en decidir en qué manos quedará. Appio, por su parte, tomaba por testigos á los dioses y á los hombres, diciendo: «Que se hacía traición; que se abandonaba cobardemente la república; que no era el

de su cargo á principios de año con las formalidades observadas para las otras magistraturas; la creación de dictador no implica la suspensión de sus facultades, que continúan ejerciendo durante la dictadura. El tribunado es más bien una traba perpetua para la magistratura, que magistratura verdadera. Debe añadirse que se nombraban los tribunos sin consultar los auspicios y sin observar ninguna formalidad de las que se usaban en la elección de los otros magistrados.

cónsul quien faltaba al Senado, sino el Senado al cónsul; que se soportaban leyes más duras que las del Monte Sacro.» Vencido, sin embargo, por la oposición unánime de los senadores, se abstuvo, y la ley se aprobó sin oposición.

Entonces por primera vez nombraron los comicios por tribus á los tribunos. Si ha de creerse á Pisón, en aquellas circunstancias se aumentó en tres el número de los tribunos, dando sus nombres el mismo escritor: C. Licinio, L. Numitorio, M. Duilio, Sp. Icilio y L. Mæcilio. Durante las disensiones de Roma se había encendido de nuevo la guerra de los volscos y de los equos, quienes para dar asilo á la plebe, si volvía á abandonar la ciudad, habían devastado la campiña. Una vez calmadas estas turbulencias, se retiraron. Appio fué enviado contra los volcos, y la suerte designó los equos á Quincio. La dureza que Appio había mostrado en Roma la desplegó con más libertad en el ejército, no reteniéndole ya el freno de los tribunos. ¡Odiando al pueblo con más violencia todavía que su padre, verse vencido por el pueblo! Bajo el consulado del único hombre que podían oponer á la autoridad de los tribunos habían hecho aprobar la ley; mientras que, con menos esfuerzo y cuando los patricios tenían menos esperanzas, los cónsules anteriores la habían detenido. La cólera y el despecho inclinaban su violento carácter á atormentar á su ejército con todos los rigores del mando; pero el ejército era indomable; de tal manera había hecho progresos el espíritu de resistencia. Todo se hacía con lentitud, con pereza, con negligencia, con desdén, que tenía algo de sublevación. Ni el honor ni el temor tenían acción sobre los soldados. Si Appio quería acelerar la marcha, andaban más despacio; si acudía á animar los trabajos, todos interrumpían espontáneamente la obra. En presencia suya bajaban la cabeza, y á su paso mur-

muraban imprecaciones; de suerte que aquel ánimo endurecido en el odio del pueblo, se encontraba algunas veces conmovido. Cuando hubo agotado, sin éxito, todos los medios de rigor, concluyó por no tener relaciones con sus soldados; diciendo que los centuriones habían corrompido al ejército, por cuya razón les llamaba por burla algunas veces tribunos del pueblo, *Volerones*.

Nada de esto ignoraban los volscos, quienes por lo mismo estrechaban vivamente al ejército romano, esperando que opondría á Appio la resistencia que antes desplegó contra Fabio. Pero la sublevación contra Appio fué mucho más violenta. El ejército de Fabio se limitó á no querer triunfar; el de Appio quiso ser vencido. Apenas formado en batalla, emprende vergonzosamente la fuga y vuelve al campamento: solamente se detiene al ver á los volscos dirigirse á las trincheras, después de hacer espantosa matanza en la retaguardia. Entonces forman empeño en combatir para rechazar al enemigo fuera de las empalizadas; pero era evidente que no habían querido otra cosa sino impedirle que se apoderase del campamento. Por lo demás, se regocijan de su derrota y de su vergüenza. El ánimo altivo del cónsul no se quebrantó: quería desplegar mayor severidad aún, y reúne el ejército: pero los legados y los tribunos acuden á él, y le aconsejan «que no ponga por más tiempo á prueba una autoridad que recibe toda su fuerza del consentimiento de los que obedecen; los soldados, decían, se niegan generalmente á acudir á la asamblea; óyense algunas voces pidiendo el levantamiento del campo y la salida del territorio de los volscos; acababa de verse al enemigo victorioso avanzar hasta las puertas y las empalizadas. No estaban limitados á sencillas sospechas del mal; se tenían pruebas evidentes.» El cónsul cede al fin, puestó que de este

modo los culpables no conseguirían otra cosa que un aplazamiento; revoca la orden de asamblea y manda anunciar la marcha para el día siguiente. Al romper el día dan las bocinas la señal, y en el momento en que el ejército se despliega fuera del campamento, los volscos, como llamados por las bocinas, caen sobre la retaguardia. El desorden gana la cabeza de las columnas; las filas y los cuerpos se confunden; no se oyen las voces de mando; no pueden formarse en batalla: ninguno piensa en otra cosa que en huir, y todo el ejército desbandado escapa entre montones de armas y de cadáveres, y tal es el terror, que el enemigo se cansa de perseguir, antes que los romanos de huir. Al fin consigue el cónsul reunir los desparramados restos de sus soldados, que en vano ha perseguido para detenerlos en su fuga, y va á acampar fuera del territorio enemigo. Allí forma el ejército; se encoleriza con razón contra unos soldados que han hecho traición cobardemente á la disciplina militar, abandonando las águilas, y pregunta á cada hombre desarmado qué ha hecho de sus armas, á cada signífero qué ha hecho de su insignia. Los centuriones y duplicarios (1) que han abandonado las filas son azotados con las varas y decapitados; el resto del ejército es diezmado, designando la suerte las víctimas.

En el otro ejército, por el contrario, el cónsul y los soldados rivalizaban sus buenos procedimientos y compañerismo. Quinceio era naturalmente más benigno que Appio, y el desgraciado efecto de las severidades de su colega le decidían más á seguir sus inclinaciones. Así fué que los equos, enterados de la buena armonía que reinaba entre el general y sus tropas, no se atrevieron

(1) Dábase este nombre á los soldados que, en recompensa de su valor, recibían doble ración.

a presentar batalla y dejaron al enemigo recorrer y devastar impunemente su territorio. Jamás se había extendido tan lejos el pillaje en ninguna guerra. Todo el botín quedó abandonado á las tropas, uniendo además el cónsul elogios tan gratos á los soldados como las recompensas. El ejército regresó á Roma mejor dispuesto para con su general, y por el general para con todo el patriciado; diciendo que el Senado le había dado un padre, mientras que el otro ejército había recibido un amo. Esta alternativa de triunfos y reveses; las terribles disensiones que estallaron, tanto en la ciudad como en los campos, y mucho más aún el establecimiento de los comicios por tribus, hacen este año muy notable. Por lo demás, la victoria del pueblo en la lucha en que se había comprometido, dan á esta innovación más importancia que las ventajas que obtuvo; porque, al separar á los patricios de aquellas asambleas, quitaron á los comicios una parte de su dignidad, sin robustecer mucho al partido popular ni debilitar al del Senado (1).

Por esta razón, el año siguiente, en el que fueron cónsules L. Valerio y Tib. Emilio, resultó mucho más borrascoso aún, tanto á causa de las discusiones de las dos órdenes sobre la ley agraria, como por el juicio de Appio Claudio. Como este peligroso adversario de la ley defendía con tanta arrogancia como si hubiese

(1) El establecimiento de los comicios por tribus aumentó en realidad el poder del pueblo y disminuyó el del Senado. En los comicios por centurias, los votos pertenecían de hecho á los patricios, mientras que en los comicios por tribus, celebrados por los tribunos sin que pudiesen disolverlos so pretexto de auspicios, era realmente el pueblo quien decidía. Esto era quitar á los patricios la posibilidad de llevar hechuras suyas al tribunado por medio de los votos de sus clientes. Por lo demás, la resistencia de Appio demuestra hasta qué punto ofendía esta ley las pretensiones del primer orden del Estado.

sido tercer cónsul á los poseedores de los terrenos conquistados, M. Duilio y C. Sicinio le demandaron. Jamás había comparecido ante el tribunal del pueblo acusado más aborrecido de los plebeyos: al odio que inspiraba añadiase el que había inspirado su padre. Tampoco hicieron por otro los patricios esfuerzos más empeñados. El defensor del Senado, el vengador de su majestad, dispuesto siempre á luchar contra las facciones tribuniicias y populares, veíase, sin otro delito que el de haber traspasado la medida en la discusión, expuesto al enojo de los plebeyos. Appio Claudio era el único entre los patricios que no tenía en nada á los tribunos, al pueblo y á su juicio. Ni las amenazas de la multitud ni los ruegos del Senado pudieron decidirle á cambiar de traje (1), á recurrir á las súplicas, ni siquiera á templar, á dulcificar, cuando se defendiese ante el pueblo, la ordinaria aspereza de su lenguaje. Presentóse con la misma arrogancia, la misma altiva expresión en su semblante y la misma rudeza de palabra, hasta el punto que una parte considerable del pueblo, lo mismo temía al acusado que había temido al cónsul. Una sola vez tomó la palabra para defenderse, y con el tono acusador que empleaba siempre; su firmeza causó tal estupor á los tribunos y al pueblo, que espontáneamente le concedieron una moratoria, dejando en seguida languidecer el asunto. No fué por mucho tiempo sin embargo, porque antes del día señalado murió Appio de enfermedad. Esforzáronse los tribunos en impedir que se pronunciase su oración fúnebre, pero el pueblo no consintió que varón tan notable careciese de aquel honor

(1) Los acusados y los que suplicaban, para excitar la compasión de los ciudadanos, acostumbraban á presentarse con traje de color obscuro y en desorden. Sus parientes, sus amigos y frecuentemente gran parte del mismo Senado y del pueblo imitaban su ejemplo.

supremo, y después de su muerte escuchó su elogio con tan favorable oído, como había escuchado su acusación en vida; mas aún, acudió en gran muchedumbre á sus funerales.

En el mismo año marchó el cónsul Valerio con un ejército contra los equos, y no pudiendo decidirles á una batalla, trató de forzar su campamento; mas le detuvo una tempestad terrible de granizo y rayos. Su asombro aumentó cuando inmediatamente después de la señal de retirada, vióse que el cielo recobraba la calma y serenidad. Desde entonces fué para él escrúpulo religioso atacar un campamento que parecía protegido por una divinidad. El furor de la guerra descargó sobre los campos que quedaron devastados. El otro cónsul, Emilio, había sido enviado contra los sabinos; pero como éstos se mantenían también encerrados detrás de sus murallas, taló su territorio. En fin, el incendio de las granjas y de los numerosos caseríos que frecuentemente habitaban (1), decidieron á los sabinos á salir para contener á los devastadores. El resultado del combate fué dudoso, pero á la mañana siguiente llevaron el campamento á posición más segura. Esto fué bastante para que el cónsul considerase vencido al enemigo y se retirase á su vez sin haber terminado la guerra.

En medio de estas guerras y de la permanente discordia, fueron nombrados cónsules T. Numicio Prisco y A. Virginio. Parecía que el pueblo no estaba dispuesto á soportar que se dilatase por más tiempo la ejecución

(1) Por este y otros pasajes, vese que los primitivos pobladores de Italia y otras comarcas habitaban caseríos aislados. Plutarcó dice terminantemente que los sabinos conservaban de sus antepasados los lacodemonios la costumbre de vivir dispersos en caseríos y no en ciudades. Sin duda debe atribuirse su rusticidad á esta dispersión y quizá también su conquista por los romanos.



de la ley agraria, y se iba á llegar á las mayores violencias, cuando el incendio de las granjas y la fuga de los campesinos anunciaron desde lejos la llegada de los volscos. Este acontecimiento contuvo la sedición madura ya y pronta á estallar. Obligando en seguida el Senado á los cónsules á rechazar el ataque, sacaron de Roma la juventud y dejaron más tranquilo el resto del pueblo. Satisfecho el enemigo con el vano terror que ha puesto en campaña á los romanos, retirase precipitadamente Numicio, marcha contra los volscos y se dirige á Anzio. Virginio marcha en contra de los equos. Este último cayó en grandes emboscadas, y hubiese experimentado grave derrota si los soldados no hubieran salido valerosamente del apuro en que les puso la negligencia del cónsul. Con más habilidad estuvo dirigido el ejército enviado contra los volscos. Disperso el enemigo en el primer encuentro, refúgiase en Anzio, ciudad muy importante en aquella época. No atreviéndose el cónsul á sitiarla, se contentó con arrebatar á los anziatos la ciudad de Cenón (1), que era mucho menos importante. Mientras los equos y los volscos ocupaban de esta manera los ejércitos romanos, los sabinos ejercieron sus devastaciones hasta en las puertas de Roma. Pero á los pocos días vieron llegar á su territorio los dos ejércitos romanos, que la indignación de los cónsules llevaba allí, y que les hicieron más daño que habían causado ellos.

A fines de este año se obtuvo un poco de paz, pero turbada, como de ordinario, por la lucha de los patricios y del pueblo. Irritado éste, no quiso tomar parte en los comicios consulares; nombrando cónsules los patricios y sus clientes á T. Quincio y Q. Servilio. El año de su

(1) Cenón, hoy Nelluno, era un pueblo inmediato á Anzio, de la que era puerto y á la que servía de mercado.

magistratura se pareció al anterior, comenzando con sediciones que calmaron después ante la guerra extranjera. Los sabinos atravesaron precipitadamente el territorio de Crustumero, llevando la matanza y los incendios á las orillas del Anio y casi habían llegado á la puerta Colina, bajo los muros de Roma, cuando les rechazaron. Retiráronse, sin embargo, con inmenso botín, tanto en hombres como en ganados. El cónsul Servilio les persiguió al frente de un ejército que no respiraba más que vaganza, y, no pudiendo alcanzarles en campo raso, llevó tan lejos las devastaciones, que por todas partes no dejó más que ruinas, y regresó á Roma cargado de despojos de todo género. Brillantes triunfos se consiguieron contra los volscos, debidos tanto al general como á los soldados. Libróse primeramente un combate en campo raso, y por ambas partes resultaron muchos muertos y muchos más heridos: los romanos, cuyo reducido número hacía las pérdidas más sensibles, estaban á punto de retroceder, cuando el cónsul, con ingeniosa mentira, les reanimó gritando que los volscos huían en la otra ala. Precipítanse sobre el enemigo, y, creyéndose vencedores, llegan á serlo en efecto. Temiendo el cónsul que tenaz persecución reprodujese el combate, hizo dar la señal de retirada. Muchos días pasaron durante los cuales los dos ejércitos descansaron, como en virtud de tregua tácita; entre tanto llegaron fuertes refuerzos al campamento enemigo de todos los pueblos de los equos y de los volscos. Teniendo por cierto que si los romanos llegaban á enterarse, se retirarían á favor de la obscuridad, el enemigo avanzó para atacar su campamento cerca de la tercera vigilia (1). Después de calmar Quincio el tumulto ocasionado por

(1) La noche, desde las seis de la tarde hasta las seis de la mañana, estaba dividida en cuatro viglias, de tres horas cada

aquella repentina alarma, mandó á los soldados que permaneciesen tranquilos en las tiendas, y colocó en observación la cohorte de los hérnicos; al mismo tiempo hace cabalgar á los que tocaban los cuernos y las bocinas, con orden de tocar delante del campamento y mantener al enemigo en alarma hasta el amanecer. De tal manera tranquila fué el resto de la noche en el campamento, que los romanos hasta pudieron entregarse al sueño. Los volscos por su parte, á la vista de aquellos peones que suponían más numerosos y que creyeron romanos, ante la inquietud y relinchos de aquellos caballos que extrañaban el peso de jinete desconocido y el ruido que resonaba en sus orejas, permanecieron alerta cual si esperasen un ataque.

Al amanecer, los romanos, descansados merced á largo sueño, avanzaron contra los volscos, cansados por haber permanecido de pie y sin dormir toda la noche; sin embargo, retirada fué la suya más bien que derrota, porque á su espalda se alzaban colinas, en las que encontraron seguro refugio sus líneas, que permanecían intactas, exceptuando la primera. Al llegar el cónsul ante aquella desventajosa posición, detuvo al ejército: el soldado se irrita al verse detenido, grita y pide completar su victoria. La caballería se muestra más impaciente aún, y rodea al general, vociferando que se adelantará á las enseñas. El cónsul vacilaba, y, aunque seguro del valor de los soldados, desconfiaba del terreno. Entonces exclaman que van á marchar, y así lo hacen, clavando las lanzas en el suelo para trepar con más ligereza, y suben á la carrera. Agotan los volscos sus armas arrojadizas para rechazar aquel ataque; y en seguida arrancan pedazos de roca y las hacen rodar sobre una. La tercera era por consiguiente desde media noche hasta las tres de la madrugada. En cada vigilia se tocaban las trompetas para relevar los centinelas.

los que suben. Las filas se deshacen ante los redoblad<sup>os</sup> golpes de un enemigo, que les agobia desde lo alto de su posición. El ala izquierda queda casi aplastada, y ya iban á huir, si inrepándoles el cónsul por aquella conducta imprudente y cobarde á la vez, no hubiese sobrepuesto en ellos el honor al miedo. Detuviéronse al pronto, decididos á no ceder, y como conservan su posición y sienten renacer sus fuerzas, se atreven á seguir adelante. Lanzando entonces de nuevo el grito de guerra, pónese en movimiento todo el ejército; recobra el brío, redobla los esfuerzos y sube la pendiente más escarpada, llegando ya á la cumbre de la colina, cuando el enemigo emprendió la fuga. Confundidos en rápida carrera vencedores y vencidos, como formando un solo ejército, penetraron juntos en el campamento, del que se apoderaron los romanos á favor del desorden. Los volscos que pudieron escapar, se refugian en Anzio; pero allí llegó el ejército romano, y la ciudad se rindió después de algunos días de sitio, no porque los sitiadores hiciesen nuevos esfuerzos, sino porque había decaído el valor de los volscos á consecuencia de la derrota y de la pérdida del campamento.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

## LIBRO TERCERO.

---

### SUMARIO.

Turbulencias causadas por las leyes agrarias.—Recupérase el Capitolio, que había caído en poder de los esclavos y de los desterrados, y muertos éstos.—Dos censos: el primero da por resultado ciento cuatro mil doscientos catorce ciudadanos, sin contar los célibes de ambos sexos; el segundo, ciento diez y siete mil doscientos diez y nueve.—Descalabros experimentados por los equos.—Nómbrese dictador á L. Quincio.—Cincinato es arrancado del arado para dirigir aquella guerra. Derrota á los enemigos y les hace pasar bajo el yugo.—Aumentan el número de los tribunos del pueblo, elevándoles á diez, treinta y seis años después de la creación de esta magistratura.—Envíanse legados que recogen y traen á Roma las leyes de Atenas. Encargan de redactarlas y promulgarlas á decenviros que reemplazan á los cónsules y ocupan el puesto de todos los demás magistrados; así, pues, en el año 103 de la fundación de Roma el poder, que había pasado de los reyes á los cónsules, pasa de los cónsules á los decenviros.—Redactan diez tablas de ley, y la dulzura de su administración hace conservar para el año siguiente la forma de gobierno.—Añaden dos tablas á las primeras, abusan de su poder, rehusan despojarse de él y le conservan otro año, hasta que la incontinencia de Appio Claudio pone término á su odiosa dominación.—Enamorado de

una joven, hace que una hechura suya la reclame como esclava suya y pone á Virginio, padre de aquella desgraciada, en el caso de matarla con un cuchillo que coge en una tienda inmediata, único medio de salvarla de la deshonra.—Sublevado el pueblo por aquel inicuo abuso de autoridad, se retira al Aventino y obliga á abdicar á los decenviros.—Appio y el mas culpable de sus colegas, después de él, son presos; los demás, desterrados.—Victorias sobre los sabinos, los equos y los volscos.—Decisión poco honrosa del pueblo romano elegido como árbitro entre Ardea y Aricia, adjudicándose el territorio que se disputaban estas dos ciudades.

Tomado Anzio, fueron nombrados cónsules Emilio y Q. Fabio. Este era el mismo Fabio Quinto, único que sobrevivió á la destrucción de su familia en Cremera (1). En un consulado anterior había propuesto ya Emilio distribuir tierras al pueblo; así fué que en su segundo consulado renacieron las esperanzas de los partidarios de la ley agraria, y los tribunos, seguros de triunfar porque ahora tienen un cónsul de parte suya, reproducen las tentativas que tantas veces habían fracasado ante la oposición de los cónsules. Emilio conservaba su opinión. Los poseedores de terrenos y la mayoría de los patricios se quejaban de que un alto magistrado se asociase á las persecuciones tribunicias y buscarse el aplauso popular con generosidades á costa

(1) En esta época no podía tener Fabio más de veinticuatro á veinticinco años, porque en el momento de la destrucción de su familia en Cremera, era todavía niño, y solamente habían transcurrido once años entre este acontecimiento y el consulado de Quinto. Ahora bien: como no se acostumbraba á conceder el consulado á esta edad, han deducido muchos críticos que la historia de la abnegación de la familia Fabia había sido falsificada. Pero no es éste el único ejemplo de dispensa de edad concedida á un patricio joven de grandes esperanzas. No puede dejar duda acerca de ello la excepción de que fué objeto Scipión.

ajena; haciendo recaer en el cónsul todo el odio que aquellos manejos habían excitado contra los tribunos. Terrible conflicto iba á estallar si Fabio, por medio de una combinación que no hería á ninguna de las dos partes, no hubiese puesto fin á la discordia. El año anterior, bajo la dirección y auspicios de T. Quinceio, habían arrebatado á los volscos una parte de su territorio; Anzio, ciudad inmediata y marítima, podía recibir una colonia; era por consiguiente fácil dar tierras al pueblo, sin excitar el disgusto de los propietarios ni turbar la paz de Roma. Adoptóse la opinión de Fabio, y éste creó triunviros á T. Quinceio, A. Virginio y P. Furio, encargados de hacer la distribución, quienes invitaron á los que querían recibir terrenos á dar sus nombres. Pero entonces, como sucede siempre, la abundancia produjo descuido, y tan pocos se inscribieron, que fué necesario añadir volscos para completar la colonia. La mayor parte prefirieron solicitar terrenos en Roma á recibirlos en ninguna otra parte. Los equos pedían la paz á Fabio, que avanzaba en contra de ellos con un ejército, y ellos mismos se apresuraron á hacer ilusoria esta paz con una incursión en los campos latinos.

Al año siguiente Q. Servilio (que era cónsul con Sp. Postumio) fué enviado contra los equos y estableció en territorio latino un campamento fortificado, donde su ejército, víctima de enfermedades, tuvo que permanecer en forzosa inacción. Esta guerra duró tres años, hasta el consulado de Q. Fabio y T. Quinceio. Sin que la suerte le designara, Fabio, que había dado la paz á los equos después de vencerlos, recibió ahora este mando. Partiendo convencido de que ante la fama de su nombre los equos depondrían las armas, mandó legados á la asamblea de su nación con orden de decirles: «El cónsul Fabio declara que si antes llevó del país de los equos la paz á Roma, viene ahora de Roma á traer la guerra

á los equos con la misma mano que en otro tiempo les tendió en señal de paz y que ahora ha empuñado las armas. Los dioses saben de qué parte están los perjuros y traidores; ellos los ven y no se hará esperar su venganza. Sin embargo, todavía es tiempo: que los equos eviten con su arrepentimiento las calamidades de la guerra; esto es lo que desea. Si su arrepentimiento es sincero, encontrarán seguro amparo en esa clemencia que ya han conocido; pero si se obstinan en su perjurio, tendrán que combatir, no tanto contra sus enemigos como contra los dioses irritados.» Lejos de conmoverse con estas palabras, los equos estuvieron á punto de maltratar á los legados del cónsul, y enviaron hacia el Algido un ejército contra los romanos. En cuanto se conocieron en Roma estas cosas, la indignación, que no el miedo del peligro, hizo salir de la ciudad al otro cónsul, marchando los dos ejércitos consulares en orden de batalla contra el enemigo para combatirle en el acto. Pero el día declinaba ya, y una voz gritó desde las avanzadas enemigas: «Romanos, eso es ostentar vuestras fuerzas, no hacer la guerra: os formáis en batalla al obscurecer; necesitamos más tiempo para el combate que se prepara. Volved en batalla mañana al amanecer, y estad seguros de que encontraréis con quien combatir.» El soldado, irritado por aquellas palabras, vuelve al campamento hasta el amanecer; larga le parecía la noche que aplazaba el combate; sin embargo, tomó alimento y descansó. En cuanto amaneció, el ejército romano se adelantó algo al enemigo en el campo de batalla. Los equos se presentaron al fin, y de una y otra parte se luchó con encarnizamiento. Animaban á los romanos la cólera y la indignación; el conocimiento de los peligros que, por su culpa, se habían atraído, y la desesperación de inspirar en adelante ni la más pequeña confianza, impulsaban á los equos á



osar y emprenderlo todo; pero no pudieron resistir el ímpetu de los romanos. Vencidos y obligados á retirarse á su territorio, no por esto se inclinaron á la paz; sino que indomable multitud reconvenia á sus jefes por haber encomendado la fortuna de sus armas á una batalla campal en la que el arte de los romanos debía vencer. Los equos eran más á propósito para devastar, por medio de correrías, el país enemigo, y les eran mucho más convenientes grupos sueltos que la pesada masa de un ejército.

Dejando entonces el campamento con escasa guardia, lánzase con tanta impetuosidad sobre el territorio romano, que hasta en la ciudad se propagó el terror. Causaba tanto espanto este ataque imprevisto, porque lo que menos podía temerse era que un enemigo vencido y casi sitiado en su campamento pudiese pensar en golpes de mano. Espantados los campesinos se aglomeraban en las puertas y decian á gritos que no se trataba de una correría y de algunas bandas de merodeadores, sino que, como el miedo aumenta las cosas, todo el ejército, todas las legiones enemigas, preparadas para el combate, acudían sobre Roma. Estos confusos rumores, cuya misma vaguedad dejaba ancho campo á las suposiciones, corren de unos en otros. El movimiento, los gritos de los que llaman á las armas, recordaban el espanto de una ciudad tomada por asalto. Por fortuna encontrábase en Roma el cónsul Quinecio, que había regresado del Algido, y su presencia contuvo el terror. Increpando á los romanos porque temían á un enemigo vencido, dispó el tumulto. Coloca guardias en todas las puertas; convoca al Senado; decreta en su nombre la suspensión de todos los negocios (1), y deja á Q. Servilio, para acudir él á la defensa

(1) En las desgracias extraordinarias, en los grandes peli-

del territorio, como prefecto (1) de la ciudad; pero ya no encuentra enemigos. El otro cónsul había arreglado perfectamente las cosas. Colocándose de manera que les cortase la retirada, habíase lanzado sobre aquellas tropas cuyas maniobras eran difíciles por el botín con que se habían cargado, haciéndolas pagar muy caras las devastaciones. Pocos escaparon á la sorpresa; recóbróse el botín, y regresando á Roma el cónsul, Quinceio devolvió á los negocios su marcha interrumpida durante cuatro días. Hízose en seguida el censo (2), y Quinceio cerró el lustro. El censo dió por resultado ciento veinticuatro mil doscientos catorce ciudadanos, no comprendiendo los célibes de uno y otro sexo. En esta guerra no ocurrieron más hechos notables. Los equos se encerraron en sus ciudades fortificadas, sufriendo que los romanos saqueasen é incendiasen en derredor; y el

gros de la república, cesaban todos los trabajos y negocios, bien por movimiento espontáneo, bien por orden de la autoridad, como interrumpían también el curso de la justicia, á este estado de cosas se llamaba *justitium*.

(1) Cuando los reyes, y después de ellos los cónsules, se ausentaban de Roma, nombraban un prefecto de la ciudad. Este magistrado, que los reemplazaba temporalmente, podía reunir el Senado, aunque no fuese senador, y podía también celebrar los comicios. Pero desde la institución del pretor, quedó encargado solamente de la celebración de las ferias latinas. Bajo Augusto adquirió grande importancia esta magistratura, confiándose á los hombres más distinguidos del Estado.

(2) El censo fué establecido por el rey Servio Talio y se realizó cuatro veces bajo su reinado, según Valerio Máximo. Interrumpido bajo Tarquino el Soberbio, se restableció el segundo año después de la expulsión de los reyes. Realizóse tres veces antes de este de que ahora se trata: la primera por orden del dictador Larcio, el año 256; la segunda bajo el consulado de Sp. Cassio y de Postumo Cominio, el año 251; la tercera bajo L. Turio y A. ó C. Manlio, en el 280. Este de que habla Tito Livio era por consiguiente el noveno desde la fundación de Roma.

cónsul, después de haber llevado diferentes veces los estragos de su ejército sobre el territorio enemigo, volvió á Roma cargado de gloria y de botín.

En el año siguiente fueron cónsules A. Postumio Albo y Sp. Furio ó Fusio, según escriben algunos: y esto lo advierto para que el cambio de nombres no haga suponer cambio de personas. Estaba convenido que uno de los cónsules iría á hacer la guerra á los equos; en vista de lo cual pidieron éstos auxilio á los volscos ecetranos, quienes se apresuraron á concedérselos: tanta perseverancia desplegaban estos pueblos en perseguir con su odio á los romanos. Desde entonces se impulsaron con sumo vigor los aprestos de guerra. Los volscos enteran de antemano á los romanos de la defección de Ecetra y de su inteligencia con los equos. También inspiraba sospechas la colonia de Anzio. Cuando cayó esta ciudad en poder de los romanos, muchos de sus habitantes se refugiaron con los equos, siendo sus mejores soldados durante aquella guerra. Después de la retirada de los equos á sus ciudades fortificadas, dispersa aquella multitud, regresó á Anzio, donde acabó de enajenar los ánimos, hostiles ya á los romanos. Madurando estaban sus proyectos, cuando el Senado, enterado de que se tramaba una traición, mandó á los cónsules que enviasen á Roma á los jefes de la colonia para enterarse por ellos de lo que ocurría. Obedecieron éstos de buen grado; presentándoles en el Senado los cónsules, contestaron á las preguntas que se les dirigieron, de tal manera que regresaron más sospechosos que habían venido. Desde entonces no fué ya dudosa la guerra. El cónsul Sp. Furio, á quien tocó este mando, marchó contra los equos y encontró al enemigo devastando el terreno de los hérnicos. Ignorando su número, porque hasta entonces no se les había visto reunidos en ninguna parte, trabó

imprudentemente el combate con un ejército inferior en fuerzas. Rechazado en el primer choque, retiróse á su campamento; pero no habían terminado sus peligros. En la noche siguiente y al amanecer estuvo el campamento tan estrechado por el enemigo y oprimido con tanto vigor, que ni siquiera fué posible enviar un correo á Roma, donde se supo por los hérnicos la derrota del cónsul y el bloqueo del ejército consular. Tal fué el terror en el Senado, que por un decreto, señal ordinaria de extremo desastre, encargó al otro cónsul, Postumio, que vigilase para que la república no padeciese detrimento (1), creyéndose que lo más prudente era conservar en Roma al otro cónsul para que alistase á cuantos podían llevar las armas, y enviar á Q. Quincio para que socorriese el campamento con un ejército de aliados, y, para formarlos, exigir que los latinos, los hérnicos y la colonia de Anzio suministraran á Quincio soldados *subitarios* (así llamaban á los auxilios repentinos).

En aquellos días verificábanse numerosos movimientos, dirigíanse multiplicados ataques por todos lados, y los enemigos, favorecidos por la superioridad numérica, procuraban atraer á diferentes puntos las fuerzas romanas, convencidos de que no podían bastar á todo. Así, pues, mientras asaltaban el campamento, separábase parte del ejército para devastar el territorio romano, é intentar, si las circunstancias les favorecían,

(1) Es el primer ejemplo de este *senatus consulto*, que en los casos graves, cuando estaba comprometida la suerte de la república, confiaba el poder dictatorial á uno de los dos cónsules y algunas veces á los dos. Después se recurrió con frecuencia á esta medida de salvación pública exclusivamente dirigida contra los ataques exteriores. Opinó fué el primero que la usó contra los ciudadanos en la época en que las tentativas democráticas de los Gracos pasieron á la nobleza romana en tan grave peligro.

un ataque sobre la misma Roma. L. Valerio quedó guardando la ciudad y enviaron al cónsul Postumio para rechazar del territorio los estragos del enemigo. En ninguna parte se detuvieron un solo momento los trabajos. Colocáronse vigilantes en la ciudad, destacamentos delante de las puertas, guardias en las murallas; y, como era indispensable en tan gran peligro, decretóse la suspensión de los negocios por muchos días. Entre tanto, el cónsul Furio, que al principio soportó tranquilamente que le bloqueasen en su propio campamento, se precipita por la puerta Decumana (1) sobre un enemigo que no estaba prevenido. Podía perseguirle, pero se detiene, temiendo asalten el campamento por otro punto. El legado Furio (hermano del cónsul) llega demasiado lejos, y, en el ardor de la persecución, no ve ni la retirada de los suyos, ni el movimiento del enemigo á su espalda. Cortado, hace muchos é inútiles esfuerzos para abrirse paso hacia el campamento, y cae en la pelea con las armas en la mano. A la noticia de que su hermano está rodeado, vuelve el cónsul al combate: precipítase con más ardor que prudencia en medio del peligro, recibe una herida, y con gran trabajo pueden retirarle los que le rodean. Esta desgracia perturba á los soldados y redobla el ardor del enemigo. La muerte del legado y la herida del cónsul les inflama hasta el punto de hacer toda resistencia imposible á los romanos, que, rechazados á los campamentos, vense bloqueados de nuevo, pero con menos esperanzas y menos fuerzas. Comprometida iba á verse la salvación general cuando llegó T. Quinceio con el ejército extran-

(1) Los campamentos romanos eran cuadrados y tenían una puerta en cada frente: la que miraba al enemigo se llamaba puerta Pretoria ó extraordinaria; las otras dos laterales, puerta principal derecha y puerta principal izquierda, y la de la espalda, puerta Decumana.

jero de latinos y hérnicos. Atacó por retaguardia á los equos, que tenían fija la atención en el campamento romano, á quienes, en su feroz orgullo, enseñaban la cabeza del legado Furio. Al mismo tiempo, y en virtud de una señal dada desde lejos, verifican desde el campamento vigorosa salida, encontrándose envueltas las numerosas fuerzas del enemigo. No fué grande la matanza, pero sí completa la derrota de los equos sobre el territorio romano. Desparramados, llevábanse el botín, cuando Postumio cayó sobre ellos desde diferentes puntos ventajosos en los que había apostado soldados. Estos vagabundos, huyendo en desorden, encuentran el ejército victorioso de Quinceio, que traía al cónsul herido. Entonces fué cuando el ejército consular, en un combate brillante, vengó la herida del cónsul, la muerte del legado y el destrozo de sus cohortes. Aquellos combates fueron desastrosos para los dos partidos. Difícil es, tratándose de acontecimientos tan remotos, precisar con exactitud el número de combatientes y el de muertos. Sin embargo, Valerio Aurias no vacila en sus cálculos. Según él, los romanos perdieron entre los hérnicos cinco mil trescientos hombres; los equos dos mil cuatrocientos de aquellos merodeadores que devastaban el territorio de Roma y que fueron destrozados por el cónsul A. Postumio; pero aquella multitud cargada de botín que encontró Quinceio experimentó pérdida mucho mayor; perecieron, dice, llevando hasta lo más minucioso la exactitud del número, cuatro mil dociientos treinta. Cuando regresó á Roma el ejército y recobraron su curso los negocios, viéronse muchos fuegos brillar en el cielo; otros prodigios hirieron los ojos ó se presentaron bajo diferentes formas á los ánimos aterrados. Para calmar los temores ordenáronse tres días de fiesta, durante los cuales multitud de hombres y mujeres llenaron sin cesar los tem-

plos, implorando la clemencia de los dioses. Después de esto, el Senado mandó á sus hogares las cohortes de los latinos y de los hérnicos, habiéndoles dado las gracias por su activa cooperación en la guerra. Los mil soldados de Anzio, cuyo tardío socorro llegó después del combate, fueron despedidos en cierta manera ignominiosamente.

Reuniéronse en seguida los comicios. Creados cónsules L. Ebuco y P. Servilio, entraron en el cargo en las kalendas de Agosto, época en que comenzaba entonces el año (1). El calor era sofocante y precisamente reinaba en la ciudad y en la campiña una enfermedad pestilente, tan mortífera para los hombres como para las bestias. La violencia de la enfermedad encontró pasto en aquellos rebaños y aquellos campesinos, que el temor del pillaje había hecho recibir en la ciudad. Aquella confusión, aquella mezcla de animales de toda especie, fatal á los vecinos de la ciudad por la infección extraordinaria que difundía, sofocaba á los campesinos amontonados, aglomerados en estrechas moradas y consumidos por el calor y el insomnio. Los mutuos cuidados, el simple contacto propagaba la enfermedad. Apenas podían atender á esta abrumadora desgracia, cuando llegaron legados hérnicos diciendo que los equos y los volscos reunidos habían establecido en su territorio un campamento, desde el que devastaban su

(1) Trataré aquí del año consular y no del año civil, que comenzaba siempre en 1.º de Enero. Los cónsules entraron en cargo, primeramente en 23 ó 24 de Febrero, día en que, según la tradición, fueron expulsados los Tarquinos; después el 1.º de Agosto. En la época de los decenviros se fijó el principio del año consular en 1.º de Mayo; cincuenta años después en 1.º de Diciembre; después en 1.º de Julio, hasta el año de Roma 500, en el que se trasladó al 15 de Marzo. En fin, en el 508 ó 509 se fijó definitivamente en 1.º de Enero, y desde entonces comenzaron á la vez el año consular y el año civil.

país con numeroso ejército. La ausencia de los senadores les hizo comprender bien el azote que pesaba sobre la ciudad, y llevaron esta triste contestación: «Que los hérnicos, uniéndose á los latinos, se protejan por sí mismos. La cólera de los dioses ha herido á Roma con repentino azote que la despuebla. Si el mal mitiga, se llevarán socorros como el año anterior, como siempre, á los aliados.» Los legados se retiraron á su país, con noticias mucho más tristes que triste había sido su misión, porque necesitaban sostener solos una guerra que apenas hubiesen podido sostener con el auxilio de los romanos. No permaneció mucho tiempo el enemigo en el territorio de los hérnicos, sino que vino desde allí al campo romano, devastado ya antes de que la guerra le infestara. Ni un solo hombre, ni siquiera desarmado, se le presentó, y por un territorio indefenso é inculto avanzó hasta la tercera piedra miliaria en la vía Gabina. Ebucio, uno de los cónsules, había muerto; el otro cónsul, Servilio, arrastraba lánguida existencia, con débil esperanza. La enfermedad había atacado á la mayor parte de los magistrados, á casi todo el Senado y á casi todos los hombres en estado de llevar las armas; y, lejos de poder hacer los preparativos que exigía un peligro tan apremiante, apenas si tenían fuerzas para permanecer quietos en un punto. Los senadores á quienes su edad y fuerzas se lo permitían, formaban la guardia personalmente. Las rondas y la vigilancia pertenecían á los ediles (1) plebeyos, habiendo caído en sus manos el supremo poder y la majestad consular.

(1) Tito Livio habla aquí por primera vez de los ediles plebeyos, magistrados cuya institución remonta á la de los tribunos (año 260 de Roma), de quienes eran en cierto modo asesores. Estaban especialmente encargados de la celebración de ciertos juegos, del cuidado de los edificios públicos, de lo que habian recibido el nombre (*ab ædium cura*), de los baños, de las cloa-



Abandonado todo, sin jefes, sin fuerzas, la salvación de Roma se debió á sus dioses protectores, que infundieron á los volscos más el deseo de rapiña que el de conquista. Tan ajena de ellos estaba la más pequeña esperanza, no diré de apoderarse de Roma, pero ni siquiera de acercarse á sus murallas, que viendo desde lejos sus edificios y las colinas que la rodean, variaron de intento; confuso murmullo se elevó de pronto en el campamento. «¿Por qué habían de perder el tiempo ociosos y sin botín en aquellos campos desiertos, en medio de aquella mortandad de hombres y de animales, cuando tenían á su alcance las fértiles campiñas de Túsculum?» En seguida arrancaron sus enseñas, y por caminos extraviados, cruzando los campos de Lavica, marchan sobre las alturas de Túsculum. Allí estalló el terror y la tempestad de la guerra. Entre tanto

cas, de la vía pública, de los mercados, de los aprovisionamientos, de la vigilancia de las mujeres de mala vida; en una palabra, de todo lo concerniente á la policía urbana.

En el año 387 de Roma, habiendo retrocedido los ediles plebeyos ante los gastos que exigía la celebración de los grandes juegos, ofrecieron los patricios jóvenes encargarse de ellos si se les nombraba ediles. Creáronse, pues, dos ediles patricios, y este fué el origen de la edilidad curul, en la que, lo mismo que en la pretura, establecida en la misma época, veían los patricios una compensación á la admisión de los plebeyos en el consulado. Pero no gozaron por mucho tiempo de este honor exclusivo; en el mismo año reclamaron enérgicamente los tribunos, y el Senado se avergonzó, dice Tito Livio, de exigir que se eligiese eligiendo ediles curules entre los patricios. Convino primero en elegirles de dos en dos años entre los plebeyos, y después se concluyó por dejar la elección libre. No por esto dejaron de continuar distintas la edilidad curul y la plebeya. La primera, á la que sin duda no fueron admitidas más que las familias plebeyas más ricas, por los enormes gastos que exigía, se distinguían por la toga pretexta, el derecho de imágenes, la prerrogativa de ocupar asiento en el Senado y votar, y en fin, la silla curul; mientras que los ediles plebeyos no tenían, lo mismo que los tribunos, otro asiento que bancos (*subsellia*).

los hérnicos y los latinos, compadecidos y hasta avergonzados por no oponer obstáculo alguno á la marcha del enemigo común, cuyas fuerzas amenazaban la ciudad romana, y, por dejar sin socorrerles, sitiar á sus aliados, reúnen sus ejércitos y avanzan sobre Roma. Ya no encuentran allí al enemigo; enterados de su marcha, corren sobre sus huellas y se presentan en el momento en que bajaba de Túsulum sobre el valle Albano. Las ventajas del combate quedaron iguales, no siendo afortunada aquel día la abnegación de los aliados. No hacía menos estragos en Roma la enfermedad que el hierro en las filas de los aliados. El cónsul que había sobrevivido sucumbió, y mueren también otros varones ilustres: los augures M. Valerio y T. Virginio Rutilo, y Ser. Sulpicio, curión máximo (1). La ínfima plebe sufrió más los estragos de la enfermedad. Desprovisto el Senado de todo socorro humano, dirigió á los dioses sus votos y los del pueblo, invitando á los ciudadanos á que fuesen con sus esposas é hijos á suplicar á los dioses y á implorar su protección. Impulsados á hacerlo por sus propios sufrimientos, invitados á lo mismo por la autoridad pública, llenaron todos los templos: arrodilladas las madres, barrían con sus cabellos el suelo de los recintos sagrados, pidiendo clemencia á los dioses y el término de la calamidad.

Sea que el enojo de las divinidades calmase, sea que hubiese terminado la estación más peligrosa, desde entonces comenzaron poco á poco á convalecer los que habían escapado al contagio. Los ánimos volvieron

(1) Cada una de las treinta curias establecidas en Roma poco tiempo después de su fundación, tenía su jefe ó curión especial, cuya principal función era sacrificar ó presidir los sacrificios para las curias. Los treinta curiones estaban subordinados á un curión máximo, que se elegía en la asamblea de los comicios por curias.

muy pronto á los asuntos públicos, y después de algunos interregnos (1), P. V. Publicola, en el tercer día del suyo, creó cónsules á L. Lucrecio Tricipitino y á T. Veturio Gemino, á quien llaman otros Vetusio. Estos entraron en el cargo el tercer día antes de los idus de Agosto, cuando ya habían recobrado bastantes fuerzas, no solamente para realizar la guerra, sino que también para emprenderla. Así, pues, habiendo venido los hérnicos á decir que el enemigo había atravesado sus fronteras, prometieron atrevidamente socorros y levantaron dos ejércitos consulares. Veturio recibió orden de marchar contra los volscos y llevar la guerra á su país; Tricipitino, encargado de proteger el territorio de los aliados, no pasó del país de los hérnicos. En el primer encuentro, Veturio penetra en las filas del enemigo y le pone en derrota. Mientras que Lucrecio acampa entre los hérnicos, un ejército de merodeadores le oculta su marcha, se dirige sobre las alturas de Prenesto y se extiende por la llanura. Devasta el terri-

(1) En tiempos de los reyes, cuando quedaba vacante el trono, el Senado nombraba un miembro suyo que durante cinco días tenía la dirección suprema de todos los negocios, y usaba todos los distintivos de la autoridad real. Este los trasmitía á otro, pasando así entre las manos de cierto número de senadores hasta la elección de rey. En tiempos de la república se creaba un inter-rey cuando, como en las circunstancias de que ahora se trata, uno ú otro cónsul moría antes del final de su consulado, ó cuando los dos cónsules estaban ausentes, ó en fin, cuando la intervención de los tribunos del pueblo había impedido las elecciones. Debiendo presidir los comicios un magistrado supremo que tuviese derecho para tomar los auspicios, era indispensable necesariamente, cuando no había cónsul ni dictador, crear un magistrado extraordinario que pudiese desempeñar estas importantes funciones. Así, pues, el interregno fué la única magistratura que los patricios no compartieron jamás con los plebeyos. El pasaje que nos ocupa parece demostrar que el interregno duraba en la república lo mismo que en tiempo de los reyes.

torio de Prenesto y de Gabia, y desde allí, haciendo un rodeo, llega á las colinas de Túsculum. Esta marcha difunde profundo terror en Roma, más por efecto de la sorpresa que por impotencia para rechazar la fuerza. Q. Fabio mandaba en la ciudad; habiendo armado á la juventud y distribuído los puestos, restableció por todas partes la calma y seguridad. Limitando el enemigo sus rapiñas á los parajes más inmediatos, no se atrevió á acercarse á Roma. Retroceden sus bandas, y á medida que se alejan de la ciudad enemiga, marchan con más negligencia, encontrando al cónsul Lucrecio, enterado desde mucho antes sobre su marcha, formado en batalla y dispuesto al combate. Preparados de antemano los romanos, atacan al enemigo, que se encontraba bajo la impresión de repentino terror, y aunque inferiores en numero, derriban y ponen en fuga aquella inmensa multitud, la arrojan sobre profundas gargantas de difícil salida y la rodean. Allí hasta casi borran el nombre de los volscos: trece mil cuatrocientos setenta hombres muertos en la batalla y en la derrota, mil doscientos cincuenta prisioneros, veintisiete enseñas militares arrebatadas: esto encuentro en algunos anales. Aunque tales cálculos sean exagerados, es cierto, sin embargo, que la pérdida fué enorme. Dueño el vencedor de inmenso botín, volvió á ocupar sus posiciones. Entonces reunieron los dos cónsules sus campamentos, y los equos y los volscos los restos de sus fuerzas. Por tercera vez en aquella campaña se libró batalla, y la misma fortuna otorgó la victoria; derrotaron al enemigo y se apoderaron de su campamento.

De esta manera la república había vuelto á su primitiva situación, y de esta manera también los triunfos militares volvieron á traer muy pronto los disturbios interiores. Era este año tribuno del pueblo C. Terentilo Arsa, y persuadido de que la ausencia de los cónsu-

les dejaba libre el campo á las empresas del tribunado, declamó durante muchos días contra la soberbia de los patricios y atacó especialmente la autoridad consular como excesiva, como intolerable en una ciudad libre.

«El nombre era menos odioso, pero la autoridad era tal vez más intolerable que la de los reyes. Con dos amos en vez de uno, con un poder sin freno y sin límites; independientes y desordenados ellos mismos, hacen pesar sobre el pueblo todo el temor y los suplicios de las leyes. Para poner término á esta licencia, va á proponer se nombren cinco ciudadanos encargados de determinar por medio de una ley la autoridad consular. Cuando el pueblo haya dado á los cónsules derechos sobre él, que usen de ellos; al menos no serán leyes sus pasiones y caprichos.» Temen los patricios que la ausencia de los cónsules ayude á imponerles este yugo, y Fabio, prefecto de Roma, convoca el Senado, y con tal vehemencia habló contra el proyecto y su autor, que las amenazas de los dos cónsules cayendo sobre el tribuno no le hubiesen aterrado tanto. «En su insidiosa marcha había acechado aquel momento para atacar á la república. Si los dioses irritados hubiesen el año anterior, entre la peste y la guerra, suscitado aquel tribuno, nadie habría podido impedir la pérdida de Roma. A la muerte de los dos cónsules, cuando la ciudad languidecía en la confusión de todos sus organismos, hubiese presentado aquel proyecto que despojaba á los cónsules de su autoridad (1). A la cabeza de los volscos y de los equos hubiese dirigido el ataque contra la ciudad. ¡Pero

(1) La proposición de Terentilio Arsa tenía un alcance que no se ocultaba á los patricios, pero que no querían confesar. El derecho de administrar justicia había pasado de los reyes á los cónsules, y en sus sentencias tenían por regla lo arbitrario y las costumbres, más bien que las leyes, que entonces eran muy pocas y frecuentemente se descuidaban, estando su conocimien-



qué más! Si algún ciudadano ha sufrido por la soberbia y tiranía de los cónsules, ¿no es libre para demandarles, para acusarles ante aquellos mismos jueces que en sus filas cuentan á la víctima? No es la autoridad de los cónsules, sino el poder tribunicio el que se hace odioso é insoportable; este poder calmado, reconciliado con el Senado, y al que quiere devolver sus antiguos furores; pero no va él á suplicarle que abandone su empresa. En cuanto á vosotros, exclama, á vosotros, tribunos, colegas suyos, os rogamos que recordéis ante todo que se os concedió vuestra autoridad para la protección del ciudadano, y no para la pérdida de la república; que se os creó tribunos del pueblo, y no enemigos del Senado. Para nosotros el dolor, para vosotros la odiosidad de un ataque contra la república indefensa; para vosotros, que podríais, sin perder nada de vuestros derechos, disminuir el odio que va unido á ellos. Haced que vuestro colega no dé comienzo á este asunto antes del regreso de los cónsules; los mismos equos y los volscos, el año anterior, cuando la muerte se llevó á nuestros dos primeros magistrados, calmaron los furios de una guerra encarnizada é implacable.» Los tribunos decidieron á Terentilo á aplazar y después á retirar su proposición, é inmediatamente se apresuró el regreso de los cónsules.

Lucrecio regresó cargado de inmenso botín y con gloria mucho mayor; gloria cuyo brillo aumentó cuidando de exponer en el Campo de Marte todo el botín. Durante tres días cada cual pudo ir á reconocer y recobrar lo que le pertenecía, vendiéndose lo que quedó sin

to exclusivamente reservado á los patricios. Estos tenían demasiado interés en dejar vagos y confusos los límites de sus derechos y de los del pueblo, para conseguir la codificación de las costumbres y de las leyes. Por esta razón se opusieron durante diez años á la ley Terentila.

dueño. Por unanimidad se concedió el triunfo al cónsul, mas este honor quedó aplazado. El tribuno presentaba su ley, y ninguna otra cosa preocupaba más al cónsul. Durante muchos días agitóse el asunto en el Senado y delante del pueblo. Cediendo al fin Terentilo á la majestad consular, desiste, y se tributaron al vencedor y á su ejército los honores merecidos. Lucrecio triunfó de los volscos y de los equos, y el triunfador traía en pos sus legiones; concediéndose á este cónsul que entrase en ovación (1), pero sin los soldados. Al año siguiente, presentando todo el colegio de tribunos la ley Terentila, atacaron de nuevo á los cónsules, que eran á la sazón P. Volumnio y Ser. Sulpicio. Este año también apareció inflamado el cielo; la tierra experimentó terribles sacudidas; una vaca habló, y esta maravilla, negada el año anterior, fué creída en éste. Entre otros prodigios, llovieron pedazos de carne; é inmensa cantidad de aves, revoloteando en medio de la lluvia, la devoraban, según dicen. La que cayó sobre la tierra permaneció muchos días sin corromperse. Los libros sibilinos (2), consultados por los duntviro sagrados, contestaron que amenazaba una nube de extranjeros, que se apoderarían de las alturas de la ciudad para comenzar desde allí la matanza, y recomendaban

(1) El general cuya victoria no había ofrecido dificultades ni peligros, ni producido resultado importante, obtenía un triunfo de orden inferior, llamado ovación. Entraba en la ciudad, no en carro, sino á pie ó á caballo; coronado, no de laurel, sino de mirto, y rodeado, no de sus soldados, sino de un grupo de músicos. En vez de un buey, se sacrificaba un carnero (*ovem*), de donde se cree que este género de triunfo tomaba su nombre.

(2) También se daba el nombre de *fatales* á estos libros que en número de tres, según la tradición, fueron llevados á Roma bajo Tarquino el Viejo ó Tarquino el Soberbio. Los *duntviri sacerorum* estaban encargados de consultarlos en las circunstancias difíciles; en el año de Roma 387 elevóse á diez el número de estos ministros, y Silo los elevó á quince.

sobre todo abstenerse de discusiones civiles. Los tribunos recriminaban diciendo que aquello se hacía de intento para estorbar la ley: de pronto (porque todos los años se reproducía el mismo círculo de acontecimientos), comunican los hérnicos que los volscos y los equos, á pesar del quebrantamiento de sus fuerzas, rechacen sus ejércitos: en Anzio está el núcleo de la maquinación, los colonos anziotas se reúnen públicamente en Ecetra; este es el origen y estos los medios de la guerra. Ante estas noticias, el Senado decreta una leva, y manda á los dos cónsules que se repartan los mandos militares; debiendo marchar uno contra los volscos y otro contra los equos. Los tribunos alborotan en el Foro: «Esta guerra de los volscos es una fábula preparada por los hérnicos. No se oprime ya solamente con la fuerza la libertad del pueblo romano, sino que se la clude con la astucia. Como la destrucción casi completa de los volscos y de los equos no permite prestar fe á un armamento casi espontáneo de su parte, se buscan nuevos enemigos; infámase á una colonia fiel y vecina; el Senado declara la guerra á los anziotas inocentes; la hace el pueblo romano; le carga con el peso de las armas; saca precipitadamente las huestes fuera de las murallas, castigando con el destierro y el alejamiento de los ciudadanos los ataques de los tribunos. De esta manera, y no teniendo otro objeto aquellas maniobras, triunfarán de la ley, á menos que no se aproveche el momento en que nada se ha hecho aún, en que se encuentran en Roma, revestidos de la toga, para conservarse una patria, para libertarse del yugo. No faltará apoyo al valor; todos los tribunos están de acuerdo; no hay enemigos que temer, ni peligros exteriores; los dioses atendieron el año anterior á la segura defensa de la libertad.» Así decían los tribunos.

En la parte opuesta y delante de ellos, los cónsu-



les habían colocado sus sillas y procedían al alistamiento. Acuden los tribunos y llevan en pos á los que les escuchan. Apenas habían citado algunos, como para tantear la situación, se traba la lucha. El licitor detiene á un ciudadano por orden del cónsul; el tribuno manda que le suelten; atropéllanse los derechos: la fuerza y los golpes son los únicos medios de conseguir lo que se pretende. Lo que habían hecho los tribunos para impedir el alistamiento, lo hicieron á su vez los patricios contra la ley presentada todos los días comiciales. La señal ordinaria del disturbio era la orden de votar que daban al pueblo los tribunos (1); los patricios se negaban entonces á abandonar sus puestos. No acudían los ancianos á estas reuniones, en las que se prescindía de la prudencia y todo se concedía á la fuerza y á la temeridad; frecuentemente hasta los mismos cónsules se retiraban, temiendo exponer su dignidad á algún atropello en medio del desorden. Allí estaba Kæson Quincio, joven orgulloso de su linaje, de su fuerza y de su estatura. Estas cualidades que debía á los dioses, las había realizado él mismo con multitud de hazañas brillantes y con sus triunfos en la tribuna, no habiendo en Roma ninguno más elocuente ni más intrépido. En pie, en medio del grupo de los patricios, á los que dominaba con su estatura, y como si gozase de todas las dictaduras y todos los consulados con su voz y sus fuerzas corporales; bastando solo para los ataques tribunicios y las tempestades consulares. Frecuentemente á la ca-

(1) En el momento de votar las leyes, el pregonero llamaba las centurias según su rango; entonces dejaban el punto en que se encontraban reunidas, y cada una se encerraba en el cercado (*septum* ú *ovile*) que le estaba destinado. Era éste un espacio rodeado de tablas (*locus tabulatis inclusus*), cercano al tribunal consular. Un estrecho paso, algo elevado del suelo y llamado *pons* ó *ponticulus*, conducía á él. Las curias pasaban una después de otra.

beza de los suyos, arrojó del Foro á los tribunos, dispersando y poniendo en fuga á la plebe. El que caía bajo su mano se retiraba cubierto de contusiones, destrozada la ropa, y era fácil de ver que si se autorizaba aquella conducta, era asunto terminado el de la ley. Entonces fué cuando A. Virginio, encontrándose ya los tribunos, sus colegas, en cierta manera vencidos, presentó acusación capital contra Kæson. Pero aquel carácter indomable se irritó más que se abatió por la acusación, oponiéndose con mayor ardor á la ley, estrechando al pueblo y haciendo á los tribunos una guerra que parecía legitimada por ellos mismos. El acusador dejó que el acusado se precipitase por sí mismo con nuevos excesos, para excitar y alimentar el fuego del odio. Continuóse proponiendo la ley, no tanto con la esperanza de triunfar, como por provocar á Kæson. Todos los hechos y dichos á que se entregaba en aquellos debates la aturdida juventud recaían en él solo, objeto ya de las prevenciones; se resistía á la ley, y A. Virginio repetía al pueblo: «¡Cómo, romanos! ¿No comprendéis que es imposible tengáis á Kæson por conciudadano y la ley que deseáis? ¿Pero á qué hablo de ley? Coarta la libertad: con su soberbia supera á todos los Tarquinos. Esperad que sea cónsul ó dictador ese simple ciudadano, que ya reina por su fuerza y su audacia.» Multitud de gentes apoyaba estos discursos, se quejaban de malos tratamientos é impulsaban á porfía al tribuno á persistir en la acusación.

Acercábase ya el día en que debía ser juzgado, y era fácil de ver que los ánimos se inclinaban á unir á la condenación de Kæson la causa de la libertad. Obligado á ceder al fin, descende hasta las súplicas más humildes. Acude acompañado de sus parientes, que son los personajes más notables de la ciudad. T. Q. Capitolino, cónsul tres veces, al exponer los gloriosos títulos de

Kæson y de su familia, dice que «jamás en la familia de los Quinceio, ni siquiera en la ciudad de Roma, se vió carácter tan grande, cualidades tan notables y tan sólidas; á sus órdenes militó por primera vez Kæson y frecuentemente le ha visto luchando con el enemigo.» Sp. Furio confiesa que «habiéndole enviado Quinceio Capitolino á Kæson cuando se encontraba tan estrechado, él solo fué un refuerzo, y ninguno como él cooperó personalmente á la salvación de la república.» L. Lucrecio, cónsul el año anterior, brillando con reciente gloria, abandona una parte de ella á Kæson, cuyos combates recuerda, cuyas hazañas refiere en diferentes encuentros y en batalla campal. Invita á los romanos á que se persuadan de que «aquel extraordinario joven, dotado de todas las ventajas de la naturaleza y de la fortuna, ejercerá grande influencia en los asuntos de la ciudad, cualquiera que sea el punto adonde dirija sus pasos, y que Roma debe preferir ver en él un ciudadano suyo, á verle el ciudadano de país extranjero. Lo que en él ofende, el ardor, la audacia, el tiempo lo calma diariamente; lo que le falta, cada día lo aumenta la prudencia. Si la edad, aminorando sus defectos, madura también sus virtudes, que se deje á tan grande hombre envejecer en la república.» En medio de éstos, su padre L. Quinceio, llamado Cincinnato (1), se abstiene de repetir estos elogios, por temor de aumentar el odio, limitándose á pedir perdón para los errores, para la juventud de Kæson; suplicando le dejasen su hijo, porque él jamás había ofendido á nadie de palabra ni de

(1) Pretende Dion Casio que se le llamaba así porque acostumbraba rizarse el cabello. Pero esta etimología no cuadra bien con las sencillas costumbres de Quinceio. Es mucho más verosímil que recibiese este nombre porque su cabello estuviese naturalmente tan rizado que diese lugar á creer que usaba medios artificiales.

obra. Unos, por vergüenza ó por temor, prescindían de estas súplicas; otros las oponían los malos tratamientos de que sus parientes ó ellos mismos tenían que quejarse, y por sus duras respuestas revelaban cuál había de ser la sentencia.

Además de la animosidad general, pesaba sobre el joven una acusación muy grave. Marco Volscio Tictor, que había sido tribuno del pueblo algunos años antes, declaraba: «Que poco después de la terminación de la peste, había encontrado un grupo de jóvenes que escandalizaban en el barrio de la Subura (1); que se trabó una lucha, y que su hermano mayor, debilitado aún de resultas de la enfermedad, alcanzado por un puñetazo de Kæson, cayó sin conocimiento. Lleváronle en brazos hasta su casa, creyéndole muerto por consecuencia del golpe. Bajo los consulados de los años anteriores no se le había permitido denunciar aquel atroz asunto.» Ante la declaración de Volscio, de tal manera se inflamaron los ánimos, que faltó muy poco para que Kæson fuese víctima de los furros populares. Manda Virginio que se apoderen de aquel hombre y le lleven á las prisiones. Los patricios rechazan la fuerza con la fuerza. T. Quincio no cesa de gritar: «Que cuando un ciudadano, bajo el peso de una acusación capital, está en vísperas de sentencia, no se le puede prender antes de su condenación, antes de su defensa.» El tribuno protesta «que no quiere enviar el acusado al suplicio antes de la sentencia, sino retenerle en prisión hasta el día en que se le juzgue. Cuando un hombre ha dado muerte á otro, el pueblo romano debe tener la seguridad de que sufrirá el castigo de su crimen.» Dirígenle á los tribunales, cuya decisión, tomando un término medio, mantiene su in-

(1) *Subura* ó *Suburra*, barrio muy frecuentado entonces en Roma, entre el Esquilino y el Quirinal.

tervención, se opone al encarcelamiento, ordena que se citará al culpable y que una caución pecuniaria responderá al pueblo de su comparecencia. Cuando se trata de fijar la cantidad que debía exigirse, no pueden ponerse de acuerdo, teniendo que decidir el Senado. El acusado, con centinelas de vista durante la deliberación, tuvo que presentar fiadores, y cada uno de éstos hubo de comprometerse por tres mil ases. Los tribunos tenían que decidir el número, elevándole á diez, á petición del acusador. Este era el primer ejemplo de caución en asuntos públicos. Despedido del Foro, á la noche siguiente se desterró Kæson entre los toscanos. En el día del juicio alegóse que se había alejado para marchar al destierro. Virginio, sin embargo, se obstinaba en celebrar los comicios, y recurrieron á sus colegas, que disolvieron la asamblea. Con tanto rigor se exigió al padre el dinero ofrecido, que vendió todos sus bienes, se retiró como un desterrado al otro lado del Tiber y vivió allí algún tiempo en una choza solitaria.

Este juicio y el proyecto de ley mantuvieron excitada á Roma, mientras descansaba de la guerra exterior. Los tribunos, á consecuencia de esta especie de victoria y del abatimiento que había producido en el Senado el destierro de Kæson, consideraban como adoptada su ley; los patricios de más edad renunciaban por su parte á la dirección de la república; pero los jóvenes, y especialmente los compañeros de Kæson, crecieron en furor contra el pueblo y no experimentaron flaqueza en su valor. Debieron, sin embargo, á su derrota la ventaja de atacar con mayor mesura. La primera vez que presentaron la ley, después del destierro de Kæson, convenidos de antemano y apoyados por numerosa falange de clientes, en cuanto los tribunos les ofrecieron ocasión, expulsándoles de sus puestos, cayeron sobre ellos tan de golpe, que el honor ó la odiosidad no recayó so-

bre ninguno en particular; y el pueblo se quejaba de haber encontrado, en vez de un Kæson, mil. En los días en que los tribunos no se ocupaban de su ley, nada igualaba á la mansedumbre y tranquilidad de aquellos mismos jóvenes. Dirigíanse con benevolencia á los plebeyos, trababan conversación con ellos, les invitaban á sus casas, les apoyaban en el Foro y dejaban á los tribunos que celebrasen, sin interrumpirles, sus demás asambleas. Ninguno de ellos, ni en público ni en particular, se mostraba jamás disgustado si no se trataba de la ley. La juventud era por todas partes popular. No solamente terminaron los tribunos con tranquilidad la magistratura, sino que al año siguiente se realizó su reelección, sin que ni una voz se opusiese: de tal manera se abstentaban de toda violencia. Esta conducta, estas atenciones habían dulcificado al pueblo, y gracias á estos medios, se eludió durante aquel año la adopción de la ley.

Con más tranquilidad encontraron la ciudad los cónsules C. Claudio, hijo de Appio, y P. Valerio Públicola. Nada nuevo ocurrió en este año. Presentar la ley y rechazarla, era todo lo que ocupaba los ánimos. Cuanto más se acercaba al pueblo la juventud patricia, más se esforzaban los tribunos en hacerla sospechosa con sus acusaciones. «Tramábase una conspiración. Kæson estaba en Roma. Medítase la muerte de los tribunos, la matanza del pueblo. Los patricios viejos han encargado á los jóvenes que arranquen de la república el poder tribunicio y devolver al Estado la forma que tenía antes de la retirada al Monte Sacro.» Temíase, entre tanto, que los volscos y los equos intentasen de nuevo aquella guerra, periódica, por decirlo así, y que todos los años se reproducía regularmente. Pero surgió de pronto otro peligro mucho más apremiante. Desterrados y esclavos en número de cuatro mil quinientos próximamente, con

el sabino Appio Herdonio á su cabeza, se apoderaron, durante la noche, del Capitolio y la fortaleza, degollando en el acto á cuantos se niegan á unirse á ellos y á empuñar las armas. En medio de la conmoción acuden algunos al Foro dominados por el miedo. Oíanse gritos de «¡A las armas!» «¡El enemigo está dentro de la ciudad!» Temen los cónsules armar al pueblo, y dejarle desarmado. Ignorando en qué consiste aquella calamidad repentina, extraña ó doméstica, nacida del resentimiento ó de la perfidia de los esclavos, que ha caído sobre la ciudad, quieren calmar la agitación y frecuentemente sólo consiguen aumentarla. La autoridad no tenía imperio sobre aquella multitud temblorosa y consternada. Sin embargo, distribúyense armas, pero con precaución, las necesarias solamente, puesto que se ignora quién es el enemigo, para formar una fuerza que baste á cualquier necesidad. En medio de aquella incertidumbre, ignorando con qué especie y con qué número de enemigos tenían que habérselas, pasaron el resto de la noche en distribuir guardias en todos los puntos favorables para la defensa de la ciudad. El día descubrió al fin qué guerra era aquella y quién era su jefe. Hacíanla los esclavos, á quienes Appio Herdonio llamaba á la libertad desde el alto del Capitolio. «Había tomado en sus manos la causa de la desgracia; quería devolver á su patria á aquellos á quienes había desterrado la injusticia, y destruir el pesado yugo de la esclavitud. Prefería que el mismo pueblo romano lo ordenase así. Si nada puede esperar por este lado, se dirigirá á los volscos y á los equos é intentará todos los esfuerzos.»

El asunto quedó aclarado para los senadores y los cónsules; pero sospechaban que detrás de aquellas amenazas se ocultasen las tramas de los volscos y de los sabinos; temiendo que en el momento en que tantos

enemigos se agitaban dentro de la ciudad llegaran, de concierto con Herdonio, legiones etruscas y sabinas, y en seguida los eternos enemigos, los volscos y los equos, dispuestos ahora, no á devastar el territorio, sino á marchar sobre Roma, que consideraban tomada en parte. Mil asuntos diferentes excitaban la alarma, los esclavos sobre todo, porque cada cual podía tener el enemigo dentro de su casa. Era igualmente peligroso fiarse de él ó desconfiar, á riesgo de provocar su venganza; y aun con la concordia, apenas parecía posible salvar la república; pero en medio de tantos y tan multiplicados males, nadie pensaba en la animosidad de los tribunos y del pueblo: mal poco peligroso, que solamente lo era á falta de otro, y que, en aquel momento, debía hacerlo desaparecer el miedo del extranjero. Y sin embargo, este fué casi el único peligro real en aquellas desgraciadas circunstancias. Tal era el delirio de los tribunos, que, á escucharles, aquello no era la guerra, sino un vano simulacro de guerra, y que se había imaginado aquella invasión del Capitolio para separar la atención de la ley. «Una vez adoptada la ley, decían, esos huéspedes, esos clientes de los patricios, no teniendo ya objeto su agitación, se retirarán con menos ruido que han venido.» Hicieron, por consiguiente, quitar las armas al pueblo, y le convocan á comicios para votar la ley. Los cónsules, por su parte, convocan el Senado, más alarmados por los nuevos temores que inspiraban los tribunos, que lo estuvieron por la sorpresa nocturna.

En cuanto P. Valerio se entera de que han dejado las armas y abandonado los puestos, deja á su colega presidiendo el Senado, sale de la Curia y se dirige á los tribunos en su asamblea, exclamando: «¿Qué es esto, tribunos? ¿Queréis derribar la república bajo la dirección de Appio Herdonio y sus auspicios? ¿Tan bien ha con-



seguido corromperos quien no ha podido quebrantar á á vuestros esclavos? ¿Es acaso cuando el enemigo se encuentra sobre nuestras cabezas ocasión de deponer las armas y presentar leyes?» Y dirigiendo en seguida la palabra á la multitud: «Si la salvación de la república, si vuestra salvacion, romanos, os interesan algo, respetad un poco á vuestros dioses, que en este momento están en poder del enemigo: Júpiter Optimo Máximo; Juno, reina de los dioses, Minerva (1), los demás dioses y diosas están sitiados; un campamento de esclavos ocupa los penates de la patria. ¿No se diría que estamos atacados de demencia? Millares de enemigos se encuentran dentro de nuestras murallas, ¿qué digo? están en la fortaleza, encima del Foro y del Senado: sin embargo, en el Foro se celebran comicios, en el Senado se delibera como en el seno de la paz: el senador emite su opinión, el pueblo su voto. ¿No sería mejor que todos, patricios y plebeyos, cónsules y tribunos, dioses y hombres, protegiesen á Roma con las armas, correr al Capitolio, libertar y devolver la paz á esta morada augustísima de Júpiter Optimo Máximo? ¡Oh, padre Rómulo; tú, que en otro tiempo recobraste el Capitolio de esos mismos sabinos á quienes lo había entregado el oro, infunde tu valor á tus hijos! Muéstranos el camino por donde, detrás de ti, se lanzó tu ejército. Heme aquí el primero, yo, cónsul, dispuesto á seguirte, en cuanto un mortal puede seguir á un dios y marchar sobre sus huellas.» Y terminó diciendo que por su parte empuña las armas y á las armas llama á todos los romanos; si alguno se opone á ello, olvidará, para perseguirle, la autoridad consular, el poder tribunicio y has-

(1) Estas tres divinidades recibían adoración en el templo del Capitolio como protectoras de la república. Estas eran las que suponían los poetas traídas de la fortaleza de Troya á Roma.

ta las leyes más sagradas: sea quien quiera el que se oponga, en todas partes, en el Capitolio y en el Foro, le tendrá por enemigo: que los tribunos que prohíben se tomen las armas contra Herdonio, las manden empuñar contra su cónsul P. Valerio, y él se atreverá, en contra de los tribunos, á lo que se atrevió el jefe de su familia contra los reyes. Inevitables parecían las mayores violencias, y se preparaba para los enemigos el espectáculo de una sublevación en Roma. Sin embargo, ni la ley pudo aprobarse, ni el cónsul marchar sobre el Capitolio: la noche calmó la lucha que se trababa, y los tribunos retrocedieron ante la obscuridad, por temor á las armas consulares. Libres de los autores de la sedición, los patricios se mezclan al pueblo, penetran en medio de los grupos y pronuncian palabras en armonía con las circunstancias. Invítanles á que consideren los peligros á que arrastran á la república. «No se trata ahora de una cuestión entre patricios y plebeyos, sino que á la vez entregan al enemigo el Senado y el pueblo, la fortaleza de Roma, los templos de sus dioses, los penales públicos y los de cada ciudadano.» Mientras de esta manera se procuraba calmar las discordias en el Foro, los cónsules, temiendo un movimiento por parte de los sabinos ó de los veyos, permanecían cerca de las puertas y de las murallas.

Aquella misma noche anunciaron en Túsculum la toma de la fortaleza, la ocupación del Capitolio y el estado de agitación que, por otras causas, reinaba en la ciudad. Era dictador en Túsculum L. Mamilio; y, sin perder momento, convoca el Senado; é introducidos los que habían llevado las noticias, aconseja enérgicamente «no esperar que llegasen legados de Roma en demanda de socoros. El mismo peligro de los romanos, su crítica posición, los dioses, la fe de los tratados, reclamaban el auxilio de los tusculanos. Merecer el

agradecimiento, por un servicio extraordinario, de un pueblo tan poderoso y vecino, es un favor que no les ofrecerán dos veces los dioses ocasión de merecer.» Deciden, pues, enviar socorros; alístanse los jóvenes y se les dan armas. Al verles desde lejos al amanecer los romanos, les creen enemigos, suponiéndolos volscos y equos; pero disipados muy pronto aquellos vanos terrores, ábrenles las puertas y bajan formados al Foro. Allí ordenaba ya P. Valerio sus fuerzas, por haber dejado á su colega el cuidado de guardar las puertas. Habiendo prevalecido su viril autoridad prometió que después de recobrar el Capitolio y devolver la paz á Roma, si el pueblo consentía en escucharle, revelaría la añagaza cuyo triunfo debía asegurar la ley de los tribunos; y que después, contando con el recuerdo de sus antepasados, digno del nombre que, desde aquéllos le transmitía en cierto modo el deber hereditario de proteger los intereses populares, no presentaría ningún obstáculo á las asambleas del pueblo. Por orden suya, y á pesar de las reclamaciones de los tribunos, las fuerzas comienzan á subir la pendiente del Capitolio, y con ellas la legión tusculana: aliados y ciudadanos se disputan el honor de recobrar la fortaleza. Cada jefe excita á sus soldados: el enemigo se amedrenta, no contando más que con la ventaja de su posición. Mientras le agita el temor, los romanos y los aliados dirigen contra él sus enseñas: ya se habían abierto camino hasta el vestibulo del templo, cuando P. Valerio, animando á los suyos, ocupa la primera fila. El consular P. Volunio le ve caer, y manda á los que le rodean que cubran su cuerpo, y toma el puesto y la autoridad del cónsul. El ardor, la impetuosidad del soldado le impiden se entere de pérdida tan grande, venciendo antes de enterarse de que combatía sin general. Multitud de desterrados mancharon el templo con su sangre; otros mu-

chos son capturados vivos. Herdonio quedó muerto. Así se recobró el Capitolio. Los prisioneros, según eran libres ó esclavos sufrieron, el suplicio propio de su condición (1). Los tusculanos recibieron las gracias; purificóse el Capitolio y se ofrecieron sacrificios. Dícese que cada plebeyo llevó á la casa del cónsul la cuarta parte de un as para aumentar la pompa de los funerales.

Restablecida la paz, los tribunos estrechan al Senado para que cumpla la promesa de P. Valerio, y, dirigiéndose á Claudio para que preserve del perjurio los manes de su colega, y deje presentar la ley. El cónsul sostiene que antes de reemplazar á su colega, no consentirá que se presente la ley. Estas discusiones se prolongan hasta los comicios encargados de elegir un cónsul subrogado (2). En el mes de Diciembre, gracias á los esfuerzos de los patricios, nombran cónsul á L. Q. Cincinnato, padre de Kæson, que en seguida tuvo que entrar en funciones. El pueblo estaba consternado: veíase en manos de un cónsul irritado, omnipotente por el favor del Senado, por su mérito y por la influencia de sus tres hijos, de los que ninguno cedía á Kæson en grandeza de ánimo; pero que, por su prudencia y moderación, cuando lo exigían las circunstancias, le eran superiores. En cuanto quedó revestido de su magistratura, asiduo en su tribunal, desplegó igual energía para contener al pueblo como para amonestar á los patricios. «Por la debilidad de este orden, decía, se per-

(1) Es decir, los hombres libres fueron decapitados y los esclavos crucificados.

(2) Cuando un cónsul ú otro magistrado moría en el ejercicio de su cargo antes que terminase el tiempo que debía durar, el cónsul superviviente ú otro magistrado designado para celebrar los comicios pedía al pueblo que le reemplazase. El que nombraba el pueblo en sustitución del difunto añadía á su título el epíteto de *suffectus*.

petúan en su cargo los tribunos, reinando, no sobre la república del pueblo romano, sino como sobre una familia desordenada, por la lengua y las invectivas. Con su hijo Kæson habían sido desterrados de Roma el valor, la fortaleza y todas las virtudes militares y civiles de la juventud. Habladores, sediciosos, fraguadores de discordias, dos veces, tres veces tribunos, gracias á malas artes, vivían con regia licencia. ¿Acaso A. Virginio, dice, por no haber estado en el Capitolio, merece menos la muerte que Ap. Herdonio? Sin duda mil veces más, si se quiere juzgar con equidad. Al menos Herdonio, al declararse enemigo vuestro, os advirtió en cierto modo para que empuñaseis las armas; ese otro, cuando negaba la guerra, os quitaba las armas de las manos, entregándoos desnudos á vuestros esclavos y á los desterrados. Y vosotros (lo diré sin ofensa para C. Claudio y el difunto P. Valerio), ¿habéis llevado vuestras enseñas al pie del Capitolio, no habiendo exterminado primero esos enemigos del Foro? ¡Me avergüenzo por los dioses y los hombres! Cuando el enemigo era dueño de la fortaleza y del Capitolio; cuando un jefe de desterrados y de esclavos, manchado con todas las profanaciones, se había establecido en la morada de Júpiter Optimo Máximo, Túsculum, antes que Roma, tomó las armas. Háse podido dudar quién, si L. Mamilio, jefe de los tusculanos, P. Valerio ó C. Claudio, cónsules romanos, habrán libertado la fortaleza de Roma. Y nosotros, que en otro tiempo no soportamos que los latinos, viendo al enemigo en su territorio, tomasen las armas para su propia defensa, hoy si los latinos no hubiesen empuñado las armas por sí mismos, nos encontraríamos cautivos y anonadados. ¿Es así, tribunos, como se socorre al pueblo, entregándole sin defensa á la matanza? ¿Cómo si algún hombre de vuestro pueblo, si el último de esa clase, que en cierta manera separáis del resto de la

nación para formaros una patria especial, una república particular, si uno de ellos viniese á deciros que sus esclavos, con las armas en la mano, sitiaban su morada, ¿no pensaríais que era necesario socorrerle? Y á Júpiter Optimo Máximo, á quien sitiaban desterrados y esclavos, ¿no se le debía ningún socorro humano! ¡Y estos piden que se les declare inviolables y sagrados, cuando para ellos no son sagrados ni inviolables los dioses! Por llenos que estéis de delitos contra los dioses y los hombres, no cesáis de decir que triunfará vuestra ley este año. En ese caso, si triunfáis, á fe mía el momento en que se me creó cónsul fué más fatal á la república, más fatal mil veces que aquel en que pereció nuestro cónsul Valerio. Pero ante todo, romanos, añadió, mi colega y yo hemos decidido llevar las legiones contra los volscos y los equos. No sé por qué fatalidad encontramos los dioses más favorables en los combates que en la paz. El peligro en que esos pueblos pudieron ponernos si hubiesen sabido que los desterrados ocupaban el Capitolio, mejor es apreciarlo por el pasado que experimentarlo algún día.»

Las palabras del cónsul conmovieron al pueblo: reanimados los patricios, creyeron ver renacer la república. El otro cónsul, más atrevido para reanudar una empresa que para dirigirla, dejó sin dificultad que su colega se comprometiese en empeño tan arduo, pero reclamó en la ejecución su parte de funciones consulares. Los tribunos sin embargo se burlaban de aquellas palabras que consideraban vanas, y preguntaban con insistencia: «¿Cómo llevarían los cónsules un ejército que nadie les dejaría levantar?»—«No tenemos que hacer alistamiento, respondió Quincio, cuando, para recobrar el Capitolio, dió P. Valerio las armas al pueblo, á petición suya juraron todos reunirse bajo sus órdenes y no separarse sin su mandato. Nosotros decre-

tamos que todos vosotros que habéis prestado ese juramento (1), os presentéis mañana armados en el lago Regilo.» Los tribunos procuraron por medio de sofismas destruir los escrúpulos del pueblo: «Quinceio no era más que un sencillo ciudadano cuando se ligaron con aquel juramento.» Pero entonces no reinaba, como en nuestro siglo, indiferencia para con los dioses; no se sabía interpretar los juramentos y las leyes para acomodarlas al propio gusto, prefiriéndose acomodar á ellos la conducta. Desesperando los tribunos de estorbar aquellos designios, trataron de detener la marcha del ejército; difundióse además el rumor de que los augures mismos habían recibido orden de presentarse en el lago Regilo y de inaugurar un emplazamiento en el que, después de los ritos sagrados, pudiesen tratarse los asuntos públicos. Allí, todo lo que la violencia tribunicia había podido conseguir en Roma, debía desaparecer en los comicios. Adoptaríase cuanto quisieran los cónsules, porque la apelación de los tribunos no tenía fuerza á más de una milla de la ciudad; y ellos mismos, si se presentaban confundidos con la muchedumbre de los patricios, quedarían sujetos á la autoridad consular.» Asústanse de estos rumores, pero muy pronto llegó el terror al colmo, porque Quincio repetía públicamente que no convocaría los comicios para la elección de cónsules. Los males de la república no eran de aquellos que podían curarse con remedios ordinarios; necesitaba un dictador, y si alguno trata de comprometer la tranquilidad pública, sabrá que la dictadura no admite apelación.»

El Senado estaba en el Capitolio y los tribunos acu-

(1) El juramento tenía tanta fuerza entre los romanos, que nada les sujetaba más á las leyes. Muchas veces realizó empresas por el juramento que no hubiese intentado por la gloria ni por la patria.

den á él con el pueblo consternado. La multitud implora á gritos compasión, ora de los cónsules, ora de los senadores; pero el cónsul permanece inflexible hasta que los tribunos hubieron prometido someterse á la autoridad del Senado. Dando cuenta entonees el cónsul de las peticiones de los tribunos y del pueblo, se decretó por *senatus-consulto*: «Que los tribunos no presentarían su ley aquel año, y que los cónsules no sacarían el ejército fuera de las murallas. En lo venidero, la continuación de los magistrados en sus cargos, la reelección de los mismos tribunos, serían, á juicio del Senado, ataques á la república.» Los cónsules se conformaron con estos decretos; pero los tribunos, á pesar de las reclamaciones de los cónsules, fueron reelegidos. A su vez los patricios, por no ceder nada al pueblo, presentaban cónsul á L. Quincio. Jamás apostrofó el cónsul con tanta energía en todo el año. «¿Extrañará, padres conscriptos, el descrédito de vuestra autoridad ante el pueblo? Vosotros mismos la destruís. Así, pues, porque el pueblo viola vuestros decretos, continuando con sus magistrados, ¿vais á violarlos vosotros mismos, para igualar en el desorden á la multitud, como si en el Estado estuviese unida la preponderancia á la ligereza y á la licencia? Porque hay sin duda más ligereza en destruir las propias deliberaciones y los propios decretos que los ajenos. Imitad, padres conscriptos, á esa turba inconsiderada; destinados á servir de modelo á los demás, seguís vosotros mismos su funesto ejemplo, antes que atraerla á la justicia con el vuestro. En cuanto á mí, lejos de imitar á los tribunos, no consentiré, con desprecio de vuestro *senatus-consulto*, mi reelección al consulado. Y á ti, C. Claudio, te conjuro para que separes al pueblo romano de tales excesos; y júzgame bien para persuadirte de que, lejos de ver en tus manobras un obstáculo á mi elevación, á mis ojos realzan



la gloria de mi negativa y contribuirán á alejar de mí lo odioso que va unido á una reelección.» Los dos cónsules decretan en común «que ningún ciudadano debe presentar á L. Quincio para el consulado, y si alguno lo hace, se anulará su voto.»

Creáronse cónsules á L. Fabio Vibulano, por tercera vez, y á L. Cornelio Maluginense. Este año se hizo el censo de los ciudadanos; pero sin cerrar el lustro, porque la toma del Capitolio y la muerte del cónsul eran agüero siniestro. En cuanto entraron en funciones Fabio y Cornelio, comenzaron con el año las turbulencias. Los tribunos hostigaban á la plebe: los latinos y los hérnicos anunciaban una guerra terrible de parte de los volscos y los equos. Ya se encontraban en Anzio las legiones volscas y la misma colonia inspiraba graves temores de traición. Con sumo trabajo se consiguió de los tribunos que ante todo se pensaría en la guerra. Repártense los mandos los cónsules: Fabio debía llevar las legiones á Anzio; Cornelio quedar guardando á Roma, para impedir que parte de los enemigos, como acostumbraban los equos, viniese á devastar el territorio. Los hérnicos y los latinos recibieron órdenes para suministrar soldados, según los convenios, y los aliados formaron las dos terceras partes del ejército; el resto era de ciudadanos. En cuanto los aliados llegaron, en el día fijado estableció el cónsul su campamento fuera de la puerta Capena; después, habiendo revistado sus tropas, marchó sobre Anzio, deteniéndose cerca de la ciudad y del campamento enemigo. Los volscos, que no se habían reunido todavía al ejército de los equos, rehusan el combate y atienden á su reposo y seguridad detrás de las empalizadas. A la mañana siguiente, Fabio, que no quiere confundir y reunir á los aliados y á los ciudadanos, forma de los tres pueblos tres cuerpos separados, colocándolos en derredor de las empalizadas enemi-

gas: el centro lo ocupa él con las legiones romanas. Todos tenían orden de prestar atención á las órdenes que diese, para que los aliados pudiesen atacar al mismo tiempo que él, ó retirarse, si mandaba tocar retirada. Cada pueblo tenía su caballería dispuesta, según la táctica. Este triple ataque envuelve el campamento. Estrechados por todas partes, los volscos no pueden resistir el ímpetu y los arrojan de sus fortificaciones. Atraviesan los romanos las empalizadas, lanzan sobre un solo punto aquella gente aterrada y la expulsan del campamento. En el desorden de la fuga, la caballería, que por la dificultad de atravesar las empalizadas había permanecido hasta entonces espectadora del combate, toma parte en la victoria, destrozando á los fugitivos. Grande fué la matanza dentro y fuera del campamento; pero mayor fué el botín, porque el enemigo apenas pudo llevarse las armas: á no proteger los bosques la fuga de aquel ejército, hubiese quedado completamente destruído.

Mientras se realizaban estos movimientos delante de Anzio, destacan los equos un cuerpo de su juventud más escogida, que sorprendiendo de noche la fortaleza de Túsculum, se apodera de ella. El grueso del ejército se establece cerca de las murallas de la ciudad para llamar la atención. Llegan á Roma las noticias; de Roma vuelan al campamento de Anzio, y producen tanto efecto en los romanos, como si los anunciaran la toma del Capitolio. El servicio de los tusculanos estaba reciente aún: la igualdad del peligro que les amenaza con aquel de que libertaron á Roma, reclama iguales socorros que recibieron de ellos. Fabio lo abandona todo, traslada apresuradamente el botín desde el campamento á la ciudad de Anzio; deja allí corta guarnición, y corre á Túsculum á marchas forzadas. Los soldados no pudieron trasportar más que sus armas y los

alimentos preparados que encontraron á mano. Las remesas que Cornelio enviaba de Roma cubrieron á sus necesidades. Durante algunos meses se hizo la guerra en Túsculum. El cónsul, con parte del ejército, sitió el campamento de los equos, habiendo cedido el resto á los tusculanos para que recobrasen la fortaleza. No pudo triunfar la fuerza, pero les venció el hambre, y cuando estuvieron reducidos á la última extremidad, los tusculanos les hicieron pasar bajo el yugo, desnudos y sin armas. Cubiertos de ignominia huían hacia sus moradas, cuando el cónsul Fabio les alcanzó cerca del Algido y les exterminó hasta el último, viniendo á acampar con su ejército victorioso en Columen (así se llama este punto). Considerando el otro cónsul que después de esta derrota del enemigo no corren peligro alguno las murallas de Roma, se aleja de la ciudad. Entonces entran los dos cónsules por puntos diferentes en el territorio enemigo, y rivalizan en esfuerzos para extender las devastaciones, el uno en el país de los volscos, el otro en el de los equos. Encuentro en algunos autores que en este año tuvo lugar la defección de los anziatos, y que el cónsul L. Cornelio, encargado de esta guerra, se apoderó de su ciudad; sin embargo, no mencionando estos acontecimientos los escritores más antiguos, no me atrevo á asegurarlos.

Terminada esta guerra, agitó al Senado la intestina que hacían los tribunos. Estos exclaman: «Que es una perfidia retener el ejército fuera, una traba puesta á la adopción de la ley; pero que no por ello dejen de llevar á cabo su empresa.» Obtiene, sin embargo, L. Lucrecio, prefecto de Roma, que para comenzar los trabajos esperaran los tribunos el regreso de los cónsules. Habíase promovido nueva causa de disturbios: los cuestores A. Cornelio y L. Servilio habían demandado á M. Volscio por haber dado contra Kæson una declara-

ción cuya falsedad estaba fuera de duda. De multitud de pruebas resultaba que el hermano de Volspicio, desde el momento en que cayó enfermo, no volvió á presentarse en público, no tuvo tampoco ninguna mejoría en su enfermedad, que duró tres meses y terminó con la muerte. Mas aún: en la época á que el testigo se refería, Kæson no había regresado á Roma. Sus compañeros de armas aseguraban que había permanecido constantemente en el ejército sin disfrutar licencia. Para apoyar estos hechos, muchos ciudadanos pedían, á riesgo suyo, un juez para Volspicio (1), que no se atrevió á sufrir la prueba, y esta reunión de circunstancias no dejaban ya duda acerca de la condenación de Volspicio, como en otro tiempo no las dejó la declaración de Volspicio acerca de la sentencia de Kæson. Los tribunos demoraban el asunto, diciendo que no permitirían á los cures celebrarse comicios para el juicio, si antes no se celebraban para la ley, continuando así los dos asuntos hasta la llegada de los cónsules. Después de su entrada triunfal, al frente del ejército victorioso, ya no se habló de la ley, y la mayor parte creían en la derrota de los tribunos. Pero como el año tocaba á su fin, y aspiraban á la cuarta elección, habían reservado para el debate de los comicios la energía que desplegaron en luchar por la ley. Con tanto ahinco se opusieron los cónsules á la continuación del tribunado, como si se hubiese propuesto alguna ley atentatoria á la majestad consular; pero los tribunos consiguieron la victoria. En

(1) Esta es la expresión consagrada. En los asuntos litigiosos el demandante proponía al defensor, el juez á los jueces que había elegido, y le preguntaba si no quería otros, invitándole á elegirlos él mismo. Cuando las partes estaban de acuerdo acerca de este punto, el pretor nombraba el juez ó los jueces convenidos, según determinada fórmula que correspondía á la naturaleza de la acción.

este mismo año, á petición de los equos, se les concedió la paz: terminóse el censo comenzado el año anterior y se cerró el lustro, el décimo desde la fundación de Roma. El censo dió ciento treinta y dos mil cuatrocientos nueve ciudadanos. Muy grande fué en este año la gloria militar y doméstica de los cónsules: en el exterior habían conquistado la paz; en el interior, si la armonía no fué perfecta, al menos no estuvo tan agitada la ciudad como en otras épocas.

Nombrados cónsules en seguida L. Minucio y C. Nauccio, comienzan por los dos asuntos que les ligaban al año anterior. Los cónsules empleaban siempre los mismos medios para levantar obstáculos contra la ley, y los tribunos contra el juicio de Volscio. Pero los cuestores nuevos eran más enérgicos y gozaban de mayor consideración. Eran estos M. Valerio, hijo de Valerio, nieto de Voleso, y T. Quincio Capitolino, cónsul tres veces. Este último, en la imposibilidad de devolver á Kæson á la familia de los Quincios, y á la república el más ilustre de sus ciudadanos jóvenes, perseguía con guerra tan justa como justos eran los motivos, al falso testigo que había privado de la defensa á un inocente. Los tribunos, y sobre todo Virginio, insistían sobre su ley. Concedióse á los cónsules dos meses para examinarla, y después de revelar al pueblo el lazo que encubría, al fin debían permitir que se pudiese á votación. Este intervalo produjo calma en la ciudad; pero los equos abreviaron el reposo, rompiendo el tratado concluído el año anterior con los romanos y dando el mando á Graco Clelio, que era, sin duda alguna, el primero de su nación. Bajo sus órdenes van al campo Lavicano, en seguida á los de Túsculum, llevando á ellos sus armas y estragos, y cargados de botín, establecen su campamento sobre el Algido. Q. Fabio, P. Volumnio y A. Postumio, legados de Roma, fueron á este campamento á

reclamar contra aquella infracción de la justicia y á pedir reparación según los tratados. «Si el Senado romano os ha encargado de una misión, responde el general de los equos, dirigíos á esa encina; tengo otra cosa que hacer que escucharos.» En efecto, una robustua encina se alzaba en el pretorio dando sombra á la tienda del general. Uno de los legados exclamó entonces al retirarse: «Pues bien: que esa encina sagrada, que todos los dioses sepan que vosotros rompéis los tratados; que sean hoy favorables á nuestras quejas, y muy pronto á nuestras armas, cuando realicemos la venganza de los dioses y de los hombres, cuyos derechos se violan á la vez.» En cuanto los legados regresaron á Roma, manda el Senado á uno de los cónsules que lleve un ejército contra Graco al monte Algido, y encarga al otro que tale el territorio de los equos. Los tribunos se oponían, como siempre, al alistamiento, y tal vez lo hubiesen imposibilitado al fin, á no surgir de pronto nuevos terrores.

Una muchedumbre de sabinos llegó casi bajo los mismos muros de Roma á traer la devastación: el terror reinaba en los campos y en la ciudad. Mas dócil ahora el pueblo, tomó las armas, á pesar de los gritos de los tribunos, alistándose dos grandes ejércitos. Uno, bajo el mando de Naucio, marchó contra los sabinos. Acampado este general cerca de Ereto, con pequeños pelotones, y más frecuentemente en correrías nocturnas, tan perfectamente tomó la revancha talando el territorio de los sabinos, que en comparación suya, el de Roma parecía intacto. No tuvo Minucio igual fortuna ni tanta energía de carácter en el mando de su expedición; porque habiendo establecido su campamento cerca del enemigo, sin haber experimentado descalabro notable, permanecía encerrado en sus empalizadas. Observó el enemigo; esta timidez, como de ordinario suce-

de, aumentó su audacia, y por la noche atacó al campamento; pero habiendo conseguido escaso éxito sus esfuerzos, por la mañana lo rodeó con una línea exterior. Antes de que las fortificaciones enemigas cerrasen toda salida, cinco jinetes se lanzan entre las avanzadas enemigas, y van á decir en Roma que el cónsul y el ejército se encuentran sitiados. No podía ocurrir nada más sorprendente, menos esperado; así fué que el terror llegó á tal punto, que parecía la ciudad, y no el ejército, la sitiada. Llámase al cónsul Naucio; mas pareciendo insuficiente este apoyo, pensóse en crear un dictador para sostener el Estado quebrantado. L. Quincio Cincinnato reunió todos los votos. Esta lección deben apreciarla aquellos para quienes, ante las riquezas, son despreciables todas las cosas de la tierra, y que imaginan que las altas dignidades y la virtud no pueden encontrar puesto más que en el seno de la opulencia. L. Quincio, la única esperanza del pueblo romano, cultivaba, al otro lado del Tíber, frente al punto en que ahora se encuentran los astilleros, un campo de cuatro yugadas, que todavía se llama en la actualidad *Prados de Quincio*. Allí le encontraron los legados, abriendo un hoyo, según unos; apoyado en su azadón ó detrás de su arado, según otros; pero sí es cierto que ocupado en un trabajo agrícola. Después de recíprocos saludos, le rogaron, haciendo votos por su prosperidad y por la de la república, que revistiese la toga y escuchase las instrucciones del Senado. Sorprendido, pregunta repetidas veces si ha ocurrido alguna desgracia, y manda á su esposa Racilia que busque en seguida la toga en la choza. Habiéndose revestido con ella, acércase después de limpiarse el polvo y el sudor de la frente; los legados le saludan dictador; le felicitan, le instan para que marche á la ciudad y le enteran del terror que reina en el ejército. Por orden del Senado estaba pre-

parada una nave para Quincio; y al desembarcar, recibióle sus tres hijos, que habían salido á su encuentro: después llegaron sus demás parientes y sus amigos, y al fin la mayor parte de los senadores. En medio de esta comitiva, y precedido por los lictores, marcha á su casa. Inmenso era el concurso del pueblo; pero estaba muy lejos de experimentar, al ver á Quincio, igual alegría que los patricios, porque consideraba que la autoridad era muy grande y se mostraba muy duro el hombre que iba á ejercerla. En aquella primera noche se atuvieron á la vigilancia de la ciudad.

Al día siguiente, antes de amanecer, el dictador marcha al Foro, y nombra jefe de los caballeros á L. Tarquicio, de familia patricia, y que, á pesar de haber hecho por pobreza campañas en infantería, estaba considerado en el ejército como muy superior á todo el resto de la juventud romana. En seguida marcha con su jefe de los caballeros á la asamblea del pueblo, proclama la suspensión de los negocios, manda que se cierren las tiendas en toda la ciudad, prohíbe que nadie se ocupe de asuntos particulares, ordena á cuantos pueden servir en el ejército que se presenten armados, con pan para cinco días y doce estacas (1) en el Campo de Marte antes de obscurecer. Aquellos que por su edad eran incapaces del servicio militar, debían, mientras los otros preparaban las armas y buscaban las estacas, cocer el pan. Los jóvenes corren por todos lados buscando estacas; cada cual las coge donde más pronto las encuentra sin que nadie se oponga á ello, y todos acuden con exactitud á la cita del dictador. Allí se forman en orden tan adecuado á la marcha como al combate; prepa-

(1) Ramas de árboles, ordinariamente bifurcadas, ó que tenían tres ó cuatro varillas, con objeto de que, al clavarlas, pudieran entrelazarse y formar empalizada más apretada é impenetrable.



rándose así para cualquier acontecimiento. El dictador se pone al frente de las legiones; el jefe de los caballeros dirige á sus jinetes. En los dos cuerpos, conforme exigían las circunstancias, se hacían continuas exhortaciones para acelerar el paso, para apresurarse para alcanzar de noche al enemigo: sitiaban al cónsul y al ejército romano; tres días estaban encerrados ya; nadie sabía lo que podría acontecer en cada día ó en cada noche; con frecuencia dependen de un instante los acontecimientos más importantes: «¡Acelera, signífero; avanzad, soldados!» exclaman todos, secundando los deseos de sus jefes. A media noche llegan sobre el Algido, y viendo que se encuentran cerca del enemigo, clavan sus enseñas.

Entonces el dictador, en cuanto lo permitía la obscuridad, da á caballo la vuelta al campamento enemigo, examinando su extensión y su forma; manda á los tribunos que hagan colocar todos los bagajes en el mismo punto, y que los soldados ocupen sus puestos en las filas con sus armas y estacas: estas órdenes se ejecutan al momento. Entonces, en el mismo orden que durante la marcha, despliega el ejército en extensa línea alrededor del campamento enemigo. A una señal dada, todos debían lanzar fuerte grito y cada cual debía abrir un hoyo delante de sí y clavar las estacas. Dáse la orden y á poco la señal; los soldados ejecutan lo mandado; el ruido de aquellos gritos resuena en derredor del enemigo, atraviesa su campamento y llega hasta el del cónsul, llevando á unos el terror, á otros el regocijo. Los romanos reconocen el grito de sus conciudadanos, se felicitan por la llegada de los socorros y desde sus puestos y avanzadas hostigan al enemigo. Exclama el cónsul que ya es tiempo de obrar: «Esos gritos anuncian no solamente la llegada, sino el principio del ataque; y muy grande sería su sorpresa, si el campamento enemigo

no estuviese ya amenazado en su parte exterior.» Manda, pues, á los suyos que tomen las armas y le sigan. Sus legiones comienzan el combate de noche. Sus gritos dicen al dictador que por aquella parte había comenzado también la lucha. Preparábanse ya los equos á rechazar el ataque á sus parapetos, cuando lo traba el enemigo que tenían sitiado; temiendo se abriese paso á través de su campamento, se separan de los trabajadores para hacer frente á la línea interior, y dejan la noche libre á las operaciones de Quincio, combatiendo hasta el amanecer con el cónsul. Cuando apareció la luz, estaban ya encerrados por la circunvalación del dictador y apenas sostenían el combate con un solo ejército, cuando el de Quincio, cogiendo las armas, en cuanto terminó los trabajos, atacó al campamento. Tenían que librar otra batalla, y la primera no había aflojado. Entonces, entre los dos peligros que les amenazaban, cesan de luchar los equos, recurren á los ruegos, suplican por un lado al dictador y por otro al cónsul que no hagan consistir en su destrucción el honor de la victoria y que les permitan retirarse sin armas. El cónsul les manda al dictador, y éste añade la ignominia á su desgracia. Manda que les lleven encadenados á Graco Clelio y á los principales de ellos y que le entreguen la ciudad de Corbión. No necesita la sangre de los equos; permíteles retirarse; mas para arrancarles al fin la confesión de que ha vencido y sometido á su pueblo, pasarán bajo el yugo. El yugo lo forman tres lanzas; dos clavadas en el suelo y otra atada al través en la parte superior. Bajo este yugo permitió el dictador que marchasen los equos.

El campamento de los enemigos, de que quedó dueño, estaba lleno de botín de toda especie (porque les despidió desnudos), repartiéndolo entre sus soldados solamente. En cuanto á los del cónsul y al cónsul mismo: «Soldados, les dijo con acento severo, no recibiréis

parte de los despojos de un enemigo del que habéis estado á punto de ser presa vosotros mismos; y tú, L. Minucio, hasta que demuestres el carácter de cónsul, mandarás como legado estas legiones.» Minucio abdicó en seguida el consulado, y obediente á la orden del dictador, permaneció en el ejército. La superioridad en el mando imponía entonces tan fácilmente la obediencia, que, más sensible al beneficio que á la humillación, aquel mismo ejército votó al dictador una corona de oro del peso de una libra, y, al partir, le saludó como patrono. En Roma convocó al Senado el prefecto Q. Fabio y la asamblea ordenó que entrase en triunfo Quincio á la cabeza del ejército que traía. Delante de su carro marcharon los generales enemigos; llevan además las enseñas militares, y detrás avanzan los soldados cargados de botín. Dícese que se dispusieron festines delante de todas las puertas; y los convidados, entre los cánticos triunfales y el regocijo de tales fiestas, se pusieron en seguimiento del carro. Aquel mismo día se concedió por unanimidad al tusculano L. Mamilio el título de ciudadano romano. Sin más tardanza hubiese abdicado el cargo el dictador, á no ser por los comicios reunidos para el asunto del falso testimonio de Volscio, á los que no se atrevieron á poner impedimentos los tribunos, por el temor que inspiraba el dictador. Condenado Volscio, se retiró desterrado á Lanuvio (1). Al décimosexto día abdicó Quincio la dictadura que le habían conferido por seis meses. Por estos días, el cónsul Naucio consiguió cerca de Ereto señalada victoria sobre los sabinos, que, además de la devastación de sus campos, tuvieron que soportar esta derrota. Fabio Quincio marchó á reemplazar á Q. Minucio en el Algido. A

(1) Cicerón en su oración *pro domo sua* pretende que fué llamado Koesón, y que los tribunos no se atrevieron á oponerse en vista del cariño que profesaba el pueblo á su padre.

finés del año los tribunos se agitaron algo por su ley. Mas so pretexto de que estaban ausentes los dos ejércitos, consiguieron los patricios que no se llevase ninguna proposición ante el pueblo; el pueblo consiguió por quinta vez el nombramiento de los mismos tribunos. Dícese que se presentaron lobos en el Capitolio arrojándoles de allí los perros; por consecuencia de este prodigio, purificóse el templo. Estos fueron los acontecimientos de este año.

Siguen los cónsules Q. Minucio y C. Pulvilo. Al comenzar el año, todo estaba tranquilo en el exterior; excitándose conmociones en el interior por los mismos tribunos y la misma ley. Tan acalorados estaban los ánimos, que se hubiese llegado á los extremos más violentos, de no haber llegado con grande oportunidad la noticia de un ataque nocturno de los equos sobre Corbió y de la pérdida de la guarnición. Los cónsules convocan el Senado, que les manda levantar un ejército de *subitarios* y llevarle al monte Algido. Cesan entonces los debates acerca de la ley, y se traba nueva lucha por el alistamiento. Iba á sucumbir la autoridad consular bajo el esfuerzo de los tribunos, cuando sobrevinieron nuevos terrores. Anuncióse que el ejército sabino había descendido á los campos de Roma para devastarlos y marchar en seguida contra la ciudad. El temor del peligro decidió á los tribunos á permitir el alistamiento, pero no sin condiciones. Como durante cinco años habían podido eludir sus esfuerzos, y éstos habían aprovechado poco á la causa popular, piden que para lo venidero se nombren diez tribunos del pueblo. La necesidad arranca á los patricios el consentimiento, pero especificando que no podrían reelegirse los mismos tribunos. Mas á fin de impedir que después de la guerra quedase sin efecto esta condición, como tantas otras, reuniéronse en seguida los comicios para la elección de

tribunos. Treinta y seis años después de la creación de los primeros tribunos, elevóse el número á diez, dos de cada clase, y se tomaron disposiciones para que lo mismo se hiciese en lo venidero. En seguida se realizó el alistamiento. Minucio partió contra los sabinos y no encontró al enemigo. Horacio, cuando los equos, después de destruir la guarnición de Corbión, se habian apoderado de la ciudad de Ortona, les dió batalla en el Algido, les mató mucha gente y les arrojó, no solamente del Algido, sino que también de Corbión y de Ortona. Corbión fué destruída por haber entregado su guarnición.

Fueron nombrados cónsules en seguida Cn. Valerio y Sp. Virginio. En la ciudad y en el exterior todo estaba tranquilo; pero la escasez de granos á consecuencia de excesivas lluvias pesó sobre el pueblo, y se dió una ley repartiéndole el monte Aventino. Los mismos tribunos del pueblo, reelegidos el año siguiente, bajo el consulado de T. Romilio y C. Veturio, no cesaban de ensalzar su ley en todas las asambleas. «Avergonzarse de haber aumentado en vano su numero, si aquel asunto había de dormir durante los dos años de su cargo, como había dormido durante el lustro.» En el momento en que reconcentraban toda su actividad en este asunto, llegaron correos temblando de Túsculum, y anuncian que los equos están en sus campos. Vergonzoso hubiese sido demorar el auxilio después del reciente favor recibido de aquel pueblo. Los dos cónsules enviados con un ejército encontraron al enemigo en su posición ordinaria, sobre el Algido: allí se trabó el combate, en el que cayeron más de siete mil enemigos; los restantes huyeron. El botín fué inmenso, pero los cónsules hicieron que se vendiese todo para acudir á la penuria del tesoro. Esta disposición produjo disgusto en el ejército y proporcionó á los tribunos medios

para perjudicar á los cónsules en el ánimo del pueblo. Así, pues, en cuanto salieron del cargo, y bajo el consulado de Sp. Tarpeyo y de A. Aterio, fueron demandados, Romilio por C. Claudio Cicerón, tribuno del pueblo; Veturio por L. Aliano, edil plebeyo. Uno y otro, con grande indignación de los patricios, fueron condenados, Romilio á pagar diez mil ases y Veturio quince mil. El fracaso que experimentaron estos cónsules no hizo más suaves á sus sucesores. «Podían condenarles, decían; pero el pueblo y los tribunos no harían pasar su ley.» Renunciando entonces á una ley que había envejecido desde que la presentaron, trataron los tribunos á los patricios con más dulzura. Suplicáronles que «pusiesen término á sus disensiones: si tanto les desagradaban las leyes plebeyas, que autorizasen la creación en común de comisarios elegidos entre el pueblo y los patricios, para redactar reglamentos en interés de las dos órdenes y asegurar á todos igual libertad.» No desagradaba á los patricios este medio, pero decían que «nadie podía dar leyes si no pertenecía al orden de los patricios.» Así es que, de acuerdo en cuanto á la necesidad de nuevas leyes, dividíanse en cuanto á la elección de legisladores. Enviaron, pues, á Atenas á Sp. Postumio Albo, A. Manlio y P. Sulpicio Camerino, con orden de copiar las célebres leyes de Solón y estudiar las instituciones de otras ciudades de Grecia, sus costumbres y derechos.

Este año fué tranquilo en cuanto á guerras extranjeras. El siguiente, bajo los consulados de P. Curiacio y Sex. Quintilio, fué más tranquilo aún, gracias al constante silencio que guardaron los tribunos. Debíase esto principalmente al envío de los legados á Atenas y á que esperaban las leyes que habían de traer; después á dos calamidades terribles que estallaron á la vez, el hambre y la peste, tan funestas para las personas como

para los animales. Los campos quedaron despoblados; la ciudad exhausta en funerales; multitud de familias ilustres vistieron luto. El sacerdote quirinal (*flamen quirinalis*) Serv. Cornelio sucumbió, y también el augur C. Horacio Pulvilo. Los augures eligieron para reemplazarle á C. Veturio, con tanta mayor premura, cuanto que había sido condenado por el pueblo. Hirió la muerte al cónsul Quintilio y á cuatro tribunos del pueblo. Multitud de desastres señalaron este año, pero al menos no le agitó el enemigo. Fueron cónsules en seguida C. Menenio y P. Sextio Capitolino. También pasó este año sin guerras extranjeras; pero surgieron turbulencias en el interior. Ya habían regresado los legados con las instituciones de Atenas. Los tribunos instaban más que nunca para que se comenzase al fin á redactar las leyes. Convínose en crear decenviros (1) con autoridad inapelable, y, por aquel año, no elegir ningún otro magistrado. Mucho tiempo se estuvo discutiendo si se elegiría alguno del orden de los plebeyos: cediéndose al fin á los patricios, á condición solamente de que la ley Icilia, relativamente al asunto del monte Aventino y las demás leyes sagradas no serían abrogadas (2).

(1) En el ardor de las disputas entre patricios y plebeyos, éstos pidieron que se diesen leyes fijas, para que las sentencias no dependiesen del capricho ó la arbitrariedad. El Senado cedió al fin, y para redactar estas leyes se nombraron decenviros, concediéndoles grande autoridad porque tenían que dar leyes á partidos casi irreconciliables. Suspendióse el nombramiento de todos los demás magistrados, siendo elegidos en los comicios como únicos administradores de la república. Viéronse investidos de la autoridad consular y de la tribunicia; por la primera podían reunir el Senado, por la segunda convocar al pueblo, pero no reunieron al uno ni al otro. Roma se vió sometida á la tiranía de aquellos diez hombres; tiranía tan cruel como la de Tarquino.

(2) Debe exceptuarse la ley sagrada relativa á los tribunos del pueblo, cuyo poder fué nulo durante el de los decenviros.

En el año trescientos uno de la fundación de Roma se cambió otra vez la constitución del Estado, y la autoridad pasó de los cónsules á los decenviros, como antes habia pasado de los reyes á los cónsules. Este cambio tuvo menos resonancia, porque duró poco. A sus afortunados principios siguieron grandes abusos, que aceleraron la caída de esta institución, y se volvió á dos magistrados á quienes se restituyó el título y la autoridad de cónsules. Los decenviros fueron Ap. Claudio, T. Genucio, P. Sextio, L. Veturio, C. Julio, A. Manlio, Ser. Sulpicio, P. Curiacio, T. Romilio y Sp. Postumio. Claudio y Genucio, que habían sido designados cónsules para este año, obtuvieron, en cambio de esta dignidad, la del decenvirato, y este honor se concedió á Sextio, uno de los cónsules del año anterior, por haber, á pesar de la oposición de su colega, sometido este asunto al Senado. Inmediatamente después de ellos, se nombró á los tres legados que se habían enviado á Atenas, no queriendo que misión tan lejana quedase sin recompensa; creían además que el conocimiento que habían adquirido de las leyes extranjeras sería útil al establecimiento del nuevo derecho. Los demás sirvieron para completar el numero. Dicen que los últimos votos recayeron en varones de avanzada edad, en la esperanza de que se opondrían con menos energía á las decisiones de sus colegas. El más influyente de todos era Appio, á quien sostenía el favor popular, porque habia cambiado tanto su carácter que, de cruel é implacable perseguidor del pueblo, habíase convertido de pronto en adulator suyo. Cada diez días administraba justicia al pueblo uno de los nuevos magistrados, y durante esta presidencia tenía doce lictores, y un solo aparitor por escolta cada uno de sus compañeros. Por acuerdo perfecto entre ellos, acuerdo que no debía ser siempre útil á los particula-



res, observaban relativamente á los otros escrupulosa equidad. Un solo ejemplo bastará para demostrar hasta dónde llegaba su moderación. Sus decisiones eran inapelables; sin embargo, habiendo sido desenterrado un cadáver en casa de P. Sextio, varón de familia patricia, después de descubierto y llevado delante de la asamblea, el decenviro C. Julio, á pesar de la evidencia y magnitud del crimen, se contentó con demandar á Sextio y llevar ante el pueblo á aquel de quien la ley le hacía juez; desistiendo de su derecho, para que este sacrificio de la autoridad del magistrado aprovechase á la autoridad popular.

Mientras esta justicia, incorruptible como la de los oráculos, se administraba igualmente á grandes y pequeños, no descuidaban los decenviros la redacción de las leyes (1). Para satisfacer la expectación que mantenía á la república en suspenso, las presentaron al fin en diez tablas y convocaron la asamblea del pueblo. «Para el bienestar, la gloria, la prosperidad de la república, para la felicidad de los ciudadanos y la de sus hijos, les invitaban á asistir y á leer las leyes que les proponían. En cuanto á ellos, en tanto que el ingenio de diez hombres lo había podido conseguir, habían establecido en el derecho de todos, grandes y pequeños, el equilibrio más perfecto; pero podía esperarse más del concurso de los conocimientos de todos y de sus observaciones reunidas. Cada uno debía pensar en particular, y, según su prudencia, discutir en seguida cada

(1) Los decenviros trabajaron con mucha asiduidad durante aquel año para redactar su código de leyes, que tomaron, parte de las antiguas ordenanzas de los reyes de Roma, parte de lo que copiaron de las leyes de Grecia, interpretadas por un tal Hermodoro, muy honrado y uno de los principales de Éfeso, que, desterrado de su patria, encontrábase entonces por casualidad en Roma. Dice Plinio que se le levantó una estatua en la plaza principal de esta ciudad.

disposición y manifestar las adiciones ó supresiones que debían hacerse. Así el pueblo romano tendría leyes, que no solamente habría aprobado, sino que podría decir había propuesto él mismo.» Cuando á cada uno de los capítulos presentados se hicieron las correcciones que indicó la opinión general, consideradas necesarias, los comicios, por centurias, adoptaron las leyes de las diez tablas. En nuestros días, en el confuso montón de leyes aglomeradas unas sobre otras, constituyen todavía el principio del derecho público y privado. Propagóse en seguida el rumor de que existían dos tablas más, cuya reunión á las otras completaría en cierto modo el cuerpo del derecho romano. Esta expectación, en la época próxima á los comicios, hizo desear que se nombrasen de nuevo decenviros. El mismo pueblo, á pesar de que el nombre de cónsul no le era menos odioso que el de rey, no echaba de menos el apoyo tribunicio; porque los decenviros permitían que se apelase entre ellos de sus decisiones.

Mas cuando se hubo indicado el tercer día de mercado (1) para la reunión de los comicios que debían elegir los decenviros, de tal manera se exaltó la ambición, que hasta los personajes principales (temiendo sin duda que la posesión de autoridad tan grande, si dejaban el campo libre, cayese en manos poco dignas de ella) acudieron á los comicios, y el cargo que habían rechazado con todas sus fuerzas lo solicitaban con súplicas de aquel mismo pueblo contra el cual se habían levantado. Al verles en aquella edad poner en riesgo su dignidad y los honores que les distinguían, sintióse estimulado Appio Claudio, siendo difícil decir

(1) Los mercados á que acudían los campesinos á vender sus artículos en Roma eran días feriados. Celebrábanse de nueve en nueve días, *novem dies*, de donde viene la palabra latina, *nundinæ*.

si debía contársele en el número de los decenviros ó en el de los candidatos; mostrándose por momentos más dispuesto á solicitar que á ejercer su magistratura: desacreditaba á los varones más distinguidos y ensalzaba hasta las nubes á los más insignificantes y oscuros. Él mismo, rodeado de la facción tribunicia, de los Duilios, de los Icilios, recorría el Foro, y por medio de ellos se recomendaba al pueblo. A tal punto llegó, que sus mismos colegas, entregados á él hasta entonces, abrieron al fin los ojos y se preguntaron qué pretendía. No veían nada sincero en su conducta: «Aquella afabilidad en hombre tan soberbio no era desinteresada seguramente. Aquel afán por mezclarse con el populacho, y aquellas familiaridades con los hombres más humildes eran menos propias de quien se encontraba á punto de dejar su cargo que de un ambicioso que quería continuar en él.» No atreviéndose todavía á oponerse abiertamente á su ambición, intentaron paralizar sus esfuerzos, fingiendo secundarlos; y de común acuerdo le encargan la presidencia de los comicios, so pretexto de que era el más joven. Esta maniobra tenía por objeto impedirle que se nombrase él mismo, de lo que nadie, exceptuando algunos tribunos del pueblo, había dado jamás el detestable ejemplo. Pero él, después de invocar el bien público, se encargó de celebrar los comicios, y supo sacar partido del obstáculo que le suscitaban. Por medio de sus intrigas separa á los dos Quincios, Capitolino y Cincinnato, á su tío C. Claudio, constante defensor de la causa de los patricios, y á otros ciudadanos de rango igualmente elevados, haciendo elegir para las magistraturas á hombres que estaban muy lejos de igualarles en ilustración. Él mismo se nombró el primero, incurriendo por este hecho en censuras tanto más duras, cuanto más imposible se creía aquella audacia. Con él nombraron á C. Corne-

lio Maluginense, M. Sergio, L. Minucio, Q. Fabio Vibulano, Q. Poetelio, T. Antonio Merenda, K. Duilio, S. Oppio Cornicen y M. Rabuleyo.

Desde aquel momento se mostró Appio tal cual era; abandonóse en seguida á su carácter y consiguió amoldar á sus nuevos colegas á su gusto hasta antes de que entrasen en los cargos. Diariamente se reunían sin testigos, y después de ponerse de acuerdo acerca de los planes ambiciosos que cada uno preparaba en secreto, cesaron de disimular su orgullo. De difícil acceso, contestando apenas, llegaron de esta manera á los idus de Mayo, época en que los magistrados entraban entonces en funciones. Desde el principio se señaló el primer día de su autoridad con aparato de terror. Los primeros decenviros habían establecido que uno solo tendría los doce haces, y este emblema de soberanía regia pasaba sucesivamente á cada uno de ellos. Aquel día se presentaron todos juntos, precediendo á cada uno doce lictores. Ciento veinte de éstos llenaban el Foro; llevaban hachas atadas á los haces, y la razón en que se apoyaban los decenviros para no suprimir el hacha (1) era que estaban revestidos de autoridad inapelable. Eran diez reyes por el aparato; y el terror se propagaba á la vez entre los ciudadanos más humildes y los patricios más ilustres, ante la idea de que se quería por este medio provocar, comenzar el exterminio. Que una voz favorable á la libertad se levantase en el Senado ó el pueblo, y en seguida las varas y las hachas la reducirían al silencio y harían que todos enmudeciesen de miedo; puesto que, además de no poder recurrir al pue-

(1) Valerio Publicola había introducido la costumbre de que se llevasen los haces sin hacha delante de los cónsules. Los decenviros restablecieron el uso contrario, so pretexto que se había permitido apelar de los cónsules al pueblo, mientras que su magistratura era inapelable.

blo, la autoridad de los decenviros era inapelable: con su concordia impedirían que se pudiese apelar de sus decisiones particulares á las de sus colegas, diferenciándose en esto de sus antecesores, que habían consentido se modificasen por este medio sus sentencias, y que hasta habían remitido al pueblo algunos asuntos que parecían ser de su competencia. Por algún tiempo reinó igual terror en todas las clases; pero poco á poco recayó por completo sobre los plebeyos. Respetándose á los patricios, el capricho y la crueldad pesaron sobre la plebe. En todas las causas que se llevaban á su tribunal, solamente atendían á la cualidad de las personas, y el favor se sobreponía á la equidad. De antemano convenían en su casa las sentencias y las pronunciaban en el foro. Si se apelaba de un decenviro á su colega, tenían que arrepentirse de no haberse conformado con la decisión del primero. Ignorándose por quien, había-se propagado el rumor de que su conspiración no limitaba al tiempo actual el envilecimiento de la república, sino que por acuerdo clandestino habíanse comprometido bajo juramento á no reunir los comicios y á perpetuar su decenvirato para conservar el poder de que gozaban.

Entonces comenzó el pueblo á mirar á los patricios, aguardando un soplo de libertad de aquel lado de donde sus suspicacias no esperaban antes más que esclavitud; suspicacias que habían llevado la república á aquel estado de abatimiento. Los senadores más influyentes detestaban á los decenviros y aborrecían al pueblo. Si desaprobaban lo que acontecía, era con el convencimiento de que aquellas violencias habían sido merecidas. Negaban su asistencia á hombres cuya avidéz por la libertad había sumido en la esclavitud y querían dejar que se aglomerasen las quejas para que su disgusto de lo presente hiciese desear el regreso de los

cónsules y del antiguo estado de cosas. Ya había transcurrido la mayor parte del año y se habían añadido dos tablas de leyes á las diez del anterior; una vez adoptadas estas tablas por los comicios, no había ya razón para que la república necesitase todavía la nueva magistratura. Esperábase que serían convocados muy pronto los comicios para el nombramiento de cónsules; inquietando solamente al pueblo saber cómo podría restablecerse el poder tribunicio, garantía de la libertad y cuya existencia él mismo había interrumpido. Sin embargo, no se hacía mención de comicios, y los decenviros, que al principio, por captarse popularidad, procuraban presentarse con antiguos tribunos, se forman ahora un cortejo de patricios jóvenes, cuyos grupos rodean sus tribunales. Allí llevan, allí persiguen al pueblo y los bienes que posee; la fortuna era entonces del que la ambicionaba con bastante influencia para conseguirla. Muy pronto se dejó de respetar á las personas, siendo unos azotados, otros decapitados. Y para que la crueldad no fuese estéril, la confiscación de los bienes seguía al suplicio del poseedor. El cebo de estas recompensas corrompió á los jóvenes nobles, que lejos de oponerse á la usurpación, preferían abiertamente á la libertad general la licencia de que gozaban.

Llegaron los idus de Mayo. No se habían sustituido á los decenviros otros magistrados: aunque vueltos á la vida privada, mostráronse en público sin aminorar nada su soberbia en el ejercicio del poder, ni disminuir el aparato que rodeaba su dignidad. No era dudosa la tiranía. Lloróse la libertad perdida para siempre: no se presenta vengador ni aparece para lo porvenir. No eran los romanos solos los que dudaban de su valor; eran ya objeto de desprecio para los pueblos vecinos, avergonzados de reconocer imperio allí donde no había libertad. Los sabinos, reunidos en considerable número, hacen

una incursión en territorio romano, extienden sus devastaciones, llévanse sin obstáculo como botín muchos hombres y animales, y reúnen en Ereto sus bandas diseminadas; establecen allí su campamento, esperándolo todo de la discordia de los romanos, creyéndola obstáculo para el alistamiento. Estas noticias confirmadas por la fuga de los campesinos difunden el terror en la ciudad. Celebran consejo los decenviros. Aislados entre el odio de los patricios y el del pueblo, reciben aun de la fortuna aumento de terror. Los equos en otra dirección han colocado su campamento sobre el Alguido, y desde allí extienden sus correrías y estragos por el territorio de Túsculum, viniendo á Roma legados de aquella ciudad trayendo la noticia é implorando socorro. Vencidos por el miedo, se deciden los decenviros á consultar al Senado acerca de estas dos guerras que se presentan á la vez. Sin desconocer la tempestad de odios que va á desencadenarse sobre ellos, mandan citar á los senadores para que concurren á la asamblea. Sin duda se les imputaría la desolación de los campos, se les consideraría causa de todos los peligros que amenazaban: procurarían ahogar con sus manos su magistratura, si no resistían unánimemente y si con golpes de autoridad contra los más audaces no reprimían las tentativas de otros. Cuando se oyó en el Foro la voz del pregonero que citaba á los senadores para que se reuniesen con los decenviros, experimentóse general conmoción, porque desde mucho tiempo se había prescindido de consultar la oposición del Senado: el pueblo quedó asombrado: algo había ocurrido para que después de tanto tiempo se volviese á las antiguas costumbres. Debían darse gracias á los enemigos y á la guerra, si se observaba aún alguna apariencia de libertad. Recórrese con la vista todos los púntes del Foro buscando en ellos los senadores, pero apenas se ven

algunos. Desde allí marchan á la Curia y se ve la soledad que reina alrededor de los decenviros. Entonces comprenden éstos cuán general es el odio que inspira su poder, y el pueblo vió claramente, en la ausencia de los senadores, su negativa á reconocer en particulares el derecho de convocar el Senado. Este era el principio del regreso á la libertad; si el pueblo marchaba de acuerdo con el Senado, y si, á ejemplo de los senadores, que se negaban á pesar de la convocatoria á reunirse en asamblea, él se negaba al alistamiento. Esto cundía entre la multitud. Apenas se veía un senador en el Foro; muy pocos se encontraban en la ciudad. Disgustados por la marcha de los negocios, habíanse retirado á sus tierras, ocupándose de sus intereses particulares, á falta de los públicos, y persuadidos de que se encontrarían tanto más al abrigo de las vejaciones, cuanto más se alejasen de la sociedad y de la presencia de sus recelosos opresores. Como no acudieron á la primera citación, envióse á sus casas aparitores para recoger prendas (1) de las multas é informarse de si era premeditada la negativa. Los aparitores volvieron diciendo que los senadores se encontraban en sus tierras. Los decenviros preferían esto á que los senadores estuviesen presentes y se mostrasen rebeldes á su autoridad. Mandaron que se llamara á todos, y señalaron la asamblea para el día siguiente. Más numerosa fué ésta de lo que esperaban: el pueblo dedujo que los patricios hacían traición á la causa de la libertad, puesto que el Senado reconocía el derecho de convocación en aquellos cuyos cargos habían terminado y á los que solamente la audacia elevaba sobre los ciudadanos particulares.

(1) El senador que rehusaba ó descuidaba asistir á las asambleas del Senado, si no presentaba excusa legítima era castigado con multa, para cuya seguridad se exigían prendas, que se vendían en caso de no pagar.



Pero los senadores mostraron más obediencia en acudir á la Curia que sumisión en sus opiniones. Refiérese que L. Valerio Potito, después de la proposición de Appio Claudio, y antes de que se recogiesen por orden los votos, pidió permiso para hablar de la república; ante las amenazas prohibitivas de los decenviros, declaró que llevaría la denuncia ante el pueblo y produjo viva agitación en la asamblea. Con igual energía se presentó en la lucha M. Horacio Barbato. Llamábales los diez Tarquinos; les recordaba que los Valerios y los Horacios estaban al frente de los romanos cuando se expulsó á los reyes. Y no fué porque se odiase su nombre, que podía darse á Júpiter, que había llevado Rómulo, fundador de la ciudad, que habían llevado sus sucesores; nombre que la religión había conservado en la solemnidad de sus sacrificios. La soberbia y violencia de los reyes sublevó entonces el odio. Lo que nadie había soportado de un rey ó hijo de rey, ¿quién había de soportarlo de aquellos simples ciudadanos? Que cuidasen al prohibir en el Senado la libertad de la palabra, de no impulsarla á que se hiciese oír fuera; porque no veía qué razón podría impedirle á él, ciudadano particular, convocar al pueblo, cuando ellos habían convocado al Senado. De ellos solos dependía experimentar cuánto más enérgico es el dolor combatiendo por la libertad, que la avidez luchando por injusta dominación. Proponían deliberar acerca de la guerra contra los sabinos, como si el pueblo romano tuviese enemigos más temibles que aquellos que, creados para hacer leyes, no habían dejado subsistir en la república ni sombra de legalidad; por quienes habían sido destruidos igualmente comicios, magistrados anuales, sucesión de autoridades, única prenda de equitativa libertad; en fin, simples particulares conservaban lictores y autoridad real. Una vez expulsados los reyes, habían

creado magistraturas patricias; después, á consecuencia de la retirada del pueblo, magistraturas plebeyas. Pero les preguntaba á qué orden pertenecían ellos. ¿Al del pueblo? ¿Qué habían hecho por el pueblo? ¿Al de los patricios? ¡Ellos que en cerca de un año no habían convocado al Senado y que le reunían ahora para prohibir que se hablase de la república! Esto era confiar demasiado en el terror que inspiraban: los males que se experimentaban eran más crueles que los que podían temerse.»

Ante este violento apóstrofe de Horacio los decenviros no encontraron defensa ni en la cólera ni en la paciencia, ni supieron cómo soslayar el asunto. Entonces C. Claudio, tío de Appio el decenviro, en un discurso más de súplicas que de reconveniciones, rogó por los manes de su hermano y por los de su padre que respetase los lazos de la sociedad en que había nacido, más que aquella infausta alianza que había contraído con sus colegas: esta súplica se la dirigía por él más que por la república, que, en último caso, si no podía obtener su consentimiento, recobraría, á pesar suyo, sus derechos. Pero las grandes discusiones producen grandes odios y temblaba por las consecuencias. Aunque los decenviros con sus prohibiciones hubiesen excluído de la discusión todo asunto extraño al que sujetaban á deliberación, mostraron bastante pudor para no interrumpir á Claudio, que explanó su opinión, invitando á que el Senado no decretase nada. Por este hecho comprendieron todos que Claudio consideraba á los decenviros como simples particulares, y muchos varones consulares aplaudieron sus palabras. Otra opinión, más amenazadora en apariencia, pero en realidad menos hostil, proponía que se concertasen los senadores para nombrar un inter-rey. Deliberar era reconocer como magistrados, cualesquiera que fuesen, los que habían convo-

cado al Senado; mientras que se les reducía á la vida privada, si se seguía la opinión que negaba al Senado la facultad de tomar acuerdo. En el momento en que iba á fracasar la causa de los decenviros, L. Cornelio Maluginense, hermano de M. Cornelio, uno de ellos á quien de intento habían reservado para que hablase después de los demás consulares, fingió extraordinaria solicitud por la guerra y tomó en realidad la defensa de su hermano y de los otros decenviros. Admirábase, decía, de aquella fatalidad, por la cual encontraban los decenviros, entre aquellos que habían deseado el decenvirato, sus únicos ó al menos sus adversarios más violentos; ni cómo, después de tantos meses pasados sin que la ciudad se viese amenazada en el exterior, cuando nadie durante todo este tiempo había mostrado dudas acerca de la validez de la autoridad de los magistrados, se aprovechaba el momento en que el enemigo estaba, por decirlo así, á las puertas, para suscitar discordias civiles; á no ser que se pensase en aprovechar el desorden para cohonestar de algún modo la ejecución de un plan determinado. Por lo demás, justo era, cuando cuidados tan graves ocupaban los ánimos, que nadie prejuzgase asunto tan importante. Opinaba él, añadía, que cuando se hubiesen terminado aquellas guerras inminentes, cuando la república recobrase la tranquilidad, quedasen sometidas á la deliberación del Senado las afirmaciones de Valerio y de Horacio, que pretendían que los decenviros debían haber dejado sus magistraturas en los idus de Mayo; y que desde aquel momento se previniese á Ap. Claudio que debía prepararse para dar cuenta de los comicios que celebró, siendo decenviro, para nombrar decenviros, y á responder si habían sido creados por un año solamente ó hasta que se aceptasen las leyes que se esperaban. En cuanto al presente, debía omitirse todo lo

que no se refiriese á la guerra: si se suponía que los rumores fuesen infundados y que los legados de Túsculum hubiesen traído vanos temores, necesario era mandar comisarios encargados de tomar informes más exactos. Si, por el contrario, se prestaba fe á los relatos de los mensajeros y de los legados, debían inmediatamente ocuparse de levantar tropas; los decenviros debían llevar los ejércitos adonde lo creyesen conveniente, y nada debía anteponerse á este asunto.

Los senadores jóvenes insistían para que se adoptase esta opinión. Pero más enérgicos que nunca, se levantan Valerio y Honorio exclamando: «Que tienen que hablar acerca de la república. Se dirigirán al pueblo si en este recinto les impide una facción hacerse oír. Niegan que hombres privados, en presencia de los senadores ó del pueblo, puedan imponerles silencio; quiméricos haces no podrán hacerles retroceder.» Viendo entonces Appio que si á aquella violencia no oponía igual audacia caía el decenvirato, exclama: «Desgraciado del que hable fuera de la cuestión.» Y como Valerio declaraba que no callaría por orden de un simple ciudadano, manda avanzar á un lictor. Valerio pedía ya desde el dintel de la Curia el auxilio del pueblo. L. Cornelio retiene á Appio en sus brazos, disimulando de este modo el interés que le inspira, y dirime la cuestión consiguiendo para Valerio libertad de palabra. Esta libertad solamente produjo declamaciones, y los tribunos consiguieron lo que pedían. Los mismos consulares y los senadores más ancianos, por resto de odio al poder tribunicio, cuyo regreso deseaba el pueblo con más ardor que el de la autoridad consular, preferían en cierta manera esperar que los decenviros abandonasen voluntariamente el cargo, á ver al pueblo sublevarse de nuevo en odio á los decenviros: «Si por suaves caminos y sin la tumultuosa intervención de la multitud volvían

á llevar el poder á manos de los cónsules, las guerras que suscitarían ó la moderación de los cónsules en el ejercicio de su autoridad podría llevar al pueblo al olvido de sus tribunos.» El silencio del Senado fué el edicto de alistamiento. No atreviéndose los jóvenes á luchar contra una autoridad sin apelación, dieron sus nombres. Alistadas las legiones designan los decenviros entre ellos quiénes harán la guerra, quiénes mandarán los ejércitos. Los jefes del decenvirato eran Q. Fabio y Appio Claudio. La guerra se mostraba más terrible dentro que fuera. El carácter violento de Appio parecía más á propósito para dominar un movimiento popular; Fabio había demostrado menos perseverancia en el bien que obstinación en el mal. Este varón se había distinguido primeramente como ciudadano y como soldado; pero el decenvirato y sus colegas le cambiaron de tal manera, que prefería imitar á Appio que permanecer tal cual era. Encargáronle la guerra contra los sabinos, llevando por colegas á M. Rabuleyo y G. Potilio. M. Cornelio fué enviado contra el Algido con L. Minucio, T. Antonio, K. Duilio y M. Sergio. Sp. Oppio quedó con Appio para ayudarle á defender la ciudad, y el poder de éstos fué igual al de todos los decenviros reunidos.

La república no fué afortunada en el exterior ni en el interior. Toda la falta de los jefes consistía en haberse atraído el odio de sus conciudadanos; pero la culpa principal fué de los soldados. Para impedir que se consiguiese ningún triunfo bajo el mando y los auspicios de los decenviros, dejábanse vencer, para que su deshonra fuese la deshonra de los jefes. Los sabinos les derrotaron en Ereto y los equos en el Algido. Los fugitivos de Ereto, aprovechando la tranquilidad de la noche, acercáronse á la ciudad y se atrincheraron en una altura, entre Fídenas y Crustumeria. Siguiéronles los

enemigos; pero no se atrevieron á librar combate, buscando los romanos su seguridad en la fortaleza de su posición y de sus parapetos, más bien que en su valor y en sus armas. En el Algido fué mayor la vergüenza y la pérdida: el enemigo se apoderó hasta del campamento. Despojado de todo su equipo, el soldado se refugió en Túsculum, esperando hospitalidad de la buena fe y de la compasión, que en realidad no le faltaron. Fué tan grande el terror en Roma, que los senadores, olvidando su odio al decenvirato, decretaron que se estableciesen guardias en la ciudad; aquellos á quienes la edad permitía llevar las armas debían custodiar las murallas y formar guardia delante de las puertas. Enviaron á Túsculum un socorro de armas, y á los decenviros orden para que saliesen de la fortaleza, tuviesen los soldados en un campamento, trasladasen el de Fidenas al territorio de los sabinos, y distrajesen al enemigo, por medio de una guerra ofensiva, de la idea de sitiarse la ciudad.

A los desastres causados por el enemigo añaden los tribunos dos crímenes atroces, uno en el campamento, otro en Roma. L. Siccio, que servía en el ejército dirigido contra los sabinos, aprovechando el odio que inspiraban los decenviros, impulsaba secretamente á los soldados para que restableciesen los tribunos y se sublevasen. Enviáronle á que reconociese una posición para establecer un campamento, escoltándole soldados que llevaban orden de matarle en paraje conveniente. Pero no sucumbió sin venganza. Al defenderse hizo caer en derredor suyo á muchos asesinos, y rodeado por todas partes, combatió con valor igual á sus extraordinarias fuerzas. Los que quedaron volvieron al campamento diciendo que Siccio, á pesar de los prodigios de su valor, ha perecido en una emboscada y algunos soldados con él. Al pronto se creyó á los que traían la noticia. Con permiso de los decenviros partió una co-

horte para dar sepultura á los muertos; pero no viendo á ninguno despojado, y encontrando á Siccio revestido con su armadura, tendido en medio de los demás, teniendo todos el rostro vuelto hacia él; no viendo cuerpos de enemigos ni rastro alguno de su retirada, no dudaron que Siccio había perecido á manos de los suyos, y trajeron su cadáver. La irritación llegó al colmo en el campamento, y querían llevar en el acto á Roma á Siccio; pero los decenviros se apresuraron á decretarle funerales militares á costa del erario público, sepultándole en medio del sentimiento de los soldados y de la execración que inspiraban.

La ciudad presenció un crimen ocasionado por la liviandad, y no menos terrible en sus consecuencias que la deshonra y muerte de Lucrecia, al que debieron los Tarquinos su expulsión de la ciudad y del trono; como si los decenviros estuviesen destinados á terminar lo mismo que los reyes y á perder su poder por las mismas causas. Appio Claudio experimentó lúbrico y ardiente deseo por una joven plebeya: el padre de la joven, L. Virginio, uno de los centuriones más distinguidos del Algido, era modelo de ciudadanos y ejemplo de soldados. Su esposa había vivido como él, y sus hijos estaban educados en su enseñanza. Estaba prometida la joven á L. Icilio, antiguo tribuno, hombre enérgico, que más de una vez había dado pruebas de valor por la causa del pueblo. Enamorado de aquella joven, que se encontraba en todo el esplendor de la belleza y de la juventud, intentó Appio seducirla por medio de regalos y promesas; pero viendo que el pudor le cerraba el camino, recurrió á los medios odiosos y crueles de la violencia. Su cliente, M. Claudio, recibió encargo de reclamar á la joven como esclava suya, sin atender á las peticiones de libertad provisional. La ausencia del padre parecía favorable á esta tentativa. Virginia iba al Foro,

donde estaban las escuelas de letras. El favorecedor de la liviandad del decenviro pone mano en la joven, y exclama que, hija de esclava y esclava ella también, debe seguirle, y que si resiste la llevará por fuerza. La joven queda estupefacta, y á los gritos de su nodriza (1), que invoca el socorro de los romanos, acude la multitud. De todas las bocas brotan los nombres queridos de Virgino, su padre, y de Icilio, su prometido. Sus amigos por el cariño que le tienen y la multitud por el horror de tan cruel atentado se unen á ella. Encuéntrase Virginia al abrigo de toda violencia. Claudio grita entonces que es inútil excitar la multitud; que va á recurrir á la justicia y no á la fuerza. Demanda ante el juez á la joven, á la que sus defensores invitan á seguirle. Llegan delante del tribunal de Appio, y el acusador recita una fábula muy conocida del juez, que la había compuesto: refiere que aquella joven, nacida en su casa, introducida después fraudulentamente en la de Virgino, fué presentada á éste como hija suya. En apoyo de su aserto aducirá pruebas, y las someterá al mismo Virgino, el más ofendido por la superchería. Los defensores de la joven observan que Virgino se encuentra ausente en servicio de la república; que llegará dentro de dos días si se le avisa, y que es injusto decidir en su ausencia de la suerte de sus hijos. Piden que se suspenda el juicio hasta la llegada del padre: que en nombre de la ley, que él mismo propuso, conceda la libertad provisional y no consienta que una joven quede expuesta á perder el honor con la libertad.

Antes de dictar sentencia, dice Appio: «Que su amor por la libertad está escrito en la misma ley que los amigos de Virgino invocan en su favor. Sin embargo, que

(1) Entre los romanos las nodrizas frecuentemente pasaban á ser ayas de los jóvenes que habían criado.



no puede favorecer la libertad hasta el punto de admitir la suposición de los hechos y de las personas. Es indudable que, cuando se reclama la salida de esclavitud, como cada uno puede obrar según la ley, no puede negarse la libertad provisional: en cuanto á esta joven, sometida á la autoridad paterna, nadie hay, si se exceptúa el padre, á quien el amo deba ceder. Conveniente es que se llame al padre; sin embargo, el demandante no puede hacer el sacrificio de sus derechos; le es permitido llevarse á la joven; basta que prometa presentarla á la llegada del que dicen ser su padre.» En el momento en que tan inicua sentencia excitaba mayores murmullos, que enardecían á la multitud para reclamar, preséntanse P. Numistorio, tío de la joven, é Icilio, su prometido. La muchedumbre les abre paso, comprendiendo que la intervención de Icilio es el medio más poderoso para resistir á Appio, cuando el licitor declara que se ha pronunciado la sentencia, y quiere separar á Icilio á pesar de sus gritos. El ánimo más tranquilo se habría inflamado ante tan escandalosa injusticia. «Tendrán que arrancarme de aquí con las armas, Appio, si quieres encubrir con el silencio el misterio de tus designios. Esta virgen será mi esposa: yo la quiero casta y pura. Reúne, pues, los licitores de todos tus colegas; manda preparar las varas y las hachas; nadie retendrá fuera del techo paterno á la desposada de Icilio. No; á pesar de la pérdida del tribunado y de la apelación al pueblo, las dos fortalezas de la libertad romana, nuestras esposas y nuestras hijas no están entregadas aún al despotismo de vuestras pasiones. Ejerced vuestro furor sobre nuestros cuerpos y nuestras cabezas, pero respetad al menos el pudor. Si se recurre á la violencia contra esa joven, reclamaremos, yo principalmente por mi esposa, el socorro de los ciudadanos romanos que me escuchan; Virgino por su hija

única, el de los soldados, y todos el auxilio de los dioses y de los hombres, y sólo degollándonos conseguiremos la ejecución de tu sentencia. Yo te conjuro, Appio, para que consideres despacio el asunto en que te comprometes. Virginio verá á su llegada lo que debe hacer por su hija; pero que sepa también que si cede por un momento á Claudio, tendrá que buscar para ella otro esposo. Por mi parte, no cesaré de reclamar la libertad de mi desposada, y antes me faltará la vida que la energía.»

La multitud estaba conmovida y la lucha parecía inminente. Los lictores rodean á Icilio; sin embargo, todo se limita á amenazas. Appio pretende que «Icilio no defiende á Virginia, sino que aquel hombre turbulento, y que aún piensa en el tribunado, intenta suscitar una sublevación. No le ofrecerá ocasión ahora; pero que sepa que no por sus arrebatos, sino por la ausencia de Virginio, á título de padre, y por respeto á la libertad, consiente en suspender sus funciones de juez y la ejecución de la sentencia. Pedirá á Claudio que ceda algo de sus derechos y que permita que la joven quede en libertad hasta el día siguiente. Si el padre no comparece al otro día, anuncia á Icilio y á sus secuaces que el legislador no faltará á su ley, como la energía no faltará al decenviro. No necesitará reunir á los lictores de sus colegas para reprimir á los autores de la sedición, porque le bastarán los suyos.» Aplazada la injusticia, retíranse los defensores de Virginia, y deciden que, ante todo, el hermano de Icilio y el hijo de Numistorio, jóvenes muy valerosos, marchen en seguida á la puerta y corran á buscar á Virginio en el campamento. De este paso depende la salvación de la joven, si llega á tiempo al siguiente día para preservarla de la injusticia. Obedecen; pónense en marcha, y corren á brida suelta á llevar el mensaje al

padre. Como el demandante insistía en que le asegurasen con caución la comparecencia de la joven, é Icilio decía que se ocupaba de ello, para ganar tiempo y darle á sus mensajeros la multitud levantó por todas partes la mano, mostrándose cada cual dispuesto á responder por él. Conmovido hasta llorar. «Gracias, exclamó, mañana pediré vuestro socorro; por hoy tengo bastantes fiadores.» Virginia quedó provisionalmente en libertad bajo la caución de sus fiadores. Appio permaneció algunos momentos todavía en el tribunal, para no mostrar que se ocupaba de un asunto solamente; pero como el interés de éste absorbía el de todos los demás, no presentándose nadie, retiróse á su casa para escribir al campamento á sus colegas «que no concediesen licencia á Virginio y se asegurasen de su persona.» El pérfido aviso llegó demasiado tarde, porque Virginio, provisto de la licencia, había partido en la primera vigilia. A la mañana siguiente partieron las cartas que habían de retenerle, y quedaron sin efecto.

Desde el amanecer estaba en el Foro romano toda la población en expectativa, cuando Virginio con traje de duelo y su hija con las ropas en girones y acompañada de algunas ancianas y de multitud de defensores se presentan en la plaza pública, dando vuelta en derredor y solicitando el apoyo de sus conciudadanos. Y no se limita á pedirlo: lo reclama como premio á sus servicios. «Por sus hijos, por sus esposas, se presenta diariamente en el campo de batalla; y no hay soldado de quien se citen más rasgos de valor y de audacia. Pero ¿qué ventaja resulta, si mientras la ciudad goza de completa tranquilidad, sus hijos están expuestos á sufrir los horrores de una toma por asalto?» De este manera arengaba á los ciudadanos al pasar entre ellos. Iguales quejas brotan de los labios de Icilio; pero aquella comitiva de mujeres en silencio y llorando conmueven más

aún que las palabras. El carácter obstinado de Appio se endurece ante aquellos preparativos: hasta tal punto le extraviaba el delirio, más bien que el amor. Sube á su tribunal, y después de algunas quejas que formula el demandante acerca de que para captarse el favor popular se le había negado justicia la víspera, sin dejarle terminar la demanda y sin dar á Virginio tiempo para responder toma Appio la palabra. Algunos autores antiguos copian con fidelidad el discurso con que apoyó su sentencia, pero ninguno parece verosímil al lado de juicio tan inicuo. Limitaréme á consignar sencillamente el hecho, y á decir que Appio adjudicó la joven en calidad de esclava. El primer efecto de aquella decisión tan sorprendente y atroz fué el estupor, siguiendo algunos momentos de silencio. Pero cuando se adelantó Claudio en medio de las mujeres para apoderarse de Virginia, fué recibido con llantos y lamentos. Virginio levantó contra Appio su brazo amenazador: «He prometido mi hija á Icilio y no á Appio, dijo. La he criado para el matrimonio y no para la vergüenza. ¿Te agrada arrojarte como los brutos y las fieras sobre el primer objeto de tu pasión? ¿Lo consentirán estos ciudadanos? No lo sé; espero, sin embargo, que los que tienen armas no lo consentirán.» El grupo de las mujeres y el de los defensores rechazaban á Claudio lejos de la joven; pero el silencio se restableció á la voz del pregonero.

El decenviro, enloquecido por la lascivia, exclama «que no por las injurias que había pronunciado la víspera Icilio, ni por la violencia de Virginio, de que el pueblo romano había sido testigo, sino por avisos seguros, está convencido de la existencia de conciliábulos secretos celebrados durante la noche en la ciudad para suscitar una sublevación. Preparado para una lucha que esperaba, ha venido al Foro con hombres armados, no para atormentar á los ciudadanos pacíficos, sino

para reprimir de una manera digna de la majestad de su poder á los que turbaban la tranquilidad de Roma. Permanecer quietos es el partido más prudente. «Marcha, dice al licitor; separa esa multitud; abre camino al señor para que se apodere de su esclava.» Ante el acento enojado con que pronuncia estas palabras, la multitud se separa por sí misma, y abandonada la joven, queda en poder de sus raptores. Entonces Virginio, no esperando ya socorro, «Appio, exclama, yo te imploro; perdona, ante todo, al dolor de un padre la dureza de sus reconvenciones; permite además que aquí, delante de la joven, pregunte á su nodriza toda la verdad.» Conseguido este favor, lleva aparte á su hija y á la nodriza, cerca del templo de Cloacina (1), hacia el sitio llamado hoy las Tiendas Nuevas; y allí, cogiendo el cuchillo de un carnicero, «¡Hija mía! exclama, te conservo libre de la única manera que puedo;» y la atraviesa el pecho, volviendo en seguida hacia tribunal: «Appio, dice, por esta sangre voto tu cabeza á los dioses infernales.» Al grito que se alza y á la vista de aquel hecho horrible, manda el decenviro que se apoderen de Virginio, pero éste se abre paso con el cuchillo, y protegido por la multitud que le sigue, llega al fin á la puerta de la ciudad. Icilio y Numitorio levantan el cuerpo ensangrentado, y mostrándolo al pueblo, deploran el crimen de Appio, aquella funesta belleza y la cruel necesidad á que se ha visto reducido el padre. Las mujeres, siguiéndoles, repiten á gritos: «¿Para tal destino se dan á luz los hijos? ¿Es ese el precio de la castidad?» Y en seguida se entregan á cuanto el dolor, tanto más sensible en ellas cuanto más delicado es su espíritu, les inspira en aquel lamentable y conmovedor momento.

(1) Venus Cloacina, llámala así porque la estatua de esta diosa se había encontrado en una cloaca.

Pero los hombres, y sobre todo Icilio, no tenían voz más que para reclamar el poder tribunicio y la apelación al pueblo, y toda su indignación era por la república.

La multitud se excita, tanto por la enormidad del crimen como por la esperanza de que se presentaba ocasión favorable para recobrar su libertad. Appio demanda á Icilio, y ante su negativa á comparecer, ordena que le prendan. Como no dejaban acercarse á sus aparitores, él mismo, seguido de un grupo de patricios jóvenes, atraviesa la multitud y manda que le lleven á las prisiones. Veíanse ya alrededor de Icilio á la multitud y á sus jefes L. Valerio y M. Horacio. Estos rechazan al licitor, y ofrecen, si se proponen obrar legalmente, prestar caución por Icilio contra un hombre particular; pero que si se emplea la fuerza, responderán de la misma manera. Trábase furiosa contienda: el licitor decenviral quiere echar mano á Valerio y Horacio, y el pueblo rompe los haces. Appio sube á la tribuna; Valerio y Horacio le siguen á ella; el pueblo los escucha, y apaga con rumores la voz del decenviro. En nombre de la autoridad, manda Valerio á los licitores que se alejen de un simple ciudadano. Appio, cuya energía ha decaído, y temiendo por su vida, se refugia en su casa, cercana al Foro, sin que lo observen sus adversarios, y con la cabeza cubierta. Queriendo socorrer á su colega, Sp. Oppio se precipita por otro lado en el Foro y ve la autoridad arrollada por la fuerza. Queda indeciso entre opuestos caminos, entre diferentes opiniones que apresuradamente escucha, y decide al fin convocar el Senado. Viendo el pueblo que la mayor parte de los patricios desaprobaba la conducta de los decenviros, y en la esperanza de que el Senado pondría término á su poder, se calma. El Senado opina que no debía irritarse al pueblo, y que ante todo debía pensarse en evitar que la lle-

gada de Virginio al campamento produjese alguna sublevación.

Mandan, pues, al campamento, que se encontraba entonces sobre el monte Vecilio, á los senadores más jóvenes para recomendar á los decenviros que contuviesen á toda costa la sublevación entre los soldados. Pero Virginio había excitado en el campamento una efervescencia mayor todavía que la que había dejado en Roma. Además de haberse presentado con una comitiva de cuatrocientos ciudadanos, á quienes el horror de aquellas indignidades había sacado de la ciudad con él, el cuchillo que conservaba en la mano y la sangre de que estaba cubierto atrajeron sobre él las miradas. Además, aquellas togas desparramadas por el campamento se multiplicaban, ofreciendo el aspecto de una multitud de ciudadanos. Pregúntanle qué ocurre, y solamente contesta con lágrimas. Pero en cuanto la solicitud de los que le preguntaban hubo reunido numeroso grupo, reclama silencio, refiere los hechos como habían ocurrido; y levantando en seguida sus manos suplicantes hacia sus compañeros de armas, les conjura á no imputarle un crimen que es de Appio Claudio; á que no se separen de él como del verdugo de su hija. La vida de su hija le hubiese sido más querida que la suya propia, de haber podido conservarla libre y pura; pero verla esclava y arrastrada á la deshonra, no; porque prefería la muerte de sus hijos á su ignominia, y su cariño paternal había tomado la forma de la crueldad. No hubiese sobrevivido á su hija sin la esperanza de vengar su muerte con el auxilio de sus compañeros de armas. Ellos también tienen hijas, hermanas, esposas: la muerte de su hija no ha extinguido la pasión de Appio; la impunidad aumentará su audacia. Por la desgracia ajena, que aprendan á prevenirse de tan terribles ultrajes. En cuanto á él, el destino le ha arrebatado su

esposa y su hija, á la que no se dejaba vivir casta: ha muerto tristemente, pero con su virtud. Appio no puede ya satisfacer sus infames pasiones en su familia; la violencia que púdiera intentar sobre su persona, será rechazada con igual valor que defendió á su hija. A los demás toca velar por ellos y por sus hijos.» A las lamentaciones de Virginio contestó la multitud «que no faltaría á su dolor ni á su libertad.» Los ciudadanos con toga, mezclados á los soldados, exhalan iguales quejas, y hacen observar cuánto más espantoso había sido el espectáculo que la simple narración, y al mismo tiempo anuncian que en Roma se ha dado cuenta ya de los decenviros. Otros que llegan después, dicen que Appio, medio muerto, ha huído al destierro; y todos, en fin, impulsan á los soldados á gritar á las armas, á levantar las enseñas y á marchar hacia la ciudad. Turbados los decenviros por lo que ven y oyen de Roma, corren á diferentes puntos del campamento para calmar la agitación. Si emplean la dulzura, no les contestan; si invocan su autoridad, tienen que habérselas con hombres, y hombres armados. Los soldados marchan ordenadamente hacia la ciudad y ocupan el Aventino. A medida que llegan, exhortan al pueblo para que recobre su libertad y cree los tribunos; pero no pronuncian amenazas. Sp. Oppio convoca al Senado; éste se niega á toda medida violenta, porque los mismos decenviros han provocado aquella sedición. Envían tres legados consulares; Sp. Tarpeyo, C. Julio y P. Sulpicio, para que pregunten en nombre del Senado «en virtud de qué ordenes han abandonado los soldados el campamento; qué pretendían hacer ocupando armados el Aventino, y si han abandonado la guerra contra los enemigos para apoderarse de su patria.» No faltaban contestaciones, pero faltaba quien las diese. Carecían todavía de jefe reconocido, no queriendo ninguno exponerse solo á tan-



tas iras. Un grito unánime brotó de la multitud, pidiendo le envíen á L. Valerio y á M. Horacio: á éstos darán la contestación.

Quando se marcharon los legados, dijo Virginio á los soldados que «en asunto de tan poca monta, acababan de verse apurados por falta de jefe. Su respuesta, prudente sin duda, antes era resultado fortuito que medida concertada en común. Invítales á que nombren diez de entre ellos encargados de la dirección suprema, y que les den título militar, llamándoles tribunos de los soldados.» Y como desde luego querían otorgarle este honor, les dijo: «Dejad la elección con que me honráis para mejores tiempos para vosotros y para mí. Mi hija, que permanece sin venganza, me impide gozar de ninguna satisfacción. Además, en medio de las turbulencias de la república, no os conviene tener á vuestra cabeza hombres sobre quienes recaen todos los odios. Si puedo seros útil, lo seré también como simple particular.» Crearon, pues, diez tribunos de los soldados. No estaba más tranquilo el ejército mandado contra los sabinos; y excitados por Icilio y Numitorio, los soldados se separaron de los decenviros. La muerte de Sicció, cuyo recuerdo guardaban, no conmovía menos los ánimos que la historia de Virginia, víctima de vergonzoso libertinaje. En cuanto supo Icilio la creación de los tribunos de los soldados en el Aventino, temió que el impulso dado por los comicios militares tuviese influencia en los de la ciudad (1) y nombrasen los mismos hombres; y perito en asambleas populares, y aspirando

(1) En las asambleas populares decidía la suerte el orden en que habían de votar las centurias ó tribus. Depositábanse sus nombres en una urna; agitábase ésta para mézclar las papeletas, y la centuria ó tribu que designaba la suerte para llevar la iniciativa en la emisión de los votos, recibía el título de *prærogativa*; á las que le seguían les llamaban *primo vocata* y á

él mismo á aquellos honores, hizo que los suyos, antes de marchar sobre Roma, nombrasen igual número de magistrados y con igual autoridad. Con las enseñas levantadas entraron por la puerta Colina, cruzaron formados la ciudad y marcharon al Aventino. Reunidos allí con los otros, encargan á los veinte tribunos que nombren dos de ellos para la dirección suprema de los negocios. La votación recayó sobre M. Oppio y Sex. Manilio. Temiendo el Senado por el porvenir de la república, reuníase diariamente, y empleaba el tiempo más en disputas que en deliberaciones. Censurábase á los decenviros la muerte de Siccio, la indigna pasión de Appio y los desastres de los ejércitos. Opinábase que Valerio y Horacio fuesen al Aventino, pero éstos se negaban á ello, á menos que los decenviros se despojasen de las insignias de su magistratura, terminada en el año anterior. Quéjense los decenviros de que se les degrada, y protestan que hasta que se hayan adoptado las leyes para cuya formación se les nombró, no depondrán su autoridad.

Persuadidos por los consejos de M. Duilio, antiguo pretor, de que no conseguirían nada prolongando las negociaciones, el pueblo pasó del Aventino al monte Sacro. Duilio les decía que mientras no abandonasen la ciudad, no inspirarían inquietud alguna al Senado; el monte Sacro debía recordarle la constancia del pueblo y comprendería que solamente el restablecimiento del poder tribunicio podría traer la concordia. Partiendo por la vía Nomentana, llamada entonces vía Ficulense (1), establecieron el campamento sobre el

las otras *jure vocata*. Considerábase como el más importante el voto de la centuria prerrogativa. Por extensión la palabra *prerrogativa* designaba el voto mismo, y á veces se tomaba por señal ó prenda, por aviso ó augurio favorable de lo venidero.

(1) Llamábase así esta vía porque llevaba á Nomentum y á Ficulea ó Ficulnea, ciudades de los sabinos.

monte Sacro, imitando la moderación de sus padres y sin entregarse á ninguna violencia. El pueblo siguió al ejército y ni uno solo de aquellos á quienes la edad lo permitía se quedó atrás. Detrás de ellos marchaban las mujeres y los niños preguntando con dolor por qué les dejaban en una ciudad donde ni el pudor ni la libertad eran cosa sagrada. Roma se había convertido en vasta y extraña soledad; solamente se veían algunos ancianos en el Foro, y parecía un desierto cuando se convocó al Senado. Muchos exclamaban ya, uniéndose á Valerio y Horacio: «¿Qué esperáis aún, padres conscriptos? Si los decenviros ceden en su obstinación, ¿consentiréis que perezca todo en conflagración general? ¿Qué autoridad es esa que tenéis como abrazada, decenviros? ¿Vais á hacer leyes para los techos y las paredes? ¿No os avergüenza ver en el Foro más lictores vuestros que ciudadanos con toga? ¿Qué haréis si el enemigo se dirige contra nosotros? ¿Qué haréis si el pueblo, viendo infructuosa su retirada, acude á las armas? ¿Será necesaria la caída de Roma para arrastrar la de vuestra autoridad? Tenéis que prescindir del pueblo ó devolverle sus tribunos. Antes prescindiremos nosotros de nuestros magistrados patricios, que los plebeyos de los suyos. Antes de conocer, antes de haber experimentado esta autoridad, arrancaron su establecimiento á nuestros abuelos: ahora que han apreciado sus ventajas, ¿creéis que renunciarán á ellas, especialmente en un momento en que la autoridad no emplea bastantes consideraciones para que no adviertan la necesidad de un apoyo?» Por todas partes resonaban estas convenciones: los decenviros, vencidos por aquella unanimidad, se entregan á la autoridad del Senado, rogando solamente y exhortando á los senadores para que les protejan del odio público, para que su suplicio no acostumbre al pueblo á ver derramar la sangre de los patricios.

Entonces reciben misión Valerio y Horacio para dirigirse á la plebe, y concederle para su regreso las condiciones que creyese convenientes, y preservar á los decenviros del odio y execración de la multitud. Parten, y el pueblo los recibe con regocijo en el campamento. Aquellos eran sin duda alguna sus libertadores; sus esfuerzos habían comenzado el movimiento é iban á terminarlo. Al llegar les mostraron gratitud. Icilio habló á nombre del pueblo, y él también trató las condiciones. Preguntaron los legados qué pedía el pueblo; é Icilio, intérprete de las resoluciones tomadas antes de su llegada, hizo proposiciones que demostraban que el pueblo confiaba más en la justicia de sus peticiones que en sus armas. Exigia, en efecto, el restablecimiento del poder tribunicio y la apelación al pueblo, que antes de la creación de los decenviros era la salvaguardia del ciudadano, y perdón general para cuantos habían excitado á los soldados y al pueblo á retirarse para recobrar la libertad. Solamente los decenviros fueron objeto de cruel petición, creyendo justo que se les entregasen y amenazando con quemarles vivos. Los legados contestaron: «Tan justas son las peticiones que habéis acordado en común, que de buen grado se os hubiesen propuesto; pedís garantías para vuestra libertad y no la facultad de perjudicar la de los demás. Vuestro enojo se perdona, pero no se puede autorizar: en odio á la crueldad, os hacéis crueles, y casi antes de ser libres queréis tiranizar á vuestros adversarios. ¿Acaso no cesarán jamás en nuestra ciudad las venganzas de los patricios contra el pueblo ó del pueblo contra los patricios? Os conviene más el escudo que la espada. Es bastante rebajar á vuestros adversarios reduciéndoles á completa igualdad de derechos, dejándoles sin medios de perjudicar á los demás é impidiendo que se les perjudique. No queráis que se os tema: recobrad

vuestros magistrados y vuestros derechos; árbitros de nuestras personas y de nuestros bienes, decidiréis según las causas: hoy os basta reivindicar vuestra libertad »

Por acuerdo unánime se entregan á la decisión de los legados, que ofrecen volver cuando lo hayan terminado todo, y marchan á exponer al Senado las condiciones de que el pueblo les ha encargado; y viendo los decenviros, en contra de lo que esperaban, que no se trata de ninguna pena para ellos, no se niegan á nada. Appio, que por su foscó carácter se había atraído principalmente la aversión pública, midiendo por su odio el que le tenían, «no ignoro, dijo, la suerte que me aguarda. Ya lo veo; se va á dar armas á nuestros adversarios, y hasta entonces no se nos atacará. El odio necesita sangre. Pero no seré yo quien oponga retrasos á la entrega del decenvirato.» Dióse un senatus-consulto disponiendo que los decenviros resignasen el poder cuanto antes; que Q. Furio, pontíficemáximo, nombrase tribunos del pueblo, y que á nadie se persiguiese por la sublevación del pueblo y del ejército. Dispuestas estas cosas, los decenviros levantan la sesión y marchan al Foro, declarando su abdicación en medio de inmenso regocijo. Córrese á dar al pueblo la noticia, llevando en pos los legados cuantos ciudadanos quedaban en la ciudad. Aquella multitud encuentra otra á la que su alegría sacaba del campamento y se felicitan por la libertad y por la concordia restablecida. Dirigiéndose los legados á la asamblea, dicen «que vuestro regreso á la patria, á vuestros penates y al lado de vuestras esposas é hijas sea para vuestra dicha, vuestra prosperidad y la felicidad vuestra y de la patria. Pero que esa moderación que, á pesar de tanta necesidad y de multitud tan grande, ha respetado los campos ajenos, os acompañe á la ciudad. Marchad al Aventino,

de donde partisteis: en aquel paraje, de tan favorable augurio, donde echasteis los primeros cimientos de vuestra libertad, elegiréis vuestros tribunos. Allí irá el pontífice máximo para celebrar los comicios» (1). Consentimiento unánime y universal regocijo demuestran la aprobación de todos. Levantan las enseñas para dirigirse á Roma y rivalizan en alegría con los que salen á su encuentro. Cruzan armados la ciudad y marchan silenciosos del Aventino, donde celebrándose en seguida los comicios, presididos por el pontífice máximo, nombran los tribunos, y el primero de ellos L. Virgino; después vienen L. Icilio y P. Numitorio, tío de Virgino, autores de la insurrección; en seguida C. Sincinio, descendiente del que considera la tradición como el primer tribuno del pueblo, elegido en el monte Sacro, y M. Duilio, que se había hecho notable en el mismo cargo antes de la creación de los decenviros, y cuyo apoyo no había faltado al pueblo en su lucha contra ellos. En fin, más que sus servicios, las esperanzas á que daban ocasión N. Tetinio, M. Pompinio, C. Apronio, P. Vilio y C. Oppio hicieron que se les eligiese. En cuanto entraron en el cargo, Icilio pidió al pueblo y el pueblo otorgó que no se procesase á nadie por la sublevación contra los decenviros. A propuesta de M. Duilio se decretó la creación de dos cónsules con apelación al pueblo. Estas decisiones se tomaron en los Prados Flaminios, llamados hoy circo Flaminio.

Un inter-rey nombró en seguida cónsules á L. Vale-

(1) En los tiempos normales la presidencia de los comicios reunidos para la elección de los tribunos del pueblo pertenecía á uno de los tribunos en funciones designado por la suerte. Mas como después de la abdicación de los decenviros no existían tribunos, el pontífice máximo, nombrado como los tribunos en los comicios por tribus, era el único magistrado que podía presidir la asamblea.

rio y M. Horacio, quienes en seguida entraron en funciones. Este consulado popular en nada hería los derechos de los patricios, y sin embargo fué objeto de sus odios; porque todo lo que se hacía por la libertad del pueblo les parecía usurpación de su poder. En primer lugar, existía un punto de derecho como en permanente discusión; tratábase de decidir si los patricios estaban sujetos á los plebiscitos (1). Los cónsules presentaron en los comicios por centurias una ley declarando que las decisiones del pueblo, reunido por tribus, obligarían á todos los ciudadanos. De esta manera se daba á los tribunos el arma más terrible. Otra ley consular restableció la apelación al pueblo, único apoyo de la libertad. Pero no era bastante esto; pusieron este derecho fuera de ataque para lo porvenir, y por otra nueva disposición se prohibió crear ninguna magistratura sin apelación, declarando justa y legítima delante de los dioses y de los hombres la muerte del infractor, y al abrigo de todo proceso el que se la diese. De esta manera estaba suficientemente asegurada la suerte de los plebeyos por la apelación al pueblo y el apoyo de los tribunos; pero los cónsules, en favor de los mismos tribunos, y para darles una inviolabilidad cuyo recuerdo casi se había borrado ya, pusieron en práctica antiguas ceremonias; y haciéndoles ya sagrados la religión, dieron una ley disponiendo que el agresor de los tribunos del pueblo, de los ediles, de los jueces ó de los decenviros sufriese la pena capital, y se confiscasen sus bienes en provecho del templo de Ceres, de Líber y de Líbera. Según los jurisconsultos, esta ley no establecía la inviolabilidad de nadie, sino que castigaba solamente al autor de todo ataque contra estos magistra-

(1) Llamábanse plebiscitos las leyes que adoptaba el pueblo en los comicios por tribus, á propuesta de los tribunos.

dos. Así, pues, el edil podía ser encareelado por orden de un magistrado superior; y aunque esta medida fuese ilegal, puesto que hiere á un hombre protegido por esta ley, prueba, sin embargo, que el edil no es inviolable; los tribunos, por el contrario, lo eran en virtud del antiguo juramento del pueblo cuando se creó este poder. Algunas veces se ha pretendido que esta misma ley Horacia colocaba igualmente bajo su salvaguardia á los cónsules, así como á los pretores creados bajo los mismos auspicios que ellos; que el juez es el cónsul. Fácil es refutar esta interpretación, puesto que en esta época se acostumbraba llamar juez al pretor y no al cónsul. Estas fueron las leyes que dieron los cónsules. Mandaron además que se remitieran al templo de Ceres, bajo la custodia de los ediles plebeyos, los *senatus-consultos*, que antes suprimían ó alteraban los cónsules á su gusto. Después, á propuesta de M. Duilio, tribuno del pueblo, declaró éste: «Que dejar al pueblo sin tribunos y crear magistrados sin apelación, sería crimen castigado con las varas y el hacha.» Los patricios veían todas estas medidas con pena, pero sin oponer grandes obstáculos, porque no se había procedido aún contra nadie.

Aseguradas de esta manera la potestad tribunicia y la libertad del pueblo, creen los tribunos llegado el momento de atacar impunemente á cada uno de sus adversarios, y designan á Virgínio como primer acusador y á Appio como primer acusado. Virgínio había demandado á Appio; éste se presentó en el Foro rodeado de jóvenes patricios, haciendo revivir de pronto el recuerdo de su infame poder con su presencia y la de sus satélites. Virgínio dijo entonces: «El discurso se inventó para las causas dudosas. No perderé, por consiguiente, el tiempo en presentar una acusación en forma contra un hombre de cuya crueldad solamente nuestras armas nos han librado; y no quiero que añada á sus otros crí-



menes la impudencia de defenderse. Así, pues, Appio Claudio, yo prescindo de todas las maldades que, con desprecio de los dioses y de las leyes, has acumulado durante dos años. Por un solo crimen, por haber negado la libertad provisional á una persona libre, haré, si no eliges juez, que te lleven á las prisiones.» No confiaba Appio ni en el apoyo de los tribunos ni en el juicio del pueblo; sin embargo, se dirigió á los tribunos: ninguno se presentó; tenía ya el viator la mano sobre él, cuando exclamó: «Apelo.» Esta palabra, garantía suficiente de la libertad provisional, brotando de una boca que provisionalmente había decretado la esclavitud, resonó en el silencio. Cada cual dijo para sí: «Hay dioses que vigilan por las acciones humanas; los castigos de la crueldad y de la soberbia, por ser tardíos no son menos terribles; que el destructor de la apelación recurra á ella, é implore la asistencia del pueblo el que holló todos sus derechos; que se vea llevado á las prisiones y reducido á invocar la libertad provisional el que condenó á la esclavitud á una persona libre.» En medio de estos murmullos de la asamblea oíase la voz de aquel mismo Appio implorando la protección del pueblo romano. «Recordaba á sus antepasados; los servicios que prestaron á la república en la paz y en la guerra; su fatal adhesión al pueblo romano cuando, para darle la igualdad en las leyes, abdicó el consulado á despecho de los patricios; sus leyes, en fin, vigentes aún, mientras se encarcelaba á su autor. Por lo demás, cuando tenga la facultad de defenderse, verá lo que puede esperar de bien ó de mal. Hoy, ciudadano romano, reclama el derecho común á todo ciudadano acusado: el de defenderse, el de someterse al juicio del pueblo romano. No teme de tal manera el odio, que no le inspiren confianza alguna la compasión y equidad de sus conciudadanos. Si se quiere llevarle á las prisiones sin

oirle, de nuevo se dirige á los tribunos del pueblo; que se guarden de imitar á los que perseguían con su odio. Si con su silencio demuestran los tribunos que para suprimir la apelación al pueblo se han ligado con juramento parecido á aquel de que acriminan á los decenviros, de nuevo apela al pueblo, invoca las leyes relativas á esta apelación, las de los cónsules, las de los tribunos, dadas aquel mismo año. ¿Quién usará de la apelación si se niega á un hombre que todavía no ha sido condenado, que todavía no se le ha oído? ¿Qué plebeyo, qué ciudadano obscuro encontrará en las leyes un apoyo que habrá faltado á Appio Claudio? Su ejemplo enseñará si las nuevas leyes han afirmado la tiranía ó la libertad, si el recurso y la apelación al pueblo, estos dos baluartes levantados contra la injusticia de los magistrados, son una realidad ó solamente existen en vanas letras.»

En contra de esto dijo Virginio: «Solamente Appio Claudio está fuera de toda ley, de toda sociedad civil y humana. Basta contemplar ese tribunal, albergue de todos los crímenes. Allí, ese decenviro perpetuo se movía de los bienes, de las personas, y de la sangre de los ciudadanos; tenía incesantemente levantadas sobre ellos las varas y las hachas, y desafiando á los dioses y á los hombres, rodeado de verdugos y no de lictores, pasando de la rapiña y del asesinato á la liviandad, habíase atrevido, ante los ojos del pueblo romano, á tratar á una joven libre como á una prisionera de guerra, arrancarla de los brazos de su padre y entregarla á su cliente, ministro de sus torpezas. Allí, por bárbara, por horrible sentencia, había armado la mano de un padre contra su hija. Allí, por recoger el cuerpo palpitante de la joven, había condenado á prisión á su desposado y á su tío, más sensible á los obstáculos opuestos á sus infames deseos que á la muerte de su víctima. También

se ha construído para él aquella prisión que se complacía en llamar el domicilio del pueblo romano. Que renueve su apelación; que la reitere muchas veces, otras tantas le demandará él para que elija un juez que decida si no ha decretado provisionalmente la esclavitud; si se niega, lo considera como condenado y le manda á la prisión.» Nadie manifestaba desaprobación á aquellas medidas; pero los ánimos estaban profundamente conmovidos, y esta conducta con varón tan elevado hacía temer al pueblo el abuso de su propia libertad. Appio fué conducido á la prisión, y el tribuno aplazó la demanda para otro día. Entre tanto llegaron á Roma legados de los latinos y de los hérnicos para solicitar al Senado y al pueblo por el restablecimiento de la concordia; y con este motivo llevan al Capitolio y ofrecen á Júpiter Óptimo Máximo una corona de oro de poco peso, como las fortunas de aquel tiempo, en que la religión se revestía más de piedad que de magnificencia. Por aquellos legados se supo que los equos y los volscos intentaban todos los esfuerzos para prepararse á la guerra. En consecuencia de esto, recibieron orden los cónsules para repartirse los mandos. Tocó á Horacio la guerra contra los sabinos, á Valerio la de los equos y de los volscos. En seguida decretaron el alistamiento para el ejército, y tal cariño les tenía el pueblo que, no solamente los jóvenes, sino que también multitud de voluntarios, cuya mayor parte habían terminado el tiempo de servicio, se apresuraron á hacerse inscribir. Esta incorporación de los veteranos hizo formidable el ejército, tanto por lo escogido como por lo numeroso. Antes de salir de Roma, los cónsules hicieron exponer en público, grabadas en bronce, las leyes decenvirales, conocidas con el nombre de leyes de las doce tablas. Dicen algunos que por orden de los tribunos se encargaron los ediles de este cuidado.

Detestando C. Claudio los crímenes de los decenviros, y sobre todo la tiranía de su sobrino, se había retirado á Regilo, antigua patria de su familia; y á pesar de su avanzada edad, regresó para conjurar el peligro que amenazaba al hombre cuyos vicios le habían ahuyentado. Vestido como suplicante, acompañado por su familia y sus clientes, dirigíase á cada uno en el Foro, rogando perdonase á la familia Claudia aquel baldón que la colocaría entre las gentes dignas de hierros y prisiones. «Ese hombre, cuya imagen honraría la posteridad, el legislador de Roma, el fundador del derecho romano, estaba en prisión, entre ladrones nocturnos y bandidos. Si prescindían del resentimiento por un instante para dejar espacio á la reflexión, preferirían conceder á tantos Claudios lo que reclaman sus ruegos, que rechazarlos por odio á uno solo. Él mismo solamente atiende á su familia y su nombre, y no está reconciliado en manera alguna con aquel á quien viene á socorrer en su desgracia. El valor ha reconquistado la libertad; la clemencia establecerá sobre bases sólidas la unión entre los dos órdenes.» Sentíanse conmovidos algunos por la abnegación de aquel anciano mucho más que por la suerte del que la provocaba. Pero Virginio reclamaba la compasión para él y su familia: «No es á la familia Claudia, cuyo carácter es tiranizar al pueblo, á la que debe escucharse; sino á los amigos de Virginio y á los ruegos de tres tribunos que, nombrados para prestar apoyo al pueblo, piden á ese mismo pueblo su apoyo.» Más justas parecían sus lágrimas; así fué que, perdiendo toda esperanza Appio, no aguardó el día de la citación y se dió la muerte (1). En seguida comenzó Numitorio á perseguir á Sp. Oppio, el más odioso de

(1) Otros, y especialmente Dionisio de Halicarnaso, pretendían que le mataron por orden de los tribunos.

los otros decenviros: éste se encontraba en Roma cuando la inicua sentencia de su colega; pero los crímenes personales de Oppio labraron su desgracia mucho más que los que no había impedido. Presentóse un testigo que contaba veintisiete campañas y ocho recompensas extraordinarias: éste mostró al pueblo los dones que le habían otorgado, y, rasgando sus ropas, enseñó su costado lacerado por las varas; diciendo por toda queja que si el acusado puede imputarle el delito más leve, aun penetrando en su vida privada, tendrá derecho á ejercer de nuevo su crueldad contra él. Oppio á su vez va á las prisiones, y antes del día en que habían de juzgarle, pone también término á su vida. Los tribunos acordaron la confiscación de los bienes de Claudio y Oppio. Los otros decenviros se desterraron y sus bienes fueron confiscados también. El pretendido dueño de Virginia, M. Claudio, fué citado y condenado. Gracias á Virginio escapó de la pena capital, y después del juicio, se desterró á Tibur. Los manes de Virginia, más dichosa muerta que viva, después de vagar para satisfacer su venganza en derredor de tantas casas, encontraron reposo cuando desaparecieron todos los culpables.

Profundo terror dominaba á los patricios, y ya la presencia de los tribunos producía igual efecto que la de los decenviros; pero M. Duilio, tribuno del pueblo, poniendo saludable freno á aquel poder excesivo, «Basta ya de licencia, exclamó; basta ya de represalias; no consentiré que este año se demande á nadie, se lleve á nadie á las prisiones. No apruebo que se rebusquen antiguos delitos ya olvidados, cuando el castigo de los decenviros ha expiado los nuevos. Nada ocurrirá que exija la intervención de los tribunos; encuentro garantía de ello en la constante atención de los cónsules por vuestra libertad.» Doble efecto obtuvo esta mode-

ración del tribuno; desvaneció el temor de los patricios y aumentó su odio contra los cónsules, á quienes censuraban ser tan favorables al pueblo, que los patricios debían su salvación y su libertad á un magistrado plebeyo, más bien que á uno de su orden. Los enemigos se habían saciado en sus suplicios antes de que los cónsules pensasen en evitar aquellos excesos. Muchos de ellos tachaban de cobardía la aprobación que los senadores habían otorgado á sus leyes, y no podía dudarse que en todas aquellas revoluciones habían sucumbido al imperio de las circunstancias.

Arregladas las cosas de la ciudad y asegurada la suerte del pueblo, los cónsules marcharon á sus respectivas provincias. Valerio tenía al frente los ejércitos reunidos de los volscos y de los equos sobre el Algido y sostuvo la guerra con su prudencia. Si hubiese probado fortuna en el campo, no sé si en la disposición de ánimo en que los reveses de los decenviros habían dejado á los romanos y á los enemigos, la lucha hubiese sido de las más desgraciadas. Su campamento distaba una milla del contrario, y allí retenía su ejército. Los otros, formados en batalla, ocupaban con sus líneas todo el espacio que mediaba entre los dos campamentos. Provocaban al combate á los romanos y ninguno de éstos respondía. Cansados al fin de su inmovilidad y de esperar inútilmente el combate, los equos y los volscos, tomando en cierta manera aquel silencio por confesión de su victoria, marchan á saquear, unos al territorio de los hérnicos, otros al de los latinos, dejando en el campamento bastante fuerza para custodiarle, pero no la suficiente para combatir. Informado de estas operaciones el cónsul les devuelve el terror que ellos habían infundido antes; forma su ejército en batalla y provoca á su vez al enemigo. Comprendiendo éste que no cuenta con bastantes fuerzas, rehusa el combate. El valor de los ro-

manos se inflama en seguida, y consideran vencidos á hombres que tiemblan detrás de sus parapetos. Pasan todo el día preparados á la lucha, y se retiran á la noche, comiendo y durmiendo rebosando esperanzas. Dominados por ideas muy distintas, los enemigos expiden mensajeros por todos lados para llamar á los merodeadores; llegaron los más cercanos, pero les fué imposible alcanzar á los otros. Al amanecer salen los romanos de su campamento, dispuestos á atacar las empalizadas si rehusan combatir. Ya estaba avanzado el día, y como el enemigo no se presentaba, el cónsul manda atacar. Pónese en movimiento el ejército; pero los volscos y los equos se indignan de que tropas victoriosas busquen su salvación detrás de los parapetos antes que en su valor y en sus armas. Piden, pues, á sus jefes y obtienen la señal de combate. Parte de ellos habían salido ya de las puertas; los demás les seguían bajando para ocupar sus puestos; pero el cónsul romano no aguarda á que la línea reciba refuerzos, y comienza el ataque, eligiendo el momento en que no habían salido todos y los que se encontraban fuera no habían formado aún las líneas, pareciendo multitud que camina al azar sin tener punto fijo. La confusión aumenta con los gritos y el ímpetu de los romanos, que caen sobre ellos. El enemigo retrocede al primer choque; pero recobrando valor y animado por las exhortaciones de los jefes, que por todas partes les preguntan si van á huir delante de vencidos, restablecen el combate.

Por su parte el cónsul dice á los romanos «que recuerden que es la primera vez que, desde la nueva libertad, combaten por la libertad de Roma: que la victoria será para ellos mismos, y no para que los vencedores sean presa de los decenviros: que no marchan á las órdenes de Appio, sino á las del cónsul Valerio, elegido entre los libertadores, y él mismo libertador del pueblo

romano: que deberán demostrar que en las batallas anteriores la derrota se debió á los jefes y no á los soldados: que sería vergonzoso haber demostrado más valor contra sus conciudadanos que contra sus enemigos, y haber rechazado con más energía el despotismo de los propios que el yugo extranjero. Virginia había sido la única jóven cuyo pudor había estado en peligro durante la paz; Appio el único hombre cuya pasión era temible; pero si la suerte de la guerra les es contraria, todos sus hijos se verán expuestos á las violencias de aquellos millares de enemigos: que no quiere vaticinar peligros que Júpiter, que Marte, padre de Roma, no dejarán descargar sobre una ciudad fundada bajo sus auspicios (recordándoles el Aventino y el monte Sacro): que lleven entero el poder romano á aquellos parajes, testigos pocos meses antes de la conquista de la libertad; es necesario demostrar que el ánimo de los soldados romanos, después de la extinción de los decenviros, es el mismo que era antes de la creación de aquellos magistrados.» En cuanto dijo esto en las filas de la infantería, corrió á los jinetes. «¡Alerta, jóvenes! dice; por vuestro valor y vuestra nobleza sois superiores á los peones. En el primer choque, el enemigo ha retrocedido delante de vosotros; corred á él con toda la rapidez de vuestros caballos y arrojadle del campo de batalla. No resistirá á vuestro brío, y ahora mismo antes vacila que resiste.» En el acto estimulan los caballos y los lanzan sobre el enemigo, quebrantado ya por los peones. Rompen sus líneas y penetran hasta las últimas filas; allí una parte encuentra campo libre y da media vuelta, cortando á casi todos los fugitivos la retirada al campamento, alejándoles corriendo en derredor de la empalizada. La infantería y el cónsul mismo en lo más recio del combate se dirigen al campamento, del que se apoderan muy pronto, haciendo



considerable matanza y apoderándose de rico botín. La noticia de la victoria se mandó á la ciudad y al otro ejército, que se encontraba en el territorio de los sabinos. En Roma la recibieron con regocijo; en el campamento excitó noble emulación en el pecho de los soldados. Horacio por medio de incursiones en territorio enemigo y ligeros combates les había acostumbrado á confiar en sus fuerzas, á olvidar sus derrotas bajo los decenviros, y aquellos ligeros combates daban lugar á grandes esperanzas. Por su parte los sabinos, exaltados con sus victorias del año anterior, no cesaban de provocarles y les preguntaban qué resultado podían pretender aquellas partidas que, como las de bandoleros, se presentaban y desaparecían rápidamente. Aquello era perder el tiempo y dividir en multitud de combates lo que debía ser objeto de uno solo. ¿Por qué no trabar batalla y entregarse una vez más á la decisión de la fortuna?

El valor que los romanos habían adquirido aumentaba con la indignación que les causaban aquellas injurias. «El otro ejército, decían, iba á entrar ya triunfante en la ciudad, y ellos se encontraban todavía objeto de insultos y ultrajes del enemigo: ¿Cuándo, si no era entonces, se les iba á considerar dignos de medirse con ellos?» En cuanto observa el cónsul que se murmura en el campamento, reúne las tropas: «Soldados, les dice, creo que sabéis lo ocurrido en el Alguido. El ejército se ha mostrado allí digno de un pueblo libre. Las sabias disposiciones de mi colega y el valor de los soldados han conseguido la victoria. Por mi parte no tomaré otros consejos ni otras disposiciones que las que vosotros mismos me inspiréis. Podemos prolongar la guerra con ventaja y podemos terminarla rápidamente. Si me decido por lo primero, aumentaré diariamente por los mismos medios que los han preparado vuestras espe-

ranzas y vuestro valor. Si os encontráis dispuestos á combatir, que un grito igual al que lanzáis en el campo de batalla me asegure de vuestra decisión y valor.» Con profundo entusiasmo lanzaron aquel grito. El cónsul hace votos para que el éxito corone sus esfuerzos; promete satisfacerles y llevarles á la mañana siguiente al combate. El resto del día lo emplearon en preparar las armas. Al siguiente, en cuanto vieron los sabinos, ordenaron el ejército romano, avanzaron á su vez, ardiendo en deseos de combatir. La lucha fué como había de ser entre dos ejércitos confiados en las propias fuerzas y estimulados además, el uno por sus antiguas, por sus perpetuas victorias, el otro por un triunfo reciente. La prudencia ayudó á las fuerzas de los sabinos. Además de presentar á sus contrarios un frente de batalla parecido al suyo, conservan en reserva dos mil hombres destinados á caer sobre el ala izquierda de los romanos en lo más recio del combate. Esta ala, cogida por el lado y envuelta, iba á quedar destrozada, cuando los jinetes de dos legiones, en número de seiscientos próximamente, dejan los caballos y se colocan en primera fila, en medio de sus compañeros, que flaqueaban ya; y además de que ofrecen al enemigo nuevos adversarios, la parte que toman en el peligro, la vergüenza, en fin, despierta el valor de los peones, que se ruborizan de ver á la caballería luchar como jinetes y como infantes y de no valer tanto como un jinete desmontado.

Vuelven, pues, al combate que habían abandonado y recobran el puesto perdido. Un momento bastó, no solamente para restablecer el equilibrio, sino para hacer que el ala de los sabinos cediese á su vez. Protegidos los jinetes por aquellas filas de los peones, cabalgan de nuevo, corren al otro extremo, para anunciar la victoria, y caen sobre el enemigo, quebrantado ya por la derrota de su ala principal. Ningún cuerpo mostró más

valor en aquella ocasión. El cónsul, atento á todo, alaba á los valientes é increpa á los que ve ceder. Las censuras elevan su valor á la altura del de los más intrépidos, y la vergüenza produce en ellos igual efecto que la alabanza en los otros. Lanzan nuevo grito, unen por todas partes sus esfuerzos y derrotan un ejército que ya no resiste al valor romano. Los sabinos se dispersan por los campos y abandonan su campamento al enemigo. En esta ocasión, como en el Algido, no recobran los romanos los despojos de los aliados, sino que más bien recogen los que habían perdido en los saqueos de su territorio. Por estas dos victorias, conseguidas en distintos puntos, la mala voluntad del Senado solamente decretó un día de acción de gracias en honor de los cónsules. El pueblo, sin embargo, sin ser llamado acudió unánimemente á las fiestas al siguiente día, y esta demostración libre y popular tuvo en cierta manera más esplendor por el entusiasmo desplegado. Conforme á lo convenido, entraron los cónsules en Roma en el mismo día y convocaron al Senado en el Campo de Marte. Allí daban cuenta de lo ocurrido, cuando los más notables del Senado se quejaron de que los hayan reunido de intento en medio de los soldados, con objeto de influir en ellos por el terror. Para quitar todo pretexto á estas quejas, trasladan los cónsules la asamblea á los Prados Flaminius, donde se encuentra hoy el templo y donde entonces existía ya el circo de Apolo. La mayoría de los senadores negó el triunfo, y L. Icilio llevó este asunto ante al pueblo. En medio de la multitud de los que se oponían, veíase á C. Claudio que á gritos censuraba á los cónsules querer triunfar del Senado y no del enemigo: que pedían este favor como precio de los servicios particulares hechos á los tribunos, antes que como recompensa de su valor. Hasta entonces, jamás se había consultado al pueblo para el triunfo. La apre-

ciación de los derechos á este honor, la decisión que lo concede, fueron siempre privilegios del Senado. Ni los mismos reyes habían atentado á la majestad de este orden supremo. Los tribunos debían guardarse de ampliar su poder hasta el punto de que no hubiese en Roma consejo público. La libertad reinaría al fin en la ciudad y justo equilibrio en las leyes, cuando cada orden se atuviese á sus derechos é hiciese respetar su dignidad. El resto de los senadores ancianos aceptaron y explanaron esta opinión; sin embargo, todas las tribus aceptaron la proposición, y por primera vez se concedió el triunfo por orden del pueblo, sin el acuerdo del Senado.

Esta victoria de los tribunos del pueblo les inspiró peligrosa confianza, llevándoles á ponerse de acuerdo para su reelección, y con objeto de ocultar sus ambiciosos proyectos, para la de los cónsules. Alegaban que los senadores habían resuelto, ultrajando á los cónsules, minar los derechos del pueblo. «¿Qué sucedería si cuando las leyes no estaban afirmadas aún, cónsules sostenidos por sus partidarios atacaban á los tribunos nuevos todavía en su cargo? No se verían siempre cónsules como Valerio y Horacio, prefiriendo la libertad del pueblo á sus propios intereses.» Casualidad dichosa en aquellas circunstancias, dió la presidencia de los comicios á Duilio, varón prudente que veía los inminentes peligros de la reelección. Este declaró que no tendría por válidos los votos favorables á los tribunos salientes; y sus colegas insisten para que se deje completa libertad á los votos de las tribus, ó para que se ceda la presidencia á tribunõs que dependerán de la ley y no de la voluntad del Senado. Al comenzar esta discusión, ruega Duilio á los cónsules que se acerquen á su asiento, y les pregunta su intención respecto á los comicios consulares. Contestan que nombrarán cónsu-

les nuevos, y sostenido por este apoyo popular en causa que no lo era, el presidente se presenta con ellos en la asamblea. Interrogados allí nuevamente en presencia del pueblo para saber lo que harían si los romanos, en memoria de su libertad civil restablecida con su apoyo y en memoria de las últimas guerras y de sus triunfos les nombraban cónsules por segunda vez, dieron la misma respuesta. Duilio, después de elogiar su perseverancia en mostrarse hasta lo último diferente de los decenviros, presidió los comicios. Eligiéronse cinco tribunos, pero los manejos de los nueve anteriores que apetecían abiertamente este honor, impidieron á las tribus completar el número, por lo que Duilio disolvió la asamblea y no reunió más los comicios, diciendo que se había cumplido con la ley, que sin determinar en ninguna parte el número de tribunos, expresaba que podrían dejarse de elegir, y encargaba á los elegidos completar el número de sus colegas. En apoyo citaba la letra de su ley: «Si propongo el nombramiento de diez tribunos del pueblo, y si el mismo día no completáis el número de diez, los que los tribunos nombrados elijan por colegas estarán tan legítimamente elegidos como los otros elegidos el primer día.» Duilio perseveró hasta el fin, y negó que la república pudiese tener quince tribunos; haciendo ceder á la ambición de sus compañeros y saliendo del cargo con el aprecio del Senado y del pueblo.

Los nuevos tribunos del pueblo siguieron en la elección de sus colegas la voluntad del Senado, llegando hasta elegir dos patricios consulares, Sp. Tarpeyo y A. Aterio. Nombróse cónsules á Laercio Herminio y á T. Virgilio Celemontano, quienes tan poco inclinados á favorecer al Senado como al pueblo, gozaron de paz en el interior y en el exterior. El tribuno del pueblo L. Trebonio, en odio á los patricios, á quienes acusaba de ha-



berle engañado, como á sus colegas de haberle hecho traición, propuso «que el que presentase al pueblo el nombramiento de sus tribunos, no podría cesar de recoger los votos hasta que estuviesen elegidos estos diez magistrados (1).» Todo su tribunado pasó en persecuciones contra los patricios, lo que le valió el nombre de Aspero. M. Geganio Macerino y C. Julio fueron nombrados cónsules en seguida. Habiéndose suscitado discusiones entre los tribunos y los jóvenes nobles, las disiparon sin ofender al tribunado y sin menoscabar la dignidad del Senado. Un decreto de alistamiento para la guerra contra los volsco y los equos, mantenido como en suspenso, impidió toda sedición popular. Los cónsules aseguraban además que la tranquilidad interior era la prenda de la paz exterior, mientras que las discordias civiles excitaban el valor del extranjero. Su cuidado por la paz trajo también la tranquilidad doméstica; pero uno de los dos órdenes se prevalía siempre de la moderación del otro. El pueblo estaba tranquilo; la juventud patricia comenzó los insultos contra él; los tribunos intervinieron en favor de los más débiles, al principio con poco éxito, y muy pronto se cesó hasta de respetar sus personas, sobre todo durante los últimos meses, cuando los grandes se pusieron de acuerdo en sus insultos, y cuando toda autoridad, como sucede siempre, perdía su vigor al acercarse el término del año. Ya comenzaba el pueblo á desmayar del tribunado, á menos que no se hiciese entrar en él hombres parecidos á Icilio. Hacía dos años que los tribunos no tenían más que el nombre. Los senadores más ancianos, á quienes parecía demasiado ardiente la juventud, preferían, sin embargo, si había que sufrir algún exceso, que proce-

(1) Hasta entonces habían dejado á los tribunos elegidos primero la facultad de designar colegas para completar el número de diez, sin que necesitasen acudir al voto del pueblo.

diese de ellos á que viniese de sus adversarios; tan difícil es poner medida en la defensa de la libertad: se finje apelar á la igualdad, y cada cual quiere elevarse con detrimento ajeno; y por precaverse de los otros, cada uno se hace temible, se experimenta una injusticia, y como si fuese indispensable ser agresor ó víctima, nos hacemos injustos.

T. Quincio Capitolino, por cuarta vez, y Agripa Furio fueron creados cónsules. Estos no encontraron ni sedición en el interior ni guerra extranjera, pero una y otra amenazaban de cerca. No era ya posible contener la animosidad de los ciudadanos; los tribunos y el pueblo estaban amotinados contra los patricios, y las demandas contra algunos individuos de la nobleza llevaban diariamente á las asambleas nuevos debates. Al primer rumor de estos desórdenes, y como si les sirviesen de señal, los equos y los volscos tomaron las armas. Sus jefes, ávidos de botín, les habían persuadido de que las levas, ordenadas dos años antes no habían podido realizarse por la negativa del pueblo á reconocer ninguna autoridad. «Por esta razón no habían enviado ningún ejército contra ellos. La licencia había hecho perder la costumbre de los combates. Roma no es ya para los romanos patria común; el odio y resentimiento que habían mostrado hasta entonces contra los extranjeros, lo vuelven contra ellos mismos. Nunca habría ocasión más favorable para acabar con aquellos lobos cegados por rabia intestina.» Reunen sus ejércitos y devastan primeramente el campo latino. No encuentran resistencia; los autores de la guerra triunfan; el enemigo extiende sus estragos hasta bajo las murallas de Roma, por el lado de la puerta Esquilina, y muestra á los habitantes de la ciudad como un insulto la devastación de sus campos. En cuanto se retiraron á Corbión, después de llevarse delante impunemente

su presa, el cónsul Quincio convoca la asamblea del pueblo.

Allí fué donde pronunció el siguiente discurso: «Aunque no encuentro mancha alguna en mí, ¡oh romanos! con profundo rubor me presento en vuestra asamblea. Ya lo sabéis, la tradición conservará para nuestros descendientes el recuerdo de que los equos y los volscos, apenas iguales á los hérnicos, bajo el cuarto consulado de Quincio impunemente se han presentado armados bajo las murallas de Roma. Si hubiese sabido que estaba reservada tal ignominia á este año (aunque hace mucho tiempo que el estado de los negocios no permite prever nada bueno), el destierro ó la muerte, á falta de otro medio, me hubiesen preservado de la deshonra. Si hubiesen sido varones esforzados los que empuñaban esas armas que hemos visto ante las puertas, Roma habría sido tomada bajo mi consulado. ¿A quién se dirige el desprecio de esos cobardes enemigos? ¿A nosotros los cónsules, ó más bien á vosotros, romanos? Si en nosotros consiste la falta, arrancad esta autoridad de manos indignas, y si no basta, imponednos un castigo. Pero si la culpa es vuestra, que no os castiguen ni los dioses ni los hombres; basta que os arrepintáis. No; el enemigo no ha despreciado cobardes, no ha confiado en su valor. Tantas veces derrotado y puesto en fuga, despojado de sus campamentos y de sus tierras, despedido bajo el yugo, sabe conocerse y conocernos. La discordia que reina entre los diferentes órdenes, el encarnizamiento de los patricios y de los plebeyos, este es el veneno que nos mata. El deseo inmoderado de poder entre nosotros; entre vosotros el de libertad. Vuestra repugnancia por los magistrados patricios, la nuestra por los plebeyos, han inflamado su valor.

En nombre de los dioses, ¿qué queréis? ¿Habéis deseado tribuneros del pueblo? hemos consentido en dároslos



por amor á la concordia. ¿Habéis querido decenviros? hemos soportado su creación. ¿Os cansasteis de los decenviros? les obligamos á que se despojasen del cargo. ¿Vuestro odio les persiguió en la vida privada? hemos soportado la muerte ó el destierro de los varones más ilustres y distinguidos. ¿Quisisteis crear de nuevo tribunos del pueblo? los habéis creado. ¿Cónsules de vuestro orden? aunque esto nos pareció una injuria para los patricios, hemos visto dar al pueblo una magistratura patricia. Tenéis el apoyo del tribunado, la apelación al pueblo, plebiscitos obligatorios para los patricios; so pretexto de igualdad de las leyes, oprimís nuestros derechos; lo hemos soportado, lo soportamos. ¿Cuál será el término de nuestras disensiones? ¿Cuándo no tendremos más que una ciudad? ¿Cuándo será nuestra patria común? Nosotros, vencidos, sostenemos mejor la tranquilidad que vosotros, nuestros vencedores. ¿Os basta haberos hecho temibles para nosotros? Por odio á nosotros se ocupa el Aventino; por odio á nosotros se ocupa el monte Sacro. Las Esquilias casi han caído en poder del enemigo; los volscos han cruzado la calzada (1) y nadie les ha rechazado; contra nosotros sois hombres, contra nosotros estáis armados. Tened valor, y cuando hayáis sitiado aquí al Senado, cuando hayáis sembrado el odio en el Foro, cuando hayáis llenado las prisiones con los ciudadanos más eminentes, aprovechad ese ardor extraordinario y salid por la puerta Esquilina. Si todavía no os atrevéis á hacerlo, contemplad al menos desde lo alto de vuestras murallas vuestros campos devastados por el hierro y el fuego, contemplad cómo se llevan la presa y cómo humean las mansiones incendiadas. Pero solamente padece el Estado: incen-

(1) Subíase á las Esquilias por una calzada que mandó construir Tarquino el Soberbio.

dian nuestras campiñas, asedian nuestra ciudad, el honor de la guerra queda á nuestros enemigos. ¿Qué más? ¿En qué estado se encuentran vuestros intereses particulares? Pronto sabrá cada cuál las pérdidas que ha experimentado en la campaña. ¿Qué podréis obtener en cambio aquí? ¿Os traerán los tribunos lo que habéis perdido? Gritos y palabras cuantos queráis oír; acusaciones contra los más notables de la ciudad, leyes unas sobre otras y asambleas. Pero jamás ha conseguido ninguno de vosotros de esas asambleas ni la ventaja más pequeña para sus negocios, para su fortuna. ¿Cuál de vosotros ha llevado á su esposa y á sus hijos otra cosa que odios, rencores, enemistades públicas ó privadas, de las cuales no puede preservaros vuestro valor ó vuestra inocencia, y que necesitan socorros extraños? ¡A fe mía, cuando hacíais la guerra bajo nuestra dirección y no bajo la de los tribunos, en el campo y no en el Foro; cuando vuestros gritos eran el terror del enemigo en las batallas y no el de los senadores de Roma en asamblea; cargados de botín, dueños del campamento enemigo, repletos de riquezas y de gloria, de la del Estado y de la vuestra, regresabais triunfantes á vuestras casas, á vuestros penates; ahora dejáis marchar al enemigo cargado con vuestros despojos! ¡Continuad adheridos á esta tribuna; pasad vuestra vida en el Foro! La necesidad de combatir os persigue á medida que huís de ella. ¿Era duro marchar contra los equos y los volseos? La guerra está á vuestras puertas. Si no la arrojáis, muy pronto la tendréis en vuestras murallas, subirá á la fortaleza, al Capitolio; os perseguirá en vuestras casas. Dos años hace que el Senado dispuso el alistamiento y decidió que el ejército marchase hacia el Algido; pero hemos permanecido tranquilamente aquí, disputando como mujeres, gozando de la tranquilidad presente, sin prever que de este reposo nacerían

muchas guerras. Bien sé que se os podrían decir cosas más agradables, pero es necesario sacrificar lo grato á lo verdadero, y si mi carácter no lo exigiese así, la necesidad me lo impondría. Querría en verdad complaceros, ¡oh romanos!; pero mejor es salvaros, cualesquiera que sean vuestros sentimientos respecto á mí. La naturaleza exige que quien habla á la multitud por su propio interés sea más agradable que aquel que sólo atiende al interés general, á menos que crea que esos aduladores públicos, esos cortesanos del pueblo que no quieren veros ni con armas ni tranquilos, os excitan, os impulsan hacia vuestros propios intereses. Ellos recogen el honor y el provecho de vuestras agitaciones. Como la buena armonía de los dos órdenes reduciría á la nada á esos hombres, prefieren un mal papel á la nulidad, y para ser algo se hacen jefes de tumultos y sediciones. Si al fin podéis disgustaros de tales abusos y recobrar las costumbres de vuestros padres, vuestros antiguos hábitos, despojándoos de los nuevos, me entregaré á todos los suplicios si en pocos días no he derrotado y puesto en fuga á esos devastadores de nuestros campos y trasladar de nuestras puertas y de nuestros muros á sus ciudades el terror que ahora os domina.»

Pocas veces había recibido el pueblo la arenga de un tribuno con tanto favor como aquel discurso de un cónsul severísimo. La misma juventud, que en medio de aquellas alarmas se había acostumbrado á emplear la negativa de servir como el arma más temible á los patricios, solamente respiraba guerra y combates. La retirada de los campesinos, despojados y heridos y cuyos relatos eran más lastimosos aún que su aspecto, excitó indignación en la ciudad. Reunido el Senado, todas las miradas se dirigieron á Quincio, como único vengador de la dignidad romana. Los senadores más distingui-

dos aseguraban «que su arenga correspondía á la majestad consular, era digna de todos sus consulados anteriores, conforme con una vida llena de los honores que frecuentemente había conseguido y que con más frecuencia aún había merecido. Los otros cónsules hacían traición á la dignidad del Senado para adular al pueblo, ó con su rigidez para sostener los derechos de los patricios, agriaban la multitud para domarla.» El discurso de Quincio, conservador de la majestad del Senado, de la buena armonía entre los dos órdenes, era sobre todo adecuado á las circunstancias. Rogáronle, lo mismo que á su colega, que velase por la república: rogaron también á los tribunos que uniesen sus esfuerzos á los de los cónsules, para rechazar la guerra lejos de la ciudad y de sus murallas y para mantener en circunstancias tan críticas la obediencia del pueblo á las órdenes del Senado. Este era el llamamiento de la patria común implorando socorro para sus campos devastados, para Roma casi sitiada. Por unánime acuerdo se ordena y realiza el alistamiento. Los cónsules habían declarado en la asamblea del pueblo «que no habiendo tiempo para examinar las causas de excepción (1), todos los jóvenes debían presentarse á la mañana siguiente en el Campo de Marte. Terminada la guerra se examinarían las razones de aquellos que no hubiesen dado sus nombres y se consideraría como desertor á aquel cuyos motivos no se reconocieran justos. Al siguiente día se presentó toda la juventud. Cada cohorte eligió sus centuriones y tuvo dos senadores á su frente. Dícese que todas las operaciones se realizaron con tanta rapidez, que las enseñas que los cuestores sacaron aquel mismo día del tesoro (2) y llevaron al Campo de Marte, se al-

(1) Aquellos cuyas razones eran válidas se llamaban *causarii*.

(2) Cuando terminaba una guerra y se habían licenciado las legiones, las enseñas, es decir, las águilas hechas de algún

zaron en la hora cuarta (1). Aquel ejército nuevo, acompañado por algunas cohortes de veteranos voluntarios, no se detuvo hasta la décima piedra militar. Al día siguiente se encontraron al frente del enemigo y establecieron un campamento cerca del suyo, en los alrededores de Corbión. Al tercer día, el enojo en los romanos, y en el enemigo el recuerdo de sus numerosas revueltas, los remordimientos y la desesperación no permitieron demorar el combate.

En el ejército romano los dos cónsules gozaban de igual autoridad; pero adoptando el partido más prudente para el éxito de empresa tan importante, Agripa había entregado el mando supremo á su colega, quien mostraba su agradecimiento por aquella abnegación con la deferencia con que trataba á Agripa: tomaba su parecer, le hacía partícipe de su gloria y procuraba elevar hasta él un hombre que no le era igual. En la batalla mandaba Quincio el ala derecha, Agripa la izquierda. Sp. Postumio Albo recibió, en calidad de legado, el mando del centro; y Ser. Sulpicio, con el mismo título, el de la caballería. La infantería del ala derecha luchó con ardor, resistiendo bien los volscos. Ser. Sulpicio penetró con la caballería por el centro enemigo, y aunque hubiese podido reunirse con los suyos por el mismo camino antes de que se rehiciesen las desordenadas filas, prefirió atacarles por la espalda. Un momento le bastó, por medio de un ataque á la retaguardia, para disipar á un enemigo alarmado por aquel doble ataque;

metal precioso, quedaban depositadas en el tesoro público, de donde los sacaban cuando iba á comenzar otra guerra.

(1) Entre los romanos el día era de doce horas como la noche, y se extendía desde las seis de la mañana, siguiendo nuestra manera de contar, hasta las seis de la tarde. La hora cuarta equivale por tanto para nosotros á las diez de la mañana.

pero la caballería de los volscos y de los equos le detuvo algún tiempo, oponiéndole la misma maniobra. Entonces gritó Ser. Sulpicio: «No puede vacilarse. Los romanos serán cortados y envueltos si no se esfuerzan en vencer en aquel combate de caballería. No basta ahuyentar los jinetes, si conservan sus medios de ataque; es necesario exterminar al caballo y al caballero para que ninguno vuelva á la carga y pueda empezar de nuevo el combate. No se resistirá á hombres ante quienes han cedido las apretadas filas de la infantería.» No fueron sordos los soldados á estas palabras. En un solo ataque ponen en derrota á toda la caballería, desmontan á la mayor parte y clavan con sus lanzas hombres y caballos. Desde aquel momento no tuvieron ya que sostener combate de caballería y atacan en seguida las filas de la infantería, enterando de su triunfo á los cónsules, cuando las líneas enemigas comienzan á ceder. Esta noticia redobla el ardor de los romanos victoriosos y abate el de los equos, que retroceden. La victoria comienza por el centro, cuyas filas había roto el paso de la caballería. Quincio derrotó en seguida el ala izquierda, costando más trabajo la de la derecha. Allí Agripa, animado por la juventud y la fuerza, viendo que en los otros puntos la victoria era más rápida que en el suyo, arranca las enseñas de manos de los signíferos, se adelanta y hasta arroja algunas entre las filas más apretadas del enemigo. Temen los soldados la vergüenza de perderlas y se precipitan para reconquistarlas. La victoria es al fin igual en todas partes. Un mensajero llega entonces á anunciarle de parte de Quincio que es vencedor y amenaza al campamento enemigo, pero que no quiere atacar hasta saber si ha terminado el combate en el ala izquierda. Si el enemigo está derrotado, que su colega acuda á reunirse con él para que todo el ejército tenga parte igual en el botín. Los dos cónsules vic-

toriosos se saludan con recíprocas felicitaciones delante del campamento enemigo.

El corto número de sus defensores fué ahuyentado en un instante y asaltadas las empalizadas sin resistencia. Los cónsules llevaron á Roma el ejército cargado de inmenso botín y trayendo además los objetos perdidos en el pillaje de la campiña. En ninguna parte encuentro que los cónsules pidiesen el triunfo ni que el Senado lo decretase: tampoco se dice la causa que les hiciese despreciar este honor ó desesperar de conseguirlo. Por mi parte, si puede conjeturarse en hechos tan lejanos de nosotros, diré que los cónsules Valerio y Horacio habían conseguido la gloria de vencer á los volscos y los equos, y de terminar la guerra de los sabinos, y sin embargo, el Senado les negó el triunfo, y éstos se avergonzarían de pedirlo por triunfos mucho menos importantes; temiendo si se los otorgaban, que se considerase este honor más bien como favor personal que como recompensa de sus servicios.

Un juicio del pueblo romano acerca de los límites de sus aliados obscureció esta gloriosa victoria conseguida sobre el enemigo. Los habitantes de Aricia y Ardea discutían acerca de algunos terrenos, origen para ellos de numerosas guerras. Cansados por las frecuentes y mutuas pérdidas, eligieron por árbitros á los romanos, viniendo á defender su causa delante del pueblo reunido por los magistrados y sosteniendo con ardor los debates. Habíase escuchado á los testigos, iba á llamarse á los tribunos para que recogiesen los votos, cuando se levantó P. Scapcio, plebeyo muy anciano, y dijo: «Cónsules, si puedo hablar en interés de la república, hay en este asunto un error que no dejaré cometer al pueblo.» Habiéndose negado los cónsules á oírlo, á causa de su poca importancia, exclama que se hace traición á los intereses públicos; y como se pretendía

alejarse, se dirige á los tribunos. Instrumentos de la multitud, como siempre, en vez de ser sus dueños, ceden al deseo popular, que quiere oír á Scapcio y conceden á éste la facultad de decir lo que quisiese. Entonces declara «que tiene ochenta y tres años de edad y que ha hecho la guerra sobre el terreno en litigio; no ocurrió esto en su juventud, sino cuando hacía su vigésima campaña; en la guerra de Coriolis. Que había conservado el recuerdo de un acontecimiento borrado por el tiempo, pero grabado en su memoria. Ahora bien: el territorio en cuestión formaba parte del de Coriolis. Al tomar la ciudad, cayó en poder del pueblo romano; y le sorprendía que los ardeatos y aricianos, que jamás mostraron pretensiones acerca de aquel territorio mientras vivió Coriolano, esperasen arrebatarlo al pueblo romano, su legítimo propietario, eligiéndole por árbitro. Que le queda muy poco tiempo de vida; pero no puede prescindir, á pesar de su edad, de alzar la voz, único medio que le queda para reclamar en favor de la república un territorio que él ha contribuido con sus brazos á conquistar. Y exhorta encarecidamente al pueblo para que por mal entendido pudor, no perjudique su propia causa.»

Viendo los cónsules que escuchaban á Scapcio no solamente en silencio sino con agrado, toman por testigos á los dioses y á los hombres de que es acción indigna aquella, reuniéndoseles los patricios principales, con los que se presentan á cada tribu, rogando que no diesen detestable ejemplo del crimen más odioso, el de jueces que se apoderan del objeto en litigio, especialmente en aquella ocasion en que, si alguna vez se permitía al juez cobrar por sí mismo su trabajo, las ventajas que recibirían por aquella adquisición no recompensarían el perjuicio que les causaría la injusticia, enajenándoles el afecto de sus aliados. La pérdida de la



estimación y de la confianza es más grande de lo que puede apreciarse. Este será el juicio que los legados llevarán á su país; esto será lo que publicarán, lo que dirán los aliados, lo que aprenderán los enemigos: ¡con cuánto dolor unos, con cuánta alegría otros! ¿Creer, acaso, que atribuirán sus vecinos el juicio á Scapcio, el anciano de la arenga? Scapcio obtendrá sin duda alguna celebridad; pero el puebloromano recibirá el nombre de *quadruplicator* (1) y estafador judicial. ¿Qué juez, en asunto privado, se había adjudicado jamás el objeto del litigio? El mismo Scapcio, insensible ya á todo pudor, no lo haría.» Los cónsules y los patricios no cesaban de repetir esto; pero la codicia y Scapcio, que la había despertado, pesaron más que sus palabras. Llamadas á votar las tribus, adjudicaron aquellas tierras al dominio público romano. Sin duda hubiese sido igual el resultado á presentarse delante de otros jueces, pero la bondad de la causa no puede cubrir la iniquidad de aquella sentencia, que los aricianos y ardeatos no vieron con más indignación y amargura que los patricios de Roma. El resto del año pasó tranquilamente sin turbulencias interiores ni guerras en el exterior.

(1) *Quadruplicatoris*. Llamábase cuadruplicatores á los denunciadores de delitos contra el Estado, bien porque recibían como salario la cuarta parte de los bienes de los condenados por sus denuncias, bien porque era cuádruple la multa que se imponía al culpable convicto.



# ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

---

TITO LIVIO.....	<b>Página V.</b>
HISTORIA ROMANA.....	<b>Página I.</b>

## LIBRO PRIMERO

### DE LA PRIMERA DÉCADA.

Llegada de Eneas á Italia y su casamiento con Livinia, hija del rey Latino.—Reinado de Ascanio en Alba y de los Silvios, sus sucesores.—Rhea, sorprendida por Marte, concibe dos hijos, que son Rómulo y Remo.—Muerte de Amulio.—Fundación de Roma.—Establecimiento del Senado.—Guerra con los sabinos.—Consagración de despojos opimos á Júpiter Feretriano. División del pueblo en curias.—Derrota de los fidenatos y de los veyos.—Honores fúnebres á Rómulo.—Numa Pompilio establece las ceremonias religiosas; dedica un templo á Jano; ajusta la paz en todos los pueblos vecinos, y es el primero que cierra las puertas de aquel templo. Merced á los nocturnos coloquios que finge tener con la ninfa Egeria, inspira sentimientos religiosos á aquel pueblo rudo.—Tulo Hostilio hace la guerra á los albanos.—Combate de los Horacios y Curiacios. Perdón de Horacio.—Suplicio de Mecio, rey de Alba.—Destrucción de Alba é incorporación de sus habitantes á Roma.—Guerra con los sabinos.—Muerte de Tulo.—Anco Marcio res-

tablece las ceremonias de Numa; derrota á los latinos, les otorga el derecho de ciudadanía y les da por morada el monte Aventino.—Segunda toma de Politorio, ciudad de Lacio, de la que se habían apoderado los antiguos latinos, y destrucción de esta ciudad.—Anco construye un puente de madera sobre el Tíber, une el monte Janículo á la ciudad y ensancha las fronteras de su imperio; edifica á Ostia y muere después de reinar veinticuatro años. Bajo su reinado viene á Roma desde Tarquinia, ciudad de Etruria, Lecumón, hijo del corintiano Demarato; admitido en la intimidad de Anco, toma el nombre de Tarquino, sucediéndole en el trono después de su muerte. Aumenta en ciento el número de senadores; somete á los latinos; traza el recinto del circo, y establece juegos. Atacado por los sabinos, aumenta las centurias de los caballeros. Para probar la ciencia del augur Acio Navio, le pregunta si es posible lo que en aquel momento piensa, y ante contestación afirmativa le manda partir una piedra con un cuchillo, cosa que el augur realiza en el acto.—Derrota de los sabinos; alzanse las murallas de Roma; construcción de las cloacas.—Los hijos de Anco asesinan á Tarquino, que reinó treinta y ocho años.—Le sucede Servio Tulio, hijo de un noble cautivo de Cornículo; la tradición refería de éste que en su infancia se vieron fulgores en derredor de su cabeza; derrota de los veyos y de los etruscos.—Establecimiento del censo, que eleva, según se dice, á ochenta mil el número de los ciudadanos.—Ceremonia del lustrum.—División del pueblo en clases y centurias.—El Rey traslada el Pomerium para reunir á la ciudad los montes Quirinal, Viminal y Esquilino.—De acuerdo con los latinos eleva un templo á Diana en el monte Aventino.—Le asesina L. Tarquino, hijo de Prisco, por instigación de su hija Tulia, después de un reinado de cuarenta años.—A su muerte, Tarquino el Soberbio se apodera del trono sin el consentimiento del Senado ni del pueblo; el día de la usurpación la infame Tulia hace pasar su carro sobre el cuerpo de su padre.—Tarquino se rodea de grandes ejércitos para la seguridad de su persona.—Turno Herdonio parece víctima de su perfidia.—Tarquino hace la guerra á los volscos, y con sus despojos construye un templo á Júpiter en el Capitolio.—El dios Término y la diosa de la Juventud resisten á la destruc-

ción, y sus altares quedan dentro del templo nuevo.—Sexto Tarquino, su hijo, se apodera por astucia de la ciudad de los gabienos.—Sus hijos marchan á Delfos y consultan el oráculo para saber cuál de ellos recibirá la corona: contesta el oráculo que reinará aquel que dé el primer beso á su madre.—Engañanse acerca del sentido del oráculo: Junio Bruto, que les había acompañado, se deja caer como por torpeza y besa la tierra: el éxito no tardó en justificar su interpretación; en efecto, habiendo provocado general indignación la tiranía de Tarquino el Soberbio, su hijo Sexto la hace desbordar deshonrando á Lucrecia, á la que sorprendió de noche por violencia; manda ésta llamar á su padre Tricipitino y á Colatino, su esposo, y se mata á su vista, después de hacerlos jurar que vengarán su muerte. Gracias á los esfuerzos de Bruto, cúmplase este juramento.—Tarquino es depuesto después de reinar veinticinco años.—Creación de los primeros cónsules L. Junio Bruto y L. Tarquino Colatino..... **Página 5.**

## LIBRO SEGUNDO.

Bruto hace jurar al pueblo que no consentirá más reyes en Roma; obliga á su colega Tarquino Colatino, sospechoso por ser pariente de los Tarquinos, á abdicar el consulado y á salir de la ciudad; entrega al pillaje los bienes de la familia real y consagra á Marte el terreno que después se llamó Campo de Marte; hace decapitar á los jóvenes patricios, á sus propios hijos y á los de su hermano, que conspiraron para restablecer á los Tarquinos; concede libertad á su denunciador, el esclavo Vindicius, y de aquí viene la palabra *vindicta*.—Guía al ejército contra los príncipes que venían en guerra contra Roma con las fuerzas reunidas de los veyos y tarquinos; perece en el combate con Aruncio, hijo de Tarquino el Soberbio. Las matronas romanas llevan luto durante un año.—El cónsul Valerio hace aprobar una ley que consagra el derecho de apelación al pueblo.—Dedicación del Capitolio.—Porsena, rey de Clunio, se arma en favor de los Tarquinos y avanza hasta el Janículo, pero el valor de Horacio Cocles le impide atravesar el Tíber.—Horacio, mientras á su espalda cortan el puente de madera, sostiene solo

el choque de los etruscos, y cuando cae el puente se arroja armado al agua y se reúne á nado con los suyos.—Mucio da otro ejemplo de valor; penetra en el campamento enemigo para matar á Porsena; asesina á un secretario, á quien confunde con el rey; preso, coloca la mano sobre el altar donde acaban de celebrar un sacrificio, la deja abrasar y declara que trescientos romanos han jurado, como él, matar al rey.—Vencido por la admiración que le causan aquellas acciones heroicas, Porsena acepta las condiciones de paz, renuncia á la guerra y recibe rehenes, entre los que se encuentra una joven, Clelia, que burla la vigilancia de los centinelas y vuelve á los suyos cruzando á nado el Tíber. Devuélvenla á Porsena, quien la restituye honrosamente. Ap. Claudio abandona el país de los sabinos para establecerse en Roma, lo cual da lugar á la formación de la tribu Claudia. Auméntase el número de las tribus, que llegan á veintiuna.—Tarquino el Soberbio vuelve á atacar á Roma á la cabeza de un ejército de latinos.—Victoria del dictador A. Postumio, cerca del lago Regilo. El pueblo, con motivo de la prisión de los deudores, se retira al monte Sacro. Menenio Agripa, con prudentes consejos corta la rebelión. Muere con tal pobreza, que se le entierra á expensas del Estado.—Creación de cinco tribus del pueblo.—Toma de Coriola, ciudad de los volscos; débese al valor y actividad de C. Marcio, á quien por este hecho se le da el nombre de Coriolano. T. Atinio, plebeyo, recibe en una visión orden de comunicar al Senado ciertos hechos que interesan á la religión; no lo hace, pierde á sus hijos, y él mismo queda paralítico. Llevado en litera al Senado, cumple el mandato, recobra el movimiento de las piernas y regresa andando á su casa.—C. Marcio Coriolano, condenado á destierro, llega á ser general de los volscos y lleva un ejército delante de Roma. Los legados, y después los sacerdotes que le envían, le ruegan en vano que no haga guerra á su patria; Veturia, su madre, y su esposa Volturnia consiguen de él que se retire.—Primera ley agraria.—Sp. Cassio, varón consular, acusado de aspirar al trono, es condenado á muerte y ejecutado.—La vestal Oppia, convencida de incesto, es enterrada viva.—Los veyos aprovechan su proximidad para atacar á Roma, siendo sus hostilidades más incómodas que peligrosas. La familia de los Fabios pide se le

encargue de esta guerra y marcha contra el enemigo en número de trescientos seis combatientes, quedando deshechos cerca de Cremera; de esta familia solamente sobrevive un niño muy pequeño que dejaron en Roma.—El cónsul Appio Claudio, á consecuencia de un contratiempo que experimenta contra los volscos por la insubordinación del ejército, diezma los soldados y hace morir á palos á los designados por la suerte. Expedición contra los volscos, los equos y los veyos.—Disensiones entre el Senado y el pueblo ..... **Página 99.**

### LIBRO TERCERO.

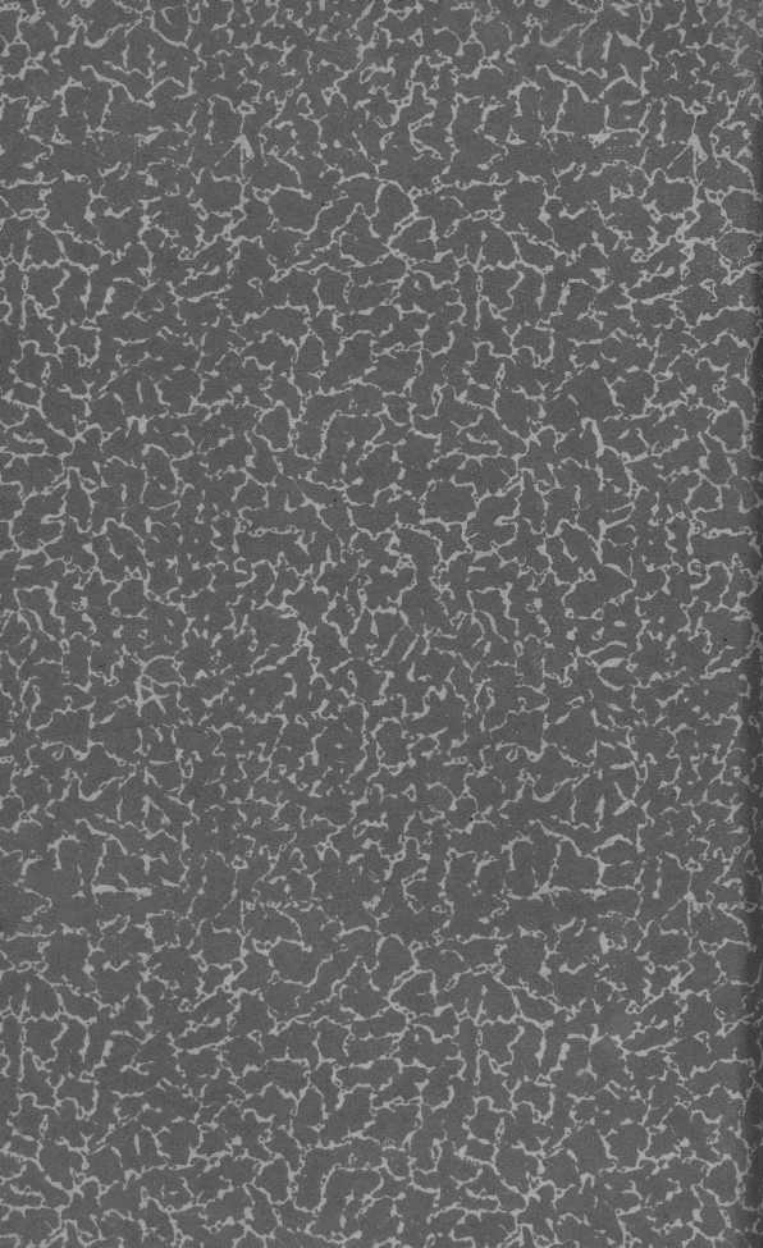
Turbulencias causadas por las leyes agrarias.—Recupérase el Capitolio, que había caído en poder de los esclavos y de los desterrados, y muertos éstos.—Dos censos: el primero da por resultado ciento cuatro mil doscientos catorce ciudadanos, sin contar los célibes de ambos sexos; el segundo, ciento diez y siete mil doscientos diez y nueve.—Descalabros experimentados por los equos.—Nómbrase dictador á L. Quincio.—Cincinnato es arrancado del arado para dirigir aquella guerra. Derrota á los enemigos y les hace pasar bajo el yugo.—Aumentan el número de los tribunos del pueblo, elevándoles á diez, treinta y seis años después de la creación de esta magistratura.—Envíanse legados que recogen y traen á Roma las leyes de Atenas. Encargan de redactarlas y promulgarlas á decenviros que reemplazan á los cónsules y ocupan el puesto de todos los demás magistrados; así, pues, en el año 103 de la fundación de Roma el poder, que había pasado de los reyes á los cónsules, pasa de los cónsules á los decenviros.—Redactan diez tablas de ley, y la dulzura de su administración hace conservar para el año siguiente la forma de gobierno.—Añaden dos tablas á las primeras, abusan de su poder, rehusan despojarse de él y le conservan otro año, hasta que la incontinencia de Appio Claudio pone término á su odiosa dominación.—Enamorado de una joven, hace que una hechura suya la reclame como esclava suya y pone á Virginio, padre de aquella desgraciada, en el caso de matarla con un cuchillo que coge en una tienda inmediata, único medio de salvarla de la deshonra.—Sublevado el pueblo

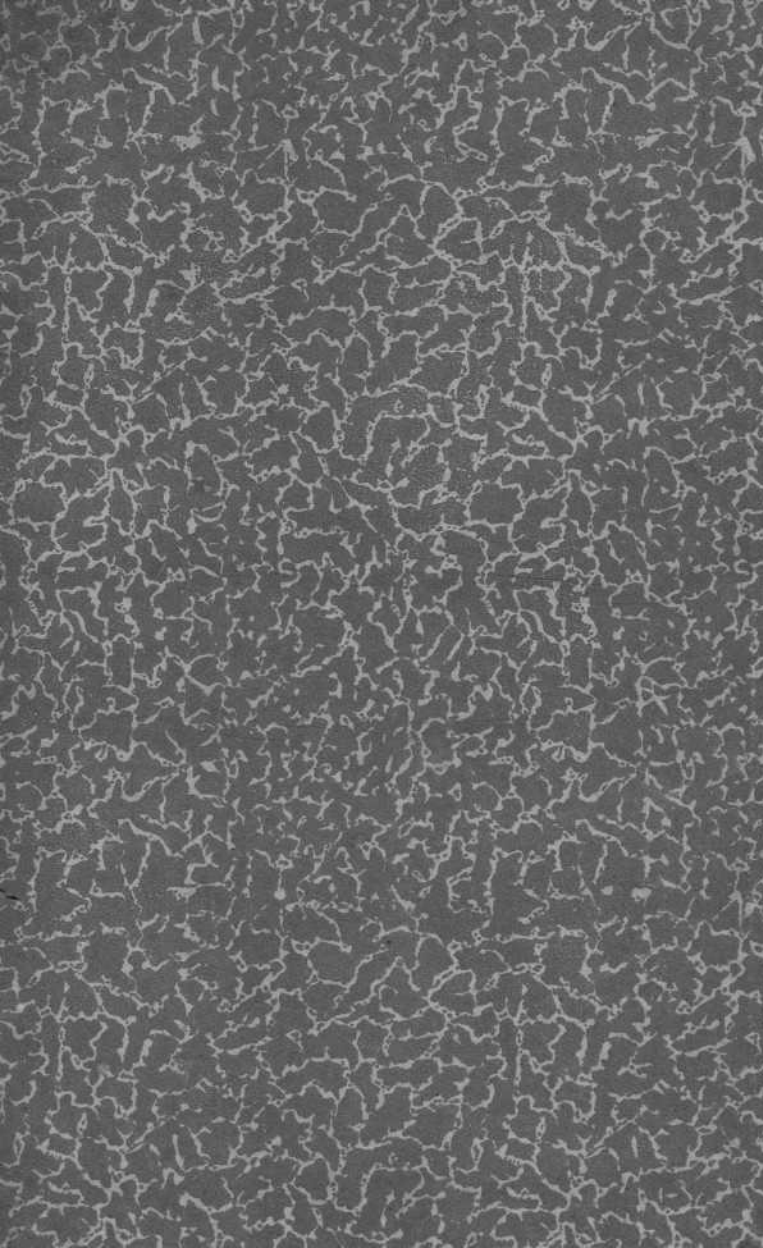
por aquel inicuo abuso de autoridad, se retira al Aventino y obliga á abdicar á los decenviros.—Appio y el más culpable de sus colegas, después de él, son presos; los demás, desterrados.—Victorias sobre los sabinos, los equos y los volscos.—Decisión poco honrosa del pueblo romano elegido como árbitro entre Ardea y Aricia, adjudicándose el territorio que se disputaban estas dos ciudades..... **Página 201.**

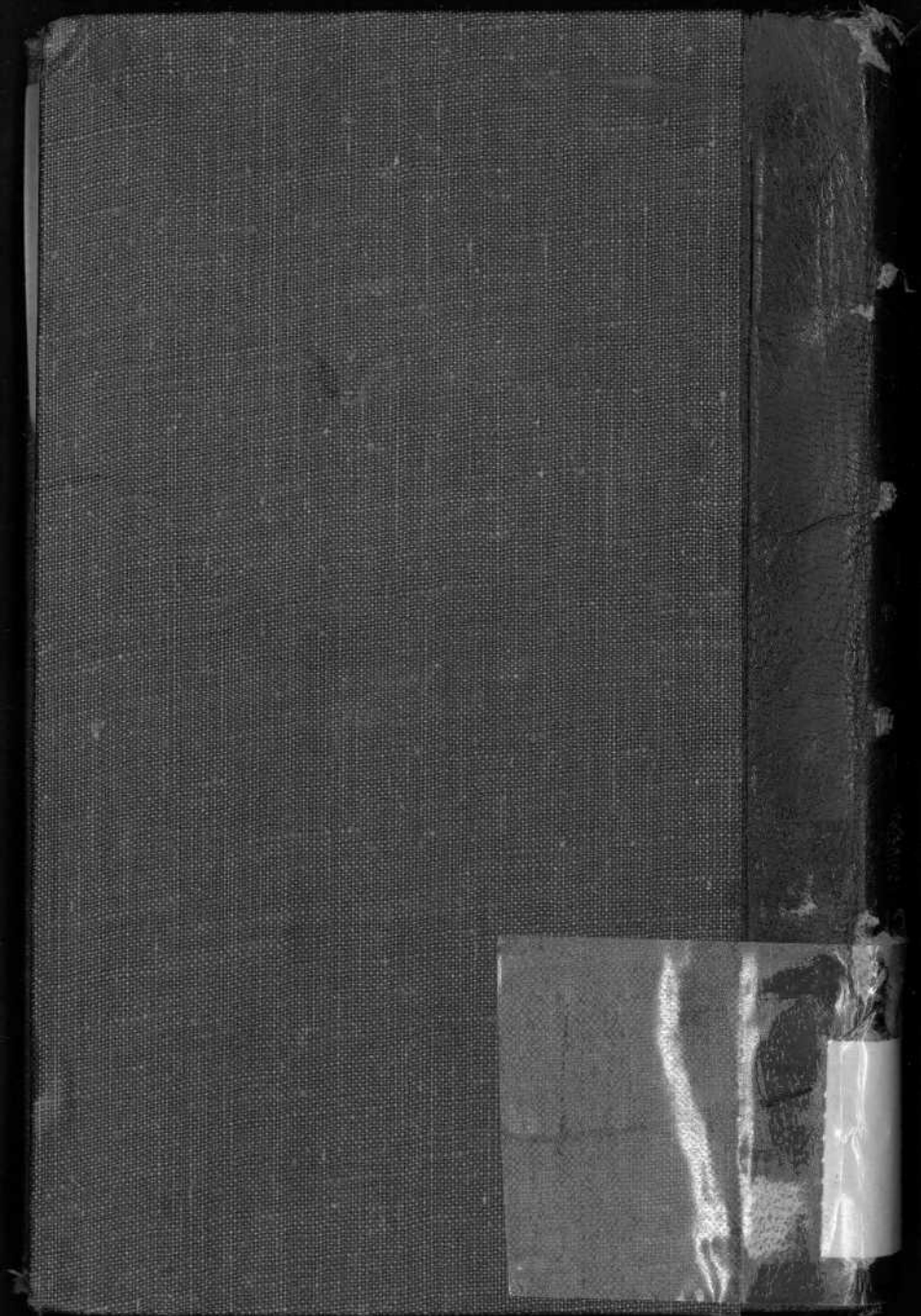












TITO LIVIO

HISTORIA  
ROMANA

I

**D-1**

**168**